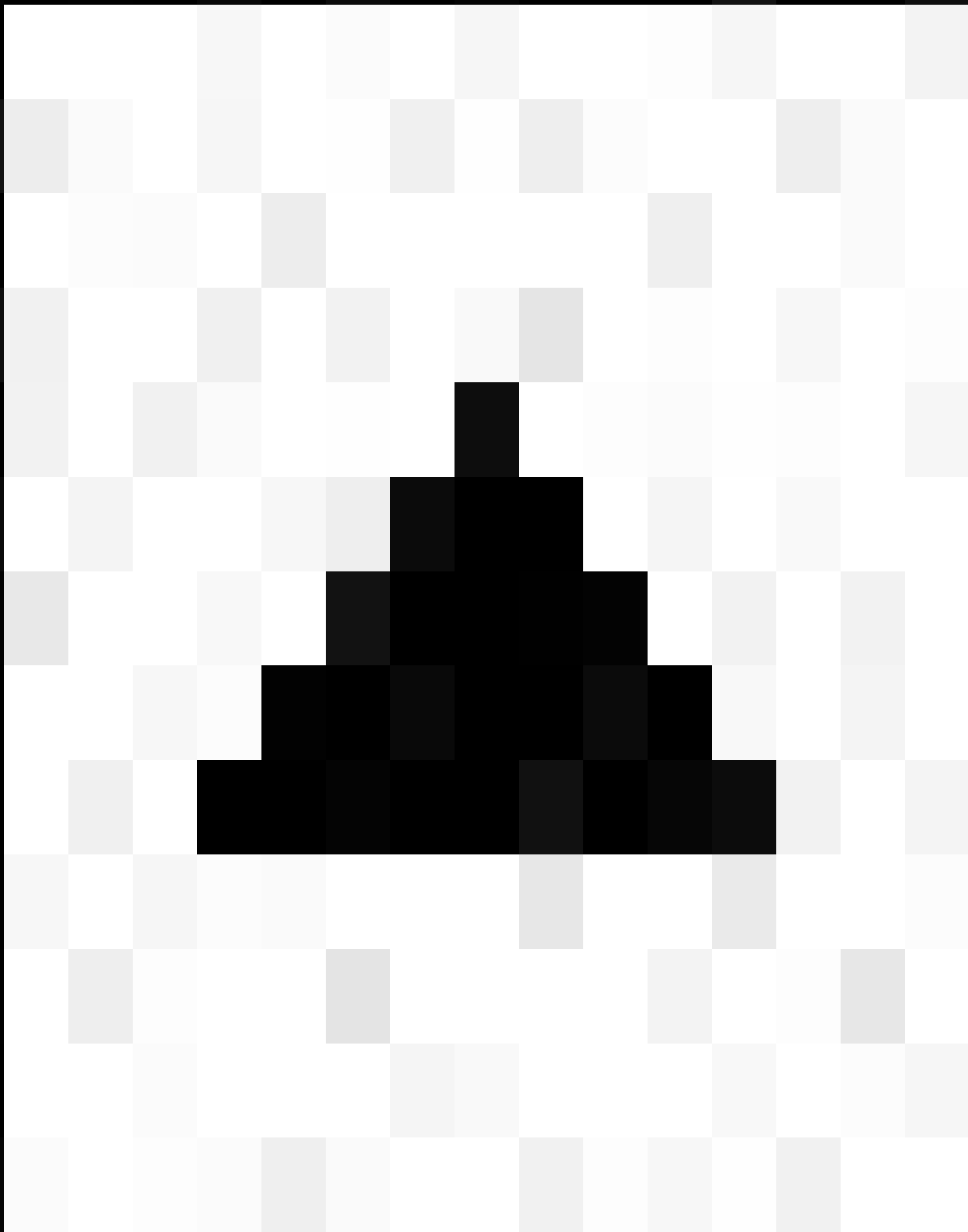




Roy Grace 2 - Muerte prevista

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Muerte prevista
Peter James

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Se abrió la puerta de la casa adosada, otrora imponente, y una mujer joven de piernas largas, con un vestido corto de seda que parecía pegársele al cuerpo y flotar al mismo tiempo, salió al magnífico sol de junio en la última mañana de su vida.

Hacía un siglo, estas villas altas y blancas, a tiro de piedra del paseo marítimo de Brighton, eran residencias de fin de semana de señoritos londinenses. Ahora, tras sus fachadas mugrientas, quemadas por la sal, estaban divididas en estudios y pisos de alquiler barato; los porteros automáticos habían sustituido hacía tiempo a las aldabas de latón de las puertas de entrada; por su parte, las bolsas de basura escupían desperdicios a las aceras debajo de los tableros horteras de las agencias inmobiliarias. Varios de los coches estacionados en la calle, apretados en plazas de aparcamiento insuficientes, estaban abollados y oxidados, y todos habían sido bombardeados por excrementos de paloma y de gaviota.

Por el contrario, la joven irradiaba clase: el movimiento despreocupado de su pelo largo y rubio, las gafas que se ajustó en la cara, el caro brazalete Cartier, el bolso de Anya Hindmarsh colgado del hombro, el contorno tonificado de su cuerpo, el bronceado mediterráneo, la estela de Issey Miyake que impregnaba el monóxido de la hora punta con un escalofrío de sexualidad; era el tipo de chica que se sentiría como pez en el agua en los pasillos de Bergdorf Goodman, en la barra de un hotel Schrager o en la popa de un yate enorme en Saint Tropez.

No estaba mal para una estudiante que se las iba apañando con una beca exigua.

Tras la muerte de su madre, el padre de Janie Stretton, con su sentimiento de culpa, la había malcriado demasiado como para contemplar la idea en algún momento de que su hija simplemente se las apañara. A ella le resultaba fácil ganar dinero. Ganarlo gracias a su futura profesión era un tema totalmente distinto. La abogacía era difícil. Tenía cuatro años de Derecho a sus espaldas y ahora estaba en el primero de los dos años de prácticas en un bufete de abogados de Brighton, trabajando para un abogado matrimonialista, y le gustaba, aunque algunos de los casos eran raros, incluso para ella.

Como el afable ancianito de setenta años de ayer, Bernie Milsin, con su pulcro traje gris y su corbata cuidadosamente anudada. Janie se había sentado discretamente en una silla en un rincón del despacho, mientras el socio de treinta y cinco años con el que hacía las prácticas, Martin Broom, tomaba notas. El señor Milsin se quejaba de que la señora Milsin, que era tres años mayor que él, no le daba de comer hasta que le hacía sexo oral. «Tres veces al día», le contó a Martin Broom. «No puedo seguir haciéndolo, no a mi edad, estas rodillas artríticas me duelen demasiado.»

Apenas pudo contener las carcajadas y vio que a Broom también le costaba aguantarse. Así que no eran sólo los hombres los que tenían necesidades pervertidillas. Al parecer, ambos sexos las tenían. Todos los días se aprendía algo nuevo y, a veces, desconocía dónde adquiriría la mayoría de sus conocimientos, en la misma facultad de Derecho de la Universidad de Southampton o en la «Universidad de la Vida».

El pitido de un mensaje entrante rompió su cadena de pensamientos justo cuando llegaba a su Mini Cooper rojo y blanco. Miró la pantalla: «esta nche 8.30?».

Janie sonrió y contestó con un escueto: «Besos». Luego esperó a que acabara de pasar un autobús seguido por una fila de vehículos, abrió la puerta del coche y se quedó sentada un momento, para reorganizar sus pensamientos, para pensar en las cosas que tenía que hacer.

Bins, su gato, tenía un bulto en el lomo que cada día era mayor. No le gustaba la pinta que tenía y quería llevarlo al veterinario para que le echara un vistazo. Había encontrado a *Bins*, un gato perdido sin nombre, hacía dos años, esquelético y muerto de hambre, intentando levantar la tapa de uno de sus cubos de basura. Lo había hecho entrar en casa y el gato no había dado muestras de querer marcharse. Y luego decían que los gatos son independientes, había pensado, o quizás era porque lo malcriaba. Pero, qué diablos, *Bins* era un animal cariñoso y Janie no tenía a nadie más a quien malcriar. Intentaría pedir hora para la tarde. Calculó que si iba al veterinario a las seis y media aún le quedaría mucho tiempo.

A la hora de comer, tenía que ir a comprar una tarjeta de felicitación y un regalo para su padre, que cumpliría cincuenta y cinco años el viernes. Hacía un mes que no lo veía; había estado en Estados Unidos en viaje de negocios. Parecía pasar mucho tiempo fuera últimamente, cada vez viajaba más. Buscaba a esa mujer que quizás estaba ahí fuera y podía sustituir a la

esposa, y madre de su hija, que había perdido. Nunca hablaba del tema, pero Janie sabía que se sentía solo -y que estaba preocupado por su negocio, que parecía atravesar una mala racha-. Y vivir a ochenta kilómetros de él no ayudaba.

Mientras se ponía y se abrochaba el cinturón, no se percató en absoluto del gran objetivo que la enfocaba ni del zumbido silencioso de la cámara digital Pentax, situada a más de doscientos metros, ni remotamente audible con el alboroto de fondo del tráfico.

–Va para allá -dijo el hombre por el móvil, observándola a través del retículo estable.

–¿Estás seguro de que es ella? – La voz que contestó era precisa, afilada como el acero dentado.

Estaba muy buena, pensó. Incluso tras días y noches vigilándola, veinticuatro horas al día, siete días a la semana, dentro y fuera de su piso, seguía siendo un placer. La pregunta apenas merecía respuesta.

–Sí -dijo-, estoy seguro.

Capítulo 2

–Estoy en el tren -gritó por el móvil el capullo obeso con cara de niño que estaba sentado a su lado-. En el tren. ¡¡En el tren!! – repitió-. Sí, sí, te oigo mal.

Entonces, entraron en un túnel.

–Mierda -dijo el capullo.

Encorvado en su asiento, entre el capullo, a su derecha, y una chica, a su izquierda, que llevaba un perfume empalagosamente dulce y que escribía un mensaje de móvil frenéticamente, Tom Bryce contuvo una sonrisa. Era un hombre guapo y afable de treinta y seis años, llevaba un traje elegante, tenía un rostro serio e infantil marcado por el estrés, y el cabello castaño oscuro le caía sin cesar sobre la frente. Se sentía languidecer en el calor sofocante, como el pequeño ramo de flores que rodaba por el portaequipajes y que había comprado para su mujer. La temperatura dentro del vagón era de treinta y dos grados y parecía aún más alta. El año pasado viajaba en primera clase, donde los vagones estaban un poquito mejor ventilados -o, como mínimo, menos repletos de gente-, pero este año tenía que ahorrar. Aunque le seguía gustando sorprender a Kellie con flores una vez a la semana.

Medio minuto después, tras salir del túnel, el capullo clavó el dedo en una tecla y la pesadilla continuó.

—¡¡¡Acabamos de pasar por un túnel!! — chilló, como si aún estuvieran dentro-. ¡¡¡Sí, increíble, joder!!! ¿Cómo puede ser que no tengan un cable o algo, ya sabes, para mantener la conexión? Dentro del túnel, ¿verdad? Algunos túneles de autopista sí que tienen, ¿no?

Tom intentó dejar de escucharle y concentrarse en los mensajes de correo electrónico de su Mac portátil, que no paraba de moverse con el traqueteo. Otro final de mierda para otro día de mierda en la oficina. Aún tenía que responder a más de cien mensajes, y con cada minuto se descargaban más. Los borraba todas las noches antes de irse a la cama: era la norma que se había impuesto, el único modo de tener el trabajo al día. Algunos eran chistes que podría consultar más tarde y otros eran archivos adjuntos escabrosos enviados por amigos suyos y que había aprendido a no arriesgarse a mirar en vagones de tren atestados de gente desde aquella vez en la que, sentado al lado de una mujer de aspecto remilgado, había abierto un archivo de PowerPoint en el que se veía a una rubia desnuda practicando una felación a un burro.

El tren traqueteaba, se sacudía, temblaba, luego vibró en golpes breves al entrar en otro túnel, ya cerca de casa. Arriba, el viento rugía por los bordes de la ventana abierta y el eco de las paredes negras aullaba con él. De repente, el vagón olía a calcetines gastados y a hollín. Un maletín se deslizó en el portaequipajes y Tom alzó la vista, nervioso, para comprobar que no iba a caerle encima o aplastar las flores. Delante, en un panel publicitario vacío colgado en la pared, encima de la cabeza de una chica regordeta y de aspecto hosco que llevaba una falda estrecha y leía la revista Heat, alguien había pintado con letras negras y torpes: «Gaviotas capuyos».

Bravo por los hinchas del fútbol, pensó Tom. Ni siquiera sabían escribir «capullos».

Le resbalaban gotas de sudor por la nuca y las costillas; más se deslizaban por todos los espacios donde aún no tenía la entallada camisa blanca pegada al cuerpo por el sudor. Se había quitado la chaqueta del traje y se había aflojado la corbata, y le apetecía quitarse los mocasines Prada, que le apretaban. Levantó la cara húmeda de la pantalla al salir del túnel y al instante, el aire cambió y se volvió más dulce, con el aroma a hierba de los Downlands; dentro de unos minutos percibiría un suave matiz a sal

procedente del canal de la Mancha. Después de catorce años de ir y volver de casa al trabajo, Tom sabía decir con los ojos cerrados cuándo estaba acercándose a Brighton.

Miró por la ventana los campos, las granjas, las torres de alta tensión, un embalse, las colinas suaves y distantes, luego volvió a centrarse en sus mensajes. Leyó y borró uno de su director de ventas, luego contestó una queja: otro cliente clave enfadado porque no le había llegado a tiempo un pedido para una gran función veraniega. Esta vez, habían sido bolígrafos personalizados; anteriormente, sombrillas de golf estampadas. Su departamento de pedidos y envíos era un desastre, en parte por culpa de un sistema informático nuevo y en parte por el idiota que lo gestionaba. En un mercado ya duro de por sí, aquello perjudicaba muchísimo a su negocio. Había perdido dos grandes clientes -los coches de alquiler Avis y los ordenadores Apple- en favor de la competencia. Genial.

El negocio estaba hundiéndose bajo el peso de las deudas. Se había expandido demasiado deprisa, se había marcado objetivos excesivamente ambiciosos. Y en casa estaba hipotecado hasta las cejas. Nunca tendría que haber dejado que Kellie lo convenciera para mudarse de casa, no cuando el mercado estaba bajando, y el negocio, en recesión. Ahora se esforzaba por mantenerse solvente. El negocio ya no daba ni para cubrir los costes indirectos. Y, a pesar de todo lo que le dijo, la obsesión de Kellie por gastar dinero no daba tregua. Casi todos los días compraba algo nuevo, principalmente en eBay, algo que según su lógica era una ganga; por lo tanto, no contaba. Y, además, le decía ella, él siempre estaba comprándose ropa cara de diseño, ¿cómo podía quejarse? Al parecer, no importaba que sólo se comprara ropa en rebajas y que tuviera que estar elegante para el trabajo.

Tom estaba tan preocupado que incluso había hablado del derroche de su mujer con un amigo que había ido a terapia por depresión después de divorciarse. Entre vodkas con martini, una bebida en la que Tom encontraba cada vez más consuelo en los últimos meses, Bruce Watts le contó que había personas que gastaban dinero compulsivamente y que se las podía tratar. Se preguntó si Kellie estaba tan mal como para solicitar una orden que la obligara a seguir un tratamiento; de todos modos, si así era, ¿cómo sacaba el tema?

El capullo comenzó de nuevo.

—¡Hola, Bill! ¡Soy Ron, sí! ¡Ron de Parts! ¡¡¡Sí, eso es!!! ¡¡¡He pensado que debería advertirte sobre...!!! Mierda. ¿¿Bill??? ¿¿Hola??

Tom alzó la mirada sin mover la cabeza. Sin cobertura. ¡Divina providencia! A veces sí que se podía creer que Dios existía. Luego, oyó el lamento de otro teléfono.

El suyo, comprendió de repente, al notar la vibración en el bolsillo de la camisa. Echó una mirada furtiva a su alrededor, lo sacó, miró el nombre de quien le llamaba y contestó tan alto como pudo.

—¡¡¡Hola, cielo!!! – dijo-. ¡¡Estoy en el tren!! ¡¡En el tren!! ¡¡Va con retraso!! – Sonrió al capullo, saboreando unos momentos de dulce y deliciosa venganza.

Mientras continuaba hablando con Kellie, bajando la voz a un tono más civilizado, el tren entró en la estación de Preston Park, la última parada antes de su destino, Brighton. El capullo, que cogió una minúscula bolsa de deporte barata, y un par de personas más se bajaron del vagón y, luego, el tren prosiguió la marcha. Hasta que colgó el teléfono unos momentos después, Tom no vio el CD en el asiento de al lado, que el capullo acababa de dejar libre.

Lo cogió y lo examinó en busca de alguna pista sobre cómo localizar al propietario. La caja era de plástico opaco, y no había ninguna etiqueta ni nada escrito. La abrió y sacó el disco plateado, le dio la vuelta y lo inspeccionó con cuidado, pero tampoco había nada. Lo cargaría en el ordenador y lo abriría para ver si le proporcionaba alguna información y, en caso contrario, decidió que lo dejaría en Objetos Perdidos. El capullo no se lo merecía, pero...

Un alto escarpe de tierra caliza se elevaba pronunciadamente a cada lado del tren. Luego, a la izquierda, daba paso a casas y a un parque. Dentro de unos momentos, entrarían en la estación de Brighton. No había tiempo para comprobar el CD; decidió echarle un vistazo en casa esa misma noche.

Si hubiera tenido el más mínimo presentimiento del impacto devastador que iba a tener en su vida, habría dejado el maldito disco en el asiento.

Capítulo 3

Entrecerrando los ojos para no deslumbrarse con el sol bajo de la tarde, Janie miró aterrorizada el reloj en el salpicadero de su Mini Cooper, luego volvió a comprobar la hora en su reloj de muñeca. Las 19.55, Dios santo.

«Casi estamos en casa, *Bins*», dijo con la voz tensa; maldijo el tráfico del paseo marítimo de Brighton y deseó haber tomado una ruta distinta. Luego, se metió una tira de chicle en la boca.

A diferencia de su dueña, el gato no tenía una cita caliente y no tenía prisa. Estaba tumbado plácidamente en su cesto de mimbre, en el asiento del copiloto del coche, mirando con aire taciturno al frente por entre las barras, enfurruñado, quizá, porque lo hubiera llevado al veterinario. Janie alargó la mano para estabilizar el cesto mientras giraba, demasiado deprisa, para entrar en su calle, luego redujo, buscando un sitio donde aparcar y esperando con todas sus fuerzas tener suerte.

Había regresado mucho más tarde de lo que había planeado, por culpa de su jefe, que la había retenido en el despacho -precisamente hoy- para que lo ayudara a preparar las notas para una reunión que tenían por la mañana con un abogado sobre un caso de divorcio especialmente amargo.

El cliente era un vago arrogante y atractivo que se había casado con una rica heredera y que ahora iba a sacarle todo el dinero que pudiera. Janie lo había despreciado desde el momento en que lo conoció, en el despacho de su jefe hacía unos meses; creía que era un parásito y esperaba, en el fondo, que no recibiera ni un penique. Jamás le había confiado su opinión a su jefe, aunque sospechaba que él sentía lo mismo.

Luego, había tenido que aguardar media hora en la sala de espera a que por fin la hicieran pasar con *Bins* a ver al señor Conti. Y no había sido en absoluto una consulta satisfactoria. Cristian Conti, joven y bastante moderno para ser veterinario, examinó largamente el bulto en el lomo de *Bins* y, luego, le realizó una revisión general. Entonces, le pidió que le llevara el gato al día siguiente para hacerle una biopsia, por lo que a Janie le entró el pánico y pensó que el veterinario sospechaba que el bulto era un tumor.

El señor Conti había hecho todo lo posible por disipar sus miedos y había enumerado las otras posibilidades, pero Janie había salido con *Bins* de la consulta temiéndose lo peor.

Más adelante, vio un pequeño espacio entre dos coches, a poca distancia de su casa. Frenó y puso la marcha atrás,

—¿Estás bien, *Bins*? ¿Tienes hambre?

En los dos años que hacía que se conocían, Janie le había cogido mucho cariño al animal anaranjado y blanco, con sus ojos verdes y larguísimos

bigotes. Había algo en esos ojos, en todo su comportamiento, en la forma en que se acurrucaba a su lado, ronroneaba, se dormía con la cabeza en su regazo cuando veía la televisión y, luego, le lanzaba una de esas miradas que parecían tan condenadamente humanas, tan adultas, tan sabias. Tenía razón quienquiera que hubiera dicho: «A veces cuando juego con mi gato, me preguntó si no será mi gato el que juega conmigo».

Dio marcha atrás para aparcar, y lo hizo fatal, luego volvió a intentarlo. Tampoco le quedó perfecto, pero tendría que bastar. Cerró el techo corredero, cogió la caja, se bajó del coche y se detuvo a comprobar la hora una vez más, por si, milagrosamente, la había mirado mal la última vez. Pero no. Ahora eran las ocho menos uno.

Sólo tenía media hora para dar de comer a *Bins* y prepararse. Su cita era un maniático del control que insistía en dictar exactamente cómo debía ir cada vez que se veían. Tenía que llevar los brazos y las piernas recién depilados; tenía que ponerse exactamente la misma cantidad de Issey Miyake en los mismos lugares; tenía que lavarse el pelo con el mismo champú y acondicionador, y tenía que maquillarse exactamente igual. Además, debía llevar hecha la depilación brasileña con una perfección microscópica.

Le comunicaba de antemano qué vestido llevar, qué joyas lucir e, incluso, en qué parte del piso quería que estuviera esperando. Iba todo en contra de su forma de ser; ella siempre había sido una chica independiente y no había permitido nunca que ningún hombre la mangoneara. Y, sin embargo, había algo en aquel hombre que la tenía enganchada. Era tosco, de la Europa del Este, de complexión fuerte y vestía ostentosamente, mientras que todos los hombres con los que había salido con anterioridad eran cultos, refinados y elegantes. Y tras sólo tres citas había caído en sus redes. El mero hecho de pensar en él la excitaba.

Mientras cerraba el coche y se daba la vuelta para dirigirse a su piso, ni siquiera se fijó en el único coche de la calle que no estaba cubierto de excrementos endurecidos de paloma y gaviota, un Volkswagen GTI negro y reluciente con los cristales tintados, aparcado a poca distancia de ella. Un hombre, invisible al mundo exterior, sentado en el asiento del conductor, la observaba a través de unos minúsculos prismáticos mientras marcaba un número en su móvil de tarjeta.

Capítulo 4

Poco después de las siete y media, Tom Bryce pasaba con su Audi deportivo plateado por delante de las pistas de tenis, luego por la zona recreativa abierta y flanqueada de árboles de Hove Park, atestada de gente paseando al perro, practicando deportes, haciendo el vago en la hierba, disfrutando de las últimas horas de aquel largo día de principios de verano.

Tenía las ventanillas bajadas y el interior del coche se llenó con suaves ráfagas de aire impregnado de olor a hierba recién cortada y la voz relajante de Harry Connick Jr., a quien adoraba, pero que a Kellie le parecía hortera. Tampoco le gustaba Sinatra. Los buenos cantantes no eran lo suyo; le gustaban cosas como el *house*, el *garage*, todos esos sonidos electrónicos con los que él no conectaba.

Cuanto más tiempo llevaban casados, menos parecían tener en común. No recordaba la última película en la que habían estado de acuerdo; el programa de Jonathan Ross los viernes por la noche era casi lo único que se sentaban a ver juntos en la tele regularmente. Pero se querían, de eso estaba seguro, y los niños estaban por encima de todo. Lo eran todo.

Este momento del día era el que más le gustaba, la ilusión de llegar a casa con la familia a la que adoraba. Y esta noche, el contraste entre el calor asqueroso y pegajoso de Londres y del tren con este momento agradable de ahora parecía incluso más pronunciado.

De mejor humor a cada segundo, cruzó la intersección con la elegante Woodland Drive, apodada la Calle de los Millonarios, con su larga hilera de espléndidas casas, muchas de ellas con vistas a un bosquecillo en la parte de atrás. Kellie anhelaba vivir allí algún día, pero de momento estaba muy por encima de sus posibilidades, y seguramente siempre lo estaría, tal como pintaban las cosas, pensó con tristeza. Siguió hacia el oeste, por el más modesto Goldstone Crescent, flanqueado a cada lado de cuidadas casas pareadas, y giró a la derecha para entrar en Upper Victoria Avenue.

Nadie sabía por qué se llamaba Upper, puesto que no había ninguna Lower Victoria Avenue. Su anciano vecino, Len Wainwright -a quien Kellie y él apodaban secretamente la Jirafa, porque medía casi dos metros quince-, había anunciado, en uno de sus muchos momentos de erudición no precisamente deslumbrante, desde el otro lado de la valla del jardín que

debía de ser porque la calle subía por una cuesta bastante empinada. No era una gran explicación, pero nadie había logrado aportar ninguna mejor.

Upper Victoria Avenue formaba parte de una urbanización de treinta años de antigüedad, pero todavía no parecía haber alcanzado la madurez. Los plátanos de la calle aún eran arbolitos altos en lugar de árboles hechos y derechos, el ladrillo rojo de las casas pareadas de dos pisos aún parecía nuevo, las vigas de madera imitación Tudor del revestimiento del tejado todavía no estaban estropeadas por la carcoma o el tiempo. Era una calle tranquila, con una pequeña hilera de tiendas en la parte de arriba, en la que vivían en su mayoría parejas jóvenes con niños, aparte de Len y Hilda Wainwright, que se habían trasladado desde Birmingham tras jubilarse siguiendo la recomendación de su médico sobre que el aire del mar haría bien al asma de Hilda. Tom opinaba que reducir los cuarenta cigarrillos que se fumaba al día tal vez habría sido mejor opción.

Metió el Audi en el estrecho espacio del garaje abierto, junto al Espace herrumbroso de Kellie, se guardó el móvil en el bolsillo y bajó del coche, con el maletín y las flores. El quiosco al otro lado de la calle aún estaba abierto, igual que el pequeño gimnasio, pero la peluquería, la ferretería y la inmobiliaria ya habían cerrado. Un poco más abajo, dos chicas adolescentes esperaban en la parada del autobús, de punta en blanco para salir de fiesta, las minifaldas tan cortas que podía ver dónde les comenzaba el trasero. Notando una clara punzada de lujuria, sus ojos se detuvieron en ellas unos instantes, recorriendo sus piernas desnudas mientras compartían un cigarrillo.

Entonces oyó que se abría la puerta de casa y que la voz de Kellie anunciaba con emoción:

—¡Papá está en casa!

Como hombre de márquetin que era, a Tom siempre se le habían dado bien las palabras, pero si alguien le hubiera pedido que describiera cómo se sentía en ese momento, todas las tardes entre semana, cuando llegaba a casa y escuchaba el saludo de las personas que más le importaban en este mundo, dudaba que hubiera podido hacerlo. Era una oleada de alegría, de orgullo, de verdadero amor. Si pudiera detener el tiempo en un momento de su vida, sería en éste, ahora, mientras estaba frente a la puerta abierta, sintiendo los fuertes abrazos de sus hijos, mirando a *Lady*, su pastor alemán, con la correa en la boca, la esperanza en su cara, golpeando el suelo con la

pezuña, moviendo como una loca el rabo del tamaño de una secuoya gigante. Y luego, ver el rostro sonriente de Kellie.

Estaba en la puerta con un peto vaquero y una camiseta blanca, la cara enmarcada por los rizos rubios, iluminada por esa sonrisa maravillosa suya. Entonces, Tom le dio el ramo de flores rosas, amarillas y blancas.

Kellie hizo lo que hacía siempre cuando le regalaba flores. Con sus ojos azules centelleantes de alegría, las giró en sus manos un momento y dijo:

–Vaya, guau. – Lo dijo como si realmente fuera el ramo más bonito que hubiera visto en su vida. Luego, se las acercó a la nariz, esa naricilla respingona que adoraba, y las olió-. ¡Guau! Vaya, ¡rosas! Mis flores preferidas en mis colores preferidos. ¡Eres tan detallista, cielo! – Y le dio un beso.

Esa noche en concreto, su beso fue más largo, más prolongado de lo normal. ¿Quizás hoy habría suerte? O quizá, Dios no lo quisiera, pensó durante un instante mientras una nube le ensombrecía el corazón, estaba preparándolo para comunicarle una nueva compra insensata que había realizado en eBay.

Sin embargo, Kellie no le dijo nada cuando entró, y Tom no vio ninguna caja, ningún envoltorio, ningún embalaje, ningún aparatejo o chisme nuevo. Y, diez minutos después, tras despojarse de su ropa pegajosa, después de darse una ducha y ponerse unos pantalones cortos y una camiseta, su humor oscilante recuperó su tendencia estable y ascendente, aunque temporal.

Max, de siete años, catorce semanas y tres días «exactos», se había aficionado a Harry Potter. También a los brazaletes de goma, y lucía orgulloso uno blanco que rezaba: «hagamos que la pobreza sea historia», y otros blancos y negros contra el racismo que decían: «Levántate. Habla».

Tom, contento de que Max se interesara por el mundo aunque no comprendiera del todo el significado de los eslóganes, se sentó en la silla junto a la cama de su hijo en el pequeño cuarto con papel de pared amarillo intenso. Le leía en voz alta, repasando los libros por segunda vez, mientras Max, enroscado en su cama, asomando la cabeza por el edredón de Harry Potter, el pelo rubio alborotado, los grandes ojos abiertos, lo absorbía todo.

Jessica, de cuatro años, tenía dolor de muelas y estaba en plena rabieta: no le interesaba ningún cuento. Sus berreos, que llegaban a través de la pared del cuarto, parecían inmunes a los esfuerzos de Kellie por tranquilizarla.

Tom terminó el capítulo, dio un beso de buenas noches a su hijo, recogió un vagón Hogwarts Express del suelo y lo dejó en una estantería junto a la PlayStation. Luego, apagó la luz y lanzó otro beso a Max desde la puerta. Entró en la habitación rosa de Jessica, un santuario al mundo de la muñeca Barbie, vio su carita enfurruñada, morada y llena de lágrimas, y recibió un abrazo de impotencia de Kellie, que intentaba leerle *El grúfalo*. Trató de calmar él mismo a su hija durante un par de minutos, en vano. Kellie le dijo que Jessica tenía una cita urgente con el dentista por la mañana.

Tom se batió en retirada, procurando no pisar dos Barbies y una grúa Lego, y bajó a la cocina, donde había un agradable olor a comida, y luego casi tropezó con el triciclo en miniatura de Jessica. *Lady*, en su capazo, royendo un hueso del tamaño de una pata de dinosaurio, volvió a mirarle esperanzada y meneó el rabo descuidadamente. Luego saltó del capazo, cruzó la habitación y rodó sobre el lomo con las patas al aire.

Se las frotó con el pie mientras la perra echaba la cabeza hacia atrás con una sonrisa atontada, la lengua cayéndole entre los dientes, y le dijo:

—Luego, guapa, te lo prometo. Luego salimos a pasear. De acuerdo. ¿Trato hecho?

La cocina fue lo que había convencido a Kellie para que compraran la casa. Los propietarios anteriores se habían gastado una fortuna en ella, todo en mármol y acero inoxidable, y después Kellie sólo había añadido todos los aparatos que podía comprar el límite de una tarjeta de crédito, que echaba humo.

A través de la ventana, podía ver el aspersor en el centro del pequeño jardín rectangular y a un mirlo en el césped, debajo del agua que caía, levantando un ala y frotándose con el pico. En la cuerda de tender la ropa colgaban minúsculas prendas de colores intensos. Debajo, en la hierba, había un patinete de plástico. En el pequeño invernadero al fondo, crecían tomates, frambuesas, fresas y calabacines que él mismo cuidaba.

Era la primera vez que intentaba cultivar algo y se sentía excesivamente orgulloso de sus esfuerzos, hasta ahora. Por encima de la verja veía la cara larga y acongojada de la Jirafa, que se asomaba. Su vecino estaba fuera a todas horas, cortando, podando, desherbando, rastrillando, regando, arriba y abajo, arriba y abajo, su cuerpo doblado e inclinado como una grúa vieja y cansada.

Luego, miró los dibujos y cuadros hechos con acuarelas y lápices de colores que cubrían casi por completo una pared -obra todo de Max y Jessica- para ver si había alguno nuevo. Aparte de Harry Potter, Max era un loco de los coches, y gran parte de su arte tenía ruedas. El de Jessica reflejaba gente rara y animales aún más extraños, y siempre dibujaba un sol que brillaba intensamente en algún lugar del dibujo. Por lo general, era una chica alegre y le afectó verla llorar esta noche. Hoy no había ninguna ilustración nueva que admirar.

Se preparó un vodka Polstar con zumo de arándanos y añadió hielo picado del dispensador de su elegante nevera americana -otra de las «gangas» de Kellie- con pantalla de televisor incorporada en la puerta, luego llevó el vaso al salón. Se debatió entre ir al pequeño invernadero, en el que ahora daba el sol, o salir fuera y sentarse en el banco del jardín, pero al final decidió ver la televisión unos minutos.

Cogió el mando a distancia y se acomodó en su suntuoso sillón reclinable -una oferta de Internet que, en realidad, se había comprado para él-, delante de la compra electrónica más extravagante de Kellie, un enorme televisor Toshiba de pantalla plana. Ocupaba media pared, por no mencionar que absorbería la mitad de sus ingresos cuando la «tregua» de las cuotas expirara dentro de un año, aun así tenía que reconocer que era increíble ver los deportes en ella. Como siempre, estaba puesto el canal de compras QVC, con el teclado de Kellie conectado encima del sofá.

Fue pasando canales, encontró *Los Simpson* y los vio un rato. Siempre le había gustado esa serie. Homer era su preferido, se identificaba con él: hiciera lo que hiciera, el mundo siempre machacaba al padre de los Simpson.

Saborear la copa le sentó bien. Le encantaba aquel sillón, le encantaba aquella estancia, con su comedor en un extremo y el ambiente de aire libre que daba el invernadero en el otro. Le gustaban las fotos de los niños y de Kellie colocadas alrededor, los cuadros abstractos enmarcados de una hamaca, y los del Palace Pier en las paredes -arte barato en el que él y Kellie se habían puesto de acuerdo-, y la vitrina con su pequeña colección de trofeos de golf y críquet.

Oyó que, arriba, los lloros de Jessica al fin remitían. Se acabó el vodka. Estaba preparándose otro cuando Kellie bajó a la cocina. A pesar de su

expresión agotada, de no ir maquillada y haber dado a luz a dos hijos, seguía estando delgada y guapa.

—¡Qué día! —dijo levantando los brazos y dibujando un arco dramático-. Creo que a mí también me vendría bien uno de éstos.

Aquello era buena señal; la bebida siempre la ponía cariñosa. Había estado cachondo todo el día de manera intermitente. Se había levantado sobre las seis de la mañana con ganas de sexo, como casi todas las mañanas, y, como siempre, había rodado hacia Kellie y se había puesto encima de ella con la esperanza de echar uno rapidito. Y, como siempre, lo había frustrado el ruido de la puerta abriéndose y los pasos de unos piecillos. Comenzaba a convencerse de que Kellie tenía un botón de alarma secreto que pulsaba para hacer que los niños entraran corriendo en el cuarto a la primera señal de intento de relación sexual.

En muchos sentidos, pensó, su vida seguía una pauta cada vez más clara: cagada tras cagada en el despacho, deudas crecientes en casa y una erección permanente.

Comenzó a prepararle a Kellie una bebida grande mientras ella removía la cazuela del pollo, y la observó, con admiración, mientras levantaba la tapa de una sartén llena de patatas a la vez que miraba algo que estaba en el horno. Se manejaba en la cocina de un modo que quedaba totalmente fuera del alcance de las capacidades de Tom.

—¿Jess ya está bien?

—Hoy va de princesita, eso es todo. Está bien. Le he dado algo que me recetó el médico para aliviarle el dolor. ¿Qué tal el día?

—Ni preguntes.

Kellie le cogió la cara entre las manos y le dio un beso.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste un buen día?

—Lo siento, no pretendo quejarme.

—Bueno, cuéntame. Soy tu mujer. ¡Puedes hablarme de ello!

Tom la miró, le cogió la cara entre las manos y le dio un beso en la frente.

—Mientras cenamos. Estás guapísima. Cada día estás más guapa.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Qué va, son tus ojos, pasa con la edad. — Luego retrocedió un paso y se señaló el cuerpo-. ¿Te gusta?

—¿Qué?

–El peto.

Por un momento, el pesimismo lo envolvió de nuevo.

–¿Es nuevo?

–Sí, ha llegado hoy.

–No parece nuevo -dijo.

–¡Es así! Es de Stella McCartney. Chulo, ¿verdad?

–¿La hija de Paul?

–Sí.

–Creía que su ropa era cara.

–Normalmente sí. Esto es una ganga.

–Claro.

Tom siguió preparando la copa, esta noche no quería discutir.

–He estado mirando en Internet ofertas para las vacaciones. Tengo las fechas de los días en que mamá y papá pueden quedarse con los niños, la primera semana de julio. ¿Te iría bien?

Tom sacó la Palm del bolsillo y consultó el calendario.

–Tenemos una exposición en el Olympia la tercera semana de julio, pero a principios de mes estaría bien. Pero tendrá que ser algo muy barato. Deberíamos quedarnos por Inglaterra.

–¡Los precios en Internet son increíbles! – dijo Kellie-. ¡Podríamos pasar una semana en España a mejor precio que si nos quedáramos en casa! Mira alguna de las páginas, las he anotado. Échales un vistazo después de cenar. Holly, la vecina del final de la calle, tiene una amiga que consiguió en Internet una semana en Santa Lucía por doscientas cincuenta libras. ¿No sería genial ir al Caribe?

Tom dejó la Palm, la abrazó y le dio un beso.

–Tenía pensado darle descanso al ordenador esta noche y concentrarme en ti.

Ella le devolvió el beso.

–No soportaría pensar en el síndrome de abstinencia que sufrirías. – Le sonrió picaronamente-. Y ponen un programa de Jamie Oliver que quiero ver. A ti no te gusta. Serías mucho más feliz si pasaras media hora arriba con tu maquinita.

–¿Adónde preferirías ir si pudiéramos permitirnoslo? – le preguntó Tom mientras le pasaba la copa.

–A donde sea que no haya niños gritones.

—¿De verdad no te importa dejarlos aquí? ¿No has cambiado de opinión? ¿Estás segura? — Kellie nunca había querido separarse de los niños.

—Ahora mismo, los vendería encantada -dijo, y se bebió la mitad de su brisa marina de un trago.

Una hora más tarde, poco después de las nueve, Tom subió a su pequeño estudio con vistas a la calle. Aún era de día; le encantaban las largas tardes de verano y, durante unas semanas más, seguirían alargándose. Alcanzaba a ver un pequeño triángulo azul del lejano canal de la Mancha, entre dos tejados de los pisos encima de las tiendas que había enfrente. Arriba, una bandada de estorninos cruzó el cielo y desapareció con la misma rapidez. El olor de la barbacoa de un vecino entró flotando por la ventana, tentándolo a pesar de que acababa de comer.

Dentro del gimnasio, vio a un pobre desgraciado haciendo pesas con el entrenador al lado. Le recordó que salvo sacar a *Lady* a dar un corto paseo por la manzana, llevaba meses haciendo muy poco ejercicio. Demasiadas comidas de negocios, demasiadas copas y ahora alguna prenda de su ropa preferida le quedaba demasiado estrecha. Kellie siempre le decía que era tonto por vivir enfrente de un gimnasio y no utilizarlo. Pero era un gasto más.

Quizá sacaría a pasear a *Lady* más tiempo durante estas magníficas tardes de verano. Tal vez volvería a nadar. Jugar a golf una vez a la semana no le rebajaba la cintura; no soportaba ver a todos esos hombres con barrigas cerveceras en los vestuarios del club de golf; se sentía incómodo al ser consciente de que le quedaba poco para ser como ellos. Como señalándose a sí mismo, se golpeó el estómago con los puños. «¡Voy a convertirte en una tableta de chocolate antes de que nos vayamos de vacaciones!»

Bebió un sorbo de su tercer vodka; ahora se sentía tranquilo, las preocupaciones del día se habían adormilado con el agradable aturdimiento causado por el alcohol. Dejó el vaso a su lado, miró la webcam en su soporte en la mesa, a través de la cual se comunicaba de vez en cuando con su hermano en Australia, luego tecleó una orden en su portátil y repasó su bandeja de entrada. Casi de inmediato, vio un mensaje de su antiguo jefe en Motivation Business, Rob Kempson, con el que seguía teniendo amistad:

Tom:

¡Mira qué melones tiene ésta!

Rob

En lugar de hacer clic, Tom sacó de su maletín el CD que el capullo se había dejado en el tren y lo insertó en su portátil. Su programa antivirus se puso en marcha, pero cuando al fin el icono del CD se estabilizó en el escritorio, seguía sin haber ninguna pista sobre su identidad. Hizo doble clic sobre él.

Unos momentos después, el escritorio se quedó en blanco. En la pantalla apareció una pequeña ventana con el mensaje:

¿Es correcta esta dirección de Mac?

Clique SÍ para continuar. NO para salir.

Dando por sentado que era un típico problema de compatibilidad entre Windows y Mac, Tom hizo clic en «Sí». Al cabo de unos momentos, apareció otro mensaje.

Bienvenido, suscriptor. Está conectándose.

Luego, aparecieron las palabras:

Una producción de Escarabajo.

Casi al instante, desaparecieron. Al mismo tiempo, la pantalla se iluminó progresivamente hasta formar una imagen granulada en color de un dormitorio, como si estuviera viéndola a través de una cámara de seguridad.

Era una habitación grande, femenina, con una cama de matrimonio pequeña cubierta con un edredón y cojines esparcidos encima, un tocador sencillo, un espejo largo y antiguo de madera que podría estar sacado de la tienda de un modisto, una cómoda de madera a los pies de la cama, un par de alfombras de pelo largo y estores bajados. Dos lámparas de mesita de noche iluminaban el cuarto y había otra fuente de luz que salía por la puerta del baño parcialmente abierta. En las paredes colgaban un par de fotografías de desnudos en blanco y negro de Helmut Newton. Enfrente de la cama había puertas de armario con espejos, y reflejada en ellos se veía una puerta que llevaba, supuso, a un pasillo.

Una mujer joven y esbelta salió del baño, ajustándose la ropa, mirando el reloj, parecía algo nerviosa. Era elegante y guapa, tenía el pelo largo y rubio, llevaba un vestido negro ceñido y un collar de perlas, y sostenía un bolso de mano como si fuera de camino a una fiesta. A Tom le recordó un poco a Gwyneth Paltrow y, por un instante fugaz, se preguntó si era ella;

entonces, la chica volvió la cabeza y vio que no, aunque se le parecía bastante.

La joven se sentó en el borde de la cama y, para sorpresa de Tom, se quitó de una patada los zapatos de tacón; al parecer, desconocía por completo la presencia de la cámara. Luego, se levantó y comenzó a desabotonarse el vestido.

Al cabo de unos momentos, la puerta de la habitación se abrió detrás de la mujer y un hombre bajito, de complexión fuerte, que llevaba un pasamontañas y vestía completamente de negro, entró y cerró la puerta con la mano enguantada. La mujer o bien no le había oído, o bien pasaba de él. Mientras el hombre caminaba por el cuarto hacia ella, la chica comenzó a desabrocharse el collar de perlas.

El hombre sacó algo escondido dentro de la chaqueta de cuero que destelló en la luz. Tom estiró el cuello hacia delante sorprendido cuando vio qué era: un estilete.

Con dos zancadas rápidas, el tipo la alcanzó, le rodeó el cuello con el brazo y le clavó el estilete entre los omóplatos. Paralizado por aquella escena surrealista, Tom vio el grito ahogado de la mujer, pero no estaba seguro de si estaba actuando o si aquello era real. El hombre sacó el estilete, que estaba lleno de lo que parecía sangre. Volvió a clavárselo, y otra vez más. La sangre salía a borbotones de las heridas.

La chica cayó al suelo. El hombre se arrodilló, le arrancó el vestido, luego cortó la tira del sujetador con la navaja, se lo quitó y la giró violentamente para ponerla boca arriba. Tenía los ojos en blanco y los grandes pechos se balancearon hacia un lado. El tipo le rajó la parte superior de las medias negras, luego se las quitó del todo, miró su cuerpo desnudo y exquisito unos momentos y entonces le hundió el estilete en la tripa justo por encima del vello púbico con depilado brasileño.

Tom se quedó mirando, asqueado, a punto de salir de la página, pero la curiosidad lo mantenía observando. ¿Estaba actuando la chica, el estilete era de juguete, la sangre que salía de su barriga era falsa? El hombre volvió a clavarle el puñal una y otra vez, salvajemente.

Entonces se abrió la puerta del estudio y Tom se sobresaltó.

Se dio la vuelta y vio a Kellie, con una copa de vino, claramente alegre. –¿Has encontrado algo bonito para nosotros, cielo? – le preguntó.

Tom se giró hacia el ordenador y cerró de golpe la tapa antes de que Kellie viera lo que había en la pantalla.

—No -dijo con voz temblorosa-. Nada, no. Yo...

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y derramó un poco de vino en el portátil.

—Ups, ¡lo *shiento*!

Tom sacó su pañuelo y lo secó. Mientras lo hacía, Kellie deslizó la mano que tenía libre dentro de su camisa y comenzó a acariciarle un pezón.

—He decidido que ya has trabajado suficiente por hoy. Ven a la cama.

—Cinco minutos -dijo-. Dame cinco minutos.

—Puede que dentro de cinco *minutosh eshté* dormida.

Tom se volvió y le dio un beso.

—Dos minutos, ¿vale?

—¡Uno! — dijo ella, y se marchó del cuarto.

—No he sacado a *Lady*.

—Ha dado un largo paseo esta tarde. Está bien, ya la he dejado salir.

Tom sonrió.

—Un minuto, ¿vale?

Ella levantó un dedo pícaro.

—¡Treinta segundos!

En cuanto cerró la puerta, Tom levantó la tapa del ordenador y pulsó una tecla para reiniciarlo. En la pantalla aparecieron las palabras:

Acceso no autorizado. Ha sido desconectado.

Durante unos momentos se quedó sentado, pensando. ¿Qué demonios acababa de ver? Tenía que ser el trailer de alguna película, tenía que serlo.

Entonces, la puerta volvió a abrirse y Kellie dijo:

—Quince segundos... o comenzaré sin ti.

Capítulo 5

Era el mejor regalo de cumpleaños que había recibido nunca, ¡en sus cincuenta y dos años de vida! Nada se había acercado tanto, ni en un millón de años; Ni el deportivo MG envuelto en un lazo rosa que Don le había regalado por su cuarenta cumpleaños (que, en realidad, no podía permitirse) ni el reloj Cartier de plata que le había regalado por los cincuenta (que sabía que tampoco podía permitirse), tampoco la preciosa pulsera de diamantes que le había regalado ayer por los cincuenta y dos. En realidad, tampoco la

semana en la clínica de adelgazamiento Grayshott Hall que sus hijos Julius y Oliver le habían regalado entre los dos: un lujo fabuloso, pero ¿acaso pensaban que tenía sobrepeso o qué?

Daba igual. A Hilary Dupont no le importaba lo más mínimo. Estaba en una nube, con sus setenta y seis kilos. Cruzó levitando la puerta e hizo sonar la correa de *Nero* mientras proclamaba para sí misma: «¿Un bolso, señor Worthing? ¿Un bolso?».

Peacehaven, el barrio residencial donde vivía, formaba parte de la zona este de Brighton, que había crecido descontroladamente. Era un sombreado amplio de calles residenciales que se extendían desde la carretera de la costa en la cima del acantilado hasta los límites con la campiña de los South Downs, ocupado densamente por casitas de una planta y casas construidas a partir de la primera guerra mundial.

A tan sólo una hilera de casas de distancia de la calle donde vivía, comenzaba una amplia extensión de tierras de labranza. Cualquiera vecino que se asomara por casualidad a la ventana poco antes de las diez de esa mañana nublada de junio habría visto a una mujer rubia obesa, pero sorprendentemente hermosa, vestida con un blusón y unos leotardos de topos, los pies calzados con unas botas de agua verdes, hablando y gesticulando para sí misma, seguida por un labrador negro bastante gordo que zigzagueaba de una farola a otra, y meaba en cada una.

Hilary dobló a la izquierda al final de la calle, siguió la curva de la carretera, vigilando cautelosamente a su perro cuando una furgoneta de reparto con ventanillas dobles pasó con un gran estruendo, luego cruzó la calle, subió hasta una verja que conducía a un campo de colza amarilla brillante.

—¡*Nero*! ¡Ni se te ocurra! ¡¡Ven aquí!! — le gritó al perro, que estaba a punto de realizar un depósito en el camino de entrada de la casa de alguien; lo hizo con una voz estentórea que podría haber silenciado a todo el estadio de Wembley.

El perro levantó la cabeza, vio la verja abierta, trotó alegremente hacia ella, luego arrancó a correr y salió disparado, colina arriba. A los pocos segundos lo había perdido de vista entre las colzas.

Hilary cerró la verja, luego volvió a repetir: «¿Un bolso, señor Worthing? ¿Un bolso?».

Estaba rebotante de felicidad, revolucionada; ya había llamado a Don, a Sidonie, a Julius, a Oliver y a su madre para contarles la noticia, la increíble noticia, la mejor noticia de su vida: la llamada que había recibido hacía tan sólo media hora de la Southern Arts Dramatic Society, para comunicarle que había conseguido el papel de Lady Bracknell, ¡el personaje principal! ¡La protagonista!

Después de veinticinco años de teatro amateur, principalmente en el Little Theatre Group de Brighton, siempre esperando que alguien la descubriera, ¡por fin le llegaba una oportunidad de verdad! La Southern Arts Dramatic Society era una compañía semiprofesional que montaba una obra al aire libre todos los veranos, primero en las murallas del castillo de Lewes, luego iniciaban una gira por todo el Reino Unido, hasta Cornualles. Era famosa; saldrían críticas en la prensa; ¡seguro que se fijarían en ella! ¡Seguro!

La única salvedad era que, Dios santo, ya comenzaba a notar los nervios. Había actuado en esa obra antes, hacía años, en un papel menor. Pero aún se sabía fragmentos de memoria.

Mientras subía la colina a grandes zancadas, rodeando el borde del campo, moviendo los brazos mientras hablaba, declamó, a voz en cuello, la que consideraba una de las frases más dramáticas y divertidas de la obra. Si lograba decirla bien, habría captado al personaje. «¿Un bolso, señor Worthing? ¿Le encontraron dentro de un bolso?»

Siguió caminando, repitiendo la frase una y otra vez, cambiando cada vez las inflexiones e intentando pensar en a quién más podía llamar para contárselo. Sólo quedaban seis semanas para el estreno, no faltaba mucho. Dios santo, ¡había tanto que aprender!

Entonces, comenzaron las dudas. ¿Y si no estaba a la altura? ¿Y si se quedaba paralizada, petrificada, delante de un público tan numeroso? Sería el final, ¡el final absoluto!

Lo haría bien; de algún modo iba a conseguirlo. Al fin y al cabo, había nacido en una familia de actores de teatro. Lo llevaba en la sangre; los padres de su madre fueron artistas de *music hall* antes de jubilarse y comprar una pensión en Brighton, cerca del mar.

Mientras levantaba las cejas y veía la siguiente colina desplegándose delante de ella a lo largo de kilómetro y medio más, y tierras de labranza anchas a cada lado rotas tan sólo por algunos árboles solitarios y

alambradas, no vio rastro de *Nero*. Soplabla una fuerte brisa, que doblaba las colzas y los tallos verdes y largos del trigo.

–¡*Nero*! Ven aquí, chico. ¡*Nero*! – gritó juntando las manos en torno a la boca.

Al cabo de unos momentos, vio una onda amplia entre las colzas, algo que se movía en zigzag, *Nero* siempre parecía incapaz de correr en línea recta. Luego, salió a la superficie y se acercó a ella saltando, llevaba algo blanco colgando en la boca.

Un conejo, pensó al principio, y esperó que al menos la pobre criatura estuviera muerta. No soportaba que trajera a un animalillo vivo, herido, y lo dejara caer con orgullo a sus pies, donde se retorció y chillaba asustado. A *Nero* le encantaba hacer eso.

–Vamos, chico, ¿que llevas ahí? ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!

Entonces, se quedó boquiabierto.

Mientras daba un paso adelante, mirando al objeto blanco inmóvil en el suelo, un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Y empezó a gritar.

Capítulo 6

A Roy Grace no le gustaba celebrar ruedas de prensa, pero era muy consciente de que la policía era un servicio público remunerado y, por lo tanto, los ciudadanos tenían derecho a estar informados. Lo que no soportaba era la interpretación que hacían los periodistas de todo. Le parecía que no estaban interesados en informar a los ciudadanos; que su trabajo era vender periódicos o atraer telespectadores u oyentes. Querían coger las noticias y presentar artículos tendenciosos, cuanto más sensacionalistas mejor.

Y si no había nada de sensacionalista en la historia, ¿por qué no tomarla con la policía? Pocas cosas captaban tanto la atención de la gente como un tufillo a negligencia policial, racismo o ineptitud. Una persecución de coches que se torcía era un tema recurrente últimamente, sobre todo si algún ciudadano resultaba herido o muerto por una maniobra de conducción temeraria de la policía. Como ayer, cuando dos sospechosos perseguidos por la policía que iban en un coche robado se habían despeñado por un puente y se habían ahogado en un río.

Y ésa era la razón por la que se encontraba ahora aquí, en la sala de prensa, delante de una mesa rectangular abierta en el centro sin sillas suficientes para todos los periodistas presentes, de espaldas a una pizarra grande, elegante y curvada, en la que estaban expuestas artísticamente cinco placas policiales sobre fondo azul, con www.crimestoppers.co.uk impreso en un lugar prominente debajo de cada una.

Calculó que habría unas cuarenta personas de medios de comunicación apretujadas en la sala -periodistas de prensa, radio y televisión, fotógrafos, cámaras y técnicos de sonido-; la mayoría le resultaban familiares, entre ellos había algunos rostros jóvenes nuevos que trabajaban para la prensa local e informaban a los medios nacionales, esperando su gran oportunidad, y algunos viejos y cansados, que sólo esperaban poder salir de ahí e irse a un pub.

A su lado, más para demostrar que la policía estaba tomándose el asunto en serio que para contribuir verdaderamente a la rueda de prensa, estaban la subdirectora, Alison Vosper, una mujer guapa pero de aspecto duro, de cuarenta y cuatro años y pelo rubio muy corto, que sustituía al director, Jim Bowen -que estaba en una conferencia-, y el superior inmediato de Grace, Gary Weston, el inspector jefe.

Weston era un hombre de Manchester de treinta y nueve años, de aspecto relajado y encanto carismático, que había sido compañero de Grace cuando ambos patrullaban las calles; todavía eran buenos amigos. Aunque tenía casi la misma edad que Grace, Weston había jugado a la política, había cultivado amistades con influencias, con los ojos puestos firmemente en labrarse una carrera como director de policía y, dadas sus aptitudes, quizás incluso el puesto más alto en la Met, pensaba Grace con un dejo de admiración, pero sin envidia.

Como era políticamente astuto, Gary Weston no iba a intervenir hoy, mejor dejar que fuera Roy Grace quien hablara, para ver si el comisario se hundía aún más en el barro.

Una reportera joven y mordaz a quien ninguno de los policías había visto antes realizó su pregunta:

—Detective Grace, tengo entendido que resultaron heridos primero una mujer en un accidente en Newhaven, luego un anciano en un choque en la carretera de circunvalación de Brighton y que, unos minutos después, un

agente de policía cayó de su moto. ¿Puede explicarnos sus razones para permitir que la persecución siguiera adelante?

—El accidente de Newhaven se produjo antes de que la policía comenzara la persecución -respondió Grace, que eligió con cuidado las palabras-. Los sospechosos secuestraron un Land Rover justo después del accidente. Luego, chocaron en un túnel con un Toyota sedán conducido por un anciano y secuestraron su vehículo. Sabíamos que al menos uno de los sospechosos iba armado y era peligroso, y que la vida de un miembro inocente de la comunidad dependía de que los capturáramos, y me pareció que los ciudadanos corrían más peligro si los dejábamos escapar, razón por la cual tomé la decisión de no perderles la pista.

—¿A pesar de que eso acabara con sus vidas? —siguió la periodista.

Su tono le enfureció y tuvo que contener el fuerte impulso de insultarla, de decirle que los dos muertos eran unos monstruos, que al haberse ahogado en un río turbio se hacía más justicia con las personas a las que habían engañado y hecho daño, con las que habían matado; era mejor que sentenciarlos a una condena patética dictada por un juez liberal de gran corazón. Pero también debía andarse con mucho cuidado y no dar a la multitud allí congregada algo que pudieran tergiversar y convertir en un titular sensacionalista.

—La investigación judicial establecerá la causa de la muerte a su debido tiempo -dijo Grace, mucho más tranquilo de lo que se sentía.

Su respuesta provocó un murmullo de enfado, un aluvión de manos levantadas y unas treinta preguntas formuladas a la vez. Mirando el reloj, aliviado al ver que el minuterero había avanzado, se mantuvo firme.

—Lo siento -dijo-, hoy no hay tiempo para más.

De vuelta en su pequeño despacho casi nuevo, en el enorme edificio art déco de dos plantas, recientemente reformado, que se había construido en la década de los cincuenta como hospital para enfermedades contagiosas y que ahora albergaba la central del Departamento de Investigación Criminal de Sussex, Grace se sentó en su silla giratoria. Como casi todo el mobiliario de la sala, estaba recién salida de su envoltorio y aún no estaba familiarizado ni se sentía cómodo allí.

Se movió en la silla un momento, jugueteó con las palancas, pero seguía sin estar cómodo. Le gustaba mucho más su antiguo despacho en la comisaría de policía de Brighton. La habitación era mayor, los muebles

viejos, pero se encontraba en el centro de la ciudad y había mucha actividad. Estas nuevas instalaciones se hallaban en un polígono industrial a las afueras de la ciudad y eran frías e impersonales. Kilómetros de pasillos largos, silenciosos, recién enmoquetados y pintados, despacho tras despacho llenos de muebles nuevos ¡y sin cafetería! No se podía conseguir una taza de té en ningún lado, a menos que te la prepararas tú mismo o la compraras en una puta máquina expendedora. No se podía conseguir un sándwich, había que caminar hasta el hipermercado Asda que había al otro lado de la carretera. Bravo por las comisiones de diseñadores.

Durante un momento, contempló con cariño su preciada colección de tres docenas de mecheros clásicos agrupados en una repisa que había entre su mesa y la ventana, y pensó que hacía semanas que su trabajo le impedía llevar a cabo uno de sus pasatiempos preferidos, algo que compartía con su mujer, Sandy y en lo que ahora encontraba un gran consuelo: recorrer los mercadillos de antigüedades y los maleteros de los coches en busca de viejos chismes.

Dominando la pared que tenía detrás, estaba el gran reloj redondo de madera que había formado parte del atrezzo de la comisaría de ficción de *The Bill* que Sandy había comprado en tiempos más felices en una subasta, para su vigésimo sexto cumpleaños.

Debajo, montada en cristal, había una trucha marrón de tres kilos trescientos gramos que había adquirido en un puesto de Portobello Road. El lugar que ocupaba debajo del reloj no era casual: le permitía utilizar un chiste viejo y manido cuando instruía a los nuevos detectives sobre la paciencia y los peces gordos.

El resto del espacio lo ocupaban un televisor y un vídeo, una mesa redonda, cuatro sillas y pilas de papeles sueltos, su bolsa de deporte con su equipamiento para la escena del crimen y pequeñas montañas de carpetas.

Cada carpeta en el suelo correspondía a un asesinato sin resolver. Se quedó mirando un sobre verde, una de cuyas esquinas estaba oscurecida por pelusilla de la alfombra. Representaba una pila de unas veinte cajas de carpetas amontonadas en un despacho, o rebosando de un armario, o encerradas, cogiendo polvo, en un garaje húmedo de la policía en una comisaría de la zona donde había tenido lugar el homicidio. Era el caso sin resolver de un veterinario gay llamado Richard Ventnor, asesinado a palos en su consulta hacía doce años.

Contenía fotografías de la escena del crimen, informes forenses, bolsas de pruebas, declaraciones de testigos, transcripciones; todo separado en fajos ordenados y atados con lazos de colores. Formaba parte de su competencia actual, hurgar en los asesinatos sin resolver del condado, actuar de enlace con la división del Departamento de Investigación Criminal donde había tenido lugar el delito, en busca de algo que hubiera podido cambiar con el transcurso de los años que pudiera justificar reabrir el caso.

Se sabía la mayoría del contenido de cada carpeta al pie de la letra: una ventaja de la memoria que lo había llevado a superar examen tras examen tanto en el colegio como en el cuerpo de policía. Para él, cada fajo representaba algo más que el fin trágico de una vida humana y que un asesino siguiera en libertad. Simbolizaba algo muy próximo a su propio corazón. Implicaba que una familia había sido incapaz de enterrar su pasado porque quedaba un misterio por resolver, porque no se había hecho justicia. Y sabía que como algunas de estas carpetas tenían más de treinta años, seguramente él era la última esperanza que les quedaba a las víctimas y a sus familiares. Ahora mismo, sólo había un caso en el que estuviera progresando realmente: el de Tommy Lytle.

Tommy Lytle era el caso sin resolver más antiguo de Grace. Cuando tenía once años, hacía ahora veintisiete, Tommy había salido del colegio una tarde de febrero, en dirección a su casa. Nadie había vuelto a verlo. En su momento, la única pista que se tuvo fue una furgoneta Morris, vista por un testigo que había tenido el aplomo de anotar la matrícula, pero no había podido relacionarse con la desaparición al propietario, un bicho raro y solitario con un historial de delitos sexuales contra menores. Y ahora, hacía dos meses, por pura coincidencia, la furgoneta había aparecido en el radar de Grace cuando la policía paró al propietario actual del vehículo, un entusiasta de los coches clásicos, por conducir borracho.

Los avances de la ciencia forense en veintisiete años eran mayúsculos. Con las modernas pruebas de ADN, los científicos forenses de la policía alardeaban, no sin razón, de que si un ser humano había estado alguna vez en una habitación, por muchos años que hubieran pasado, y si se les daba tiempo, podían encontrar las pruebas que lo demostrarían. Tan sólo una célula epidérmica que hubiera escapado a la aspiradora, o un cabello, o una

fibra de tejido. Quizás algo cien veces más pequeño que la cabeza de un alfiler. Habría un rastro.

Y ahora tenían la furgoneta.

Y el sospechoso original seguía vivo.

Los forenses habían examinado la furgoneta con microscopios, pero, de momento, como concluía un informe decepcionante del laboratorio que Grace había leído la noche anterior, no habían encontrado nada que relacionara la furgoneta con el desaparecido. El equipo forense de la escena del crimen había encontrado un cabello humano, pero el ADN no coincidía.

No obstante, hallarían algo en esa maldita furgoneta, Grace estaba decidido, aunque tuviera que inspeccionar el vehículo milímetro a milímetro él mismo con unas pinzas.

Bebió un sorbo de su botella de agua mineral e hizo una mueca al notar el sabor -o la falta de sabor-, la pura insipidez, ligeramente metálica, del líquido que bebía para intentar deshacerse del habitual galón de café que ingería al día. Luego, enroscó el tapón y se quedó mirando las nubes de lluvia que estaban formándose, compactas como el sebo, suspendidas sobre el bloque gris del tejado del Asda que había al otro lado de la calle y que ocupaba gran parte de la vista. Pensaba en mañana.

Mañana era jueves y tenía una cita -no como la última cita a ciegas desastrosa con una psicópata, concertada a través de una agencia de Internet-, sino una cita real con una mujer hermosa. Estaba deseándolo y a la vez nervioso. Estaba inquieto por qué ponerse, adonde llevarla, por si tendría suficiente que decirle.

Y estaba preocupado por Sandy, por lo que pensaría sobre que saliera con otra mujer. Sabía que era absurdo tener aquellos pensamientos después de casi nueve años, pero no podía evitarlo. Igual que tampoco podía evitar preguntarse, casi a cada momento de su vida, dónde estaba, qué le había sucedido. Si estaba viva o muerta.

Cogió la botella de Evian y bebió otro trago, después miró, por encima de los fajos de papeles descontrolados que tenía sobre la mesa, a la pantalla del ordenador y, luego, bajó la vista al fajo de periódicos de aquella mañana. El titular del que estaba encima del todo, el rotativo local *Argus*, le gritó: «Dos muertos en persecución policial».

Tiró los periódicos al suelo y repasó el último aluvión de mensajes de correo electrónico. Aún intentaba cogerle el tranquillo al nuevo *software*

Vantage para el sistema informático del cuerpo, que era mucho más fácil de utilizar que el Green-Screen al que había sustituido. Grace se sentó frente al ordenador del registro de incidentes para ver qué había ocurrido durante la noche, algo que normalmente habría hecho a primera hora, pero hoy había tenido que preparar la rueda de prensa.

No había nada fuera de lo normal, sólo los residuos de siempre de una noche y una mañana de mediados de semana en Brighton. Un puñado de atracos, allanamientos, robos de coches, un asalto a una tienda de ultramarinos que abría toda la noche, una pelea en un pub, una discusión doméstica, unos cuantos accidentes de coche -sin víctimas mortales-, un aviso en una tierra de labranza cerca de Peacehaven para investigar un objeto sospechoso. Ningún incidente grave, ningún delito importante, nada que captara su interés.

Bien. Apenas había estado en el despacho la semana anterior, aparte de unas horas que había tenido que dedicar a preparar el juicio contra un maleante de la ciudad, y necesitaba unos días para ponerse al día con el papeleo.

Sincronizó su Blackberry con el ordenador y consultó la agenda. Aún estaba despejada. Eleanor Hodgson, su secretaria -o ayudante de apoyo a la gestión, como dictaba ahora la corrección política-, había cancelado todas sus citas para dejar que se concentrara en su caso y en el juicio. Pero sabía, para su pesar, que pronto se le llenaría bastante la agenda.

Casi de inmediato llamaron a la puerta, que se abrió. Eleanor entró. Correcta y nerviosa, de cincuenta y tantos años, parecía la típica inglesa que Grace imaginaba que podía encontrarse tomando el té en casa del párroco, y no es que él hubiera ido alguna vez. Después de tres años trabajando para él, Eleanor seguía siendo indefectiblemente cortés y un poco formal, como si le diera miedo molestarle, aunque a Grace no se le ocurría por qué.

Le tendió un fajo de periódicos como si le preocupara que pudieran contaminarla.

—Oh, Roy -dijo-. Yo, mm... Son las últimas ediciones de algunos de los periódicos de la mañana. He pensado que quizás querrías verlas.

—¿Algo nuevo?

—Más de lo mismo. El *Guardian* incluye una cita de Julia Drake, de la Comisión Independiente de Quejas Policiales.

—Ya imaginaba que no tardarían mucho. Zorra farisaica de mierda.

Eleanor se estremeció al oír la palabrota, luego sonrió nerviosamente.

–Creo que todo el mundo está siendo un poco duro contigo.

Grace miró su agua, anhelando de repente una taza de café. Y un cigarrillo. Y una copa. Ya casi era la hora de comer y normalmente intentaba no beber hasta la noche, pero le daba la impresión de que hoy iba a romper esa regla. La Comisión Independiente de Quejas Policiales. Genial. ¿Cuántas horas de su vida iba a consumirle en los meses venideros? Sabía que era inevitable que intervinieran, pero tener la confirmación le pareció, de repente, que lo empeoraba todo.

Sonó el teléfono. Contestó mientras Eleanor se quedaba allí, y oyó el acento seco de Manchester del inspector jefe.

–Bien hecho, Roy -dijo Gary Weston, y sonó más que nunca como su superior-. Te has desenvuelto bien.

–Gracias. Ahora tenemos que enfrentarnos a la CIQP.

–Nos encargaremos. ¿Estás libre a las tres?

–Sí.

–Ven a mi despacho, redactaremos un informe para ellos.

Grace le dio las gracias. En cuanto colgó, el teléfono volvió a sonar. Esta vez llamaban de la sala de control de la policía. Era una funcionaria llamada Betty Mallet, que llevaba allí más tiempo de lo que recordaba.

–Hola, Roy, ¿cómo te va? – le preguntó.

–He estado mejor -contestó él.

–Tengo una petición del Departamento de Investigación Criminal de Peacehaven para que un investigador se persone de inmediato en la escena de una investigación. ¿Estás libre?

Grace se quejó en silencio. ¿Por qué no había podido llamar a otra persona?

–¿Qué puedes contarme?

–Una mujer paseaba a su perro esta mañana por una tierra de labranza entre Peacehaven y el pueblo de Piddinghoe. El perro echó a correr y volvió con una mano humana en la boca. El Departamento de Investigación Criminal ha subido hasta allí con perros de rastreo y han localizado más partes de un cuerpo, al parecer llevaba muerto poco tiempo.

Como todos los detectives, Grace tenía una bolsa de deporte de piel preparada con un traje protector, chanclos, guantes, una linterna y otros objetos esenciales del equipamiento de la escena del crimen.

–De acuerdo -dijo, mirando con resignación la bolsa en el suelo. No necesitaba aquello, no lo necesitaba en absoluto-. Indícame el lugar exacto, llegaré dentro de veinte minutos.

Capítulo 7

Se reían de él mientras subía por la calle. El Hombre del Tiempo lo sentía en los huesos, igual que alguna gente sentía el frío y la humedad. Era la razón por la que evitaba cruzar la mirada con todo el mundo.

Sentía que todos se detenían, lo miraban, se daban la vuelta, le señalaban, susurraban, pero no le importaba. Estaba acostumbrado; se habían reído de él toda la vida, a lo largo de los veintiocho años que llevaba en este planeta en concreto, que él recordara. Estaba bastante seguro de que había sido distinto en su planeta anterior, pero ellos habían bloqueado ese recuerdo.

–Viking, North Utsire, South Utsire, suroeste fuerza cuatro o cinco, arreciando ocasionalmente a noroeste fuerza cinco a siete temporalmente - se dijo a sí mismo mientras caminaba, indignado porque lo hicieran salir del despacho y tuviera que renunciar a su hora de comer-. Vientos de fuerza ocho, chubascos, amainando. Moderados o abundantes. Forties, vientos ciclónicos fuerza cinco a siete, rolando a noroeste fuerza siete a vientos intensos de fuerza nueve, amainando posteriormente a suroeste fuerza cuatro o cinco. Chubascos luego lluvias. Moderadas o abundantes - continuó.

Hablaba deprisa, en realidad no tenía la mente puesta en el pronóstico y tenía el cerebro ocupado con algoritmos para un nuevo programa que estaba diseñando para el trabajo. Haría que la mitad del sistema actual quedara obsoleto, y habría gente que se cabrearía por ello. Pero no tendrían que haber gastado todo ese dinero de los contribuyentes en un *hardware* de mierda sin saber qué estaban haciendo en primer lugar.

La vida era un aprendizaje, había que comprender cómo enfrentarse a ella. Q de *Star Trek* lo había captado: «Si no lo puedes aguantar, quizá deberías volver a casa y meterte debajo de la cama. Ahí fuera hay peligros. Es maravilloso, con tesoros para saciar deseos sutiles y burdos a la vez; pero no es para tímidos».

El Hombre Que No Era Tímido prosiguió su viaje, subiendo cuesta arriba a través de la multitud que salía a almorzar por el North Street de

Brighton, pasó por delante de un Body Shop, un Woolwich Building Society y, luego, un SpecSavers.

Delgado y de rostro pálido, era desgarrado, llevaba un corte de pelo sin gracia y el ceño fruncido en intensa concentración, tras unas gafas grandes y pasadas de moda. Vestido con un anorak beis, una camisa de nailon blanca con una camiseta de malla debajo, pantalones de franela grises y sandalias orgánicas, cargaba una pequeña mochila sobre la espalda en la que llevaba el portátil y el almuerzo. Caminaba, con los pies torcidos hacia dentro, a grandes zancadas, encorvado y con aire resuelto, como si se esforzara por avanzar contra el viento de suroeste que soplabla del Canal cada vez con más fuerza. A pesar de su edad, podría haber pasado por un jovencito insolente.

—Cromarty, Forth, Tyne, Dogger, noroeste fuerza siete arreciando a vientos intensos de fuerza nueve, amainando a suroeste fuerza cuatro o cinco, ocasionalmente arreciando a fuerza seis. Chubascos luego lluvias. Moderadas a abundantes.

Siguió recitando en voz alta el pronóstico marítimo regional actualizado para las islas Británicas emitido a las 5.55 horas, hora de Greenwich. Se los había aprendido de memoria, cuatro veces al día, siete días a la semana, desde que tenía diez años. Había descubierto que era la mejor forma de ir de A hasta B: simplemente recitar el pronóstico marítimo todo el rato, impedía que el fuego de las miradas de todo el mundo le quemara la piel.

Y había encontrado que era una buena forma de evitar que los otros niños se rieran de él en el colegio. Además, siempre que alguien quería saber el pronóstico marítimo -y era sorprendente la de veces que los otros alumnos de la escuela Mile Oak habían deseado conocerlo- era capaz de decírselo.

La información.

La información era poder. ¿Quién necesitaba dinero si tenía información? El tema era que a la mayoría de las personas se les daba fatal la información. Se les daba fatal todo, en realidad. Por eso no eran elegidos.

Se lo habían enseñado sus padres. No tenía muchas cosas que agradecerles, pero al menos tenía eso. Se lo habían machacado a lo largo de los años. «Especial. Elegido por Dios. Elegido para ser salvado.»

Bueno, no lo habían entendido bien del todo. En realidad, no era Dios, pero hacía tiempo que había renunciado a intentar explicárselo. No valía la

pena.

Pasó por delante de un salón recreativo, luego giró a la derecha en la torre del reloj hacia North Street, pasó por delante de una librería Waterstone's, un restaurante chino y un Flight-Centre, en dirección al mar. Unos minutos después, empujó las puertas giratorias del edificio de la época de la Regencia del Grand Hotel, entró en el vestíbulo y se dirigió hacia el mostrador de la recepción. Una joven que vestía un traje oscuro con una placa dorada en la solapa grabada con el nombre «Arlene» lo miró con cautela un momento, luego le sonrió diligentemente.

—¿En qué puedo ayudarle? – le dijo.

Mirando el mostrador de madera, evitando el contacto visual, se concentró en un dispensador de plástico lleno de solicitudes de American Express.

—¿En qué puedo ayudarle? – volvió a preguntarle la recepcionista.

—Mmm, bueno, sí. – Miró más intensamente las solicitudes, sintiéndose aún más indignado ahora que estaba aquí-. ¿Puede decirme en qué habitación está el señor Smith?

—¿El señor Jonas Smith? – contestó la mujer tras consultar una pantalla de ordenador.

—Mmm, sí.

—¿Le está esperando?

«Sí, claro que sí, coño.»

—Mm, sí.

—¿Me dice su nombre, señor? Llamaré a su habitación.

—Mm, John Frost.

—Un momento, por favor, señor Frost. – Descolgó un auricular y marcó un número. Unos momentos después dijo al teléfono-: El señor John Frost está en la recepción. ¿Puedo dejarle subir? – Tras una breve pausa, dijo-: Gracias. – Colgó el auricular. Luego volvió a mirar al Hombre del Tiempo-. Habitación 714, séptima planta.

Mirando las solicitudes de American Express se mordió el labio inferior y asintió con la cabeza.

—Mm, vale, sí -dijo.

Cogió el ascensor hasta la séptima planta, recorrió el pasillo y llamó a la puerta.

Le abrió el albanés, cuyo verdadero nombre era Mik Luvic, pero a quien el Hombre del Tiempo tenía que llamar Mick Brown; en su opinión, todo formaba parte de una ridícula farsa en la que todos, incluido él, tenían que llamarse por nombres falsos.

El albanés era un hombre musculoso de treinta y tantos años y rostro delgado, duro y de expresión chulesca. Era rubio y llevaba el pelo de punta. Vestía una camiseta negra con reflejos dorados, pantalones anchos azules y mocasines blancos; lucía una cadena gruesa de oro alrededor del cuello. Tenía los fuertes hombros y antebrazos llenos de tatuajes y mascaba chicle con unos incisivos pequeños y afilados que al Hombre del Tiempo le recordaron a una piraña que había visto en el acuario de la ciudad.

—Oh, hola. Vengo a ver al señor Smith -dijo el Hombre del Tiempo mirando la alfombra color verde lima.

El albanés, que en su día se había ganado la vida con la lucha ilegal a puño limpio y con la *cage fighting*, pero que ahora tenía un «curro» más cómodo, lo miró varios segundos en silencio, mascando sin parar con la boca abierta. Luego le señaló una gran suite que apestaba a puro y estaba decorada con muebles forrados de felpa imitación de la época de la Regencia y cerró la puerta deprisa cuando hubo entrado. Señalando con indiferencia la puerta abierta, el albanés dio la espalda al Hombre del Tiempo, cruzó la habitación con andares chulescos, se sentó en una silla y siguió viendo un partido de fútbol en televisión.

El Hombre del Tiempo ya había visto al albanés varias veces y todavía no le había oído hablar. A veces se preguntaba si era sordomudo, pero no lo creía. Cruzó la puerta como le habían indicado y entró en una habitación mucho mayor, en el centro de la cual el obeso señor Smith estaba sentado en el sofá, de espaldas a las cristaleras que daban al mar, concentrado en una hilera de cuatro pantallas de ordenador que tenía delante sobre la mesa del café; se mordía una uña como si royera un hueso de pollo.

Llevaba una camisa hawaiana abierta hasta el ombligo que dejaba al descubierto pliegues de piel pálida y sin vello que hacían que pareciera que tenía pechos. La parte superior de los pantalones azules se extendía por sus piernas rechonchas del tamaño del tronco de un árbol maduro. En comparación, sus minúsculos pies, calzados con unas zapatillas Gucci de terciopelo, sin calcetines, parecían delicados, como los pies de una muñeca. Su cabeza, con el pelo ondulado, inmaculadamente plateado y recogido en

una coleta corta, aún era más desproporcionada, como si perteneciera a alguien con un cuerpo veinte veces menor. Tenía tantas barbillas que hasta que abrió la boca diminuta y los músculos de alrededor entraron en juego, el Hombre del Tiempo tuvo dificultades para ver dónde terminaba la cara y dónde comenzaba el cuello.

—¿Quieres almorzar, John? —dijo Jonas Smith, con un fuerte acento de Luisiana que no transmitía ni pizca de calidez. Señaló el carrito del servicio de habitaciones, lleno de platos de sándwiches y tapas de aluminio de comida, con un dedo porcino, y la piel de alrededor de las uñas en carne viva en algunas partes.

—En realidad, llevo un sándwich —dijo el Hombre del Tiempo mirando a la alfombra color verde lima.

—Ah. ¿Quieres beber algo? Pídete algo de beber y siéntate.

—Gracias. Mm, sí, bien. No necesito..., mm, beber nada. Yo..., mm... — El Hombre del Tiempo miró la hora.

—Pues, entonces, siéntate, joder.

El Hombre del Tiempo dudó un momento, contuvo su ira y se dirigió a la silla más cercana. El americano siguió mordiéndose la uña y clavó sus ojitos redondos y brillantes en el Hombre del Tiempo, quien se quitó la mochila y se sentó en el borde de la silla; sus ojos examinaban el pelo de la alfombra como si buscara un dibujo que no estaba allí.

—¿Una coca-cola? ¿Quieres una coca-cola?

—Mm, en realidad, mm... —El Hombre del Tiempo volvió a mirar la hora—. Tengo que volver a las dos.

—Volverás cuando yo te lo diga, joder.

El Hombre del Tiempo estaba furioso. Pensó en el sándwich de tofu y soja que llevaba en una caja de plástico en la mochila, pero el problema era que no le gustaba mucho que la gente le viera comer. Respiró hondo y cerró los ojos, para mitigar la ira.

—Fisher, golfo de Helgoland, suroeste fuerza cuatro o cinco, rolando a noroeste, arreciando de fuerza seis a ocho. Chubascos. Moderados o abundantes.

Al abrir los ojos de nuevo, se fijó en un cenicero de cristal, en el que había un puro a medio fumar, apagado, sobre la mesa junto al sofá.

—¿Qué es eso? —dijo el señor Smith—. ¿Qué has dicho?

—El pronóstico marítimo. Puede que lo necesite.

El americano, cuyo verdadero nombre era Carl Venner, se quedó mirando al *freak*, bien consciente de que por un lado era un genio y por el otro le faltaban dos chips en la placa base. Un pequeño idiota hostil con un enorme problema de actitud. Podía encargarse de él; se había encargado de cosas peores en su vida. La cuestión era recordar que ahora mismo era útil, y cuando dejara de serlo, nadie le echaría de menos.

—Te agradezco que hayas venido, tras avisarte con tan poco tiempo de antelación -dijo Venner, esbozando una breve sonrisa, pero sin afabilidad en la voz.

—Mm, sí.

—Tenemos un problema, John.

—Vale, sí -dijo el Hombre del Tiempo asintiendo con la cabeza.

Se produjo un largo silencio. Notó que había alguien detrás de él, así que volvió la cabeza y vio que el albanés había entrado en la habitación y estaba en la puerta, con los brazos cruzados, mirándole. Dos hombres más se habían unido a él, flanqueándole. El Hombre del Tiempo supo que eran rusos, aunque no se los habían presentado nunca.

Parecían surgir de la nada en todas las reuniones que tenía con Venner, pero no se explicaba dónde encajaban. Eran adustos, flacos, de facciones angulosas, llevaban el pelo cortado geométricamente y elegantes trajes negros; serían una especie de socios de negocios. Siempre hacían que se sintiera incómodo.

—Me dijiste que nuestra web era inmune a los piratas informáticos -dijo el señor Smith-. ¿Quieres explicarnos entonces al señor Brown y a mí cómo puede ser que anoche alguien entrara en el sistema?

—Tenemos cinco cortafuegos. Nadie puede entrar en el sistema. Recibí una alerta automática a los dos minutos porque alguien estaba accediendo de manera ilegal y le desconecté.

—Entonces, ¿cómo pudo acceder?

—No lo sé. Estoy trabajando en ello. Al menos -añadió enfurruñado-, es lo que estaba haciendo hasta que me interrumpió y me llamó para que viniera. Podría tratarse de un problema técnico del *software*.

—Fui jefe de control de redes para Europa de la Inteligencia Militar de Estados Unidos durante once años, John. Conozco la diferencia entre un problema técnico del *software* y las huellas. Y aquí estoy viendo huellas. Echa un vistazo. — Señaló una de las pantallas de ordenador.

El Hombre del Tiempo se acercó hasta que pudo ver la pantalla. Estaba llena de hileras de dígitos, todos encriptados. Un grupo de letras estaba parpadeando. Tras examinar la pantalla unos momentos, estudió las otras tres. Luego volvió a la primera, al parpadeo continuo.

–Mm, las razones podrían ser varias.

–Sí -coincidió el americano, impaciente-, pero las he descartado. Lo que nos deja únicamente con una posibilidad: una persona no autorizada tiene el disco de un suscriptor. Así que lo que necesito que hagas es proporcionarnos el nombre y la dirección del suscriptor que lo ha perdido y de la persona que lo ha encontrado.

–Puedo darle el identificador de usuario del suscriptor, saldrá en los detalles de la conexión. Mm, en cuanto a la persona que lo encontró..., er..., mm, puede que no sea tan fácil.

–Si él pudo encontrarnos a nosotros, tú podrás encontrarle a él. – El señor Smith juntó las manos y sus labios dibujaron una sonrisa rolliza-. Tienes los recursos. Utilízalos.

Capítulo 8

Roy Grace estaba en un campo embarrado, las plantas de colza le llegaban a la cintura, se había puesto un traje de papel blanco encima de la ropa y chanclos protectores. Durante unos momentos, se quedó inmóvil bajo el viento salpicado de lluvia, observando una hormiga que recorría tenazmente la mano de la mujer que descansaba, palma abajo, entre los tallos de colza amarillo intenso.

Luego se arrodilló y olió la carne, espantando una moscarda. La mano no olía a nada, lo que le dijo que no debía de llevar mucho tiempo allí: con el calor del verano, seguramente menos de veinticuatro horas.

Años atrás, cuando era un detective novato en una escena del crimen - habían encontrado a una joven violada y estrangulada en un cementerio del centro de Brighton-, una joven periodista pelirroja y atractiva del *Argus* que rondaba frente al cordón policial se había acercado a él. Le había preguntado si sentía emociones cuando acudía a un asesinato o si bien consideraba que simplemente hacía su trabajo, igual que el resto de la gente hacía otros tipos de trabajos.

Aunque en aquella época estaba casado felizmente con Sandy, le había gustado la charla insinuante que habían mantenido y no había querido

confesarle que aquel asesinato era, en realidad, el primero al que acudía. Así que, para hacerse el hombre, le había dicho que sí, que era un trabajo, sólo un trabajo, que era así como hacía frente al horror de las escenas de los crímenes.

Ahora estaba recordando ese momento. Esa mentira de bravucón.

La verdad era que el día en que acudiera a una escena del crimen y sintiera que sólo estaba haciendo su trabajo, el día en que no le importara profundamente una víctima, sería el día que dejaría el cuerpo y se dedicaría a otra cosa. Y ese día aún estaba lejos. Quizás al final llegaba, igual que le había sucedido a su padre e igual que parecía sucederle a muchos de los veteranos del cuerpo, pero ahora mismo sentía muchísimas de las mismas emociones que tenía cada vez que llegaba a una escena del crimen.

Era una mezcla potente de miedo por lo que iba a tener que ver y el imponente peso de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros como investigador jefe: el hecho de saber que esta mujer muerta, fuera quien fuera, tenía unos padres, quizás hermanos, quizás un marido o amante, quizás hijos. Uno de sus seres queridos tendría que identificar el cadáver, y todos ellos, sumidos en un estado de dolor, tendrían que ser interrogados y descartados de la investigación.

La mano era elegante: dedos largos, uñas bien cuidadas, el esmalte rosa intenso contrastaba vistosamente con la piel, que se había vuelto del color del alabastro, excepto por una franja larga de sangre oscura y coagulada de un corte que iba del borde anterior del pulgar hasta la muñeca. Parecía una herida defensiva. Se preguntó quién era, qué clase de persona sería, qué la había conducido a aquello.

Las primeras veinticuatro horas de una investigación de asesinato eran claves. Después, las pesquisas se volvían cada vez más lentas y laboriosas. A lo largo de las horas y los días siguientes, sabía que tendría que aparcarse casi toda su vida por esta investigación. Llegaría a saber tantos detalles de la vida de la chica como pudieran proporcionarle su cadáver, su casa, sus efectos personales, su familia y sus amigos. Era probable que acabara sabiendo más de ella que cualquier otra persona que la hubiera conocido en vida.

La investigación sería invasora y, en ocasiones, brutal. La muerte por sí sola ya se encargaba bastante meticulosamente de arrebatar a alguien su dignidad, pero nada comparado con una investigación policial forense. Y

siempre existía la sensación inquietante de que el alma de la persona muerta pudiera -sólo pudiera- estar observándole.

—Creemos que la mano ha salido de allí, Roy.

La figura corpulenta de Bill Barley, el inspector de la división de East Downs, que aún parecía más fuerte con su traje blanco hinchado por el viento, estaba a su lado, señalando con un dedo enguantado en látex un lugar en el campo que había acordonado diligentemente. Varios miembros del SOCO, también con trajes blancos, estaban ocupados levantando una tienda blanca cuadrada.

Más allá, al borde del campo donde había aparcado, Grace vio que otro vehículo se unía al grupo de coches de policía oficiales y camuflados, la furgoneta de los perros policía, la del fotógrafo y el camión alto y cuadrado del Vehículo de Incidentes Graves, que lo empequeñecía todo.

Aún no se había requerido la presencia de la furgoneta negra del juez de instrucción. Tampoco se había notificado a la prensa, pero el primer reportero no tardaría en llegar. Igual que las moscardas.

Barley era un verdadero veterano, de cincuenta y pico años, con un acento campechano de Sussex y un rostro rubicundo surcado de venas rotas. A Grace le impresionó la rapidez con la que había acordonado la zona. La peor pesadilla era llegar a una escena del crimen y que los agentes inexpertos ya hubieran pisoteado la mayoría de las pruebas. El inspector parecía tener la escena totalmente controlada.

Barley tapó la mano con una tela gruesa, luego Grace lo siguió, pisando cuidadosamente sus huellas para contaminar lo menos posible el terreno, mirando cada pocos momentos a un pastor alemán de la policía que saltaba con gracia en la distancia por entre la colza, hasta que llegaron a la zona donde se concentraba la mayor parte de la actividad. Grace vio de inmediato por qué. En el centro, aplastando una pequeña área del cultivo, había una bolsa de basura negra grande y arrugada, con tiras rasgadas sacudidas por una ráfaga de viento y varias moscardas revoloteando alrededor.

Grace saludó con la cabeza a uno de los agentes del SOCO, Joe Tindall, a quien conocía bien. A sus casi cuarenta años, Tindall siempre había tenido el aspecto de un científico chiflado, con una mata de pelo sin brillo y gafas de culo de botella, pero desde que se había enamorado de una chica mucho más joven había cambiado de imagen. Ahora, dentro de su traje blanco con

capucha, lucía la cabeza totalmente rapada, una fina tira vertical de vello de medio centímetro de ancho que empezaba en el centro del labio inferior y le llegaba al centro de la barbilla, y gafas rectangulares a la última con cristales azulados. Parecía más un traficante de drogas que un cerebritito.

–Buenos días, Roy. – Tindall lo saludó con su tono sarcástico habitual-. Bienvenido a «Las mil y una cosas que pueden hacerse con una bolsa de basura un miércoles por la mañana en Peacehaven».

–Has ido de compras, ¿verdad? – le preguntó Grace, señalando la bolsa negra.

–Es increíble lo que se puede comprar hoy en día con los puntos Nectar -dijo Tindall. Luego se arrodilló y, con mucho cuidado, abrió la bolsa de basura.

Roy Grace llevaba diecinueve años en la policía, los últimos quince los había pasado investigando delitos graves, en su mayoría asesinatos. Aunque todas las muertes lo perturbaban, ya no había muchas cosas que lo impactaran de verdad; sin embargo, el contenido de la bolsa de basura sí lo hizo.

Contenía un torso de lo que había sido claramente una mujer joven y bien formada. Estaba cubierto de sangre coagulada, el vello púbico tan apelmazado que no podía distinguir el color, y casi cada centímetro de su piel había sido perforado salvajemente con algún instrumento afilado, seguramente un cuchillo, pensó. No había cabeza y le habían cortado las cuatro extremidades. Junto con el cuerpo, en la bolsa había un brazo y las dos piernas.

–Dios santo -dijo Grace.

Incluso a Tindall se le había agotado el sentido del humor.

–Ahí fuera hay un cabrón muy enfermo.

–¿Todavía no ha aparecido la cabeza?

–Siguen buscando.

–¿Han llamado a un patólogo?

Tindall espantó un par de moscardas. Llegaron algunas más y Grace las apartó con la mano, enfadado. Las moscardas -o las moscas azules- podían oler la carne humana en descomposición a ocho kilómetros de distancia. A falta de un contenedor sellado, era imposible mantenerlas alejadas de un cadáver, aunque a veces eran útiles. Las moscardas ponían huevos, de los que salían larvas que se convertían en gusanos y luego en moscardas. Era

un proceso que duraba sólo unos días. En un cadáver que llevaba semanas oculto, era posible calcular cuánto tiempo llevaba muerta la persona a partir del número de generaciones de infestación de larvas de insecto.

—Supongo que alguien habrá llamado a un patólogo, ¿verdad, Joe?

Tindall asintió.

—Sí, Bill.

—¿Nadiuska? — preguntó Grace, esperanzado.

Había dos patólogos del Ministerio del Interior a los que solían enviar a las escenas de los crímenes de esta zona, porque vivían razonablemente cerca. El favorito de la policía era Nadiuska de Sancha, una española escultural descendiente de aristócratas rusos que estaba casada con uno de los cirujanos plásticos más importantes de Gran Bretaña. Era popular no sólo porque era buena en su trabajo, y extremadamente eficiente, sino también porque era una delicia mirarla. A sus casi cincuenta años, aparentaba tranquilamente diez años menos; si la destreza de su marido tenía algo que ver o no, era un tema de debate constante entre todos los que trabajaban con ella, y alimentaba aún más las especulaciones el hecho de que siempre llevara cuello alto, fuera verano o invierno.

—No, por suerte para ella, a Nadiuska no le gustan los apuñalamientos múltiples. Es el doctor Theobald. Y también está de camino un cirujano de la policía.

—Ah -dijo Grace, intentando que la decepción no se reflejara en su rostro.

A ningún patólogo le agradaban las heridas de un apuñalamiento múltiple, pues había que medir cada una minuciosamente. Nadiuska de Sancha no sólo era un regalo para la vista, era divertido trabajar con ella: le gustaba coquetear, tenía un gran sentido del humor y trabajaba deprisa. En cambio, estar con Frazer Theobald era, por consenso general, tan divertido como los cadáveres que examinaba. Y era lento, tan lento que exasperaba; no obstante, su trabajo era meticuloso e impecable.

Y, de repente, por el rabillo del ojo, Grace vio el cuerpo diminuto del hombre. Vestía todo de blanco y agarraba su gran bolsa. Se acercaba a ellos a grandes zancadas por el campo, su cabeza encapuchada apenas sobrepasaba los tallos de colza.

—Buenos días a todos -dijo el patólogo, y estrechó las manos enguantadas de los tres.

El doctor Frazer Theobald tenía unos cincuenta y cinco años. Era un hombre de complexión robusta que medía poco menos de metro y medio, tenía los ojos marrones, pequeños y brillantes, y lucía un bigote grueso a lo Adolf Hitler debajo de una napia con forma de Concorde; tenía una mata de pelo hirsuto, áspero y despeinado. No habría necesitado mucho más que un gran puro para asistir a una elegante fiesta de disfraces como un Groucho Marx pasable. Pero Grace dudaba que Theobald fuera el tipo de hombre que contemplara alguna vez asistir a algo tan frívolo como una elegante fiesta de disfraces. Lo único que sabía sobre la vida privada de aquel hombre era que estaba casado con un doctorado en Microbiología y que su principal forma de esparcirse era ir a navegar solo en su lancha hinchable.

—Entonces, comisario Grace -dijo clavando los ojos primero en los restos que había dentro de las tiras ondeantes de la bolsa de basura, luego en el suelo de alrededor-, ¿puede ponerme al corriente?

—Sí, doctor Theobald. — Siempre mantenía las formalidades con el patólogo durante la primera media hora, más o menos-. De momento, tenemos este torso descuartizado de lo que parece una mujer joven con múltiples heridas de arma blanca. — Grace miró a Barley como buscando confirmación y el inspector le relevó.

—La policía de East Downs ha recibido una llamada de emergencia esta mañana de una mujer que paseaba a su perro. El animal ha encontrado una mano humana, que hemos dejado donde estaba. — El inspector señaló-. He acordonado la zona y los perros policía la han rastreado y descubierto estos restos de aquí. No los he tocado más que para abrir la bolsa.

—¿No hay cabeza?

—Aún no -dijo el inspector.

El patólogo se arrodilló, dejó su bolsa en el suelo y, retirando con cuidado la bolsa de basura, examinó los restos en silencio durante unos momentos.

—Necesitamos de inmediato un análisis de huellas y otro de ADN para ver si podemos conseguir una identificación positiva -dijo Grace.

El policía miró colina abajo a través del campo hacia las calles de casas. Detrás, a kilómetro y medio más o menos de distancia, vio el agua gris del canal de la Mancha, que apenas se distinguía del gris del cielo.

—También deberíamos iniciar un interrogatorio puerta por puerta en la zona -prosiguió Grace dirigiéndose al inspector-, pedir informes de

cualquier suceso sospechoso que haya tenido lugar en los últimos dos días. Comprobar si hay personas desaparecidas en esta zona. Si no las hay, ampliar la búsqueda a todo Brighton y luego a Sussex. ¿Hay cámaras de seguridad, Bill?

–Sólo en algunas tiendas y otros negocios.

–Asegúrate de que se los informa de que conserven todas las cintas correspondientes a los siete últimos días.

–Enseguida.

–¿Alguna idea de cómo han podido llegar aquí estos restos? – preguntó Grace señalando el suelo-. ¿Marcas de neumáticos?

–Tenemos un rastro de pisadas. Algún tipo de botas gruesas, a juzgar por el dibujo. Parecen profundas. Creo que debieron de cargar con ella -dijo Bill Barley, que señaló una franja estrecha de terreno con colzas entre dos bandas de cinta de la policía colocadas a cierta distancia.

Theobald había abierto la bolsa y examinaba con cuidado la mano ensangrentada.

«¿Quién es? – quería saber Grace-. ¿Por qué la han asesinado? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?» La ira hervía en su interior.

Ira y algo más.

Era el conocimiento espantoso, al que se negaba siempre a hacer frente, de que el destino de esta joven podría haber sido también el de su propia esposa. Sandy había desaparecido de la faz de la Tierra hacía nueve años y, desde entonces, no había habido rastro de ella. Podrían haberla matado y haberla dejado tirada en algún lugar. Quizá la habían asesinado y descuartizado salvajemente. Era fácil deshacerse de un cadáver y asegurarse de que nunca jamás iban a encontrarlo, había docenas de formas de hacerlo.

Y era eso lo que ahora le inquietaba. Alguien se había molestado en despedazar a aquella chica y cortarle la cabeza. Pero si de verdad hubiera querido complicar su identificación, también se habría llevado las manos.

Entonces, ¿por qué no lo había hecho?

¿Por qué había dejado sus restos aquí, en medio de este campo, donde seguro que no tardarían en descubrirlos? ¿Por qué había hecho eso en lugar de cavar por lo menos una tumba poco profunda?

¿Podía ser que quienquiera que la hubiera matado deseaba que la encontraran?

Capítulo 9

Kellie, vestida con un chándal morado, se puso en cuclillas en el suelo del salón, el teclado en el regazo, apoyada en el sofá, mientras se zampaba un tubo de Pringles de sal y vinagre. No era el almuerzo más sano precisamente, pero eran bajas en grasas, así que no afectarían a su figura, pensó.

Conectada a Internet, se quedó mirando el brazalete de cristal púrpura de Swarovski en la pantalla del televisor, luego hizo doble clic sobre la imagen para agrandarla. Con un sentimiento de culpa, pensó en lo bien que combinaría con el conjunto que llevaba puesto. Un poquito chabacano, quizás, un poco macarra. Pero la bisutería de Swarovski tenía clase, sin duda; le encantaban sus artículos. El PVP recomendado eran 152 libras, y la oferta más alta por el momento ascendía sólo a 10,75 libras. ¡Y sólo quedaban tres horas y cuarenta y dos minutos para que acabara la subasta!

¡Era una ganga! Realizó una oferta de doce libras. Su economía apenas lo notaría; además, si podía conseguirlo por un precio cercano a ése, dentro de unas semanas podría revenderlo por una cantidad superior ¡y obtener beneficios!

Se quedó mirando la pantalla varios minutos más y no aparecieron más pujas. Por el momento, todo marchaba bien. Alargó la mano, cogió la botella de Smirnoff -una de su alijo secreto, que escondía de Tom en el fondo del cajón de la ropa interior en el dormitorio-, desenroscó el tapón y bebió sólo un pequeño sorbo. Sólo era el tercer trago de la mañana, se dijo racionalizándolo, obviando el hecho de que la botella era nueva y ahora faltaba un tercio.

Fuera, llovía a cántaros. *Lady* entró alegremente en la habitación, con la correa en la boca, ladeó la cabeza y lloriqueó.

—Quieres salir, ¿verdad, guapa? Tendrás que esperar a que deje de llover, ¿vale?

La perra volvió a gimotear, más fuerte.

Kellie dejó la botella y levantó el brazo. *Lady* se acurrucó a su lado, luego rodó torpemente sobre su lomo.

—Eres la típica hembra, ¿verdad? — le dijo cariñosamente Kellie, arrastrando las palabras. El vodka estaba atenuando la depresión del mediodía-. Sólo quieres que te toquen las tetas.

Acarició la panza de la perra unos momentos, luego deslizó el brazo alrededor de su cuello y le dio un beso en la cabeza, inhalando el olor fuerte y cálido del pelo del animal.

–Te quiero, *Lady*.

Al oír ruido fuera, *Lady* se levantó de repente de un salto, gruñó y se puso a rondar por el recibidor. Ladró y, unos momentos después, Kellie oyó el golpe de la gatera en la cocina cuando *Lady* salió corriendo al jardín, sin duda a perseguir a algún pájaro que se había atrevido a aterrizar en el césped.

Su puja en eBay seguía sin respuesta.

Algún día comprendería estas subastas por Internet. Hacía un par de semanas había salido un artículo en el *Daily Mail*, que había recortado y guardado, sobre todas las personas que habían ganado un dineral vendiendo cosas en eBay. Había intentado decirle a Tom -pero él no pareció entenderlo- que lo único que hacía era intentar ganar dinero para ellos, a su manera. Pero no se le daba nada bien. Aunque lo conseguiría; le pillaría el tranquillo.

Luego miró la botella. ¿Tal vez sólo un traguito más?

Cerró los ojos y pensó: «¿Qué coño me pasa? ¿Qué pasa con mi vida? ¿Tengo unos genes de mierda?».

Kellie pensó en sus padres. Su padre con todos sus sueños, al que adoraba, se veía ahora incapacitado para salir de casa debido a un párkinson avanzado a la temprana edad de cincuenta y ocho años. Recordó todos los negocios que había emprendido cuando ella era pequeña y que habían fracasado. Había conducido un taxi en Brighton y había creado un servicio de alquiler de limusinas. Se había ido a pique. Había comprado una franquicia para vender una bebida natural que iba a reportarle una fortuna. Les había costado la casa.

Su madre había complementado los ingresos familiares trabajando duro muchas horas en el aeropuerto de Gatwick, promocionando perfumes en el duty free, hasta que había tenido que dejarlo para cuidar a su padre. Ahora vivían, en un estado de miedo permanente a vándalos, ladrones y atracadores, en un piso en Whitehawk, el barrio de viviendas de protección oficial más peligroso de Brighton. Hacía dos días, cuando fue a visitarlos, dejó el viejo Espace fuera durante una hora. Cuando salió, vio que le habían robado los tapacubos.

Recordó el día que conoció a Tom, en la fiesta del vigesimo-primer cumpleaños de una amiga de la escuela de Magisterio de Brighton. Le había impresionado lo mucho que le recordaba a su padre, al padre que quería recordar, al hombre de aspecto noblemente juvenil con un encanto inmenso, pasión por la vida y gran entusiasmo. Tom tenía tanta visión, tantos planes increíbles y, al contrario que su padre, todo muy bien pensado. Quería ganar experiencia trabajando para una de las empresas de mayor éxito de su campo y luego crear la suya.

Y ella había creído en él. Le había parecido imposible que Tom fracasara. A sus amigos les cayó bien de inmediato. Sus padres lo adoraban. Kellie se había enamorado esa noche. Dos noches después, se había acostado con él, en su diminuto apartamento en un sótano cerca del paseo marítimo de Hove, con un CD de Scott Jopling sonando una y otra vez durante horas. Desde entonces, apenas habían pasado una noche separados.

Durante los primeros años de su matrimonio, todo fue fenomenal. Tom creó su propio negocio y prosperó de verdad. Se mudaron a un piso mayor, y luego a la casa donde ahora vivían. Las cosas comenzaron a ir mal cuando dejó su empleo de maestra de la escuela de primaria poco después de que naciera Max. Empezó a aburrirse cada vez más, luego sufrió una larga depresión posparto. Le costaba pasarse todo el día en casa con un bebé, mientras Tom se marchaba temprano a Londres y volvía tarde, normalmente demasiado cansado para hablar. No sería siempre así, le prometió él. Tan sólo necesitaba dedicarle tiempo ahora, para invertir en su futuro.

Luego nació Jessica, y se repitió la misma lucha solitaria. Además, el negocio de Tom se complicó. Trabajaba aún más horas y hablaba menos con ella. Kellie comenzó a llevar a Max al colegio e hizo un montón de amistades nuevas. Todas las otras mujeres parecían tener maridos de éxito, ropa increíble, coches bonitos, casas elegantes, vacaciones maravillosas.

Todo este asunto de eBay, que Tom no parecía entender, había comenzado por intentar ayudarle. De acuerdo, algunas cosas las compraba para ella, pero principalmente eran gangas que adquiría con la intención de revender y obtener beneficios.

De todos modos, parecía que nunca conseguía pujas que se acercaran a los precios que había pagado ella.

Había otra razón para gastar, tanto en eBay como en el canal de compras QVC, que nunca podría contarle a Tom: encubrir las cuarenta

libras semanales que cogía del dinero para la casa para costearse el vicio del vodka.

Tan sólo era una etapa, una forma de superar el estrés. No era alcohólica, se decía. Sólo hacía frente, a su modo, a una pequeña crisis que estaba atravesando. Como para convencerse, cogió el Argus y buscó la sección de ofertas de empleo. Sería la mejor solución, encontrar algo de media jornada. Contribuir a la economía familiar, como mínimo. Además, podría obtener dinero para comprar alcohol de vez en cuando, aunque, en realidad, no lo necesitara.

Le sonó el móvil. Estaba en la cocina, donde lo había dejado.

Maldiciendo, se puso en pie con dificultad y salió de la habitación, tambaleándose un poco. Miró la pantalla, vio que era su mejor amiga, Lynn Cottesloe, y contestó.

—Hola, ¿cómo *eshtás*? —dijo, consciente de que arrastraba un poco las palabras.

—Estoy en el restaurante Orsino. ¿Dónde estás tú?

—Oh, no, mierda -dijo Kellie-. Lo... *shiento*.

—¿Te encuentras bien?

«Mierda -pensó Kellie-. ¡Mierda, mierda, mierda!» Se había olvidado por completo de que hoy había quedado para comer. Miró la hora: la una y cuarto.

—Kellie, ¿estás bien?

—¿Bien? ¿Yo? Claro -dijo alegremente.

Capítulo 10

En la habitación estrecha que hacía las veces de despacho en Londres y salón de exposición de BryceRight Promotional Merchandise Limited, Tom Bryce estaba sentado a su mesa, triste, las mangas de la camisa arremangadas y la corbata a media asta. Estaba temblando y pensaba en volverse a poner la chaqueta. Maldito clima inglés. Ayer el calor era casi insoportable, hoy hacía un frío horrible.

El lugar daba la imagen correcta; estaba en una zona de moda y aunque no era grande, la habitación tenía unas proporciones elegantes con grandes ventanas y conservaba el estuco original en el techo. Había el espacio justo para las mesas de los cinco, una sala de espera que también era la zona de

exposición de productos y, al fondo, una cocina pequeña detrás de un tabique.

El nombre de la empresa había sido idea de Kellie. Un poco cursi, pensó en su momento, pero como ella señaló, era un nombre que la gente recordaría con facilidad. BryceRight suministraba regalos de empresa y ropa de promoción para negocios y clubes. Su línea de productos iba desde bolígrafos, calculadoras, alfombrillas para ratones y juguetes de escritorio para ejecutivos hasta camisetas, gorras de béisbol, ropa deportiva y trofeos, todo sobreimpreso.

Después de graduarse en la escuela de Negocios de Brighton, Tom había trabajado para una de las empresas más importantes del sector, Motivation Business, y luego, diez años atrás, animado por Kellie, se había hipotecado hasta el cuello y había montado su propio negocio. Había operado desde su estudio y los dos dormitorios libres de su casa hasta poco después de nacer Max, momento en el que había acumulado el capital suficiente para arrendar este local prestigioso, aunque pequeño, al lado de Bond Street, así como un almacén cerca de Brick Lane en el este de Londres.

Durante los seis primeros años el negocio prosperó. Era un vendedor nato, caía bien a sus clientes, todo marchaba como una seda. Luego tuvo lugar el 11 de septiembre y durante dos días el teléfono no había sonado. Y desde entonces, parecía que no había vuelto a sonar con regularidad.

Tenía contratados a cuatro vendedores, dos trabajaban aquí en Londres, uno en el norte de Inglaterra y otro en Escocia. Además, su secretaria, Olivia, estaba en este despacho, igual que su auxiliar administrativa, Maggie, que se encargaba de las relaciones con los clientes y de buscar proveedores. Tenía cuatro empleados más en el almacén: alguien que cursaba los pedidos, un supervisor de control de calidad y dos personas que recibían y mandaban los productos. Y era allí donde tenía muchos problemas, seguramente porque no pasaba el tiempo suficiente en el almacén.

BryceRight tenía una cartera de clientes de primera, con algunas de las casas más importantes. Suministraba a Weetabix, Land Rover, Legal and General Insurance, Nestlé, Grants of Saint James's, además de a muchos otros clientes menores.

Durante los primeros años, le encantaba ir a trabajar y, durante un tiempo, disfrutó del reto que supuso el 11 de septiembre, pero más

recientemente, con el último bajón económico y la competencia cada vez mayor, la facturación había caído en picado hasta el punto de que ya no ganaba el dinero suficiente para cubrir los gastos indirectos. Estaba perdiendo clientes en favor de la competencia, los que le quedaban realizaban pedidos menores y últimamente una serie de cagadas le habían hecho perder aún más clientela.

La bandeja de entrada de su mesa estaba llena de facturas, algunas tenían más de noventa días. Una vez más, a final de mes iba a tener que hacer malabarismos entre los cobros y las deudas para asegurarse de que no le devolvieran los cheques de las nóminas. Y, como siempre, a esa ecuación también se sumarían las compras de Kellie.

Su mujer le sonreía desde el marco de plata que tenía sobre la mesa, junto a Max y a Jessica, los tres habían reaccionado a algo que había dicho el fotógrafo. Era una gran fotografía, con un enfoque suave favorecedor, que les daba un toque ligeramente irreal. Mirándola con cariño, le pidió a Dios que por un tiempo no le diera más sorpresas desagradables.

¿Cómo le daría la noticia si tenían que vender la casa y recortar gastos? E irse, ¿dónde? ¿A un piso? ¿Cómo podría decirles a Max y Jessica que quizá ya no tendrían jardín?

Miró por su ventana del segundo piso a través de la lluvia hacia las ventanas del otro lado de la calle. Conduit Street era estrecha y los edificios altos hacían que pareciera un barranco. Incluso cuando hacía sol, en su despacho daba siempre la sombra.

Miró abajo y vio el torrente de personas que iban a almorzar, el mar de paraguas y las hileras de coches, taxis y furgonetas que esperaban en el semáforo para cruzar la intersección con Bond Street. En concreto, se quedó mirando un Bentley Continental granate nuevo. Desde que habían salido al mercado había anhelado tener uno, pero ahora el abismo que le separaba de algo tan caro parecía tan grande como el que distanciaba a un caracol en la valla de su jardín del planeta Marte.

Masticó desconsoladamente su sándwich de atún y maíz tierno con pan de centeno. La combinación de atún y maíz tierno no lo volvía loco y no le gustaba el sabor fuerte de la alcaravea del centeno, pero esta mañana se había levantado más decidido que nunca a comer sano, y se suponía que esta cosa era baja en grasas, baja en todo. Habría preferido mil veces su sándwich de siempre de beicon y huevo, o de cheddar y pepinillo. El colmo

había sido que Kellie lo llamara «barrilete» anoche en la cama, pinchándole juguetonamente la barriga.

Miró la primera página de la revista comercial Promociones e Incentivos y vio que uno de sus competidores, cuyo negocio estaba floreciendo, se preparaba para salir a bolsa. Se preguntó cuál sería su secreto. ¿Qué diablos habían hecho tan bien que él había hecho tan mal?

Dio otro mordisco y miró al técnico informático, Chris Webb, un hombre de cuarenta años, lacónico, de pelo lacio, que llevaba un pendiente y al que llamaba para que le solucionara todos los problemas informáticos - y que le trataba como si fuera un niño retrasado-, mientras hurgaba con un destornillador en las entrañas de un Mac portátil. Cada pocos minutos, Tom miraba la pantalla en blanco, esperando contra todo pronóstico que resucitara.

Y pensando en lo que había visto anoche.

No había podido quitarse de la cabeza la imagen de la chica apuñalada y había generado una pesadilla tan real que se había despertado gritando a las tres de la mañana. Debía de ser una película o una especie de trailer de alguna película.

Pero, por algún motivo, parecía muy real, joder.

—Me temo que has perdido los datos, colega -dijo Chris Webb, con una alegría insufrible.

—Ya, es lo que te he dicho -dijo Tom-. Necesito que los recuperes.

Mientras el técnico se ponía otra vez con la máquina, Tom, que se sentía perdido sin su ordenador e incapaz de concentrarse en la revista, contempló las exposiciones de algunos de los productos de su empresa, y pensó que todos estaban ya un poco vistos, llevaban allí demasiado tiempo, necesitaban agudizar el ingenio.

Examinó el escaparate de cristal de Team Jaguar, que exhibía un anorak, una gorra de béisbol, un polo, un bolígrafo, un llavero, guantes de conducir, una corbata y un pañuelo de cabeza, todo en los colores distintivos de Jaguar. Habían producido diseños más nuevos que deberían estar expuestos ahí, pensó. Luego centró su atención en otro escaparate de alfombrillas para ratones, bolígrafos, calculadoras y paraguas con el logotipo de Weetabix. Este también había que actualizarlo.

Olivia, su secretaria, una joven atractiva de veintitantos años que saltaba de una crisis sentimental a otra, entró en la habitación con una bolsa del

Pret a Manger, el móvil pegado a la oreja, enfrascada en una conversación. Detrás de su mesa vacía, estaba sentado su mejor vendedor, Peter Chard, que vestía uno de sus elegantes trajes de marca, el pelo lacio y brillante, la viva imagen del actor Leonardo DiCaprio, absorto en una revista de coches y comiendo con un tenedor unos fideos de lata. A la mesa de al lado estaba sentado Simon Wong, nacido en Hong Kong, un hombre callado y ambicioso de treinta años que estaba ocupado rellenando un formulario de pedidos. Era de un cliente nuevo, se trataba de un pedido decente; una pequeña alegría, pensó Tom.

Un teléfono comenzó a sonar. Olivia, que seguía hablando por el móvil, parecía ajena a él. Peter y Simon tampoco parecieron oírlo. Maggie había salido de la oficina a comer.

–¡¡Que alguien coja el puto teléfono!! – gritó Tom.

Su secretaria levantó un brazo para disculparse y se dirigió a grandes zancadas a su mesa.

–Bueno, vuelve a contarme exactamente qué pasó -dijo Chris Webb, que parecía exasperado, como si se dirigiera al tonto de la clase.

Los dos vendedores miraron a Tom.

–He encendido el ordenador en el tren esta mañana y no arrancaba. Se ha muerto -contestó.

–Arranca bien -dijo el técnico-, pero no hay datos, ¿no? Por eso no aparece nada en la pantalla.

–No lo entiendo -dijo Tom, que bajó la voz para intentar perder audiencia.

–No hay mucho que entender, colega. Se ha borrado la base de datos.

–No es posible-dijo Tom-. Quiero decir que... Yo no he hecho nada.

–O bien entró un virus o un pirata informático.

–Creía que en los Mac no entraban virus.

–Hiciste lo que te dije, ¿verdad? Por favor, dime que sí. ¿No lo conectaste al servidor de la oficina?

–No.

–Menos mal. Te habría destrozado toda la base de datos.

–Entonces, hay un virus.

–Ahí dentro tienes algo. El *hardware* no está afectado. Me parece increíble que fueras tan estúpido, mira que poner un CD que encontraste en el tren. ¡Por Dios, Tom!

Tom miró tras él. El resto del equipo parecía haber perdido interés.

—¿Qué quieres decir con eso de estúpido? Es un ordenador, ¿no? Es lo que hace. Tiene un *software* antivirus completo, que instalaste tú.

Reproduce los CD. Tendría que ser capaz de reproducir cualquier CD.

Webb levantó el disco.

—He hecho una lectura, lejos de cualquier máquina que pudiera dañar. Es *spyware*, reconfigura el *software* e introduce sabe Dios qué cosas en el sistema. ¿Lo encontraste en un tren?

—Anoche.

—Te lo tienes bien merecido por no dejarlo en Objetos Perdidos de inmediato.

A veces Tom no podía creer que le pagara a este tipo para que lo ayudara.

—Muchas gracias. Sólo quería ayudar; pensé que podría encontrar una dirección a la que poder mandarlo.

—Sí, bueno, la próxima vez que te pase, envíamelo a mí y yo le echaré un vistazo. Bueno, aparte de esto, ¿has abierto algún documento adjunto que no reconocieras?

—No.

—¿Estás seguro?

—No lo hago nunca, me advertiste de que no lo hiciera, hace años. Sólo los que me llegan de gente que conozco.

—¿Porno?

—Chistes, porno, lo habitual.

—Te sugiero que te pongas condón la próxima vez que navegues por Internet.

—No tiene gracia.

—No era un chiste. Has cogido un virus muy peligroso; es sumamente agresivo. Si te hubieras conectado al servidor de la oficina esta mañana, lo habrías borrado todo, incluyendo los ordenadores de tus compañeros. Y la copia de seguridad.

—Mierda.

—Buena palabra -dijo Chris-. Ni yo mismo lo habría expresado mejor.

—Entonces, ¿cómo me deshago de él?

—Pagándome mucho dinero.

—Genial.

–O puedes comprarte un ordenador nuevo.
–Tú sí sabes cómo animarme, ¿verdad?
–Quieres hechos y te los doy.
–No lo entiendo. Creía que en los Mac no entraban virus.
–No es habitual, pero hay algunos flotando por ahí. Puede que simplemente tuvieras mala suerte. Pero lo más probable es que fuera el CD. Aunque existe otra posibilidad, claro. – Miró a su alrededor, encontró la taza de té que había dejado hacía un rato y bebió un trago.
–¿Y cuál es? – preguntó Tom.
–Podría ser alguien que estuviera cabreado contigo. – Al cabo de un momento, Webb añadió:- Qué corbata más fardona que llevas.
Tom bajó la vista; era de color lavanda con caballos plateados. De Hermés. Kellie la había comprado hacía poco por Internet en alguna oferta por liquidación; ésa era su idea de ahorrar.
–Está en venta -dijo él.

Capítulo 11

Poco después de las cuatro y media de la tarde, después de tres horas de examen meticuloso, Frazer Theobald, el patólogo del Ministerio del Interior decidió que los restos desmembrados de la joven que yacían bajo el toldo en el campo de colza azotado por la lluvia ya habían revelado casi todo lo que podían desvelar allí.

Completó la técnica primitiva, pero efectiva, de adherir celo en cada centímetro de su piel con la esperanza de que quedaran pegadas más fibras, recogió con unas pinzas unas pocas depositadas en su vello púbico, las metió en bolsas y luego, recorrió con la mirada una vez más las partes del cuerpo y el terreno alrededor, concentrándose intensamente, comprobando una vez más que no se le pasaba nada por alto.

Grace habría preferido que el patólogo fuera directamente al depósito de cadáveres y realizara la autopsia esta tarde, que era lo normal, pero Theobald le informó disculpándose de que ya se había comprometido con una autopsia en Hampshire, donde se había producido una muerte sospechosa en un velero.

En un mundo ideal, todas las autopsias de las víctimas de asesinato se llevarían a cabo in situ, ya que al moverlas se corría el peligro de perder alguna prueba vital, quizás invisible a simple vista. Pero un campo

embarrado, azotado por el viento y la lluvia no constituían un mundo ideal. Pocas veces los cadáveres se hallaban en lugares aptos para una autopsia. Algunos patólogos preferían pasar un tiempo mínimo en la escena del crimen y regresar al ambiente laboral relativamente agradable del depósito de cadáveres. Pero el doctor Frazer Theobald no era de éstos. Podía quedarse en una escena hasta bien entrada la noche, toda la noche en realidad si era necesario, antes de anunciar que estaba satisfecho y que los restos estaban listos para que los llevaran al depósito.

Grace miró la hora. En parte, tenía la mente puesta en la cita de mañana por la noche. Estaría bien acabar hoy antes de que cerraran las tiendas. Sabía que no debía pensar aquello, pero, durante años, su hermana, y todo el mundo, le había dicho que viviera la vida. Por primera vez desde que Sandy había desaparecido, había encontrado una mujer que le interesaba de verdad, pero le preocupaba que su fondo de armario fuera una mierda, y necesitaba ropa de verano nueva. Luego intentó dejar de pensar en la cita y concentrarse en el trabajo.

Aún no habían encontrado la cabeza de la joven. Roy Grace había llamado a un asesor de búsqueda de la policía y ya habían llegado varias furgonetas policiales llenas de agentes, muchos de ellos especiales, que habían iniciado un rastreo en línea de la zona. La lluvia torrencial dificultaba la velocidad y un helicóptero que volaba bajo cubría una zona ligeramente más amplia. Sólo los pastores alemanes de la policía, saltando en la distancia, parecían ajenos a los elementos. Para disgusto del granjero, un cordón de sesenta policías, con chaquetas fluorescentes de un amarillo aún más intenso que el cultivo, pisoteaba sistemáticamente cada centímetro cuadrado de su campo.

Grace había pasado la mayor parte del tiempo al teléfono, organizando el rastreo, disponiendo un área de trabajo para el equipo que reuniría en el centro de investigaciones, obteniendo del ordenador de la policía de Sussex un nombre clave para el caso y escuchando los perfiles de un puñado de mujeres jóvenes cuya desaparición se había denunciado en los últimos días. En un radio de ocho kilómetros, tan sólo había un informe de desaparición que pudiera preocuparlos seriamente, tres más dentro de Sussex y otros seis en todo el sureste de Inglaterra.

De momento, el taciturno doctor Theobald había sido incapaz de darle una descripción muy precisa de la joven, aparte de que tenía el pelo castaño

claro, dato que había extraído del color de su vello púbico, y de que tendría unos veintitantos años, tal vez poco más de treinta.

Había cuatro mujeres que encajaban con esta descripción.

Grace tenía muy presente la nefasta estadística de que en Inglaterra desaparecían 230.000 personas al año, y que el noventa por ciento de las que aparecían lo hacían al cabo de unos treinta días. A más del treinta por ciento de esas 230.000 nadie volvía a verlas nunca. Normalmente, sólo los niños y los ancianos provocaban una acción inmediata. Para los informes de todos los demás desaparecidos, la policía esperaba, por lo general, un mínimo de veinticuatro horas, y normalmente más, dependiendo de las circunstancias.

Todas las investigaciones de personas desaparecidas tocaban la fibra sensible del alma de Roy Grace. Cada vez que se planteaba un nuevo caso se estremecía en silencio.

Sandy era una persona desaparecida. Se había esfumado de la faz de la Tierra el día en que él cumplió treinta años, hacía casi nueve años; nadie la había vuelto a ver.

No había pruebas de que la mayoría de esas 70.000 personas que se habían evaporado hubieran muerto. La gente desaparecía por un montón de razones. Principalmente, para romper con la familia: un marido o una mujer que se marchaba, niños que se escapaban de casa; problemas psiquiátricos. Sin embargo, algunas -y Roy Grace no soportaba reconocerse aquello a sí mismo- entraban en esa lista por una razón mucho más siniestra: o las habían asesinado o, más excepcionalmente, las habían retenido contra su voluntad. De vez en cuando, salían a la luz casos truculentos, en el Reino Unido y en casi todos los demás países del mundo, de gente secuestrada durante años, a veces décadas. En ocasiones, en sus peores y más oscuros momentos de desesperación, imaginaba que un maniaco tenía a Sandy encadenada en un sótano en alguna parte.

Seguía creyendo que estaba viva, fuera cual fuera el motivo de su desaparición. Durante los últimos nueve años, había consultado a casi más médiums de los que recordaba. Cada vez que oía hablar de un médium con buena reputación, iba a verle. Siempre que uno visitaba Brighton y actuaba en público, Grace estaba entre los asistentes.

Durante todo ese tiempo, ninguno, ni uno solo, había afirmado estar en contacto con su esposa muerta, o tener un mensaje de ella.

Grace no tenía una fe inquebrantable en los médiums, no más que en los médicos o en los científicos. Tenía una mentalidad abierta. Creía en la máxima de uno de sus personajes de ficción favoritos, Sherlock Holmes: «Cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda, por muy improbable que pueda parecer, es la verdad».

El pitido del móvil interrumpió sus pensamientos. Miró la pantalla, pero era un número oculto, seguramente sería un compañero, se trataba de una práctica estándar entre policías.

–Roy Grace -respondió.

–¡Eh, perro viejo! – dijo una voz familiar.

–Vete a la mierda, estoy ocupado -dijo Grace con una sonrisa.

Después de tres horas intentando mantener una conversación con el miserablemente callado doctor Frazer Theobald, era agradable escuchar una voz amiga. El sargento Glenn Branson era muy amigo suyo. Habían trabajado juntos de manera intermitente durante varios años y era la primera persona a quien había reclutado para el equipo que iba a investigar este asesinato.

–Tú también puedes irte a la mierda, viejo. Mientras tú holgazaneas con un segundo brandi en la mano después de un largo almuerzo, yo me parto la espalda haciendo tu trabajo.

El desagradable sabor de un sándwich de sardina y tomate, el almuerzo que a Grace le parecía haber ingerido hacía siglos, aún perduraba en su recuerdo.

–El azar debería ser algo bueno -dijo él.

–Anoche vi una película buenísima: *Serpico*. Al Pacino interpreta a un policía que investiga a agentes corruptos en la policía de Nueva York. ¿La has visto? – Branson era un gran cinéfilo.

–La vi hace unos treinta años, cuando estaba en la cuna.

–Es del 73.

–Las películas tardan en llegar a tu cine, ¿verdad?

–Muy gracioso. Deberías volver a verla, es muy buena. Al Pacino, qué tío.

–Gracias por una información tan valiosa, Glenn -dijo.

Salió de debajo del toldo y se alejó para que no pudieran oírle el patólogo, un fotógrafo de la policía, llamado Martin Pile, y Dennis Ponds, el jefe de prensa de la policía de Sussex, que acababa de llegar y esperaba a

que Grace le informara para hablar con la prensa. Sabía por experiencia que en esta fase de una investigación importante lo mejor era decir poquísimo. Cuanta menos información publicara la prensa sobre lo que se había encontrado, el estado del cuerpo o partes del cuerpo y la ubicación, más fácil sería descartar llamadas de chiflados y de gente que sólo les haría perder el tiempo; más fácil sería distinguir cuándo la persona que llamaba tenía información auténtica.

Al mismo tiempo, la policía tenía que reconocer que era prudente mantener una buena relación laboral con los medios de comunicación, aunque en el caso de Grace ésta se había avinagrado rápidamente durante las dos últimas semanas. Lo habían puesto en ridículo en las noticias de hoy por la muerte de dos sospechosos, y la semana pasada se habían ensañado con él por admitir ante el tribunal, durante un juicio por asesinato, que había consultado a un médium.

—Estoy en una colina bajo la puta lluvia. ¿En qué ayuda eso a nuestra investigación?

—En nada, es por tu educación. Sólo ves mierdas.

—No tiene nada de malo ver *Mujeres desesperadas*.

—Y que lo digas, yo vivo con una. Pero tengo información para ti.

—¿Ah, sí?

—Una abogada en prácticas... Una asistente de abogado. Acaba de llegar.

—Vaya, eso sí que es una gran pérdida -dijo Grace con sarcasmo.

—¿Sabes, tío? Estás enfermo.

—No, soy sincero.

Como a la mayoría de sus compañeros policías, a Roy Grace no le gustaban los abogados, en especial los penalistas, para quienes la ley sólo era un juego. Todos los días, los policías arriesgaban su vida para intentar detener a delincuentes; sus abogados se ganaban muy bien la vida intentando burlar la ley y ponerlos en libertad. Grace sabía que había que proteger a los inocentes detenidos, por supuesto. Pero Glenn todavía estaba al principio de su carrera, aún no llevaba el tiempo suficiente en la policía. No había visto a suficientes desechos humanos que eludían la justicia gracias a abogados listos.

—Sí, bueno. Hoy no ha ido a trabajar. Una de sus amigas ha ido a su piso. No está. Están muy preocupados.

—¿Y? ¿Cuándo la vieron por última vez?

—Ayer por la tarde, en el trabajo. Tenía una reunión con un cliente importante esta mañana y no ha ido. No ha llamado. Su jefe dice que no es normal en ella. Se llama Janie Stretton.

—Tengo una lista con cuatro nombres más, Glenn. ¿Qué hace que ésta sea especial?

—Sólo es una corazonada.

—¿Janie Stretton?

—Sí.

—La añadiré a la lista.

—Ponla en primer lugar.

La lluvia le estaba empapando el traje y le resbalaba por la cara. Grace regresó a cubierto bajo el toldo.

—Aún no tenemos la cabeza -dijo-, y me da la impresión de que no vamos a encontrarla por una muy buena razón. Ya hemos realizado un análisis de huellas, que ha dado negativo. Vamos a mandar muestras a los laboratorios de Huntingdon para que realicen un análisis prioritario de ADN, pero tardarán un par de días.

—La he encontrado -dijo Glenn Branson-. Me apuesto lo que quieras.

—¿Janie Stretton? — dijo Grace.

—Janie Stretton.

—Seguramente estará en la cama, tirándose a un abogado que cobre tres mil libras la hora.

—No, Roy -insistió el sargento-. Creo que la tienes ahí delante.

Capítulo 12

OceanofPDF.com

Tom pasó la tarde en las oficinas de un cliente nuevo importante, Polstar Vodka, recortando los precios -y el margen de beneficio- al máximo para evitar que la competencia se hiciera con el negocio. Con la desventaja añadida de no tener con él su portátil, se sentía desanimado ante un pedido de cincuenta mil copas de martini grabadas y de posavasos plateados sobreimpresos que, en un principio, confió que le reportarían unos buenos beneficios. Ahora tendría suerte si cubría costes. Al menos era facturación para enseñar al banco, pero era terriblemente consciente de lo que rezaba el dicho: «La facturación es vanidad, los beneficios son sentido común».

Con suerte, esperó poder generar un negocio más rentable en el futuro.

Regresó a la oficina un poco antes de las cinco y se tranquilizó al ver que su portátil volvía a funcionar, aunque fuera pagando siete horas del caro tiempo de un técnico informático que no podía permitirse. La mesa de Peter Chard estaba vacía y Simon Wong estaba al teléfono; Maggie también estaba ocupada hablando por teléfono. Olivia le llevó un fajo de cartas para que las firmara.

Se ocupó de ellas y luego centró su atención en Chris Webb, quien había logrado recuperar algunos datos. El técnico le explicó la actualización del sistema que había realizado y el nuevo *software* antivirus que había instalado, por más dinero, por supuesto. Pero seguía sin poder explicar de dónde venía el virus que había borrado la base de datos, si no era del disco que Tom había encontrado en el tren, que iba a llevarse a casa para seguir analizándolo.

Después de que Chris se marchara, Tom dedicó media hora a ponerse al día con el correo electrónico. Luego, por curiosidad, abrió su navegador Internet Explorer e hizo clic en la barra de direcciones, que le mostró todas las páginas web que había consultado en las últimas veinticuatro horas. Había un par de visitas a Google, varias a ask.co.uk y una a Railtrack, de cuando había buscado el horario de los trenes de ayer. También había una a la página de Polstar Vodka, que había visitado ayer para informarse sobre la reunión de esta tarde. Luego, aparecía una que no reconoció en absoluto.

Era una larga y compleja sucesión de letras y barras. Chris Webb se había despedido diciéndole que no debía entrar en ninguna página desconocida, pero Tom ya llevaba muchos años utilizando Internet y sabía bien cómo funcionaba. Sabía que podía entrarle un virus por abrir un archivo adjunto, pero no aceptaba que pudiera entrarle uno por visitar una

web. Cookies, sí. Sabía que muchos negocios de Internet utilizaban el truco poco honesto de enviar una cookie cuando te conectabas a su página. La cookie se almacenaba en tu sistema y les informaba de todo lo que consultabas después en Internet. De ese modo, podían crear perfiles de los clientes en su base de datos y averiguar qué productos interesaban a la gente. Pero ¿un virus? Imposible.

Entró en la dirección.

Casi al instante, apareció el siguiente mensaje en la pantalla:

Acceso denegado. Intento de conexión no autorizado.

—¿Necesitas algo más hoy Tom?

Alzó la vista. Olivia, con el bolso en la mano, estaba junto a su mesa.

—No, puedes irte, gracias.

Estaba sonriendo.

—Tengo una cita. ¡Tengo que ir a la peluquería!

—¡Buena suerte!

—Es director de márketing de un grupo editorial de revistas. Podría surgir algo.

—¡Ve a por él!

—¡Lo haré!

Tom volvió a mirar la pantalla e hizo clic de nuevo en la dirección.

Al cabo de un momento, volvió a aparecer el mismo mensaje.

Acceso denegado. Intento de conexión no autorizado.

Más tarde, aquella misma noche -después de tomarse un martini más largo de lo normal, cenar y beberse casi toda una botella de un chardonnay australiano de Margaret River que estaba especialmente rico, en lugar del habitual par de copas-, Tom se sentó en su estudio, encendió el portátil, consultó el correo electrónico y se puso a trabajar. Cada pocos minutos, recibía más mensajes.

Tenía dos seguidos que contenían nuevos pedidos aceptables, lo cual le complació. Uno era del director de márketing de uno de sus clientes más importantes, para agradecerle personalmente su contribución a que su reciente cincuenta aniversario fuera un éxito.

Se sentía muy alegre y echó un vistazo al resto de los mensajes; archivó alguno, borró otros y contestó otros. Luego, recibió uno.

Estimado señor Bryce:

Anoche accedió a una página web que no estaba autorizado a visitar. Ahora lo ha intentado otra vez. No nos gustan las visitas sin invitación. Si informa a la policía de lo que vio o intenta acceder otra vez a la página, lo que está a punto de pasarle a su ordenador le pasará a su mujer, Kellie, y a su hijo, Max, y a su hija, Jessica. Mire con atención, luego medítelo bien.

Sus amigos de Producciones Escarabajo.

Antes de que tuviera tiempo siquiera de comprender aquellas palabras, desaparecieron de la pantalla. Luego, el resto de los mensajes también comenzaron a desaparecer, como si los disolviera el ácido.

Al cabo de un minuto, quizá menos, mientras observaba con impotencia, su cerebro demasiado paralizado para pensar en apagar el aparato, todo lo que había en su ordenador desapareció.

Tocó las teclas. Pero no había nada, sólo una pantalla en blanco, fundido en negro.

Capítulo 13

Muchos policías apodaban a Dennis Ponds, el jefe de prensa de la policía de Sussex, «el Plasta». Se filtraban demasiadas historias a los medios de comunicación y el sospechoso principal siempre era su departamento.

Había sido periodista y parecía más un operador de bolsa de la City que un jefe de prensa. Con cuarenta y pocos años, el pelo negro y liso peinado hacia atrás, cejas grandes y con vida propia, y una predilección por los trajes elegantes, tenía la ardua tarea de mediar en las relaciones cada vez más frágiles entre la policía y los ciudadanos.

Mientras bebía de la botella de agua mineral, Roy Grace lo miró desde su mesa, y sintió empatía por aquel hombre. Ponds no tenía la confianza de muchos policías y la prensa siempre sospechaba de sus motivos. No era un trabajo en el que cualquiera pudiera salir ganando. Un jefe de prensa de la policía había acabado en un sanatorio; otro, Grace lo recordaba bien, andaba todo el día echando tragos de una petaca.

Ponds acababa de dejar toda la colección de periódicos de la mañana sobre la mesa de Grace y ahora estaba sentado delante de él, retorciéndose las manos.

—Al menos hemos logrado que no salga en portada, Roy -dijo disculpándose, levantando las cejas como dos cuervos preparados para alzar

el vuelo.

Habían tenido suerte; un artículo sobre Carlos y Camila ocupaba la mayor parte de la portada. Era un reflejo de los tiempos modernos que el torso sin cabeza quedara relegado a unas pocas líneas en las páginas interiores de algunos periódicos y que no se mencionara en absoluto en otros. Pero, como en la media página del *Daily Mail* abierta delante de él, el titular «Dos muertos en una persecución policial» había salido en todos y cada uno de los periódicos nacionales.

—Has hecho lo que has podido -dijo Grace; a diferencia de muchos de sus compañeros, el comisario reconocía la importancia de las relaciones públicas.

—Has llevado bien la rueda de prensa -dijo el Plasta-. Lo mejor que podemos hacer es añadir la historia del torso hoy. He convocado una conferencia para las dos. ¿Te va bien?

—Listo para machacarlos -replicó Grace.

—¿Puedes adelantarme algo para ofrecerles?

Grace jugueteó con el tapón de la botella, enroscándolo, luego volviéndolo a desenroscar.

—No hemos obtenido ninguna identificación positiva a partir de las huellas. Estamos a la espera de un informe de ADN del laboratorio. Mientras tanto, estamos comprobando las listas de desaparecidos.

—¿Vamos a decirles que no hay cabeza?

—Todavía no quiero que lo sepa nadie. Sólo voy a decir que el cuerpo presenta graves mutilaciones, lo que dificulta la identificación.

—Creía que yo era el único que adulteraba la verdad por vosotros.

Grace sonrió.

—Es obvio que has sido un buen profesor.

—¿Alguna pista importante? — preguntó Ponds, arqueando las cejas como alas en pleno vuelo.

—Vamos, Dennis. Ahora pareces tú el periodista.

—Me gustaría darles algo con lo que puedan entretenerse.

—Hay varias identificaciones positivas posibles.

—Sí, pero he oído que la más probable es una chica de Brighton, una abogada en prácticas. ¿Es cierto?

—¿Dónde has oído eso? — le preguntó Grace, asombrado por la información.

El jefe de prensa se encogió de hombros.

—Es lo que corre por ahí.

—¿Por dónde? ¿Quién coño te lo ha dicho?

Ponds miró fijamente al comisario.

—Tres periodistas distintos ya han llamado a mi despacho.

Grace recordó la conversación de la tarde anterior con Branson, por el móvil, cuando Glenn especuló con quién podría ser la joven. ¿Los había escuchado alguien? Era casi imposible: los nuevos teléfonos enviaban señales digitalizadas, codificadas.

—¿Quién coño ha hablado con ellos? — dijo Grace, cuya ira aumentaba en su interior, señalando con la botella al techo-. Dennis, esa chica muerta, sea quien sea, tiene una familia. Quizás un marido, una madre, un padre, hijos, que la querían. No estamos en situación de ponernos a especular.

—Ya lo sé, Roy, pero tampoco podemos mentir a la prensa.

—Mira, ¿no puedes entender que todos aquellos que tengan a un ser querido que haya desaparecido y que encaje con su descripción van a aferrarse a cada palabra impresa, a todo lo que se diga en televisión o por la radio? — dijo Grace pensando como siempre en Sandy-. No me dedico a dar esperanzas a la gente, sino a encontrar a criminales.

Dennis Ponds escribía frenéticamente en un bloc de taquigrafía.

—Eso es bueno -dijo-. Esa última frase. ¿Puedo utilizarla en nuestro comunicado de prensa?

Grace se quedó mirando un momento al hombre. Qué típico era eso de un responsable de prensa. Frases que quedaran bien en un titular. En realidad, era lo único que quería Ponds. Asintió y miró la hora; quería pasarse por el centro de investigaciones y dar instrucciones a su equipo. Luego, tenía que asistir a la autopsia, que sería a las diez.

Había otro motivo por el que deseaba presenciar la autopsia, y no tenía nada que ver con la pobre joven cuyos restos el patólogo seguía descuartizando en estos momentos. Tenía que ver con otra joven del depósito, con la que tenía una cita esta noche.

Debajo de la montaña de papeles que tenía sobre la mesa, estaba la revista para hombres *FHM*. Grace tenía la esperanza de poder arañar unos minutos esta mañana para echar un vistazo a la revista y ver las últimas tendencias en moda masculina. Glenn Branson seguía burlándose de su ropa, de su peinado, incluso de su maldito reloj. Su fiel y viejo Seiko -que

le había regalado Sandy- era demasiado pequeño, al parecer, demasiado de «ayer»; emitía señales equivocadas sobre él. Seguramente incluso daba mal la hora.

¿Cómo diablos se podía ser moderno? ¿A sus casi treinta y nueve años valía la pena siquiera intentarlo? Entonces pensó en Cleo Morey, y notó una especie de vuelco en el estómago por la emoción. Y sí, se dio cuenta de que sí. Valía muchísimo la pena.

Dennis Ponds se quedó cotorreando durante lo que pareció una eternidad, pero Grace lo soportó porque sabía que en este momento necesitaba tener a Ponds de su lado, y aquélla era una buena forma de forjar vínculos. Además, Ponds le comentó un rumor interesante sobre la jefa, la subdirectora, Alison Vosper, y luego se quejó del inspector jefe Gary Weston, el superior inmediato de Grace, quien, dijo Ponds, parecía más interesado en las carreras de caballos y en los canódromos que en supervisar, y que la gente comenzaba a notarlo y a hablar.

Fuera cual fuera la verdad, no era inteligente por parte de su ambicioso jefe permitir que su reputación se mancillara. Como amigo, tal vez debiera decirle algo, pero ¿cómo? Y, además, Grace sabía -pero no quería reconocérselo a sí mismo- que a veces sentía celos del estilo de vida de Gary Weston, de su adorable familia, de sus modales naturales, de su ascenso fluido de rango a rango. Intentaba recordar quién había dicho que «Cada vez que un amigo mío triunfa, muere algo dentro de mí». Porque, lamentablemente, era verdad.

Por fin, Dennis Ponds se fue. Cuando la puerta se cerró, Grace cogió la revista y comenzó a hojearla. Al cabo de unos minutos, regresó el pesimismo. Había veinte looks distintos en veinte páginas diferentes. ¿Cuál le daría un aspecto moderno y elegante para la cita? ¿Y cuál le haría parecer un perdedor?

Sólo había un modo de averiguarlo, pensó, resignándose a un grave desprestigio.

Capítulo 14

Grace se marchó del despacho y pasó por el área de las ayudantes de apoyo a la gestión, donde Eleanor estaba instalada junto a otras tres AAG. Juntas, esas cuatro mujeres proporcionaban el refuerzo necesario a todos los

jefes del Departamento de Investigación Criminal, a excepción de Gary Weston, que tenía su propia ayudante a tiempo completo.

Una de las cosas que no le gustaban del edificio era su uniformidad impersonal. Quizás era simplemente porque lo habían reformado hacía poco o quizá porque estaba lejos de la ciudad, pero el edificio parecía estéril. No tenía agujeros en las paredes a causa de las refriegas con los maleantes o con alguien que tuviera prisa con un objeto metálico; por su parte, las moquetas no estaban raídas ni los techos manchados de nicotina, como pasaba en la mayoría de las comisarías de policía. Las ventanas no tenían los cristales agrietados, no había sillas rotas ni mesas inestables -toda la pátina del uso que daba carácter a un lugar-, aunque no fuera siempre un carácter grato, había que reconocerlo.

Eleanor tenía un ramillete de violetas sobre su mesa en un gracioso jarrón de porcelana, una fotografía de sus cuatro hijos, pero, curiosamente, ninguna de su marido, un sudoku a medias, arrancado de un periódico, y su fiambarrera de plástico.

Alzó la vista con su sonrisa nerviosa habitual, una rebeca colgada pulcramente del respaldo de su silla. Después de varios años trabajando juntos, había ciertas cosas que Eleanor sabía hacer automáticamente. Una era despejar su agenda cuando era el investigador jefe de un caso importante.

Le informó brevemente de las tres reuniones de comité cuya asistencia había cancelado: una en procedimientos internos, otra en la junta de revisión de casos sin resolver de los cuerpos policiales combinados del Reino Unido y una tercera en el programa de encuentros del equipo de rugby de la policía de Sussex.

Luego, Grace recibió una llamada en el móvil de Emily Gaylor, de la Unidad de Juicios de Brighton, la administradora de la acusación en el juicio contra Suresh Hossain, para decirle que definitivamente no iban a necesitarle hoy en el juzgado. Hossain era un delincuente inmobiliario acusado de asesinar a un competidor.

Cogió su maletín con la revista *FHM* bien guardada dentro y cruzó la zona abierta, con su moqueta verde flanqueada de mesas que albergaban al personal de apoyo de los jefes del Departamento de Investigación Criminal. A su izquierda, a través de una ancha extensión de cristal, podía ver el

interior del impresionante despacho del inspector jefe Gary Weston. Por una vez, Gary estaba dentro, dictándole algo a su ayudante.

Cuando alcanzó la puerta al fondo de la sala, Grace acercó su tarjeta de seguridad al ojo gris Interflex, luego empujó la puerta para abrirla y entró en un pasillo silencioso con moqueta gris que olía a recién pintado. Pasó por delante de un tablón de anuncios de fieltro rojo, en el que se leía «Operación Lisboa»; debajo había una fotografía de un hombre oriental, con barba rala, rodeada de varias fotos, cada una con un círculo rojo, en la playa rocosa al pie de los altos acantilados de Beachy Head, un lugar emblemático de la ciudad. Habían hallado al hombre sin identificar al pie del acantilado hacía cuatro semanas. Al principio, supusieron que se trataba de otro suicida, hasta que la autopsia reveló que ya estaba muerto cuando cayó.

Grace dejó a su izquierda el despacho del equipo de investigación externo, donde los detectives requeridos para casos importantes montaban su base de operaciones mientras duraban las pesquisas, luego una puerta a la izquierda, con la placa «Investigador Jefe», que sería el despacho temporal al que se trasladaría para esta investigación. Justo enfrente, había una puerta con la placa «MIR Uno» y la cruzó.

El MIR Uno y el MIR Dos eran los centros neurálgicos de los casos importantes. A pesar de las ventanas opacas demasiado altas para asomarse, el Uno, con sus paredes blancas recién pintadas, era espacioso, tenía luz y transmitía energía positiva. Era su sala preferida en todo el edificio. Si bien en otras partes de Sussex House echaba de menos el bullicio caótico de los centros de investigaciones con el que había crecido, esta sala parecía una central eléctrica.

Tenía un aire casi futurista, como si pudiera albergar tranquilamente el Centro de Control de Misiones de la NASA en Houston. Era una habitación en forma de «L» dividida en tres áreas de trabajo principales, cada una con una mesa larga y curva para ocho personas, con pizarras blancas enormes; una, «Operación Cormorán»; otra «Operación Lisboa», otra «Operación Ventisca», cada una cubierta con fotografías de la escena del crimen y gráficos de las evoluciones. Había una pizarra nueva, de ayer por la tarde: «Operación Ruisenior», el nombre al azar que el ordenador de la policía de Sussex había elegido para la investigación sobre el torso desmembrado.

A diferencia de las áreas de trabajo del resto del edificio, en esta sala no había rastro de objetos personales sobre las mesas o en las paredes. Ni fotos de familiares o de futbolistas, ni programas de encuentros ni tiras cómicas. Todos y cada uno de los objetos de la sala, aparte de los muebles y del *hardware*, estaban relacionados con los casos que se investigaban. Tampoco se hacían bromas. Sólo campaba el silencio de la concentración intensa, el timbre sordo de los teléfonos, el clac, clac, clac del papel que salía de las impresoras láser.

Cada una de las áreas de trabajo estaba operada por un equipo mínimo integrado por un director, que normalmente era un sargento o un inspector, un supervisor de sistemas, un analista, un indexador y un mecanógrafo. Grace conocía la mayoría de las caras, pero todos estaban demasiado ocupados como para distraerlos con los detalles de los saludos.

Nadie levantó la vista mientras cruzaba la sala en dirección a su equipo, salvo el sargento Glenn Branson, metro noventa, negro y calvo como una bola de billar, quien lo saludó levantando la mano. Llevaba puesto uno de sus habituales trajes elegantes, hoy uno marrón de raya diplomática que hacía que pareciera más un próspero traficante de drogas que un policía, una camisa blanca con el cuello almidonado y una corbata que parecía diseñada por un chimpancé daltónico drogado.

—¡Eh, viejo! —dijo Glenn Branson, tan fuerte que todos los de la sala levantaron la vista un momento.

Grace miró al resto de los ocho miembros centrales de su equipo con una breve sonrisa. Había cogido a la mayoría directamente de su último caso, lo que significaba que no habían podido descansar demasiado, por no decir nada, pero era un buen grupo y habían trabajado bien juntos. Gracias a años de experiencia, había aprendido que si tenías un buen equipo, valía la pena no tocarlo, si era posible.

El miembro más antiguo era la sargento Bella Moy de rostro alegre y cabello castaño rojizo, que tenía un paquete abierto de Maltesers, como siempre, a unos centímetros de su teclado. La observó tecleando muy concentrada, cada pocos momentos alejaba la mano derecha del teclado, como si fuera una criatura con vida propia, para coger una pastilla de chocolate y llevársela a la boca. Era una mujer esbelta y, sin embargo, comía más que cualquier ser humano con el que Grace se hubiera tropezado nunca.

A su lado, estaba sentado el detective Nick Nicholl, de casi treinta años, pelo corto y alto como un pino. Era un policía entusiasta y un delantero de fútbol rápido a quien Grace animaba para pasarse al rugby, puesto que pensaba que sería perfecto para jugar en el equipo de la policía del que le habían pedido que fuera el presidente el próximo otoño.

Delante de él, leyendo un grueso listado de ordenador, estaba la agente novata Emma-Jane Boutwood. Era una joven hermosa de largo pelo rubio y figura perfecta. Al principio, cuando se había unido al equipo en el último caso, Grace creyó que era una policía de poca monta, pero pronto había demostrado ser una agente batalladora. El comisario le auguraba un futuro brillante en el cuerpo, si permanecía en él.

—¿Y bien? —dijo Glenn Branson-. He cambiado de corazónada. ¿Cómo te convengo de que mi nueva corazónada es la acertada? Teresa Wallington.

—¿Quién es? —preguntó Grace.

—Una chica de Peacehaven. Prometida. No se presentó a su fiesta de compromiso anoche.

Las palabras removieron algo frío en lo más profundo de Grace.

—Sigue.

—He hablado con su prometido. Dice la verdad.

—No lo sé -dijo Grace.

Su intuición le decía que era demasiado pronto, pero no quería desmoralizar a Glenn Branson. Examinó las fotografías de la escena del crimen colgadas en la pared que se habían apresurado a traer a petición suya. Miró un primer plano de la mano cortada, luego las fotos espeluznantes del torso desmembrado en la bolsa negra.

—Confía en mí, Roy.

—¿Que confíe en ti? —dijo Grace sin apartar la vista de las fotografías.

—¡Ya estás haciéndolo otra vez! —dijo Branson.

—¿Haciendo qué? —preguntó Grace, perplejo.

—Lo que me haces siempre, tío. Contestarme con una pregunta.

—¡Eso es porque nunca entiendo de qué diablos me hablas!

—¡Y una mierda!

—¿Cuántas mujeres desaparecidas tenemos que aún no hayamos descartado?

—No se ha producido ningún cambio desde ayer. Todavía son cinco. A partir de un radio razonable de nuestra área. A nivel nacional son más.

—¿Aún no tenemos noticias del laboratorio sobre el ADN? — preguntó Grace.

—Esta tarde a las seis esperan saber si la víctima figura en su base de datos -intervino la detective Boutwood.

Grace miró la hora. Dentro de quince minutos tenía que ir directo al depósito de cadáveres. Hizo algunos cálculos aritméticos mentales. Según la mejor estimación de Frazer Theobald realizada ayer sobre el terreno, la mujer llevaba muerta menos de veinticuatro horas. No era extraño que alguien desapareciera durante un día, pero dos días comenzarían a sembrar la preocupación entre amigos, parientes y compañeros de trabajo. Era probable que hoy fuera un día productivo, al menos para elaborar una lista de la posible identidad de la víctima.

—¿Tenemos un molde de las huellas? — dijo dirigiéndose al detective Nicholl.

—Lo están sacando.

—No es suficiente -dijo Grace, un poco irritado-. En la reunión de esta mañana he dicho que quería a dos agentes recorriendo las tiendas de la zona con los moldes para ver si encontrábamos una correspondencia. Lo más probable es que alguien comprara las botas para la ocasión. Si así fue, puede que lo grabara una cámara de seguridad. No puede haber tantas tiendas por la zona que vendan botas gruesas. Aseguraos de darme un informe en la reunión de las seis y media.

El detective Nicholl asintió y descolgó de inmediato el teléfono.

—Lleva ya dos días sin ponerse en contacto con él -insistió Branson.

—¿Quién? — dijo Grace distraídamente.

—Teresa Wallington. Vive con su prometido. No parece que haya ninguna razón para que no se presentara.

—¿Y las otras cuatro de nuestra lista?

—Hoy tampoco ha aparecido ninguna -admitió a regañadientes.

Aunque tenía treinta y un años, Branson sólo llevaba seis siendo policía, después de un comienzo en falso en la vida como seguridad de discoteca.

A Grace le caía muy bien; era listo y generoso, y tenía grandes corazonadas. Las corazonadas eran importantes en el trabajo policial, pero tenían un inconveniente: podían hacer que la policía se precipitara en sus conclusiones, no analizara de manera adecuada otras posibilidades y, luego, subconscientemente, seleccionara pruebas que encajaran con sus

corazonadas. A veces, Grace tenía que frenar el entusiasmo de Branson por su propio bien.

De todos modos, en estos momentos, no le necesitaba en el caso sólo por su corazonada, sino por algo claramente extracurricular.

—¿Quieres dar un paseo hasta el depósito de cadáveres conmigo?

Branson lo miró con las cejas levantadas.

—Mierda, tío, ¿es ahí adonde llevas a todas tus citas?

Grace sonrió. Branson tenía más razón de lo que creía.

Capítulo 15

Tom Bryce estaba sentado en la sala de juntas, larga y estrecha, de la planta baja de un pequeño edificio de oficinas situado en un polígono industrial cercano al aeropuerto de Heathrow, tan cercano que parecía que el jumbo que veía por la ventana seguía una ruta de vuelo que lo llevaría a aterrizar justo en medio de la habitación. El avión pasó por encima del techo con un gran estruendo, los alerones y el tren de aterrizaje bajados, como la sombra de un pez gigante, a unos pocos centímetros, parecía.

La sala era hortera. Tenía las paredes de terciopelo marrón decoradas con pósteres enmarcados de películas de terror y ciencia ficción, una mesa de reuniones de bronce para veinte personas que parecía sacada de un templo tibetano y sillas de respaldo alto tremendamente incómodas, diseñadas, sin duda, para acortar las reuniones.

Su cliente, Ron Spacks, era un ex promotor de conciertos de rock de unos sesenta años que respiraba con dificultad. Lucía un peluquín que parecía no haberse colocado bien y una dentadura demasiado perfecta para su edad, y tenía el rostro devastado por el consumo de drogas. Spacks estaba sentado enfrente de Tom, vestido con una camiseta de Grateful Dead muy desvaída y gastada, vaqueros y sandalias; hojeaba el catálogo BryceRight y murmuraba «Sí» para sí mismo cada pocos momentos, cuando algo despertaba su interés.

Tom dio un sorbo a su taza de café y esperó pacientemente. Gravytrain Distributing era uno de los mayores distribuidores de DVD del país. El medallón de oro que colgaba del cuello de Ron Spacks, los anillos de estrás de sus dedos, el Lamborghini negro en el aparcamiento, todo ello constituía una prueba de su éxito.

Spacks, como le había contado a Tom lleno de orgullo en otras ocasiones, había comenzado con un puesto cerca de Portobello Road, vendiendo diversos DVD de segunda mano cuando nadie sabía siquiera lo que era un DVD. Tom albergaba pocas dudas de que aquel hombre había construido su imperio sobre la piratería, pero no estaba en situación de hacer juicios morales sobre sus clientes. En el pasado, Spacks había realizado grandes pedidos y siempre había pagado puntualmente.

—Sí -dijo Spacks-. Verás, Tom, mis clientes no quieren nada lujoso. ¿Qué novedades tienes este año?

—Posavastos de cartón de carátulas de CD, en la página cuarenta y dos, creo. Pueden ir sobreimpresos.

Spacks volvió la página.

—Sí -dijo, en un tono de voz que decía todo lo contrario-. Sí -repitió-. Entonces, ¿a cuánto saldrían cien mil? Los rebajas a menos de una libra, ¿verdad?

Tom se sintió perdido sin su ordenador. Lo tenía en el despacho, Chris Webb lo estaba resucitando una vez más. Todos los cálculos de los costes para sus productos estaban en ese aparato y sin ellos no se atrevía a comenzar con los descuentos, en especial con un posible pedido de esta envergadura.

—Tendremos que volver a hablarlo. Puedo mandarle un e-mail más tarde.

—Tiene que ser una libra como máximo, sí -dijo Spacks, y abrió una lata de Coca-Cola-. En realidad, busco algo en torno a los setenta peniques.

A Tom le sonó el móvil. Miró la pantalla, vio que era Kellie y le dio a la tecla de finalización de llamada.

Setenta peniques era imposible, eso lo sabía seguro -le habían costado más-, pero decidió no decírselo a Spacks de momento.

—Creo que será complicado -dijo con tacto.

—Ya. Te diré qué más me interesa. Unos veinticinco Rolex de oro, sí.

—¿Rolex de oro? ¿Auténticos?

—No quiero ninguna basura de imitación, los auténticos. Los quiero grabados con un logotipo. ¿Puedes darme un precio? Los necesito deprisa. Para mediados de la semana que viene.

Tom intentó no mostrar sorpresa, sobre todo después de que Spacks le hubiera dicho que no quería nada lujoso. Ahora hablaba de relojes que costaban miles de libras cada uno. Entonces volvió a sonar el teléfono.

Era Kellie otra vez, y Tom se preocupó; normalmente, habría dejado un mensaje. ¿Quizás uno de los niños estaba enfermo?

—¿Le importa que conteste? — le dijo a Spacks—. Es mi mujer.

—Hay que contestar a la que hay que obedecer. El Oyster... Es el Rolex clásico, ¿verdad?

—Sí, eso es -contestó Tom, que sabía tanto del mundo de los Rolex de oro como de la cría de pollos en los Andes. Luego, asintiendo a Spacks cogió el teléfono y aceptó la llamada-. Hola, cielo.

Kellie parecía extraña y vulnerable.

—Tom, siento molestarte, pero he recibido una llamada que me ha asustado.

Tom se puso en pie y se alejó de Spacks.

—Cariño, ¿qué ha pasado? Cuéntame.

—He salido a hacerme la manicura. Unos cinco minutos después de volver, ha sonado el teléfono. Un hombre me ha preguntado si era la señora Bryce y yo... he dicho que sí. Luego me ha preguntado si era la señora Kellie Bryce y yo he dicho que sí. Y entonces ha colgado.

Fuera, el día era húmedo, lloviznaba y el aire acondicionado enfriaba innecesariamente la habitación. Pero, de repente, algo mucho más frío se retorció en su interior, unos dedos helados que le agarraron con fuerza el alma.

¿La amenaza de anoche? La amenaza recibida en esos segundos antes de que se borrara la memoria de su ordenador. ¿Estaba relacionada esta llamada con el mensaje que había recibido?

Si informa a la policía de lo que vio o si intenta acceder otra vez a la página, lo que está a punto de pasarle a su ordenador le pasará a su mujer, Kellie, y a su hijo, Max, y a su hija, Jessica.

Salvo que, por supuesto, no había informado a la policía, tampoco había intentado acceder de nuevo a la página. Intentó estudiar detenidamente las posibilidades.

—¿Has intentado hacer una rellamada? ¿Marcar el uno cuatro siete uno?

—Sí. Era un número oculto.

—¿Dónde estás ahora, cielo? — le preguntó.

—En casa.

Miró la hora y vio que le temblaba la mano. Eran poco más de las doce.

–Escucha, seguramente no será nada, seguramente se habrán equivocado. No lo sé. ¿Quizás era alguien que comprobaba un reparto de eBay o algo? Podría haber un montón de razones -dijo, intentando transmitirle tranquilidad, pero no le sirvió para convencerse a sí mismo: en su cabeza, lo único que veía era a la preciosa joven de pelo largo en la habitación, y al hombre apuñalándola-. Estoy en una reunión. Te llamo en cuanto pueda.

–Te quiero -dijo ella.

Mirando a Spacks, que estaba pasando más hojas del catálogo dijo:

–Yo también. Tardaré cinco minutos, diez como máximo.

–¡Mujeres! – dijo Spacks con compasión cuando colgó.

Tom asintió.

–Nunca están contentas.

–No -coincidió Tom.

–Bueno. Los Rolex. Necesito un precio para veinticinco Rolex de oro, de hombre. Con un pequeño grabado. Entrega para finales de la semana que viene.

Tom estaba tan preocupado por Kellie que apenas se percató del valor potencial del pedido.

–¿Qué clase de grabado?

–Un micropunto. Muy pequeño.

–Déjemelo a mí. Me pondré en contacto con usted. Le conseguiré el mejor precio.

–Bien.

Capítulo 16

A Roy Grace siempre le había puesto nervioso la forma de conducir de Glenn Branson, pero desde que su amigo había realizado un curso de conducción avanzada de la policía, como parte de su solicitud de traslado a la Brigada Nacional de Investigación Criminal, se moría de miedo. Para empeorar las cosas, Branson siempre sintonizaba una emisora de rap en la radio del coche, con el volumen tan alto que a Grace le parecía tener el cerebro en una licuadora.

El curso de conducción avanzada permitía a los conductores participar en persecuciones a gran velocidad, así que para hacer alarde de su destreza, Branson había elegido la única ruta que los llevaba por un tramo de

carretera donde no sería complicado sufrir un accidente gravísimo a toda pastilla. Era un tramo de dos kilómetros y medio con dos carriles y que discurría como una columna vertebral por campo abierto en los Downland; quedaba entre el polígono industrial donde se encontraban las oficinas del Departamento de Investigación Criminal y el centro de Brighton.

Era como un circuito de carreras. Grace veía delante un kilómetro y medio de carretera: dos curvas suaves, la recta, la curva pronunciada de derecha al final y luego ochocientos metros de curva cerrada a la izquierda donde hacía menos de una semana se había producido un accidente mortal. Avistó un camión que se dirigía hacia ellos y luego miró a Branson, con la esperanza de que hubiera advertido que llegarían a la curva de derecha aproximadamente al mismo tiempo. Pero Branson estaba concentrado en la amplia curva de izquierda que se acercaba.

El indicador de velocidad marcaba la cifra ilegal de 150 kilómetros por hora... y aumentando. Gotitas de lluvia salpicaban el parabrisas.

—¡Lo ves, tío! —gritó Branson por encima de la voz atronadora de Jay-Z-. Te desplazas a la derecha y tienes mejor visión de la curva, luego rozas el vértice. Así es como lo hacen en la Fórmula 1.

Grace silbó entre dientes mientras rozaban el vértice además de un pedazo de barro, hierba y ortigas del arcén. El coche dio un bandazo alarmante. Tenía la camisa toda sudada.

El camión estaba cada vez más cerca.

Grace comprobó que llevaba el cinturón bien ajustado, luego miró el indicador de velocidad. El Vectra camuflado de la policía iba ahora a 175 kilómetros por hora. Se planteó preguntar si su compañero pensaba frenar antes de llegar a la curva de noventa grados de derecha que ahora estaba sólo a unos cientos de metros, pero le inquietaba que sus palabras distrajeran a Branson. A su izquierda, en una loma azotada por el viento, Grace vio a dos hombres tirando de carritos de golf.

Se preguntó si pasaría sus últimos momentos en la Tierra entre los restos destrozados de un Opel de la policía que olía a hamburguesas rancias, tabaco y sudor de otras personas, mientras dos viejos inútiles vestidos de golfistas lo miraban boquiabiertos por el parabrisas roto y un rapero al que no conocía le lanzaba improperios.

—Bueno, mi corazonada... -dijo Branson, justo en el vértice de la curva, con la parte delantera del enorme camión justo a cien metros de ellos.

Grace se agarró al asiento.

Desafiando todas las leyes de la física, el coche consiguió superar la curva de algún modo, y siguió en la dirección correcta. Ahora sólo quedaba una curva peligrosa más y luego estarían en una zona de velocidad limitada a 65 kilómetros por hora y relativamente segura.

—Soy todo oídos.

—Lo único que oigo son los latidos de tu corazón -dijo Branson sonriendo.

—Tengo suerte de que siga latiendo.

Grace bajó el volumen de la radio. A modo de respuesta, Branson redujo la velocidad.

—Teresa Wallington. Vive con su prometido, ¿vale? Organizan una fiesta de compromiso en el restaurante Al Duomo para el martes por la noche, tiene que ser entre semana porque le dan turnos raros en el trabajo. Vienen parientes y amigos de todo el país, ¿vale?

Grace no dijo nada. Aunque navegaban por aguas más tranquilas con un límite de 65 kilómetros por hora, todavía no estaban fuera de peligro. Mientras Branson hablaba, y toqueteaba la radio al mismo tiempo, el coche fue desviándose de la carretera y se metió en el carril de un autobús que venía de frente. Justo cuando Grace iba a agarrar el volante despavorido, Branson pareció ver el autobús y maniobró tranquilamente para llevar el coche al carril izquierdo de la carretera.

—Y entonces ella no se presenta -dijo Branson-. Ni llama ni manda un mensaje, nada de nada.

—¿Así que su prometido la asesinó?

—Va a venir esta tarde. He pensado meterle en la sala, echarle un vistazo.

Había una pequeña sala de interrogatorio de testigos en Sussex House que podía monitorizarse desde una habitación adyacente a través de una cámara. Su propósito principal era hablar con testigos vulnerables. Observándolos y grabándolos, los agentes podían estudiar su lenguaje corporal y, por lo general, evaluar su credibilidad. Pero, a veces, a Grace le parecía un lugar útil para realizar el primer interrogatorio a alguien que podría acabar siendo un sospechoso: la mitad de las veces el marido o amante de una víctima de asesinato.

Era más probable que alguien revelara algo en los cómodos sillones rojos de la sala de interrogatorio de testigos que en las viejas sillas rectas y

duras de las lúgubres salas de interrogatorios de la comisaría de policía de Brighton. En algunos casos, podían dar las cintas de vídeo a un psicólogo para que realizara un perfil. Era por esta misma razón por la que sacaban en televisión tan pronto como era posible a los esposos, compañeros o amantes de víctimas de asesinato: para ver cuál era su lenguaje corporal.

—Entonces, ¿has descartado a la abogada en prácticas? Creía que te gustaba -se burló Grace.

—Hablé con su mejor amiga. Me dijo que lo ha hecho otras veces, desaparecer durante un par de días, sin dar ninguna explicación. Lo único distinto es que nunca había faltado al trabajo.

—¿Quieres decir que es rara?

—Eso parece -contestó el sargento, toqueteando la radio otra vez.

Grace se preguntó si Branson había visto que el tráfico estaba detenido en un semáforo, y que se dirigían, demasiado deprisa, hacia la parte de atrás de un camión de la basura. Esta vez sí hizo algo.

—¡¡Glenn!!

La reacción de Branson fue pisar a fondo el freno, lo que provocó el chirrido de los neumáticos traseros. Grace volvió la cabeza y vio que un coche rojo pequeño frenaba en seco y quedaba a unos centímetros de golpearles por detrás.

—¿De qué iba el curso ese de conducción que hiciste? — preguntó Grace-. ¿Me lo recuerdas? ¿Te pasaron los apuntes en Braille?

—Vete a la mierda -contestó Glenn-. Eres un pelele como pasajero, ¿lo sabías? Un copiloto coñazo.

Grace decidió que él estaría mucho más seguro con otro piloto.

El coche se caló y Branson volvió a arrancarlo.

—Recuerdas el comienzo de *Un trabajo en Italia*, cuando mete el Ferrari en el túnel y... ¡bumba!

—¿En la versión?

—No, palurdo, la versión era una mierda. La original. La de Michael Caine.

—Recuerdo el autocar del final, colgando del borde del acantilado. Me recuerda tu forma de conducir.

—Sí, bueno, tú conduces como una viejecita.

Grace sacó el ejemplar de *FHM* de su maletín.

—¿Puedes parar un segundo? Necesito tu consejo.

Cuando el semáforo se puso en verde, Branson avanzó un poco y detuvo el coche en una parada de autobús. Grace abrió la revista y le enseñó una doble página de modelos masculinos con distintos looks.

Branson lo miró de forma extraña.

—¿Te has vuelto gay o qué?

—Tengo una cita.

—¿Con uno de éstos?

—Muy gracioso. Esta noche tengo una cita, una cita importante. Parece que tú eres el gurú de la moda de la policía de Sussex. Necesito tu consejo.

Branson miró las fotografías un momento.

—Ya te lo dije, ¿no? Tienes que hacerte algo en el pelo.

—Para ti es fácil decirlo porque no tienes.

—Me rapé porque mola, tío.

—Yo no me voy a rapar.

—Ya te lo dije, conozco a un peluquero genial. Ian Habben de The Point. Date unos reflejos, córtate las patillas, pero déjate crecer por arriba y ponte gel fijador.

—No tengo tiempo de dejármelo crecer de aquí a las ocho de la tarde, pero sí tengo tiempo de pillarme algo de ropa.

De repente, Branson ofreció una sonrisa muy afectuosa a su amigo.

—Vaya, hablas en serio. ¡Sí que tienes una cita! Me alegro por ti -dijo dándole un apretón en el hombro-. Ya era hora de que volvieras a tener vida propia. Bueno, ¿y quién es? ¿La conozco?

—Quizá. — Grace se emocionó con la reacción de su amigo.

—Déjate de misterios. ¿Quién es? ¿No será esa Emma-Jane? ¡Vaya tipazo!

—No, no es ella. De todos modos, es demasiado joven para mí.

—¿Pues quién? ¿Bella?

—Sólo dime qué me pongo.

—Ese traje viejo que llevas ahora no.

—Venga, ¿qué opinas?

—¿Y adónde la vas a llevar?

—A un italiano. Al Latin en los Lanes.

—¡Es el restaurante preferido de mi parienta! A Ari le encanta la parrillada de marisco. — Sonrió-. ¡Vaya! ¡Vas a dejarte la pasta!

Grace se encogió de hombros.

- ¿Qué crees que tendría que hacer? ¿Llevarla al McDonald's?
- Fíjate en cómo come -dijo Glenn Branson obviando el comentario.
- ¿Por?
- Se puede saber cómo es una mujer en la cama por cómo come.
- Lo recordaré.

Entonces Branson se quedó callado unos momentos, examinando la revista. Pasó unas cuantas hojas.

–Para alguien de tu edad, yo no intentaría tener un aspecto demasiado juvenil.

–Gracias.

Branson señaló a un modelo que llevaba una chaqueta beis suelta e informal con una camiseta blanca, vaqueros y mocasines marrones.

–Ese eres tú. Te veo con eso. El señor Moderno. Ve a Luigi's en Bond Street. Tendrán algo así.

–¿Quieres acompañarme después de ir al depósito y me ayudas a escoger algo?

–Sólo si después consigo una cita contigo.

Oyeron un bocinazo fuerte. Branson y Grace se giraron y vieron el morro de un autobús que ocupaba toda la luna trasera.

Branson metió la primera y arrancó. Unos minutos después, conducían colina abajo hasta el transitado nudo de carretera, dejaron un enorme supermercado Sainsbury's a la derecha y luego pasaron por delante de una funeraria estratégicamente situada. Luego, giraron a la izquierda y cruzaron las puertas de hierro colado entre las columnas de ladrillo con el cartel pequeño y desagradable «Depósito de cadáveres de Brighton y Hove».

Grace no tenía ninguna duda de que en el mundo había peores lugares y, en ese sentido, su vida había discurrido entre algodones. Pero para él, este sitio no podía ser peor. Recordó una expresión que había oído una vez: «la banalidad del mal». Y aquél era un lugar banal. Era un edificio soso con un aura horrible. Una estructura larga de una sola planta con paredes grises y rugosas, con una entrada cubierta en un lateral lo suficientemente alta como para que aparcara una ambulancia.

El depósito era una parada de tránsito en el viaje de ida a la tumba o al crematorio para aquellos que morían repentina, violenta o inexplicablemente, o por culpa de una enfermedad de aparición rápida como una meningitis vírica, donde una autopsia podía proporcionar datos

médicos que algún día podrían ayudar a los vivos. Por lo general, Grace se estremecía involuntariamente cuando cruzaba estas puertas, pero hoy era distinto.

Hoy estaba eufórico. No por el cadáver que había ido a estudiar, sino por la mujer que trabajaba aquí. Su cita de esta noche.

Pero no tenía la más mínima intención de contárselo a Glenn Branson.

Capítulo 17

Tom sacó el Audi marcha atrás de la plaza del aparcamiento de Gravytrain Distributing, temiendo dar un golpe al Lamborghini de Ron Spacks. Luego colocó el móvil en el soporte del manos libres y llamó a Kellie, absorto en sus pensamientos.

Esa imagen de la mujer siendo apuñalada le horrorizaba, y se repetía una y otra vez en su cabeza. Era una película, tenía que serlo -había cientos de películas que no había visto-, una escena de un thriller, nada más. O quizás un trailer. Hoy en día, podían crearse todo tipo de efectos. Era una película, sí.

Tenía que serlo.

Sin embargo, sabía que sólo intentaba convencerse a sí mismo. ¿El fallo de su ordenador, el mensaje amenazador? Se estremeció como si una nube negra le ensombreciera el alma. ¿Qué diablos había visto realmente el martes por la noche?

Luego, oyó la voz de Kellie, un poco más alegre ahora.

–Hola -dijo.

–¿Cariño? – dijo él-. Siento lo de antes, estaba con un cliente muy difícil.

–No, no pasa nada, seguramente es cosa mía. Es sólo que... Ya sabes, me he asustado.

Mientras dejaba atrás una hilera de fábricas y almacenes, otro avión se dispuso a aterrizar y Tom alzó la voz por encima del estruendo.

–Cuéntame exactamente qué ha pasado.

–Sólo ha sido una llamada. El hombre me ha preguntado si era la casa de los Bryce, luego si yo era la señora Kellie Bryce, y cuando le he dicho que sí, ha colgado.

–¿Sabes qué? – dijo Tom-, seguramente será uno de esos estafadores. Leí algo de eso en el periódico el otro día, hay una red en pleno

funcionamiento. Lllaman a la gente y fingen ser del banco, dicen que están haciendo un control de seguridad. Hacen que les confirmes un montón de cosas sobre la casa, las contraseñas, luego tus datos bancarios y tarjetas de crédito. Puede que fuera uno de ellos y que lo interrumpieran a medio trabajo.

–Quizá. – No sonaba más convencida que él-. Tenía un acento raro.

–¿Qué clase de acento?

–De algún país europeo, no era inglés.

–¿Y no ha dicho nada más?

–No.

–¿Estás esperando alguna entrega?

Se produjo un silencio extraño.

–No exactamente.

Mierda. Había comprado algo.

–¿Qué quiere decir «no exactamente», cielo?

–La puja no está cerrada.

Tom no quería ni saber cuál sería la gran compra de hoy.

–Escucha, intentaré llegar temprano. Tengo que ir a la ciudad a recoger el portátil, me lo están arreglando otra vez.

–¿Aún no funciona?

–No, algún problema técnico que no se soluciona. ¿Qué tal el tiempo?

–Mejor.

–Quizá si llego pronto podríamos hacer una barbacoa con los niños.

Su reacción fue extraña, casi evasiva, pensó Tom mientras dejaba la carretera principal y buscaba los indicadores de Londres en una rotonda a poca distancia.

–Sí -dijo ella-. Bueno, vale, quizá.

Durante todo el camino, mientras avanzaba lentamente por el embotellamiento de la M4, gracias al maldito carril bus de John Prescott (por el que Tom le habría hervido en aceite los testículos al viceprimer ministro en innumerables ocasiones), intentaba entender todas las razones que podría tener alguien para realizar esa llamada y luego colgar. La más probable era que se tratara de un repartidor y que la llamada se hubiera cortado. Así de sencillo. No había nada de que preocuparse.

Pero sí se preocupó, porque quería muchísimo a Kellie, a Max y a Jessica.

Sus padres habían muerto en un accidente de coche en la M1 por culpa de la niebla cuando tenía veinte años, y su único hermano, Zack, cinco años menor, que nunca había llegado a superarlo, era un drogata que había dejado los estudios, vivía en Bondi Beach en Sydney, hacía trabajos raros y practicaba un poco de surf. Aparte de Zack y de su tío materno que vivía en Melbourne, al que no había visto desde que tenía diez años y que no se había molestado en asistir al entierro de sus padres, Kellie, Max y Jessica eran su única familia, y eso aún los hacía más valiosos.

Justo donde la autopista terminaba y se convertía en Cromwell Road, sonó el móvil. No aparecía ningún número en la pantalla.

Tom pulsó la tecla para contestar.

—¿Sí?

—¿Es usted Tom Bryce? — le preguntó una voz de hombre con un fuerte acento de la Europa del Este.

—Sí, soy yo -respondió con cautela.

Luego el hombre colgó.

Capítulo 18

Los restos de la mujer muerta descansaban en una camilla de acero en la esterilizada sala de autopsias, dentro de una bolsa de plástico traslúcida, como si fuera un producto congelado de un supermercado.

El torso estaba envuelto en una sábana; las dos piernas y la mano que habían recuperado del campo de colza estaban empaquetadas por separado. La mano estaba dentro de una bolsa pequeña, y cada uno de los pies, envueltos en otra bolsa; aquello se hacía para proteger partículas de tejidos, piel o tierra que pudieran haber quedado debajo de las uñas. Luego, lo habían cubierto todo con una sábana grande.

El doctor Frazer Theobald estaba retirando la sábana de plástico con sumo cuidado, comprobando minuciosamente, por muy microscópica que fuera, cualquier cosa que pudiera haber caído de la piel o del pelo de la muerta y pudiera proceder del asesino.

Grace había estado en este lugar más veces de las que recordaba. La primera vez había sido más de veinte años atrás, cuando era un poli novato y tuvo que asistir a su primera autopsia. Aún lo recordaba perfectamente, ver a un hombre de sesenta años que se había caído de una escalera, tumbado completamente desnudo, desprovisto de toda dignidad humana

con dos etiquetas con su nombre -una beis y otra verde- colgadas del dedo gordo.

Cuando el técnico forense cortó la parte posterior del cuero cabelludo, justo por debajo del nacimiento del pelo, luego lo retiró de modo que quedó colgando sobre la cara, dejando al descubierto el cráneo, y el patólogo, blandiendo una sierra de cinta, comenzó a rebanar la parte superior del cráneo, Grace hizo lo que hacía más que algún que otro novato: ponerse amarillo, salir de la sala tambaleándose y vomitar.

No había devuelto ninguna vez más, pero aquel lugar siempre le dejaba mal cuerpo. En parte, era la peste a desinfectante Trigene que te llevabas contigo, en todos los poros de tu piel, durante horas y horas después de haber salido del edificio; en parte, era la luz difusa que entraba por las ventanas opacas y que daba a esta sala un carácter etéreo. Y, luego, siempre estaba la sensación de que el depósito era un almacén, un repositorio, un punto intermedio brutal entre la muerte y el descanso eterno.

Aquí se guardaban los cuerpos hasta que se determinaba la causa de la muerte y, en algunos casos, hasta que los identificaban formalmente. Luego se entregaban a una funeraria siguiendo las instrucciones de los familiares. De vez en cuando, había cuerpos que no se llegaban a identificar nunca. Había uno, un anciano, que llevaba casi un año en una nevera en el trastero. Lo habían encontrado muerto en un banco de un parque, pero nadie lo había reclamado.

A veces Grace se preguntaba, en sus momentos más sombríos, si eso era lo que le pasaría a él algún día. No tenía mujer, ni hijos ni padres, sólo tenía a su hermana, ¿y si la sobrevivía? Pero nunca se paraba demasiado a pensar en ello -vivir ya le daba suficientes problemas-, aunque sí pensaba mucho en la muerte. Sobre todo aquí. A veces, mirando un cuerpo en una camilla o las puertas del congelador, mientras se preguntaba cuántos fantasmas habitaban en este edificio, un escalofrío le recorría las venas.

Cleo Morey, la directora del depósito o técnico jefe de patología, para dar su título oficial, ayudó al doctor Theobald a retirar la gran sábana exterior y, luego, la dobló con cuidado para guardarla; la mandarían a un laboratorio forense si el cuerpo no revelaba ninguna prueba. Grace se quedó mirándola unos momentos. Incluso con su ropa de trabajo, estaba sorprendentemente guapa, pensó, una opinión que compartía con todo el mundo que la conocía.

Luego, el patólogo del Ministerio del Interior desenvolvió el torso y comenzó la tarea laboriosa de medir y anotar la longitud de cada una de las treinta y cuatro heridas de arma blanca.

La carne parecía más pálida que ayer, y aunque gran parte, incluidos los pechos de la chica muerta, estaba lacerada en franjas de carne color carmesí, vio que la piel comenzaba a adquirir un aspecto marmóreo.

La sala estaba presidida por dos mesas de autopsias de acero: una, fija; la otra, en la que descansaban los restos de la mujer, con ruedas. Había un torno hidráulico y una hilera de neveras con puertas que llegaban hasta el techo. Las paredes estaban alicatadas de verde y un desagüe recorría todo el perímetro. En una de las paredes, había una fila de fregaderos y una manguera amarilla enrollada. En otra, había una encimera ancha, una tabla de cortar metálica y una vitrina llena de instrumentos, algunos paquetes de pilas Duracell y recuerdos truculentos que no quería nadie más -en su mayoría marcapasos- y que habían extraído de las víctimas.

Al lado de la vitrina en la pared, había un gráfico donde se detallaba el nombre del fallecido, con columnas para los pesos de cerebro, pulmones, corazón, hígado, riñones y bazo. Lo único que había escrito de momento era: «Sin identificar. Mujer».

Era una habitación de proporciones considerables, pero esta mañana estaba concurrida. Además del patólogo y de la técnico jefe, estaban Darren -el ayudante de la técnico, un tipo listo, guapo y agradable de veinte años que llevaba el pelo negro de punta, moderno-, Joe Tindall -el agente del SOCO, que fotografiaba la regla situada junto a cada herida de arma blanca-, Glenn Branson y él.

Los visitantes se habían puesto batas verdes protectoras con puños blancos y chanclos de plástico o botas de agua blancas. El patólogo y los dos técnicos llevaban un traje azul y un delantal verde grueso, y el patólogo tenía una máscara colgando debajo de la barbilla. Grace miró a Cleo Morey; ella lo miró, luego vio que le ofrecía una sonrisa breve pero clara y se puso nervioso.

Se sentía como un niño emocionado. Y no estaba bien, no era profesional -ahora mismo debía poner toda su atención en este caso-, pero no podía evitarlo. Cleo Morey lo distraía, era innegable.

Ya habían tenido una cita hacía unos días. Bueno, si se le podía llamar cita: una copa rápida en un pub que una llamada que le requería con

urgencia volver al trabajo acortó aún más.

Dios, era preciosa, pensó. Y por muchas veces que la viera, no le cuadraba que esta chica de largo pelo rubio, tez clara y delicada y mente avispada trabajara en este lugar, desempeñando uno de los trabajos más sombríos del mundo. Con su físico podría haber sido modelo o actriz, y con su inteligencia seguramente podría haber estudiado cualquier carrera que se hubiera propuesto, y había elegido ésta, con sus largas guardias día y noche. En cualquier momento la avisaban desde la margen de un río, de un almacén incendiado, de una tumba poco profunda en un bosque, siempre para que fuera a buscar un cadáver. Lo preparaba para que el patólogo realizara la autopsia, luego lo dejaba en el mejor estado posible, por muy quemado o descompuesto que estuviera, para que los familiares lo identificaran y para poder ofrecerles algún tipo de ayuda, algún atisbo de esperanza de que su ser querido no había tenido una muerte tan mala como indicaba el cadáver.

Mientras observaba al doctor Theobald presionar una regla contra la quinta puñalada, justo por encima del ombligo de la joven, no envidió la tarea que Cleo tenía por delante. Con suerte, la identificación se realizaría gracias al ADN, pensó; ningún padre tendría que ver nunca aquello. Sin embargo, sabía muy bien lo importante que era para alguna gente verlo por sí misma. A menudo, a pesar de todos los esfuerzos para disuadirlos, los familiares insistían en verlos, sólo una vez más, para despedirse.

Para poner un punto final.

Algo que él nunca había tenido. Y aquello lo había ayudado a comprender esa necesidad. Si no se ponía un punto final, no había esperanza para seguir adelante, razón por la cual había estado en el limbo desde la desaparición de Sandy. Un joven médium muy cotizado iba a Brighton mañana para actuar delante de un público reducido en un centro médico holístico, y Grace había comprado una entrada. Seguramente se llevaría otra decepción, lo sabía, pero tanto la policía británica como la internacional habían agotado todas las vías convencionales.

Cleo le lanzó una mirada, una mirada afectuosa, claramente insinuante. Procurando comprobar primero que Branson no estuviera mirando, le guiñó el ojo.

«¡Dios santo, qué guapa eres!», pensó, afligido y sintiéndose muy culpable por Sandy. Era como si todavía, después de todos estos años, le

fuera infiel por salir con otra mujer.

Su móvil pitó, para indicar que le había llegado un mensaje. Lo sacó del bolsillo interior y miró la pantalla. Era del detective Nicholl desde el centro de investigaciones:

Teresa Wallington, descartada.

De inmediato, Grace se acercó a Branson y le hizo una señal para ir al fondo de la sala.

–Creo que tienes que practicar tu técnica de corazonadas -le dijo Grace. Luego, levantó el teléfono para que su compañero leyera el mensaje.

–Mierda. Tenía un presentimiento, tenía un presentimiento de verdad -dijo el sargento. Parecía tan abatido que a Grace le dio pena.

–Glenn, en la película *Seven*, Morgan Freeman tuvo una corazonada que tampoco acabó del todo bien -le dijo dándole una palmadita para animarlo.

–¿Insinúas que se trata de una característica común entre los polis negros? – le dijo Branson mirándolo de reojo.

–Qué va, él es actor. – Grace volvió a mirar a Cleo, observando cómo su pelo rubio con mechas, inapropiadamente hermoso, se balanceaba contra la tira del delantal verde alrededor de su cuello-. Quizá sólo sea común entre los gorilas grandes y calvos. – Le dio otra palmadita amistosa.

Luego, llamó a Nick Nicholl desde el teléfono fijo que estaba sobre la encimera que tenía al lado. Los nuevos teléfonos digitales de la policía codificaban todas las conversaciones, pero en estos momentos era fácil realizar escuchas de los teléfonos móviles convencionales, así que evitaba utilizarlos para temas delicados.

–Le entró miedo por la boda -le explicó Nick Nicholl-. Se largó. Ahora ha vuelto muy arrepentida.

–Qué maja -dijo Grace con sarcasmo-. Se lo diré a Glenn. Le gustan los dramones con final feliz.

Silencio al otro lado. El detective Nick Nicholl era inteligente, pero el sentido del humor no era lo suyo.

Repasaron el resto de la lista de las mujeres desaparecidas que encajaban con la descripción. Grace le dijo a Nicholl que se asegurara de que la policía conseguía algo de lo que poder extraer el ADN de cada una de las cuatro mujeres. Nicholl le puso al día del rastreo minucioso que se llevaba a cabo en la zona donde hallaron el cadáver, para encontrar la cabeza y la mano izquierda de la chica. En su fuero interno, Grace no creía

que aparecieran. La mano seguramente, porque quizá se la habría llevado un perro o un zorro, pero dudada que alguna vez encontraran la cabeza.

Realizó otra llamada rápida, para comprobar la evolución del juicio contra Suresh Hossain, un caso que se había convertido en algo muy personal para él. Se trataba de un asunto difícil; la fiscalía había cometido errores garrafales, y él tampoco lo había manejado como debería. Había sido una estupidez llevar una prueba a una médium, un zapato que pertenecía al hombre asesinado. El abogado defensor lo había averiguado y lo había humillado ante el tribunal.

Como siempre, el doctor Frazer Theobald realizaba sus progresos lentos, pero meticulosos. El examen del estómago de la mujer muerta indicaba que no había comido en las horas inmediatamente anteriores a su asesinato, lo que podía ayudar a calcular cuándo había muerto: a primera hora de la noche y no más tarde, si no había cenado. Tampoco había olor a alcohol -que se detectaría con sólo un par de copas-, lo que significaba que era poco probable, aunque no imposible, que hubiera estado en un bar.

Poco después de las doce y media, cuando Grace volvió a separarse del grupo, esta vez para llamar a Dennis Ponds para confirmar la rueda de prensa de las 14.00, Glenn Branson se acercó a él, y tenía una expresión inusualmente abatida y descompuesta.

—Será mejor que vengas a ver esto, Roy.

Grace interrumpió la llamada que iba a realizar y lo siguió a través de la sala. Todos estaban alrededor de la mesa, sumidos en lo que le pareció un silencio de horror. Mientras se acercaba olió el hedor vomitivo a excrementos y gases intestinales.

Habían abierto el torso de la mujer, el tórax estaba expuesto y vio que el corazón, los pulmones y el resto de los órganos vitales habían sido extraídos, a la espera de colocarlos en bolsas para volver a meterlos dentro del pecho cuando terminara la autopsia; el cuerpo estaba vacío.

Sobre la bandeja de disección con el borde metálico, elevada algunos centímetros por encima de la joven, había un trozo de tubo marrón claro que parecía una salchicha larga. Tenía unos dos centímetros y medio de diámetro y descansaba entre sangre, excrementos y mucosidad. El doctor Theobald había realizado una incisión en él y lo sostenía abierto con fórceps para que todos lo vieran.

El patólogo, que llevaba bigote, se volvió hacia Grace, su rostro aún más serio de lo normal. Luego señaló.

–Creo que tendrías que echar un vistazo a esto, Roy.

La anatomía nunca había sido el punto fuerte de Grace y, a veces, cuando miraba los órganos de un cadáver, tardaba un tiempo en orientarse y entender qué era. Miró, intentando comprender qué podría ser. Parte de los intestinos, pensó. Luego, mientras observaba, el doctor Theobald utilizó los fórceps para abrir más la incisión que había realizado y, entonces, Grace vio que ahí dentro había algo.

Algo que el resto de los presentes en la sala ya había visto.

Algo que hizo que se quedara mirando, unos momentos, horrorizado y completamente alucinado.

Luego, retrocedió un paso como si quisiera alejarse.

–Madre de Dios -dijo cerrando los ojos un instante, y sintió que la sangre no le llegaba a la cabeza. El estómago le hervía horrorizado y asqueado-. Dios mío.

Capítulo 19

Era un escarabajo negro, brillante y gordo, de cinco centímetros de longitud, con púas peludas en las patas, lomo estriado y que tenía una única antena; curvada que le salía de la cabeza.

Con delicadeza, Frazer Theobald lo cogió con unas pinzas y lo sostuvo en alto para que todos lo vieran. La criatura no se movía.

Grace, a quien nunca le habían gustado los escarabajos, retrocedió un paso más. La verdad era, en general, que no le entusiasmaba ningún bicho que se arrastrara; siempre le habían dado miedo las arañas y desconfiaba totalmente de los escarabajos. Y ésta era, Dios santo, una criatura realmente horrible.

Miró a Cleo y vio un destello de repugnancia en su rostro.

–¿Qué es, exactamente? – dijo Branson con la voz temblorosa, señalando la mesa de disección, rescatando sin querer a Grace de realizar una pregunta potencialmente estúpida.

–El recto, por supuesto -dijo el patólogo con desdén.

Branson se apartó, asqueado. Luego, observó cómo Theobald se acercaba el escarabajo a la nariz, los pelos frondosos de su bigote se

movieron, y casi se enroscaron en las púas peludas de las patas del escarabajo.

El patólogo inhaló profundamente.

–Formaldehído -anunció.

El hombre ofreció el insecto a Grace para que lo confirmara. El comisario combatió su asco y también lo olió. Al instante, percibió ese tufo que le recordó a las clases de disección de Biología, de cuando iba al colegio.

–Sí -coincidió. Luego, volvió a mirar la mesa de disección.

–Por eso no lo detecté en el examen visual del recto, lo habían introducido demasiado adentro.

Grace miró el cuello del tubo que había en la mesa, el esfínter de la joven muerta.

–Según tú, Frazer, ¿lo introdujeron antes o después de que muriera?

–No sabría decirte.

Luego, formuló la pregunta que todo el mundo tenía en los labios.

–¿Por qué?

–Eso tenéis que averiguarlo vosotros -contestó Theobald.

Branson estaba al fondo de la sala, apoyado en la encimera junto al fregadero.

–¿Recuerdas *El silencio de los corderos*?

Grace la recordaba bien. Había leído la novela, uno de los pocos libros que le habían hecho pasar miedo de verdad, y había visto la película.

–Todas las víctimas tenían una mariposa alojada en la garganta -dijo Branson-. Era una mariposa de la calavera.

–Sí -dijo Grace-. Era la firma del asesino.

–Entonces, quizás esto sea la firma de nuestro asesino.

Grace miró el escarabajo, que el patólogo seguía sosteniendo en alto. Por un instante, habría jurado que movía las patas, que esa cosa seguía viva.

–¿Alguien sabe qué tipo de escarabajo es? – preguntó.

–¿Un ciervo volador? – sugirió Cleo Morey.

–Con esa antena no -terció Darren, el ayudante de la técnico-. Estudié entomología en la carrera. No recuerdo que haya nada así en el Reino Unido. No creo que sea autóctono.

–¿Alguien lo ha importado? – dijo Grace-. ¿Se han tomado la molestia de importarlo y luego introducirlo en el recto? ¿Por qué?

Hubo un largo silencio. Al final, el patólogo metió el insecto en una bolsa de plástico y la etiquetó.

—Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre él -dijo.

Grace estaba reflexionando. A lo largo de los años, había leído por necesidad todo lo que había podido encontrar sobre la mentalidad de los asesinos. La mayoría de los asesinatos se producían en el ámbito familiar, y los cometían personas que conocían a su víctima. Eran únicos en su género, con frecuencia se trataba de crímenes pasionales que se llevaban a cabo en un momento de acaloramiento; sin embargo, un pequeño porcentaje de asesinos eran los verdaderamente retorcidos que mataban por gratificación propia y pensaban que podían burlar a la policía, a veces hasta el punto de jugar con ella.

Éstos eran los asesinos que a menudo dejaban algún tipo de firma. Una provocación. «Ésta es mi pista; ¡atrápame si puedes, policía estúpido!»

Grace miró la hora. Sabía que había una persona que podría decirle, seguramente al instante, qué clase de escarabajo era. No tenía ni idea de si el dato sería realmente de ayuda o no, pero tal vez podía aportar alguna pista.

—Hay que ocultárselo a la prensa -dijo-. No quiero que nadie lo mencione por radio, ¿de acuerdo?

Todos asintieron. Comprendían su razonamiento. Con una pista tan poco habitual como aquélla, sabrían al instante que si alguien que pudiera describir aquello llamaba afirmando ser el asesino, era su hombre. Podía ahorrarles horas, si no días, descartando pistas falsas.

Grace le dijo a Branson que pusiera a uno de los miembros del equipo del centro de investigaciones a buscar otras víctimas de asesinato en cuya escena se hubiera encontrado un escarabajo. Luego, le hizo una pregunta estúpida al forense. Sabía que era estúpida, pero aun así tenía que formulársela.

—¿No hay ninguna duda de que el escarabajo estaba muerto antes de introducirlo?

—No creo que nadie guarde una muestra de formaldehído en el recto -contestó el patólogo, con un tono ligeramente sarcástico. Señaló un pequeño frasco de cristal que había sobre la bandeja de disección y que contenía un líquido turbio-. Ahí no hay ningún rastro, es la mucosidad de las paredes del intestino.

Grace asintió y realizó un cálculo mental rápido. Si se marchaba en cuanto acabara la rueda de prensa, tendría tiempo de enseñarle el escarabajo al único hombre que, estaba seguro, podría identificarlo.

Capítulo 20

–Viking noroeste, rolando a sureste fuerza cinco o seis, amainando a variable fuerza tres o cuatro posteriormente. Chubascos. Abundantes. North Utsire, South Utsire, noroeste, fuerza cuatro o cinco en South Utsire, o amainando a variable fuerza tres o cuatro -dijo el Hombre del Tiempo.

Iba conduciendo su coche, un pequeño Fiat Panda blanco roñoso que sufría de oxidación terminal. En la radio, un imbécil, que no tenía ni idea de lo que hablaba, explicaba lo fácil que era suplantar la identidad de alguien. Conducir por la carretera del puerto de Shoreham, el puerto comercial contiguo al municipio de Brighton y Hove, hacía relevante el pronóstico marítimo.

A su izquierda, estaba el club náutico de Sussex, seguido de un almacén, y a su derecha, una hilera de casas adosadas. Iba a ver a Jonas Smith otra vez -o Carl Venner, su nombre auténtico-, y el hombre gordo empezaba a cabrearle. Sólo se había asociado con Venner para vengarse de la gente para la que trabajaba, que le cabreaba muchísimo. Ahora tenía que dejarlo todo cada vez que «Venner» lo requiriera, porque «Venner» se negaba a comunicarse por teléfono o correo electrónico, como cualquier persona «normal». Siempre había que pasar por una farsa ridícula, bien reuniéndose con él en una habitación de hotel, como la última vez, por si lo seguían, o en raras ocasiones en su despacho, como ahora.

Al final de la hilera de casas, pasó por delante de un proveedor de yates, luego puso el intermitente para girar a la derecha, esperó a que se abriera un espacio en el tráfico y aceleró, con el motor resoplando bajo el peso repentino, hacia el polígono industrial de Portslade Units. Era fácil ver el edificio al que se dirigía; era el del helicóptero aparcado, como un insecto negro mulante, en el tejado. El helicóptero privado de Venner.

Pasó por delante del depósito de antigüedades, luego entró en el garaje de un enorme almacén moderno y aparcó junto a un gran Mercedes negro que sabía que era uno de los coches de Venner. El cartel de la pared decía: «Importaciones / Exportaciones Oceanic Occidental».

Paró el motor, pero siguió escuchando Radio Five Live, preguntándose si utilizar el móvil para llamar y castigar al imbécil. Pero andaba mal de tiempo; tenía que volver al despacho. Murmurando para sí mismo «Forties, Cromarty, Tyne, Dogger, noroeste fuerza siete arreciando a vendaval intenso fuerza nueve», bajó del coche, lo cerró y, tras comprobar cada puerta metódicamente, se dirigió a la entrada lateral. Mostró la cara al objetivo de la cámara de seguridad y llamó al timbre.

Hubo un «clanc» seguido de un zumbido áspero cuando se abrió el cerrojo. Empujó la puerta pesada y entró en el vestíbulo de la primera planta, del tamaño de un campo de fútbol y lleno de contenedores grises enormes para transporte marítimo. Dos hoscos europeos del Este vestidos con monos, uno calvo con la cabeza tatuada, el otro con una larga cabellera negra, lo miraron, lo saludaron brevemente con la cabeza y volvieron a concentrarse en el contenedor que se elevaba en el aire sobre una gigantesca plataforma móvil.

El Hombre del Tiempo había entrado en el sistema informático de la empresa y había leído los manifiestos. Sabía qué había dentro de los contenedores. La mitad tenía bienes legales, en su mayoría componentes de máquinas y productos químicos agrícolas, la otra mitad contenía coches de lujo robados para Rusia y Oriente Medio, equipamiento militar con destino a Siria y Corea del Norte, y fármacos caducados para Nigeria.

De todos modos, no iba a decirle a Venner que lo sabía. Sólo era algo que venía bien saber. Únicamente quería ver al hombre, decirle qué había averiguado y volver al despacho. Y esta noche tenía una cita con Mona, bueno, una cita en un chat de Internet. La tercera. Mona trabajaba para una empresa de informática de Boise, Idaho, en Estados Unidos; principalmente hablaban de ecología. No obstante, lo importante era que había leído a Robert Anton Wilson y tenían muchas cosas más en común. Estaba de acuerdo con el Hombre del Tiempo en que muy pronto la gente podría descargar su cerebro en ordenadores y vivir una existencia virtual, libre de todas las limitaciones de mierda que suponía ser un ser humano biológico.

Subió en el ascensor de tamaño industrial hasta la planta de arriba.

—Amainando en East Forties y East Dogger -le informó a Mick Brown, quien esperaba para recibirle cuando se abrieron las puertas, vestido con un chándal gris de Prada y mocasines blancos.

El albanés nunca había escuchado el pronóstico marítimo del Reino Unido. No tenía ni idea de qué hablaba el Hombre del Tiempo y no le importaba. Mascó chicle unos momentos con la boca abierta, mostrando gran parte de sus diminutos incisivos blancos al Hombre del Tiempo, mirándole, asimilando su expresión mustia, su pelo mustio y sin vida, su camisa blanca mustia, los pantalones beis y los toscos zapatos grises. Buscaba indicios de un arma, no porque pensara que el extraño señor Frost fuera capaz de llevar una, sino porque le pagaban para hacerlo, así que lo comprobó de todas formas.

Frost no era musculoso; parecía débil. Sería fácil matarlo cuando llegara el momento. Tampoco hacía deporte. El albanés prefería a los luchadores; estaba bien pegar un poco a alguien mientras intentaba pegarte a ti, sobre todo a las mujeres.

—¿El móvil? — le preguntó con su acento gutural.

—No lo he traído.

—¿Te lo has dejado? ¿En el coche o en el despacho?

—En el despacho -mintió-. Es lo que me dijeron.

Justo enfrente del ascensor había una puerta de aspecto robusto con un teclado numérico de seguridad y una cámara de circuito cerrado. El albanés sacó una tarjeta del bolsillo, la presionó contra el teclado, abrió la puerta e indicó al Hombre del Tiempo que lo siguiera.

Al instante, mientras entraba, Frost olió el humo de puro rancio y familiar. Se dirigieron a una habitación pequeña, austera, sin ventanas y con una moqueta barata. Estaba amueblada con una vieja mesa metálica que parecía sacada de una liquidación por cierre, una silla giratoria, un televisor de plasma en la pared en el que podía verse un partido de fútbol y cinco monitores, uno mostraba el exterior del despacho, los otros cuatro cubrían el exterior del edificio por los cuatro costados.

—Espera.

El albanés se dirigió al fondo de la habitación, abrió otra puerta, entró y la cerró tras él. Al cabo de unos momentos, el Hombre del Tiempo oyó voces que subían de tono. Venner estaba gritando, pero el sonido le llegaba demasiado apagado para entender qué decía.

Miró la pantalla del televisor. Era la hora de comer, otra razón por la que estaba irritado, la segunda vez esta semana que Venner le requería a la hora del almuerzo. Mirando al suelo, clavando la vista en un trozo

minúsculo de papel de aluminio atrapado en las fibras de la moqueta, se preguntó cómo reuniría el valor para decirle que ya no quería seguir trabajando más para él. Entonces, miró a la pantalla, deseando que pusieran *Star Trek* en lugar de fútbol. *Star Trek* le infundía valor, inspiración. De vez en cuando, se imaginaba que era alguno de los personajes. Caminando con descaro...

—Ejem -dijo el Hombre Que No Era Tímido aclarándose la garganta y la mente, pensando, preguntándose de nuevo cómo reunir el valor. A Carl Venner no iba a gustarle...

Entonces, el sonido de la puerta de Venner interrumpió sus pensamientos, así como la voz de pito del hombre gordo, que gritaba con su acento de Luisiana.

—¡Llévate a esta puta zorra de aquí. ¡La muy zorra me ha mordido!

Al cabo de unos momentos, una chica menuda y asustada salió tambaleándose de la habitación, con cara de perplejidad. Tenía facciones de la Europa del Este, pelo largo castaño, figura esbelta; llevaba un pintalabios de color intenso y todo corrido. Calzaba unos zapatos de putilla, un top mínimo y una minifalda tan corta que casi era ilegal. Debajo del ojo derecho tenía un verdugón reciente que parecía que iba a convertirse en un ojo a la funerala; en la mejilla derecha lucía un golpe igual de reciente que le había abierto la piel y del que brotaba sangre. Tenía grandes moratones por los dos brazos.

El Hombre del Tiempo calculó que no tendría más de doce años.

La chica lo miró un instante como suplicándole ayuda, pero él apartó la vista y buscó el trozo de papel de aluminio en la moqueta, sintiéndose mal por ella, pero incapaz de hacer nada, y aún más resuelto a decirle a Venner que le dieran por saco, sólo que aún no había cobrado, claro.

El albanés habló con dureza a la chica en una lengua que el Hombre del Tiempo no entendió. La chica respondió al señor Brown alzando la voz, batalladora pese a su corta edad, volvió a mirar al Hombre del Tiempo, desesperada, pero él seguía mirando la moqueta y murmurando en silencio para sí.

Entonces el Hombre del Tiempo notó un brazo que le rodeaba los hombros y olió la peste agria a puro combinada con olor corporal, disimulado sólo ligeramente por la colonia *Homme de Comme des Garçons*; recientemente, se había aprendido de memoria el olor de todas las

fragancias del duty free del aeropuerto de Gatwick, para matar el tiempo antes de un vuelo.

—No le gusta que la enculen, John. ¿Qué te parece? — le preguntó Carl Venner.

Su cuerpo de metro sesenta y cinco de estatura y ciento sesenta y cinco kilos de peso presentaba un aspecto lamentable y tenía un araño reciente en la mejilla. Su pelo plateado y ondulado, por lo general impecable, estaba alborotado, y su coleta, parcialmente suelta. Llevaba una camisa color esmeralda bien abierta, con la mitad de los botones arrancados, que dejaba al descubierto los pliegues de carne flácida de su torso y la barriga blanca sin pelos que le colgaba por encima del cinturón brillante.

Tenía la cara llena de manchas rojas por el esfuerzo o el enfado, y trozos secos de soriasis en la frente que el Hombre del Tiempo ya había advertido antes; el hombre respiraba con tanta dificultad que se preguntó si estaría a punto de darle un ataque al corazón.

—No le gusta que se la follen por el culo -dijo Venner, cambiando ligeramente las palabras-. ¿Te lo puedes creer?

En realidad, el Hombre del Tiempo no tenía una opinión sobre el tema.

—Mmmm -dijo simplemente, sintiendo que el cuerpo enano y denso de Carl Venner lo empujaba hacia delante.

Se detuvieron un momento y Venner volvió la cabeza hacia el señor Brown.

—Haz lo que quieras con esa zorra y luego deshazte de ella.

Soportar aquello y ser cómplice no era parte del trato, pero el Hombre del Tiempo no había comprendido la verdadera naturaleza del tipo que lo había contratado hasta que comenzó a investigar los antecedentes de Venner accediendo a sus archivos personales.

Había conocido a Venner en un chat de Internet para locos de la informática, donde se intercambiaba información y se planteaban y solucionaban acertijos técnicos. Venner le había ofrecido un reto que, en ese momento, el Hombre del Tiempo creyó que era hipotético. El reto consistía en si era posible colgar una página web en Internet que fuera total y permanentemente imposible de rastrear. El Hombre del Tiempo ya tenía diseñado el sistema. Había pensado ofrecerlo a los servicios de inteligencia británicos, pero entonces se cabreó por la guerra de Iraq. Y, de todos modos,

no se fiaba de los cuerpos gubernamentales, de ningún país. De hecho, desconfiaba de casi todo.

Venner lo condujo a su despacho grande y tenebroso, que ocupaba gran parte de la planta de arriba del almacén. Era un lugar enorme, sin ventanas e impersonal, con una moqueta del mismo material barato que la del despacho de la entrada y con casi los mismos pocos muebles, excepto en una zona al fondo, donde había varias estanterías con *hardware* informático, que el Hombre del Tiempo se conocía del derecho y del revés, puesto que lo había instalado él.

La mesa de Venner, sobre la que había cuatro portátiles encendidos y nada más, aparte de un cenicero de cristal con dos colillas de puro aplastadas y un cuenco de cristal lleno de barritas de chocolate, era un clon de la que había fuera. Detrás, había un sillón negro de piel y, cerca de la mesa, un sofá largo marrón, también de piel, pero en un estado lamentable. En la moqueta, justo delante, el Hombre del Tiempo vio unas braguitas arrugadas de encaje, muy pequeñas. Arriba, las gotas de lluvia golpeaban el tejado de metal del almacén.

Como siempre, los dos compañeros rusos mudos de Venner, con sus trajes negros, aparecieron de la nada, flanquearon al hombre gordo, callados y serios, y saludaron al Hombre del Tiempo levemente con la cabeza.

—¿Sabes? La muy zorra me ha mordido en serio. ¡Mira! — Venner exhaló una bocanada de halitosis de puro y levantó un dedo índice regordete, con la uña en carne viva de mordérsela.

El Hombre del Tiempo vio unas marcas profundas justo por encima de la primera falange.

—Tendrán que ponerle la vacuna del tétanos -dijo mirando las marcas.

—¿Del tétanos?

El Hombre del Tiempo clavó los ojos en las braguitas del suelo, balanceándose adelante y atrás en silencio, absorto en sus pensamientos.

—¿Del tétanos? — repitió el americano, preocupado.

—El inoculo bacteriano de las heridas por mordedura humana es peor que el de cualquier otro animal -dijo Frost sin dejar de mirar las bragas-. ¿Sabe la cantidad de organismos que viven en la flora bucal de las personas?

—No.

—Hasta un millón por milímetro -dijo el Hombre del Tiempo sin dejar de balancearse-, más de ciento noventa especies de bacterias distintas.

—Genial. — Venner se miró la herida con recelo-. Bueno... -Se paseó agitadamente por la habitación dibujando un pequeño círculo y luego juntó las manos. Su cara indicaba un cambio total de humor y de tema-. ¿Tienes la información?

—Mmm. — El Hombre del Tiempo siguió mirando las bragas, aún balanceándose-. ¿Qué va a, mmm..., va a, mmm... a la chica? ¿Qué va a pasarle?

—Mick va a llevarla a casa. ¿Algún problema?

—Mmm, no, yo... Mmm, sí. De acuerdo, genial.

—¿Tienes lo que te pedí que trajeras? ¿Eso por lo que te pago?

El Hombre del Tiempo se desabrochó el bolsillo trasero de los pantalones y sacó un trocito de papel rayado que había arrancado de una libreta y que había doblado dos veces. Se lo pasó a Venner, que lo cogió con un gruñido.

—¿Estás seguro al cien por cien?

—Sí.

Aquello pareció satisfacer a Venner, que se dirigió a su mesa, caminando como un pato, para leerlo.

Escrita en el papel estaba la dirección de Tom y Kellie Bryce.

Capítulo 21

El profesor Lars Johansson era un hombre que, según Grace, parecía más un banquero internacional que un científico que había pasado la mayor parte de su vida arrastrándose por cuevas de murciélagos, pantanos y selvas hostiles de todo el planeta en busca de insectos raros.

Con su más de metro ochenta de estatura, pelo rubio y suave, físico atractivo y sofisticado y ataviado con un traje de raya diplomática de tres piezas, el anglosueco irradiaba confianza y un encanto cosmopolita. Estaba sentado a la gran mesa de su abarrotado despacho en el último piso del Museo de Historia Natural de Londres, con sus gafas de carey de media luna en la punta de la nariz, rodeado de vitrinas y campanas de cristal llenas de especímenes extraños, un microscopio y un montón de instrumentos médicos, reglas y pesas. La habitación podría estar sacada del plato de una película de Indiana Jones, pensó Grace.

Los dos hombres se habían conocido y se habían hecho amigos hacía unos años en la Convención de la Asociación Internacional de Investigadores de Homicidios, un encuentro que se celebraba en distintas ciudades de Estados Unidos y al que Grace asistía todos los años. Por lo general, Grace habría mandado a uno de los miembros de su equipo a ver a Johansson, pero sabía que obtendría respuestas más deprisa si iba en persona.

El entomólogo sacó la bolsa de plástico que contenía el escarabajo de la bolsa de pruebas beis de la policía.

—¿Lo han limpiado, Roy? — preguntó con su culto acento inglés.

—Sí.

—Entonces, ¿puedo sacarlo?

—Por supuesto.

Johansson extrajo con cuidado el escarabajo de cinco centímetros con unas pinzas y lo dejó sobre su cartapacio. Lo examinó en silencio unos momentos con una gran lupa, mientras, agradecido, Grace bebía un sorbo de café solo, pensando por un instante con tristeza en la cita de esta noche con Cleo, que había tenido que cancelar para poder venir primero aquí y volver a Sussex House para celebrar la reunión informativa con su equipo a última hora. Había estado esperándola más que nada de lo que podía recordar en muchísimo tiempo y estaba destrozado porque no iba a verla. Pero al menos habían quedado para otro día, el sábado, sólo dos días después. Y la ventaja era que ahora tendría más tiempo para comprar ropa nueva.

—Es un buen espécimen, Roy -le dijo Lars-. Muy bueno.

—¿Qué puedes decirme sobre él?

—¿Dónde lo has encontrado exactamente?

Grace se lo explicó, y el entomólogo, dicho sea en su honor, apenas levantó las cejas.

—Encaja -dijo-. Es enfermizo, pero acertado.

—¿Encaja? — preguntó Grace.

—Es una ubicación adecuada, por motivos que te aclararé. — Esbozó una sonrisa irónica.

—Soy todo oídos.

—¿Quieres la clase completa de biología de segundo de carrera sobre este bichito o un resumen?

—Sólo la versión para justitos. Tendré que repetírselo a gente que aún es más inútil que yo.

El entomólogo sonrió.

—Se llama *Copris lunaris* y tiene la longitud media, normalmente miden de quince a veinticinco milímetros. Es originario del sur de Europa y del norte de África.

—¿Pueden encontrarse aquí?

—Fuera del zoo, no.

Grace frunció el ceño, pensando en las repercusiones de aquello.

—Los egipcios la consideraban una criatura sagrada -continuó el profesor-. También se conoce como escarabajo pelotero.

Ahora Grace lo entendió.

—¿Escarabajo pelotero?

—Eso es. Los más conocidos son la subespecie llamada escarabajo estercolero. Utilizan la cabeza y las patas delanteras para raspar los excrementos y hacer una bola, luego la llevan rodando hasta que encuentran un lugar adecuado para enterrarla, para que madure y se descomponga.

—Suenas delicioso -dijo Grace.

—Creo que prefiero las albóndigas suecas.

Grace se quedó pensando un momento.

—Entonces, colocar este escarabajo en el recto de la mujer tiene un significado.

—Retorcido, pero sí.

Una sirena ululó en la calle.

—Creo que es razonable suponer que nos enfrentamos a alguien que tiene unos valores distintos a los tuyos y a los míos -dijo Grace con una mueca-. ¿Qué relación existe exactamente con el antiguo Egipto, Lars?

—Te lo imprimiré. Es bastante fascinante, la verdad.

—¿Me ayudará a encontrar al asesino?

—No hay duda de que se trata de alguien que conoce el simbolismo. Creo que sería importante que comprendieras todo lo posible sobre el tema. ¿No has estado en Egipto, Roy?

—No.

Parecía que el profesor comenzaba a animarse.

—Si vas a Luxor, al Valle de los Reyes o a cualquier templo, verás escarabajos peloteros grabados por todas partes; eran una parte fundamental

de la cultura del Alto y del Bajo Egipto. Y, por supuesto, eran importantes en los ritos funerarios.

Grace bebió un poco más de café, repasando mentalmente todo lo que tenía que hacer aquella noche, mientras el profesor tecleaba un momento en su ordenador.

Hacía veinte minutos, la detective Emma-Jane Boutwood había llamado para comunicarle que habían llegado los resultados de las pruebas de ADN: la base de datos no había dado ninguna identificación positiva. Todavía no se habían encontrado más partes del cuerpo. En la última hora, se había descartado a otra de las mujeres desaparecidas. El ADN del resto se había enviado por mensajero al laboratorio, y era de esperar -al menos para la policía- que hubiera una identificación positiva. Si no, tendrían que ampliar la búsqueda de inmediato.

De repente, una impresora escupió un folio a unos centímetros de donde estaba sentado y le dio un susto.

—¿Ritos funerarios?

—Sí.

—¿Qué importancia tenían estos escarabajos en los ritos funerarios, Lars?

—Se colocaban dentro de las tumbas para garantizar la resurrección eterna.

Grace pensó en aquello unos momentos. ¿Se enfrentaban a un fanático religioso? ¿A un jugador? Sin duda, se trataba de una persona inteligente -lo bastante culta para haber estudiado el antiguo Egipto-; la ubicación de este escarabajo en concreto en el recto de la mujer no se había elegido al azar.

—¿Dónde podría alguien conseguir un escarabajo pelotero en Inglaterra? —preguntó-. ¿Sólo en un zoo?

—No, hay algún importador de insectos tropicales que comercia con ellos. No tengo ninguna duda de que también estarán disponibles a través de Internet.

Roy Grace anotó mentalmente encargar a alguien que hiciera una lista de todos los proveedores de insectos tropicales del Reino Unido y los visitara y realizara una búsqueda por Internet.

El entomólogo devolvió el escarabajo a la bolsa de pruebas.

—¿Puedo ayudarte en algo más, Roy?

–Estoy seguro de que lo habrá. Ahora no se me ocurre nada más. Y te agradezco muchísimo que te hayas quedado hasta tan tarde para verme.

–No hay problema. – Lars Johansson señaló con la cabeza la ventana y la vista hacia Exhibition Road-. Hace una noche agradable. ¿Vuelves a Sussex?

Grace asintió.

–Deja que te invite a una copa, la penúltima.

Grace miró la hora. El siguiente tren rápido a Brighton salía dentro de cuarenta minutos. No le daba tiempo a tomar una copa, pero sí sentía que necesitaba una, y como el profesor le había ayudado tantas veces en el pasado, le pareció de mala educación rechazar su invitación.

–Una rápida -dijo-. Luego, tengo que salir corriendo.

Treinta minutos después, sentado a una mesa de la terraza de un pub abarrotado, se preguntó qué diablos pasaba exactamente con su vida. Esta noche debería estar con una de las mujeres más hermosas que había visto. Sin embargo, estaba bebiendo su segunda pinta de cerveza tibia, escuchando primero una conferencia de quince minutos sobre el sistema digestivo del escarabajo pelotero y, ahora, un largo análisis de Lars Johansson, cada vez más deshecho en lágrimas, de todos los problemas de su matrimonio.

Capítulo 22

El tráfico de la hora punta vespertina del jueves para salir de Londres estaba peor de lo normal. Y como hoy hacía una noche agradable y templada, parecía que todos los londinenses escapaban al campo. Por lo general, Tom viajaba en tren para evitarse este infierno, pero hoy había tenido que coger el coche para ir al despacho de Ron Spacks y, después, regresar al centro de Londres a recoger su portátil.

Su plan de llegar temprano a casa y hacer una barbacoa en el jardín para cenar con su familia se había ido al traste cuando Chris Webb llegó tarde para arreglarle el ordenador y le costó más de lo previsto conseguirlo. Eran casi las cuatro y media de la tarde cuando Chris terminó y permitió a Tom iniciar su viaje de regreso a la peor hora posible.

Normalmente, en el coche se ponía al día con las llamadas o escuchaba la radio -en Londres, le gustaba especialmente David Prever en Smooth FM; si no, escuchaba las noticias de Radio 4 o Jazz FM-, pero esta tarde,

aparte de una llamada a Ron Spacks para decirle que su equipo estaba trabajando en los precios para los Rolex Oyster -que potencialmente eran un pedido de ensueño que tenía que aceptar-, condujo en silencio, sólo con sus pensamientos sombríos.

«¿Es usted Tom Bryce?»

El marcado acento de la Europa del Este.

Su conversación de antes con Kellie.

«¿Qué clase de acento?»

«De algún país europeo, no era inglés.»

¿Se trataba de la misma persona?

Anoche accedió a una página web que no estaba autorizado a visitar. Ahora lo ha intentado otra vez. No nos gustan las visitas sin invitación. Si informa a la policía de lo que vio o intenta acceder otra vez a la página, lo que está a punto de pasarle a su ordenador le pasará a su mujer, Kellie, y a su hijo, Max, y a su hija, Jessica. Mire con atención, luego medítelo bien.

Tom Bryce no había pensado informar a la policía de lo que había visto el martes por la noche a través del CD que encontró en el tren. Internet era una cloaca; podías encontrar lo que quisieras, por muy erótico o asqueroso que fuera. Había entrado en una página que o era un trailer de una película o una web de violencia gratuita para enfermos; y lo habría dejado ahí. No era su trabajo controlar la cloaca.

Sin embargo, ese mensaje amenazador daba a entender que había algo más en esa página.

Ahora estaba acercándose a los South Downs; el tráfico, aunque era denso, se movía deprisa. A su izquierda, en el prado, a ochocientos metros, vio un destello de luz reflejado en un cristal. Un tren. Olvidando por un breve instante que se iba apretujado y faltaba el aire, envidió a sus pasajeros la relativa tranquilidad del viaje. Sin embargo, estaría en casa dentro de quince minutos, y tenía ganas de tomarse una copa grande y cargada.

Miró por el parabrisas hacia la bola amarilla brillante del sol, que se hundía en el cielo de color cobalto. Detrás de las colinas estaba su casa, su santuario; pero no se sentía seguro. Algo le removía las entrañas, mezclando todas sus emociones, vertiendo en él un cóctel de miedos confusos.

No quería contarle a Kellie que había recibido la misma llamada, pero habían sido siempre tan abiertos y sinceros el uno con el otro que se

preguntó si estaría mal no decírselo. Excepto que sólo la pondría más nerviosa. Y entonces tendría que explicarle lo del CD.

¿Y luego?

La amenaza del e-mail era clara. Si informaba a la policía... Si intentaba entrar en la página otra vez...

Bueno, el hecho era que no pensaba hacer ninguna de las dos cosas. Así que no les pasaría nada.

Entonces, ¿por qué habían recibido esas llamadas? Se dio cuenta de que quizás había cometido una estupidez al visitar la página por segunda vez.

Mientras entraba en su calle y subía la colina, una alarma se disparó en su interior. Más adelante, vio el viejo Espace granate de Kellie aparcado en la calle. Normalmente lo metía en el garaje. ¿Por qué estaba en la calle?

Al cabo de unos momentos, mientras frenaba delante de la casa vio el porqué. Casi todo el garaje estaba ocupado por una caja de embalaje. Era una de las mayores cajas que había visto en su vida. Podría haber alojado a un elefante adulto, y aún le quedaría espacio suficiente para balancear la trompa.

Esa cosa era más alta que la puerta del garaje, por el amor de Dios.

Y en lugar de abrirse la puerta de casa y que Kellie, Max, Jessica y *Lady* salieran corriendo a recibirle, la puerta se abrió sólo unos centímetros y Kellie asomó la cabeza, con cautela, antes de salir vestida con una camiseta, vaqueros cortados y chancas. En algún lugar al fondo de la casa oyó los ladridos de furiosa excitación de *Lady*. Ni rastro de los niños.

—Es un poco mayor de lo que esperaba -dijo Kellie, dócilmente, a modo de saludo-. Van a venir mañana a montarla.

Tom se quedó mirándola un momento. De repente, parecía muy vulnerable. ¿Le tenía miedo o estaba asustada por la llamada?

—¿Qué..., qué es? — preguntó Tom, que en lo único que podía pensar era que hubiera lo que hubiera allí dentro había costado mucho dinero.

—Tenía que comprarla -dijo-. Estaba muy bien de precio, de verdad.

Dios santo. Tom intentaba desesperadamente no perder la paciencia, aunque se le estaba agotando de prisa.

—¿Qué es?

Kellie se encogió un poco de hombros, para intentar quitarle importancia, pero no lo consiguió.

—Bueno, sólo es una barbacoa.

Ahora comprendió la reticencia en su voz cuando antes le había sugerido que hicieran una barbacoa esta noche.

—¿Una barbacoa? ¿Qué diablos se asa en una cosa tan grande? ¿Ballenas? ¿Dinosaurios? ¿Una puta manada de Aberdeen-Angus?

—El precio del catálogo es de más de ocho mil libras. ¡La he comprado por tres mil! — exclamó.

Tom se dio la vuelta, estaba a punto de perder totalmente los estribos.

—Eres increíble, cielo. Ya tenemos una barbacoa perfectamente decente.

—Está oxidándose.

—Bueno, pues podrías haber comprado una nueva en Homebase por unas setenta libras. ¿Te has gastado tres mil? ¿Y dónde demonios vamos a ponerla? Esa cosa ocupará medio jardín.

—No, yo..., no es... Cuando está montada no es tan grande. ¡Es tan chula!

—Tendrás que devolverla. — Luego, se quedó callado y miró a su alrededor-. ¿Dónde están los niños?

—Les he dicho que tenía que hablar contigo antes de que los vieras. Les he avisado de que papá quizá no estaría muy contento. — Le pasó los brazos alrededor de la cintura-. Mira, hay algo que no te he dicho, quería que fuera una sorpresa. — Le dio un beso.

Dios santo, ¿qué venía ahora? ¿Iba a decirle que estaba embarazada?

—¡Tengo trabajo!

En realidad, las palabras le arrancaron una sonrisa.

Media hora después, tras leerle a Jessica varias páginas de *Poppy Cat Loves Rainbows* y a Max un capítulo de *Harry Potter y el cáliz de fuego*, después de regar las tomateras del invernadero, y los frambuesos, las fresas y los calabacines en la franja de tierra de al lado, estaba sentado con Kellie a la mesa de madera de la terraza, con un gran vodka con martini en la mano, contemplando los últimos rayos de sol de la tarde en el jardín. Brindaron. Cerca de sus pies, *Lady* roía con satisfacción un hueso.

Se veía la cabeza de Len Wainwright, asomando por entre la glicinia que Kellie había colocado por encima de la valla para darles más intimidad y que llegaba hasta el cobertizo de su vecino. Len le había hablado durante muchas horas, horas que Tom no podía permitirse, de las diversas fases de la construcción de su cobertizo. Pero nunca le había explicado para qué

serviría. Un día Kellie sugirió que iba a matar a su mujer y enterrarla debajo. En su momento le pareció divertido; ahora Tom ya no sonreía.

El aire desprendía un aroma dulce y estaba tranquilo, aparte del ajetreado trino vespertino de los pájaros. Por lo general, esta época del año le encantaba, era un momento del día en el que normalmente se relajaba y comenzaba a disfrutar de la vida. Pero esta noche no. Parecía que nada calmaba el miedo indefinido que no dejaba de revolverse dentro de él.

—Yo... no sabía que tú... Quiero decir..., creía que no te gustaba, ya sabes, separarte de los niños, trabajar -dijo.

—Jessica acaba de comenzar el parvulario, así que tengo tiempo - contestó ella, y bebió un sorbo de vino-. Se trata de un nuevo hotel que han abierto en Lewes, me han ofrecido un puesto en la recepción, horario flexible, empiezo el próximo lunes.

—¿Por qué un hotel? Nunca has trabajado en un hotel. ¿Por qué no vuelves a la enseñanza si quieres volver a trabajar?

—Me apetece hacer algo distinto. Recibiré formación. No tiene ningún secreto. Principalmente se trata de manejar el ordenador.

«Así tendrás la oportunidad de entrar en eBay todo el día», pensó Tom, pero no dijo nada. Bebió un trago de su bebida y se quedó mirando y realizando cálculos mentales. Si Kellie podía ganar lo suficiente para pagar sus compras, sería una ayuda considerable. Pero tres mil libras menos en su tarjeta de crédito por una maldita barbacoa gigantesca... Tardaría meses en ganarlos. Mientras tanto, iba a tener que consolidar la deuda él. Entonces, comenzó a sonar el móvil, que había dejado en el estudio.

Tom y Kellie se miraron. Vio el destello de miedo en los ojos de su mujer y se preguntó si ella también lo veía en los suyos.

Subió corriendo y se sintió aliviado al ver en la pantalla que era Chris Webb.

—Hola, Chris -dijo-. ¿Has averiguado algo sobre el disco?

La voz del técnico sonaba poco afable.

—No, y me parece que no voy a descubrirlo.

—¿Y eso?

—He llegado a casa y la he encontrado patas arriba. Alguien lo ha revuelto todo, y quiero decir todo. Tardaré una semana en ordenarla.

—Dios santo. ¿Te han robado muchas cosas?

–No -dijo-. No mucho. – Hubo una larga pausa, durante la cual Tom oyó el clic de lo que parecía un mechero y una fuerte aspiración-. En realidad, parece que sólo se han llevado una cosa.

–¿Qué?

–Tu CD.

Capítulo 23

Alison Vosper, la subdirectora, era el agente superior ante el que Roy Grace tenía que responder en última instancia. Tenía un temperamento volátil, que hacía que fuera dulce y tranquila un momento y agria el siguiente. Hacía unos años, un bromista del cuerpo la había apodado N.º 27, por el plato agridulce de un conocido restaurante de comida china para llevar. El mote había arraigado, aunque a Grace le pareció que seguramente había llegado la hora de cambiarlo, ya que no recordaba la última vez que Vosper había estado de un humor dulce. Y, sin género de dudas, hoy no lo estaba. A las nueve de la mañana de aquel viernes se encontraba en el despacho de Vosper con su alfombra de pelo largo, delante de su mesa, con esa misma sensación de inquietud en la boca del estómago que solía tener cuando le decían que fuera al despacho del director en el colegio. Era ridículo que un hombre de su edad tuviera miedo de un superior, pero Alison Vosper producía ese efecto en él, igual que lo producía en todo el mundo, quisieran reconocerlo o no.

Aparentemente, lo había requerido para que la informara en privado y por adelantado de la rueda de prensa diaria, pero no había mucho que decir. Habían pasado casi cuarenta y ocho horas y no habían identificado a la víctima ni tenían ningún sospechoso.

Una cosa que Grace había aprendido a lo largo de estos años como policía era la importancia que daban los agentes a transmitir a los ciudadanos la sensación de que estaban obteniendo resultados. Desde el punto de vista de intentar conseguir que el pueblo llano se sintiera reconfortado con la policía, Grace tenía la impresión de que los jefes a veces consideraban que era mejor detener a alguien, por muy inocente que fuera, y al menos demostrar que estaban haciendo algo, que tener que admitir de manera poco convincente ante una sala llena de periodistas preocupados por vender periódicos que no tenían ninguna pista.

A diferencia del edificio moderno e impersonal de la central del Departamento de Investigación Criminal de Sussex House donde trabajaba ahora, los peces gordos estaban todos en esta magnífica mansión Queen Anne, en el centro del grupo desordenado de edificios que albergaba la central de la policía de Sussex, a las afueras de Lewes, la antigua capital del condado.

Los excelentes detalles arquitectónicos originales del edificio habían permanecido intactos en la mayoría de los despachos más espléndidos, en concreto el estuco delicado y los techos ornamentados. El de Alison Vosper era un buen ejemplo. Su despacho de la planta baja era impecable, con una vista increíble del césped cuidado, y estaba amueblado con antigüedades elegantes que daban una sensación de autoridad y permanencia.

La pieza central era una gran mesa de palisandro pulido en la que había un cartapacio con el borde negro, un jarrón fino de cristal con tres tulipanes violetas, fotografías enmarcadas de su marido -un policía varios años mayor que ella pero tres rangos inferior- y sus dos hijos, un niño y una niña, inmaculados en sus uniformes del colegio, un portaplumas de amonita y, como siempre, un fajo de periódicos matutinos colocados en abanico. Gracias a Dios, Grace no aparecía en ninguna de las portadas.

La subdirectora Alison Vosper no sólo estaba agria esta mañana, sino sumamente fría, un efecto realzado por la blusa de cuello alto almidonada color hielo que llevaba, rematada por un broche de estrás igual de frío. Incluso su perfume desprendía un aroma ácido.

Como era habitual, Vosper no le invitó a sentarse, una técnica que utilizaba con todos los policías de rango inferior para que las reuniones fueran cortas y directas. Grace la informó de todo lo que había sucedido desde la última reunión. La única reacción visible que obtuvo fue cuando llegó al escarabajo, el asco suficiente para demostrar que, debajo de su duro caparazón, Alison Vosper seguía siendo un ser humano.

—¿Así que tenemos tres posibilidades entre las mujeres cuya desaparición se ha denunciado estos últimos días? —dijo; tenía un acento monótono de Birmingham que la endurecía aún más.

—Sí, y hemos enviado a Huntingdon material recogido de sus casas para los análisis de ADN. Me debían un favor. A lo largo de hoy tendremos una identificación positiva.

—¿Y si no la hay?

–Tendremos que ampliar la búsqueda.

Sonó el teléfono. Vosper pulsó una tecla, la mantuvo presionada y espetó:

–Estoy reunida. – Luego, volvió a mirar al comisario-. ¿Sabes que te juegas mucho en este caso, Roy?

Él se encogió de hombros.

–¿Más que en otros?

Vosper lo miró un buen rato, en silencio y con severidad.

–Creo que los dos lo sabemos.

Grace frunció el ceño, no estaba seguro de qué vendría ahora y le incomodaban sus palabras.

Vosper dio unas vueltas a la alianza de oro que llevaba en el dedo y aquello pareció ablandarla.

–Eres afortunado por haber podido ejercer tu carrera en la misma zona hasta la fecha, Roy. Muchos policías tienen que trasladarse constantemente si quieren ascender, como yo. Soy de Birmingham, pero sólo he ejercido tres años de mi carrera allí. He estado en todas partes, Northumberland, Ipswich, Bristol, Southampton. En la época de tu padre era distinto. Él hizo toda su carrera en la policía de Brighton, ¿verdad?

–Si también incluyes Worthing.

Vosper le ofreció una pequeña sonrisa. Worthing estaba unos kilómetros más al sur en la costa. Luego, su expresión volvió a endurecerse.

–Tu padre era un hombre muy querido y respetado, es lo que me han dicho. Pero para mucha gente, no pareces hijo de tu padre.

Dejó que las palabras flotaran en el aire. Roy las sintió como una puñalada en el corazón. Era como si le hubieran hecho un corte y la energía se le escapara por la herida. Miró a la subdirectora, confuso y, de repente, muy vulnerable.

–Yo... sé que tengo mis detractores -dijo, y se dio cuenta, demasiado tarde, de la pobreza del argumento.

Vosper negó con la cabeza y esta vez se sacó la alianza de golpe y la sostuvo delante de ella, como un símbolo de que nada era permanente, de que podía borrarle de su vida tan fácilmente como podía tirar el anillo a la basura.

–No son tus detractores los que me preocupan, Roy. Al director le preocupa el daño que has hecho a la policía de Sussex. Casi provocas un

juicio nulo hace un par de semanas al llevar una prueba a una médium y, como consecuencia, saliste en los titulares de todo el país y te pusiste en ridículo a ti... y nos pusiste en ridículo a nosotros. Muchos compañeros tuyos te han perdido el respeto por interesarte por lo sobrenatural. Luego, permitiste que dos sospechosos murieran durante una persecución.

Grace trató de interrumpirla, pensaba que no estaba siendo razonable, pero ella levantó la mano y se lo impidió.

—Ahora llevamos cuarenta y ocho horas investigando un asesinato y no puedes ponerle un nombre a la víctima ni tienes a ningún sospechoso. Lo único que me ofreces es la historia de un escarabajo que se halló en la escena del crimen.

Ahora Grace se estaba enfadando.

—Lo siento, pero esto no es justo y lo sabes.

—No se trata de qué es justo, Roy, sino de que la policía tenga fama de incompetente, de no proteger a los ciudadanos.

—Esos dos que murieron en el coche, eran culpables hasta las trancas y eran peligrosos. Se saltaron controles de carretera, robaron dos coches a mano armada, tiraron a un policía de su moto. ¿Habrías preferido dejarlos escapar? — Meneó la cabeza con exasperación.

—Lo que te estoy diciendo, Roy, es que sería mejor que te trasladáramos a una zona donde no te conocieran. Algún lugar en el norte, tal vez. Algún lugar con mucha actividad donde puedas poner en práctica tus habilidades. Algún lugar como Newcastle. Uno de mis compañeros de allí me ha pedido los servicios de un investigador jefe para un caso delicado que podría durar varios meses, quizás un año. Y creo que eres la persona indicada para el puesto.

—Será una broma. Mi casa está aquí. No quiero que me trasladéis a ningún sitio. Ni siquiera estoy seguro de querer seguir en el cuerpo si eso pasa.

—Entonces, tranquilízate y asegúrate de que no suceda. Voy a reclutar a otro agente para que os repartáis los casos sin resolver, puesto que creo que no estás haciendo tantos progresos como debieras. Es un ex inspector de la Met, y lo hemos ascendido al mismo rango que tú.

—¿Lo conozco?

—Se llama Cassian Pewe.

Grace se quedó pensando un momento, luego se quejó para sus adentros. El inspector Cassian Pewe, ahora comisario. Grace había tenido un roce con él hacía un par de años, cuando la Met había enviado refuerzos para ayudar a la policía de Brighton durante el congreso del Partido Laborista. Lo recordaba como una persona tremendamente arrogante.

—¿Vendrá aquí?

—Empieza el lunes. Trabajaré en un despacho de este edificio. ¿Algún problema?

Quería decir que sí, la cabeza la daba vueltas. Claro, el preferido de la profe. ¿Dónde si no iba a colocarle? Aquí era perfecto, así ella y Pewe podrían charlar con regularidad, sobre cómo y dónde debilitar al incómodo Roy Grace.

Pero no tuvo más remedio que decir que no.

—Tu carta está marcada, Roy. ¿De acuerdo?

Estaba tan furioso que sólo pudo contestar asintiendo con la cabeza. Entonces, le sonó el móvil. Vosper le indicó que respondiera.

Grace se apartó de su mesa y miró la pantalla. Era del centro de investigaciones.

—Roy Grace -contestó.

Era el detective Nicholl, que le llamaba emocionado para comunicarle que tenían noticias del laboratorio de Huntingdon. Tenían una identificación positiva para el cadáver.

Capítulo 24

—No puedo creer que escuches esta música, tío -le dijo Branson-. Es una mierda, una mierda total. No puede llamarse de otro modo.

Iban por un largo tramo de autovía colina abajo en dirección oeste, hacia Southampton, pasando a la izquierda por la extensión cubierta de hierba de la antigua base de cazas de la segunda guerra mundial, que ahora era el aeropuerto de Shoreham, una base con mucho movimiento para aviones privados y vuelos comerciales a las islas del Canal.

Shoreham era el barrio más oriental de Brighton, y Grace siempre sentía una extraña mezcla de alivio y pérdida cuando dejaba atrás la ciudad. Pérdida, porque Brighton era donde se sentía verdaderamente en casa, y cualquier otro lugar era un terreno inexplorado ajeno a él, y se sentía inseguro. Y alivio, porque cuando estaba en la conurbación de Brighton y Hove tenía un sentimiento de responsabilidad y, si se encontraba lejos de allí, podía relajarse.

Tras tantos años en la policía, tenía el acto reflejo de evaluar inconscientemente a todos los peatones y a los ocupantes de todos los coches que circulaban por la calle. Conocía a la mayoría de los maleantes de la ciudad, sin duda a todos los traficantes callejeros y a algunos de los atracadores y ladrones; sabía cuándo estaban en el sitio adecuado y cuándo no. Era una de las cosas que hacían que la amenaza de Alison Vosper de trasladarle fuera tan absurda. Toda una vida de conocimientos y contactos se iría al traste.

Roy Grace había decidido conducir porque sus nervios no podrían soportar otro viaje con Branson alardeando de sus habilidades en persecuciones a gran velocidad. Ahora no estaba seguro de si sus nervios podrían soportar que el sargento siguiera curioseando en el reproductor de CD. Pero Branson aún no había acabado con él.

—¿Los Beatles? ¿Quién coño escucha a los Beatles en el coche hoy en día?

—Yo, me gustan -dijo Grace a la defensiva-. Tu problema es que no sabes diferenciar entre ruido y buena música.

Detuvo el Alfa Romeo en un semáforo, en el cruce con la carretera del Lancing College. Había decidido coger su coche porque hacía tiempo que no lo sacaba para un trayecto largo y la batería necesitaba cargarse bien.

Aunque lo más importante era que si hubieran cogido un coche de la policía, Branson seguramente habría insistido en conducir y le habría dolido que no se lo hubiera permitido.

–Muy gracioso, viniendo de ti -dijo Branson-. ¡No te enteras de música!
– Luego, de repente, cambiando de tema, señaló un pub al otro lado de la carretera-. El Sussex Pad. Preparan bien el pescado, fui con Ari. Sí, estaba bueno. – Luego, volvió a centrarse en el reproductor de CD-. ¡Dido!

–¿Qué tiene Dido de malo?

Branson se encogió de hombros.

–Nada, si te gustan ese tipo de cosas, supongo. No me había dado cuenta de lo triste que eras.

–Sí, sí que me gustan ese tipo de cosas.

–Y, Dios santo, ¿qué es esto? ¿Te lo dieron gratis con una revista?

–Bob Berg -dijo Grace, cada vez más molesto-. Resulta que es un músico de jazz moderno muy bueno.

–Sí, pero no es negro.

–Ah, vale, ¿hay que ser negro para ser músico de jazz?

–No estoy diciendo eso.

–¡Claro que sí! De todos modos, está muerto. Murió en un accidente de coche hace unos años, y me encanta su música. Es un saxofonista tenor formidable. ¿Vale? ¿Quieres cargarte algo más? ¿O hablamos de tu corazonada?

Un poco resentido, Glenn Branson puso la radio y sintonizó la emisora de rap.

–Mañana te llevo a comprar ropa, ¿verdad? Pues también te llevaré a comprar música. Si metes a tu cita en este coche y ve esta música, va a buscar tu cartilla de pensionista en la guantera.

Grace apagó la radio y se concentró en la tarea inmediata que les esperaba y en todas las otras bolas que tenía que mantener en el aire simultáneamente.

Esta mañana estaba crispado, tanto por la reunión con Alison Vosper, que le había dejado muy deprimido, como por la tarea a la que tenía que enfrentarse dentro de una hora. Por lo general, Grace podía decir con total sinceridad que le gustaban casi todos los aspectos del trabajo policial, excepto una cosa: comunicar la noticia de una muerte a los padres o seres queridos. No era algo que tuviera que hacer a menudo últimamente, puesto

que era tarea de los agentes de la Unidad de Relaciones Familiares, detectives especialmente formados para ello; no obstante, había situaciones, como la que tenía por delante, en que Grace quería estar presente para evaluar la reacción, para recabar toda la información posible en esos primeros momentos clave después de dar la noticia. Y le acompañaba Glenn Branson porque pensó que sería una buena formación para él.

Las personas que acababan de perder a alguien seguían una pauta casi idéntica. Durante las primeras horas, estaban en estado de choque, eran totalmente vulnerables, y lo contaban casi todo. Pero pronto comenzaban a retraerse y los otros miembros de la familia cerraban filas en torno a ellos. Si se quería obtener información, había que sacársela durante las primeras horas. Era cruel, pero casi siempre efectivo y, de lo contrario, estabas estancado durante semanas, quizá meses. Los periodistas también lo sabían.

Reconoció a las dos agentes de la Unidad de Relaciones Familiares, la detective Maggie Campbell y la detective Vanessa Ritchie, sentadas en su coche, un pequeño Volvo gris camuflado aparcado en el arcén de la calle enfrente de la entrada de la casa, y detuvo el Alfa delante de ellas. Sus rostros, con una expresión glacial de desaprobación, le miraban a través del parabrisas.

—¡Mierda, tío! ¿Cómo coño puede permitirse la gente un sitio así? —dijo Glenn mirando la verja de acero entre dos columnas rematadas con bolas de piedra.

—No siendo poli -contestó Grace.

El dinero nunca había sido un factor importante en la vida de Grace. Le gustaban las cosas bonitas, por supuesto, pero nunca había aspirado a vivir rodeado de lujo y siempre había procurado mantenerse dentro de sus posibilidades. A Sandy se le daba de maravilla ahorrar un poco de aquí y otro de allí. Siempre le divertía que comprara las tarjetas para las próximas navidades en las rebajas de enero.

Además, con esos ahorros siempre se permitía pequeños «lujos» para ellos, como le gustaba llamarlos. Durante los primeros años de su matrimonio, cuando trabajaba en una agencia de viajes y podía conseguir descuentos para las vacaciones, había conseguido ahorrar suficiente dinero dos veces para pasar quince días en el extranjero; pero ninguna cantidad que pudiera apartar o ahorrar de su salario, ni siquiera con todas las bonificaciones por horas extras de este mundo que le daban cuando empezó

en la policía, podría comprar jamás nada que se acercara a la magnitud de la finca que estaba viendo ahora.

—¿Recuerdas esa película, *El gran Gatsby*? —dijo Branson—. La versión de Jack Clayton, con Robert Redford y Mia Farrow, ¿sabes?

Roy Grace asintió. La recordaba vagamente, o al menos el título.

—Bueno, este sitio es eso, ¿no? Estás viendo una casa de lujo.

Y lo era: un camino de entrada muy recto de varios cientos de metros de longitud y flanqueado por árboles que se abría a un aparcamiento circular con un estanque decorativo en el centro, frente a una mansión regia blanca palladina, o de estilo palladino, al menos.

Grace asintió. Por el rabillo del ojo, vio que se abrían las puertas del Volvo.

—Problemas a la vista —dijo en voz baja. Las detectives se bajaron del coche.

Maggie Campbell, una mujer de pelo oscuro de treinta y pocos años, y Vanessa Ritchie, una pelirroja alta y delgada, dos años mayor, de facciones y comportamiento más duros, se acercaron a ellos. Las dos vestían ropa elegante, pero sencilla y oscura.

—Es imposible que entremos los cuatro, Roy —dijo la detective Ritchie—. Somos demasiados.

—Yo entraré primero con Glenn y comunicaremos la noticia. Te llamaré cuando crea que podéis entrar a sustituirnos.

Vio que Maggie Campbell fruncía el ceño. Ritchie negó con la cabeza.

—Funciona al revés, ya lo sabes.

—Sí, lo sé, pero así es como quiero jugar a esto.

—¿Jugar a esto? —respondió airada—. No se trata de una especie de experimento. Está mal.

—Lo que está mal, Vanessa, es que un padre se entere de que se han encontrado los restos de su hija, salvo unos trozos importantes como la cabeza, tirados en un puto campo con un escarabajo en el recto. Eso es lo que está mal.

La agente se dio un golpecito en el pecho.

—Para eso nos han formado. Somos especialistas en todos los aspectos del duelo.

Grace miró a las dos mujeres alternativamente.

—Conozco perfectamente vuestra formación y os conozco a las dos. He trabajado con vosotras antes y os respeto. Esto no tiene nada que ver con vuestras capacidades. Vuestra formación os orienta, pero, al fin y al cabo, hay que pensar en el aspecto policial. En esta ocasión, tengo mis razones para querer dar la noticia, y como investigador jefe de este caso yo pongo las reglas, ¿vale? No quiero ver más caras largas, quiero colaboración. ¿Entendido?

Las dos agentes asintieron, pero seguían sin parecer cómodas con la situación.

—¿Has decidido cuánto vas a contarle al padre? — preguntó Vanessa Ritchie con aspereza.

—No, ya lo veré sobre la marcha. Os pondré al tanto antes de que entréis, ¿vale?

Maggie Campbell sonrió sin entusiasmo y de un modo conciliador. La detective Ritchie se encogió de hombros a regañadientes como diciendo: «Tú eres el jefe».

Grace hizo una señal con la cabeza a Branson y éste tocó el timbre. Al cabo de unos momentos, la verja se abrió con una sacudida y condujeron hasta la casa. Grace aparcó entre dos coches, un viejo BMW serie 7 bastante sucio y un Subaru familiar muy antiguo.

Mientras se acercaban a la puerta, les abrió un hombre de aspecto distinguido de unos cincuenta y cinco años y pelo negro plateado en las sienes, que llevaba una camisa blanca desabrochada en el cuello con gemelos de oro, pantalones de traje y mocasines negros y brillantes. Tenía un móvil en la mano.

—¿Comisario Grace? — dijo con un acento de clase alta que quedó ligeramente disimulado porque parecía hablar entre dientes, estudiando a los dos policías con incertidumbre. Tenía una sonrisa agradable, pero los ojos azul grisáceos tristes, como un par de pequeñas almas perdidas.

—¿El señor Derek Stretton? — preguntó Grace.

Luego, él y Branson le enseñaron las placas por cortesía.

—¿Qué tal el viaje? — les preguntó Derek Stretton mientras los conducía al interior de la casa.

—Bien -dijo Grace-. Creo que hemos elegido una buena hora.

—La carretera es horrorosa. No entiendo por qué no la convierten en autopista. Janie siempre se queda horas atascada cuando viene.

Lo primero que observó Grace al entrar en el vestíbulo fue los pocos muebles que decoraban la casa. Había una larga mesa de marquetería espléndida, y una cómoda y sillas antiguas, pero no había ni alfombras ni moqueta, y vio una hilera de sombras en las paredes que evidenciaban que habían retirado unos cuadros hacía poco.

Mientras Stretton los guiaba a un salón igual de desértico, con dos sofás grandes sobre el suelo sin alfombras y lo que parecía una mesa de plástico de picnic colocada entre ellos como mesa de café, el hombre parecía tener prisa por explicarse, señalando las paredes desnudas de la habitación y las grandes sombras rectangulares, muchas con alambres, algunas con pequeñas luces arriba.

—Me temo que he tenido que desprenderme de parte de la plata de la familia. He hecho algunas malas inversiones...

Aquello explicaba las sombras de las paredes, pensó Grace. Seguramente habrían ido a parar a alguna subasta. Stretton parecía afligido, le daba mucha pena aquel hombre, y eso antes de la bomba que estaba a punto de lanzar.

—Mi ama de llaves no... -Movi6 los brazos en el aire con impotencia-. Emm, pero... ¿puedo ofrecerles un té? ¿Café?

Grace estaba sediento.

—Té, por favor, con leche y sin azúcar.

—Lo mismo para mí, por favor -dijo Branson.

Mientras Stretton salía de la habitación, Grace se acercó a uno de los pocos muebles de la estancia, una elegante mesa auxiliar llena de marcos de fotografías.

Había un par de personas mucho mayores, abuelos, imaginó. Luego, una de Derek Stretton un poco más joven con una mujer atractiva de más o menos la misma edad. Al lado había una joven, Janie, supuso. En la fotografía tendría unos diecisiete o dieciocho años, era guapa y con mucha clase. Vestía un traje de fiesta negro de terciopelo, tenía el pelo rubio y largo sujeto con dos pasadores de estrás y lucía una gargantilla en el cuello de plata elaborada. Guardaba un parecido asombroso con una joven Gwyneth Paltrow. Sonreía a la cámara, pero no había nada de timidez en aquella sonrisa. Para Grace decía: «Sí, soy guapísima y lo sé».

Había otra foto al lado, también de Janie, un par de años más joven, en una pista de esquí, con un anorak lila, gafas de sol de diseño y expresión

seria y soberbia.

Grace miró la hora. Eran las once y media de la mañana. Se había escabullido de la rueda de prensa, dejando que Dennis Ponds informara a los periodistas de que ya conocían el nombre de la víctima y que lo harían público en cuanto se hubiera comunicado la noticia a sus familiares, lo que ocurriría dentro de una hora y media más o menos. Luego, quería que Ponds en concreto distribuyera la fotografía de la chica por tantos lugares como fuera posible, para averiguar a través de los ciudadanos en qué lugares había sido vista en sus últimas horas y sacar el caso en televisión en el siguiente programa de *Alerta criminal*, el próximo miércoles, si para entonces no habían hecho ningún progreso.

Branson se acercó a la chimenea. En la repisa había varias tarjetas de cumpleaños. Grace lo siguió. Se quedó mirando una con un dibujo de un hombre de aspecto orgulloso con traje y corbata y las palabras: «Para un padre muy especial».

La abrió y vio el mensaje: «Para mi querido papá. Con todo mi amor, montañas y montañas de amor. J. Besos».

Grace dejó la tarjeta en su sitio y se acercó a un mirador alto. Ofrecía una vista espléndida del río Hamble; Branson se unió a él y miraron un bosque de mástiles y jarcias de un puerto deportivo que parecía estar justo tras los límites de la propiedad.

—Nunca me han gustado los barcos -dijo Branson-. Nunca me he sentido muy seguro en el agua.

—¿A pesar de vivir junto al mar?

—No vivo exactamente junto al mar. — Le sonó el móvil y lo sacó—.

¿Detective Branson? Ah, hola, sí. Estoy con Roy, cerca de Southampton. Tenemos previsto volver a Brighton sobre las dos de la tarde. Roy quiere celebrar una reunión a las seis y media, así que todo el mundo allí, ¿vale? Sí. ¿Hemos conseguido los refuerzos que pidió?... ¿Sólo uno? ¿Quién es?... Oh, mierda, ¡será una broma! No me puedo creer que nos lo hayan colocado a nosotros. Roy se va a cabrear. Cuando salgamos de aquí iremos directamente al piso de la chica; Roy quiere que alguien vaya al bufete, a hablar con su jefe y los que trabajan allí... Vale... Sí. Seis y media... Eso es.

Branson se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Era Bella. Adivina, tu petición para sumar dos agentes más al equipo. ¿Sabes a quién nos han dado?

—Dispara.

—A Norman Potting.

Grace refunfuñó.

—Ya va siendo hora de que se jubile. Es más viejo que Matusalén.

—Las chicas no están muy emocionadas, precisamente. Bella no está contenta.

El sargento Norman Potting tenía casi sesenta años, una incorporación tardía al cuerpo. Era un policía de la vieja escuela, políticamente incorrecto, sin pelos en la lengua y sin ningún interés en ascender -nunca había querido responsabilidades-, pero tampoco había querido jubilarse cuando cumplió los cincuenta y cinco, la edad normal de jubilación en la policía para un sargento, razón por la cual había prolongado su servicio. Le gustaba hacer aquello que mejor se le daba, lo que él llamaba perseverar y perforar. El trabajo policial perseverante y metódico, y perforar la superficie de cualquier crimen, perforar el tiempo y a la profundidad que hiciera falta hasta dar con algún filón que le condujera a algún lugar.

Lo más destacable de Norman Potting era su constancia, además era digno de confianza y sabía conseguir resultados; pero era aburrido a morir y tenía el don de ofender a casi todo el mundo.

—Creía que estaba destinado de manera permanente en Gatwick con los de antiterrorismo -dijo Grace.

—Es obvio que se han cansado de él. Tal vez no podían seguir aguantando sus chistes -dijo Branson-. Y Bella dice que apesta a humo de pipa. Ni ella ni Emma-Jane quieren sentarse cerca de él.

—Pobrecillas.

Derek Stretton volvió al salón portando una bandeja con tres tazas de porcelana y una jarrita de leche. La dejó sobre la mesa de plástico, luego les indicó que se sentaran en uno de los sofás y él ocupó el de enfrente.

—¿Ha dicho por teléfono que tenía noticias sobre Janie, comisario? —preguntó expectante.

De repente, Grace deseó fervientemente haber mandado a las dos agentes de la Unidad de Relaciones Familiares a encargarse del tema.

Capítulo 25

Tom prácticamente no había trabajado nada en toda la mañana. Se había quedado sentado a su mesa en su despacho con un montón de e-mails sin responder amontonándose en la pantalla; había atendido algunas llamadas que entraron para él, y también había repasado con cuidado una lista de presupuestos para los Rolex Oyster de Ron Spacks, pero el resto del tiempo había estado pensando. Pensando.

Le daba vueltas a la cabeza, pero no sacaba nada en claro.

Esa llamada de anoche de Chris para decirle que habían entrado a robar en su casa.

«En realidad, parece que sólo se han llevado una cosa... Tu CD...»

Perdón, pero había estado en el despacho que Chris Webb tenía en su casa y era increíble la de cosas que tenía allí. No sería difícil perder un CD, tenía docenas tirados por todas partes.

Sin embargo, pensó Tom, a alguien no le gustaba que tuviera el CD, y le habían destrozado el ordenador dos veces para decírselo. ¿Así que lo habían recuperado? ¿Chris Webb había intentado reproducirlo y los había puesto sobre aviso?

Si el propietario del CD, fuera quien fuera -el capullo del tren-, ahora lo había recuperado, ¿se había acabado el problema?

¿Quizás el capullo estaría otra vez en el tren esta noche? Pero Tom lo dudaba; en todos los años que había ido al trabajo en tren nunca lo había visto. Además, no estaba muy seguro de qué haría, si se acercaría a él y le gritaría o si tendría demasiado miedo para decirle algo.

Todavía no le había contado nada a Kellie. Era mejor callar, mantenerse al margen. No habían recibido más llamadas, lo que significaba que había entendido la advertencia, esperaba.

El tenía muy claro que había captado el mensaje.

Capítulo 26

—Los de la agencia inmobiliaria del piso que tiene alquilado su hija en Brighton nos dejaron entrar ayer, señor Stretton, y nos permitieron coger un par de artículos suyos para realizar pruebas de ADN. Cogimos muestras de cabellos de un cepillo que había en el baño y un trozo de chicle que encontramos en un cubo de la basura -explicó Grace.

Derek Stretton sostenía su taza sin beber, mirándolo con recelo.

—Las mandamos al laboratorio de la policía en Huntingdon y esta mañana hemos recibido los resultados. El ADN del chicle y del cabello pertenece a la misma persona, y la correspondencia con el cuerpo que encontramos el miércoles es total. Me temo que la única conclusión a la que podemos llegar, señor, es que la joven asesinada es su hija, Janie.

Hubo un largo silencio y, durante unos momentos, Grace pensó que Derek Stretton iba a echar la cabeza hacia atrás y reírse a carcajadas. Sin embargo, lo único que sucedió fue que la taza comenzó a repiquetear contra el platito, cada vez más fuerte, hasta que el hombre se inclinó hacia delante y la dejó sobre la mesa.

—Yo... Entiendo -dijo.

Volvió a mirar a Grace, luego a Branson. Entonces, despacio, como una silla plegable compleja, pareció doblarse sobre sí mismo.

—Es todo lo que tengo en el mundo -dijo-. Por favor, díganme que no es verdad. Va a venir hoy... Es mi cumpleaños... Vamos a ir a cenar. Oh, Dios mío. Yo... yo...

Grace miró al frente con rigidez, evitando la mirada de Branson, deseando desesperadamente poder decirle a aquel hombre que no era verdad, que se había cometido un error. Pero no podía añadir nada más, nada que aliviara su dolor.

—Perdí a mi mujer, su madre, hace tres años. Cáncer. Ahora he perdido a Janie. Yo...

Grace le dio espacio.

—¿Qué clase de hija era, señor? — le preguntó luego-. Quiero decir... ¿Estaban muy unidos?

—Dicen que siempre hay un vínculo especial entre un padre y una hija - contestó Derek Stretton tras un largo silencio-. Sin duda, yo considero que así es.

—¿Era una persona afectuosa?

—Muchísimo. Nunca se ha olvidado de mi cumpleaños, ni una sola vez, ni de las navidades o del Día del Padre. Es... simplemente... perfecta... -Su voz se apagó.

Grace se puso de pie.

—¿Tiene una fotografía reciente de ella? Me gustaría hacer circular una foto tan deprisa como sea posible.

Derek Stretton asintió sombríamente.

–¿Y le importaría que echáramos un vistazo en su cuarto?

–¿Quieren que los acompañe o...?

–Podemos ir solos -dijo Grace con delicadeza.

–Primer piso, giren a la derecha en las escaleras. Es la segunda puerta a la derecha.

Era el cuarto de una chica, una chica ordenada, organizada y metódica. Había una fila de peluches recostados en los cojines. En la pared colgaba un poster de U2. Había una colección de conchas en el tocador. Las estanterías estaban repletas principalmente de libros infantiles, historias de aventuras de chicas y algunos *thrillers* de abogados de Scott Turrow, John Grisham y varios escritores estadounidenses más. Había unas zapatillas en el suelo y una bata anticuada colgada en la puerta.

Grace y Branson abrieron todos los cajones, hurgaron en la ropa, en la ropa interior, las camisetas, blusas y jerséis, pero no encontraron nada que sugiriera ni remotamente qué había hecho Janie Stretton para exponerse a un asesino despiadado.

Luego, Grace cogió un joyero de terciopelo y abrió la tapa. Dentro había unos pendientes delicados de amatista, una pulsera de plata con colgantes, un collar de oro y un sello con un emblema en relieve. Cerró la tapa y se quedó con el joyero.

Quince minutos después bajaron al salón. Derek Stretton no parecía haberse movido de su silla y no había tocado el té.

Grace levantó el joyero y abrió la tapa para mostrar al padre de Janie el contenido.

–Señor Stretton, ¿todo esto es de su hija?

El hombre miró y asintió.

–¿Puedo llevarme una de estas piezas? ¿Algo que quizá se hubiera puesto recientemente? – Obvió la extraña mirada que le lanzó Glenn Branson.

–Seguramente el sello es lo mejor -dijo-. Es el emblema de nuestra familia. Lo llevaba siempre hasta hace poco.

Grace sacó una pequeña bolsa de plástico del bolsillo que había traído consigo para este propósito, cogió el anillo de la caja con el pañuelo y lo metió con cuidado en la bolsa.

–Señor Stretton, ¿se le ocurre alguien que tuviera alguna razón para querer hacerle daño a su hija? – preguntó Grace.

—Nadie -susurró.

Grace volvió a sentarse delante de Derek Stretton, se inclinó hacia él y se colocó las manos debajo de la barbilla.

—¿Tenía novio? — le preguntó.

—No, nadie especial -contestó Derek Stretton mirando la alfombra.

—Pero ¿tenía una relación actualmente?

Stretton miró a Grace, parecía recobrar la compostura.

—Era una chica guapa con una gran personalidad. Nunca le faltaron admiradores. Pero se tomaba la abogacía muy en serio. Creo que no quería demasiadas distracciones.

—¿Es abogada?

—Estudiante de Derecho. Estudió aquí, en la Universidad de Southampton, y lleva unos años estudiando en la facultad de Derecho de Guildford. Ahora es pasante en un bufete de Brighton, o abogado en prácticas, como lo llamen hoy en día.

—Y usted la ha mantenido mientras estudiaba.

—Lo mejor que he podido. Durante los últimos meses he pasado algunos apuros. Dificultades. Yo...

Grace asintió con comprensión.

—¿Podríamos volver a los novios, señor? ¿Conoce el nombre de su pareja más reciente?

Derek Stretton parecía haber envejecido veinte años en los últimos veinte minutos. Se quedó pensando unos momentos.

—Justin Remington, salió con él hará un año o así. Un joven encantador. Él... Janie lo trajo un par de veces. Es promotor inmobiliario en Londres. Me caía bastante bien, pero creo que no era lo suficiente inteligente para ella. — Sonrió con la mirada ausente—. Janie tiene..., tenía una inteligencia extraordinaria. No había forma de plantarle cara al Scrabble desde que tenía nueve años.

—¿Sabe cómo podría localizar a este tal Justin Remington?

Hubo un silencio mientras Stretton pensaba, luego frunció el ceño.

—Le gustaba mucho el tenis -dijo-. Creo que no hay tantos jugadores. Sé que jugaba en Londres, en el Queens, creo -dijo.

Roy Grace comenzaba a ver rápidamente que no iba a conseguir mucho más del hombre.

—¿Hay alguien a quien pueda llamar? — le preguntó-. ¿Un pariente o amigo que pueda venir?

—Mi hermana -dijo Derek Stretton dócilmente al cabo de unos momentos-. Lucy. No vive muy lejos. La llamaré. Se quedará destrozada.

—¿Por qué no llama mientras estamos aquí, señor? — le instó Branson, tan delicadamente como pudo.

Los dos policías esperaron mientras telefoneaba, retirándose con discreción al fondo de la sala. Grace lo oyó sollozar; luego Stretton salió de la habitación un rato. Finalmente volvió y se acercó a ellos con un sobre marrón en la mano.

—He puesto algunas fotos de Janie. Agradecería que me las devolvieran.

—Por supuesto -dijo Grace, sabiendo que el pobre hombre seguramente tendría que realizar docenas de llamadas durante los próximos meses para que se las devolvieran; inevitablemente, se traspapelarían en algún momento del proceso.

—Lucy está de camino, mi hermana. Llegará dentro de una media hora.

—¿Quiere que esperemos? — le preguntó Grace.

—No, estaré bien. Necesito tiempo para pensar. Yo... Puedo... ¿Puedo ver a Janie?

Grâce lanzó una mirada a Branson.

—Creo que no es aconsejable, señor.

—Me gustaría mucho verla una vez más. ¿Sabe? ¿Para despedirme? — Alargó la mano y cogió con firmeza la de Grace.

Grace se dio cuenta de que Stretton no había deducido de los periódicos que no tenían la cabeza de Janie. No era el momento de decírselo. Decidió dejárselo a las dos agentes de la Unidad de Relaciones Familiares. Vanessa Ritchie y Maggie Campbell iban a ganarse el pan y a recuperar la gran inversión realizada en su formación.

—Dos mujeres detectives vendrán a verle enseguida. Son de nuestra Unidad de Relaciones Familiares. Ellas podrán orientarle al respecto.

—Gracias. Significaría mucho para mí. — Luego, soltó una risita triste-. ¿Saben, agentes? Yo... Nunca hablé de la muerte con Janie. No tengo ni idea de si quería que la enterraran o que la incineraran. — Con los ojos muy abiertos, añadió-. Y su gato, claro. — Se rascó la coronilla-. ¡Bins! Solía traérmelo cuando se iba de viaje. Yo... no sé... Es todo tan...

—Ellas podrán ayudarlo con todo. Por eso están aquí.

–Nunca se me ocurrió pensar que pudiera morir, ¿saben?

Grace y Branson regresaron al coche en un silencio tremendamente incómodo.

Capítulo 27

Un agente de apoyo a la comunidad, que apenas se distinguía de un policía de uniforme, estaba delante de la puerta del edificio de Kemp Town donde Janie Stretton tenía alquilado un piso. Sostenía una carpeta sujetapapeles y anotaba el nombre de todas las personas que entraban y salían del edificio. A diferencia del esplendor -aunque desvaído- de la casa de su padre, esta calle, con sus casas adosadas venidas a menos, el calidoscopio de tableros de agencias inmobiliarias, cubos de basura llenos, coches y furgonetas modestos, era terreno de estudiantes.

En el siglo xix, Kemp Town había guardado las distancias con Brighton, era un enclave elegante de espléndidas casas de la época de la Regencia, construido en una colina rematada con un hipódromo y con buenas vistas sobre el Canal. Pero, de forma gradual, durante la segunda mitad del siglo xx, con la construcción de viviendas subvencionadas y bloques de pisos y el desdibujamiento progresivo de los límites, Kemp Town se contagió de la misma aura sórdida y gastada que había corroído Brighton hacía tiempo.

Aparcada al final de la calle y sobresaliendo demasiado, Grace vio la mole alta y cuadrada del camión del centro de investigaciones. Encajó su Alfa Romeo en un espacio entre dos coches justo delante, luego bajó por la calle con Branson, ambos con sus bolsas.

Eran poco menos de las tres, y a Grace le dolía el estómago por haber engullido dos sándwiches de gambas, una barrita de Mars y una coca-cola en el coche mientras regresaban de casa del padre de Janie. Le sorprendió tener apetito después de dar la dura noticia, y aún más que, en realidad, fuera un apetito voraz, como si de algún modo al comer estuviera reafirmando la vida. Ahora la comida contraatacaba.

Soplaba un viento borrascoso y salado, y el cielo se estaba encapotando. Las gaviotas volaban en círculos, graznando y gimiendo; un tablón de «en venta» de Mishon Mackay se balanceó en el viento cuando Grace pasó por delante. Esta era una parte de Brighton que siempre le había gustado, cerca del mar, con espléndidos chalés adosados antiguos. Si uno cerraba los ojos, si se imaginaba que no estaban las inmobiliarias ni los porteros automáticos

de plástico y si se daba una capa de pintura blanca a los edificios, podía verse a los londinenses adinerados de hacía cien años saliendo por la puerta con sus mejores galas y caminando con aire arrogante, quizás en dirección a las casetas de la orilla, o a un magnífico café, o dando una vuelta pausada por el paseo marítimo, para disfrutar de los placeres de la ciudad y su elegante costa.

Brighton había cambiado mucho, incluso durante su corta vida. Recordaba que, de niño, las calles como aquella eran territorio de mujeres con propiedades junto al mar. Ahora, tras un par de décadas en manos de especuladores inmobiliarios, estas casas estaban todas divididas en habitaciones y pisos de estudiantes de alquiler bajo: dinero al contado, tipos duros que pasaban a cobrar. Y si algo iba mal, quizá podías arreglarlo, al final, si tenías suerte.

A veces, un domingo lluvioso, a Grace le encantaba ir al museo de la ciudad y contemplar los grabados y las acuarelas de las épocas pasadas de Brighton, de los tiempos del viejo muelle y coches de caballos, cuando los hombres se paseaban con sombreros de copa de seda y usaban bastones con empuñaduras de plata. Solía preguntarse cómo debía de ser la vida entonces y, luego, recordaba cuando su padre le contaba que su dentista le daba a un pedal para accionar la fresa. Y, de repente, se alegraba de vivir en el siglo xxi, a pesar de todos los males de la sociedad moderna.

—Un penique por tus pensamientos -le dijo el sargento Branson.

—Me gusta esta parte de Brighton -dijo Grace.

Branson lo miró, sorprendido.

—¿Sí? Yo creo que es asquerosa.

—No sabes apreciar la belleza.

—Esta parte de la ciudad me recuerda a esa película, *Brighton Rock*.

Dickie Attenborough hacía de Pinkie.

—Sí, la recuerdo. Y leí la novela -dijo Grace, venciéndole por una vez.

—¿Era un libro? — Branson lo miró sorprendido.

—Dios santo, ¿en qué planeta vives? — dijo Grace-. Es de Graham Greene. Es una de sus novelas más famosas. Se publicó en los cuarenta.

—Sí, eso lo explica, viejo. ¡Tu generación!

—¡Sí, sí! Me cuentas todos esos rollos sobre que sabes mucho de cine, pero en el fondo sólo eres un ignorante.

Branson se detuvo un momento y señaló una ventana cerrada con tablas, luego la pintura quemada por la sal y, luego, el enlucido que se desconchaba.

—¿Qué hay de bonito en eso?

—La arquitectura. Este lugar tiene alma.

—Sí, bueno, trabajé en una discoteca a la vuelta de la esquina y nunca encontré ni vi ninguna alma allí dentro. Sólo una cola interminable de idiotas empastillados.

Llegaron a donde estaba el agente de apoyo a la comunidad, delante de la puerta de entrada, y le mostraron las placas. El policía anotó sus nombres diligentemente en su libreta con la mayor lentitud que Grace había visto. Habían incorporado estos agentes para aligerar el trabajo de los policías. Los apodaban «policías de plástico» y eran perfectos para tareas como aquélla.

—Suban al segundo piso -les dijo amablemente-. Han inspeccionado la escalera y el acceso, no han encontrado nada «forénsicamente» relevante. — Hablaba como si manejara el cotarro, pensó Grace, riéndose para sus adentros.

Al entrar, a Grace el lugar le recordó a todos los edificios de alquiler bajo en los que había estado: la moqueta gastada en el suelo, los buzones rebosantes de propaganda, la pintura desconchada y el papel de pared despegado, el olor a col hervida, la bicicleta encadenada en el vestíbulo, la escalera empinada y estrecha.

Una tira de plástico azul, amarillo y blanca de la policía de Sussex precintaba la puerta del piso. Grace y Branson sacaron sus blancos trajes protectores de las bolsas, se los pusieron, luego los guantes, los chanclos y las capuchas. Entonces, Branson llamó a la puerta.

Al cabo de un rato, Joe Tindall les abrió, vestido con el mismo atuendo protector que ellos. Daba igual cuántas veces viera trabajando Grace a los miembros del SOCO, sus trajes blancos con capucha siempre le hacían pensar en agentes secretos del Gobierno limpiando después de una invasión alienígena. Y daba igual cuántas veces hubiera visto a Joe Tindall últimamente, no se acostumbraba al cambio radical de imagen de su colega.

—Dios santo, realmente nos vemos en los mejores lugares, ¿verdad, Roy? — dijo Tindall a modo de saludo.

–Me gusta mimar a mis hombres -contestó Grace con una sonrisa burlona.

–Ya lo hemos notado.

Entraron en un pequeño recibidor. Tindall cerró la puerta. Otra figura vestida de blanco inspeccionaba el zócalo a cuatro patas. Grace vio que habían desarmado un radiador de la pared. Cuando acabaran allí, todos los radiadores estarían desmontados, la mitad del suelo levantado e incluso habrían arrancado trozos de papel de pared.

Habían colocado en el centro del pasillo una franja de cinta adhesiva de la policía para que nadie se saliera de ese camino. Tindall era muy meticuloso a la hora de proteger las escenas del crimen.

–¿Algo de interés? – preguntó Grace mirando a un gato naranja y blanco que había salido a observarle.

Tindall volvió a lanzarle una mirada extraña.

–Sígueme.

–Tú debes de ser *Bins* -dijo Grace al gato, recordando que Derek Stretton había mencionado al animal.

Bins maulló.

–¿Alguien le ha dado de comer?

–Hay un alimentador de esos automáticos en la cocina -dijo Tindall.

Roy Grace siguió al agente del SOCO. A diferencia del exterior del edificio y del destatamiento de las zonas comunes, el piso de Janie Stretton era espacioso, muy ordenado, y la decoración, aunque barata, estaba elegida con mucho gusto. El vestíbulo y el salón tenían el suelo de madera pulida cubierto con alfombras blancas y todas las cortinas y la tapicería mullida también eran blancas, con la carcasa de los muebles lacada negra, excepto seis sillas de plexiglás dispuestas alrededor de la mesa de comedor. En las paredes había fotografías en blanco y negro, un par de ellas desnudos bastante eróticos, observó Grace.

A un lado del salón, en la entrada de un mirador había una mesa pequeña, de aspecto bastante endeble, con un portátil Sony encima y un teléfono con contestador. La luz de mensajes parpadeaba.

Había una cocina minúscula, un cuarto de invitados igual de pequeño, luego un dormitorio principal grande, con un toque muy femenino y en el que persistía la fragancia de un perfume elegante que Grace reconoció vagamente y que le gustó. Era extrañamente doloroso pensar que la persona

que lo había llevado estaba ahora muerta y que, sin embargo, esta parte suya perduraba. La habitación tenía moqueta blanca y había una mancha grande en el centro, de medio metro de diámetro más o menos, luego varias manchas más pequeñas alrededor. Manchas de sangre que alguien había intentado sacar, sin éxito.

A través de una puerta abierta, vio el interior de un baño en suite. Se acercó, rodeando con cuidado las manchas de sangre, y miró dentro. Había un cubo de plástico vacío y un cepillo de fregar en el suelo junto al baño.

Recorrió el dormitorio con la mirada, asimilándolo todo, mientras otro miembro del SOCO vestido de blanco empolvaba afanosamente todas las superficies en busca de huellas. Miró el arcón de cedro a los pies de la cama de matrimonio, los cojines esparcidos encima, el largo espejo de pie de madera antiguo, las persianas venecianas cerradas, las dos lámparas de las mesitas de noche, encendidas, las puertas de espejo del armario enfrente de la cama. Vio los lugares en la pared que el asesino se había descuidado de limpiar. O quizá se había dado por vencido con las manchas de la moqueta..., o lo habían sorprendido en plena limpieza.

Sin embargo, el cubo estaba impoluto, igual que el cepillo de fregar.

Otro enigma.

Bins entró en la habitación y se restregó en la pierna de Grace, que volvió a acariciar al gato, distraídamente. Luego, viendo que *Tindall* miraba hacia arriba, se fijó de repente en el techo de espejo encima de la cama.

—Un poco insólito, ¿no te parece? —dijo el agente del SOCO.

—Bastante perversidillo -comentó *Branson*-. ¡Sí!

—Quizá le dolía la espalda -sugirió Grace, medio en broma-. Y era la única forma que tenía para poder maquillarse.

—Hay más -añadió el del SOCO abriendo el arcón a los pies de la cama.

Grace y *Branson* miraron dentro. Asombrado, Grace vio que estaba lleno de objetos que habría esperado encontrar en una mazmorra sadomasoquista.

Sin que le hiciera falta tocar el contenido, vio un látigo, unas esposas, una máscara de goma, varios arneses, incluido un collar de perro con pinchos que era evidente que no había sido diseñado con mentalidad perruna, un rollo de cinta adhesiva plateada, una fusta de bambú y un surtido de vibradores.

Grace silbó.

–Creo que has encontrado su caja de juguetes.

–Si a ella le ponía... -dijo Joe Tindall.

Grace se arrodilló y miró más detenidamente.

–¿Algo más?

–Sí, en la mesilla de noche hay una veintena de revistas porno recientes. Material fuerte, porno duro.

Grace y Branson echaron un vistazo rápido a la colección de revistas. Hombres con mujeres, mujeres con mujeres, hombres con hombres y diversas variaciones. A pesar de las circunstancias, Grace sintió una punzada de lascivia mientras pasaba algunas de las páginas de mujeres con mujeres; no pudo evitarlo y, en realidad, se alegró bastante de que, por fin, después de tantos años, los sentimientos, los deseos, volvieran a aflorar.

–¿Es «normal» esta mierda? – preguntó Glenn Branson.

–He encontrado porno en los cajones de muchos hombres antes -dijo Tindall-. No lo encuentro a menudo en los de las mujeres.

Grace se alejó de los dos hombres y paseó, solo, por todo el piso. Quería familiarizarse con el lugar. Y cuanto más caminaba, menos acogedor le parecía.

Recordó que el arquitecto Le Corbusier dijo que las casas son máquinas para vivir. Es lo que parecía aquel piso. Estaba limpiísimo. Había un desinfectante fresco Pato WC en el váter, en el baño en suite; la pila estaba reluciente, todos los artículos de tocador, salvo un cepillo de dientes eléctrico y un dentífrico blanqueador, estaban guardados en los armarios del baño. Estaba increíblemente limpio, para ser de una estudiante.

Comparó el dormitorio que Janie tenía aquí con el de casa de su padre, con el poster en la pared, los peluches, la colección de conchas, los libros; uno podía formarse una imagen de una persona a través de su habitación, pero en este caso no.

Grace pasó al salón y, utilizando su pañuelo, pulsó el último número marcado en el teléfono. Sonó algunas veces, luego oyó el contestador del bufete de abogados donde trabajaba Janie. Luego marcó el 1471 para comprobar el último número entrante, pero estaba oculto. Después, pulsó la tecla de reproducción de mensajes del contestador. El gato estaba cerca de él, pero no se fijó. Miraba una fotografía enmarcada de Janie que había sobre la mesa, junto al contestador: llevaba un largo vestido de noche y parecía que estaba delante de la ópera de Glyndebourne. Era interesante,

observó, que en todas las fotografías que había visto de ella pareciera estar posando. El contestador se puso en marcha y oyó una voz de mujer bastante anodina: «Ah, emm, hola, Janie, soy Susan, la secretaria del señor Broom. Son las once y cuarto del miércoles. El señor Broom te esperaba esta mañana a las ocho para ultimar con él las notas para la instrucción con el abogado. ¿Puedes llamarme, por favor?».

Grace anotó la información en su libreta.

Había otro mensaje similar de la misma mujer, dos horas después. Luego, a las tres y media de la tarde, una mujer distinta, de voz más joven y bastante despierta: «Hola, Janie, soy Verity. Estoy un poco preocupada porque no has aparecido hoy. ¿Estás bien? Quizá me paso luego cuando me vaya a casa. Llámame o mándame un mensaje o algo».

Luego, una hora después, había un mensaje distinto de una mujer de voz excesivamente jovial: «Ah, hola, Janie, soy Claire. Tengo algo para ti. Llámame, por favor».

El siguiente mensaje era de Derek Stretton: «Hola, Janie, cielo. He recibido tu tarjeta de cumpleaños, eres un encanto. Tengo muchas ganas de verte el viernes. He reservado mesa en tu restaurante preferido. ¡Podemos salir y darnos un gran festín de marisco! Llámame antes si tienes un momento. Te quiero mucho, mucho. ¡Soy papá!».

Luego, una voz de hombre bastante tosca: «Ah, hola, señorita Stretton. Me llamo Darren. La llamo de Beneficial para saber si querría que le hiciéramos un presupuesto para el seguro del hogar. Volveré a llamarla».

Luego, otra vez la voz alegre de Claire, esta vez un poco inquieta: «Ah, hola, Janie, soy Claire otra vez. Me preocupa que no escucharas mi mensaje de ayer. Intentaré llamarte otra vez al móvil, era para esta noche».

Grace frunció el ceño. ¿Para «esta noche»? Miércoles por la noche. ¿Cuando ya llevaba muerta unas veinticuatro horas?

Había varios mensajes más del bufete el día siguiente, jueves. Y otra vez de la mujer llamada Claire, que parecía muy molesta. También había otro mensaje de su padre, esta vez sonaba intranquilo: «Janie, cielo, me han llamado de tu bufete. Dicen que no has ido a trabajar desde el martes y están muy preocupados. ¿Estás bien? Por favor, llámame. Te quiero mucho. Soy papá».

Grace rebobinó la cinta hasta el primer mensaje de la alegre Claire: «Ah, hola, Janie, soy Claire. Tengo algo para ti. Llámame, por favor».

Había algo en aquel mensaje que le molestaba, pero no sabía decir qué. Comprobó si el contestador registraba los números de teléfono entrantes, pero parecía que no.

–Glenn -dijo-. Eres lo más parecido que tengo a un informático. ¿Puedes entrar en el archivo de direcciones de su portátil?

El sargento se acercó al ordenador y levantó la tapa.

–Depende de si ha sido buena chica o no. Si tenemos una contraseña para... Ah, no, ¡genial! ¡No hay contraseña!

Retiró la silla y se sentó.

–¿Quieres un nombre?

–Claire.

–¿Claire cómo?

–Sólo Claire. – Grace no tenía ganas de corregir la gramática de Glenn. Después de teclear unos momentos, Glenn Branson levantó la cabeza.

–Sólo figura una. He probado varias formas de escribir el nombre.

–¿Aparece una dirección?

–Sólo un teléfono.

–Vale, márcalo.

Branson lo marcó y le pasó el auricular a Grace. Sonó varias veces, luego descolgó un hombre de voz cortante.

–¿Sí, diga?

–¿Puedo hablar con Claire?

–Está hablando por la otra línea. ¿Quién la llama?

Grace hizo un cálculo rápido. Habían dejado la fotografía de Janie en el centro de investigaciones cuando habían ido a recoger la bolsa de Glenn antes de pasar por allí. La prensa tardaría un par de horas largas en publicar las copias, así que nadie, aparte de la policía y los familiares inmediatos de Janie, sabría aún que estaba muerta.

–Llamo de parte de Janie Stretton -dijo.

–Vale, espere un segundo. Ahora se pone.

Grace escuchó unos compases de la Primavera de Vivaldi, luego reconoció la voz de Claire.

–¿Sí? – dijo la mujer, un poco recelosa.

–Sí, hola. La llamo en respuesta al mensaje que le dejó a Janie Stretton el miércoles por la tarde.

–¿Quién es usted exactamente, por favor? – dijo Claire, muy recelosa ahora. Demasiado.

–El comisario Grace del Departamento de Investigación Criminal de Sussex.

La mujer colgó.

Al instante, Grace pulsó la tecla de rellamada. El teléfono sonó varias veces hasta que al fin saltó el contestador.

–Lo sentimos, ahora no podemos atender su llamada...

–¡Mierda! – dijo Grace, y colgó.

A continuación, sacó la radio, llamó a Bella, le dio un número de teléfono y le pidió que encontrara la dirección. Luego, llamó a su ayudante Eleanor y le pidió que retrasara la rueda de prensa de la tarde. Tenía mucho interés en dar la máxima información a los ciudadanos antes de que el mundo cerrara durante el fin de semana.

Mientras esperaba, consultó los e-mails en su Blackberry, en especial cualquier noticia sobre el juicio a Suresh Hossain, pero en este momento el proceso parecía empantanarse día tras día en alegatos legales.

Al cabo de cinco minutos, Bella, eficaz como siempre, le llamó con una dirección cerca de la estación de Hove, a unos diez minutos de allí en coche si conducían con discreción, o noventa segundos si ponían las luces y la sirena. Correspondía a un negocio de nombre BCA-247 S. A. No le sonaba.

Se volvió hacia Branson.

–Empaqueta el ordenador y cógelo. Nos vamos de paseo. No me gusta que me cuelguen.

Capítulo 28

Grace se ajustó bien fuerte el cinturón, le dijo a Branson que hiciera lo mismo, luego pisó a fondo el acelerador del Alfa Romeo y condujo tan deprisa como se atrevió, entrando y saliendo del tráfico, tocando el claxon, haciendo luces, deseando conducir un coche patrulla.

Mientras se saltaba el tercer semáforo seguido, lo único que Grace podía pensar era: «Si tengo un accidente, aunque sea una tontería, ya puedo ir buscando piso en Newcastle».

La dirección que Bella le había dado estaba en una calle de tiendas que bajaba desde la estación de Hove. Grace cogió una curva cerrada a la izquierda y las ruedas chirriaron, dejaron atrás un tren de lavado concurrido,

luego cogió otra curva cerrada a la izquierda y cruzó peligrosamente por delante de un taxi que salía de la estación.

Vio que una mujer vestida con un traje chaqueta salía corriendo por una puerta entre una tienda de azulejos y un quiosco. Tenía unos treinta años, buen tipo, el pelo pelirrojo, de punta, y un rostro poco agraciado y demasiado maquillado. Llevaba una cartera de piel grande.

Antes de que las ruedas del Alfa dejaran de girar, Grace había salido del coche y había cruzado la calle corriendo.

—¿Claire?—la llamó.

La chica se volvió, demasiado sobresaltada para negar quién era.

Grace le mostró la placa.

—Un poco pronto para salir del trabajo, ¿no?

Ella miró con disimulo a derecha e izquierda, como si buscara un camino para fugarse.

—Yo..., yo sólo... He salido a por un sándwich. — Tenía un acento basto del este de Londres.

—Hemos hablado por teléfono hace unos minutos... Creo que se ha cortado.

—¿Ah, sí? — dijo la chica de forma evasiva.

—Sí, me ha parecido que sería más fácil pasarme... Ya sabe cómo son los teléfonos...

Claire lo miró con recelo, ni rastro de una sonrisa.

—¿Le importa que entremos en su oficina y charlemos? — le preguntó Grace, y por el rabillo del ojo vio que Branson cruzaba la calle para unirse a ellos.

Ahora la chica parecía aterrorizada.

—Bueno... Yo... Creo que tengo que hablar con mi socio.

—Le daré a elegir -dijo Grace-: podemos hacerlo por las buenas o por las malas. Por las buenas significa entrar ahora en su oficina, tomar una taza de té y mantener una charla agradable; por las malas, quedarme aquí con usted mientras mi compañero va a buscar una orden de registro y vuelve con seis policías que pondrán la oficina patas arriba, incluso levantarán el suelo.

Grace vio en sus ojos que el terror se transformaba en miedo.

—¿A qué viene todo esto exactamente, agente?

—¿Aparte de que no me gusta que me cuelguen?

La chica se ruborizó, no sabía qué decir. Un autobús pasó con un gran estruendo, el motor forzado. Grace esperó un momento.

—Le diré exactamente a qué viene -le dijo-. Janie Stretton está muerta.

La mujer se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—¿Janie?

Grace sintió que era el momento de presionarla.

—La noche del martes, un maniaco la destrozó, la apuñaló hasta matarla y la despedazó. ¿Ha visto las noticias sobre el torso decapitado hallado en Peacehaven el miércoles?

La mujer estaba quedándose pálida, lo que dejó aún más visible su maquillaje. Asintió, los dedos jugaban con los labios.

—Bueno, hoy hemos descubierto que se trata de Janie Stretton. ¿Le parece bien ahora que charlemos?

La oficina de BCA-247 S. A. era un local de la segunda planta que daba a la calle con una pequeña cocina al lado. Aparte de gastar un par de botes de pintura color violeta encendido, que cubría todas las paredes y desentonaba con la moqueta color sopa de guisante, a Grace no le pareció que se hubiera hecho ningún esfuerzo por cuidar la apariencia del lugar.

Había tres mesas viejas de madera, tres sillas giratorias estilo ejecutivo hechas polvo y cuatro archivadores metálicos altos. Parecía un lote comprado en una tienda de material de oficina de segunda mano. Además, había un reproductor de CD barato y un televisor que parecía igual de barato, apagados. Por el contrario, en cada mesa había ordenadores muy actuales y teléfonos modernos. Uno estaba sonando, pero Claire no contestó. Parecía en estado de choque.

Branson y Grace se sentaron en dos sillones de piel negra sintética enfrente de la mesa de la mujer, cada uno con una taza de té en las manos. Grace había abierto su libreta, pero observaba los ojos de Claire muy detenidamente.

—¿Su nombre completo?

Vio que la chica movía los ojos hacia la izquierda. Hacia el hemisferio de la memoria de su cerebro.

—Claire Porter -contestó.

Grace lo anotó.

—¿Y esta empresa es suya?

—Mía y de mi socio.

—¿Cómo se llama?

De nuevo, Claire movió los ojos hacia la izquierda. Era improbable que mintiera sobre su nombre o el de su socio, así que el movimiento de los ojos hacia el hemisferio de la memoria de su cerebro le dijo que sus ojos se moverían hacia allí cada vez que dijera la verdad. Lo que significaba que si se movían hacia el otro lado, estaría mintiendo.

—Barry Mason.

Grace se quedó pensando un momento.

—BCA-247 S. A. — dijo-. ¿Barry y Claire Asociados?

Claire negó con la cabeza.

—No, pero casi.

Equilibrando la libreta en las rodillas, Grace abrió los brazos de modo expansivo.

—Bueno, ¿quiere contárnoslo?

Grace vio que Claire movía los ojos frenéticamente hacia la derecha. Modo «Construcción». Intentaba pensar en una mentira convincente.

Luego, de repente, enterró la cara entre las manos.

—Oh, mierda, no puedo creerlo. Janie. Era una chica tan maja. Me caía muy bien.

—El miércoles dejó un mensaje en el teléfono de su casa a las cuatro y media de la tarde. Decía... -hizo una pausa para leer en su libreta-: «Tengo algo para ti. Llámame, por favor». — Se quedó callado-. ¿De qué se trataba?

Claire levantó la cabeza, volvió a mover los ojos hacia la derecha y pareció nerviosa.

Branson intervino, dulce, interpretando el clásico papel de «poli bueno» frente al «poli malo» de Grace.

—Claire, es mejor que nos lo diga. Si tiene algo que ocultar, será mucho mejor para usted que nos cuente la verdad.

Pareció que las palabras surtían efecto. Sus ojos recorrieron todo el lugar como si buscaran refugio.

—Dios santo, Barry me matará. Significa Barry y Claire Acompañantes. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana. ¿Vale?

Grace se quedó callado unos momentos, atónito.

—¿Quiere decir que Janie Stretton era una chica de compañía? ¿Una «puta»?

—Proporcionamos acompañantes para hombres solteros, y para mujeres -dijo Claire, muy a la defensiva de repente-. Personas que necesitan una cita para una noche, ese tipo de cosas. No putas.

Grace advirtió que sus ojos seguían moviéndose decididamente hacia la derecha; parecía que intentaba desplazarlos tan a la derecha como podía.

—¿Todo inocente?-dijo Grace.

La mujer se encogió de hombros.

—Para nosotros sí.

—Sí, sí, sí. Claire, ya he oído eso antes, ¿de acuerdo? Si el cliente quiere llegar a un acuerdo privado con la joven, no es problema suyo, ¿verdad?

Claire se quedó callada un momento.

—Creo que debería llamar a mi abogado -dijo entonces.

—No tengo ningún interés en reventar su sórdido negocio -dijo Grace-. Llame a su abogado y entonces sí se lo reventaré, sólo para divertirme, la destrozaré. Quiero encontrar al asesino de Janie; es lo único que me interesa. Ayúdeme con eso y no haremos nada. ¿Nos vamos entendiendo?

Claire hizo una mueca. Al final asintió.

—¿Cuánto cobra a sus clientes?

—Sesenta libras la hora.

—¿Y cuánto se quedan ustedes?

—El cuarenta por ciento.

—¿Las chicas se quedan el resto y los extras?

—Se quedan las propinas -dijo a la defensiva.

—Bien. ¿Con quién estaba la noche del martes?

Claire se volvió hacia su ordenador y pulsó el teclado. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Anton.

—¿Antón? ¿Antón qué?

—No lo sé.

—¿No sabe el apellido de sus clientes?

—Sólo si quieren decírmelo.

—¿Y cuántos se lo dicen?

—Bastantes. Pero no sé si los nombres son verdaderos o no.

Grace estaba cada vez más enfadado.

—Contratan a estas chicas y las envían a citas con hombres solteros, de las que se quedan una jugosa comisión, ¿y ni siquiera se molestan en

averiguar su puto apellido?

Hubo otro silencio.

–Siempre controlamos a las chicas, en la primera cita. Las llamamos al cabo de diez minutos. Tenemos palabras clave; si no están satisfechas, tenemos seguridad y podemos enviarla para ayudarlas. Era su cuarta cita con Anton. No me preocupé... Quiero decir que no me pareció que hubiera ningún motivo por el que estar preocupada.

–¿No le preocupaba que fuera una estudiante de Derecho joven e inocente?

–Tenemos a muchas estudiantes en nuestra agenda. Les parece una buena forma de complementar sus becas. Gracias a Tony Blair, la mayoría de los estudiantes acaban la universidad con deudas que tardan años en saldar. Trabajar de chicas de compañía les da una alternativa. Me gusta tener la sensación de que aportamos nuestro granito de arena para ayudarlas.

–Por supuesto -dijo Grace, con un sarcasmo mordaz-. O sea, que todo ese dinero entrando..., todo su altruismo y sus acuerdos privados con Anton el carnicero no son asunto suyo. – Se quedó callado un momento, pensando, luego preguntó:- ¿Cuántas chicas tienen en su agenda?

–Unas treinta. Y diez chicos.

–¿Tiene fotos?

–Sí.

–Déjeme ver las de Janie.

Claire se dirigió a un archivador, sacó una carpeta, la abrió, cogió una fotografía tapada con celofán y se la entregó a Grace.

No era como ninguna de las fotografías que había visto en la casa de su padre o en su piso. Se trataba de una Janie Stretton completamente distinta, una Janie de noche. Estaba tumbada seductoramente sobre una alfombra de leopardo, vestida con unos minishorts de piel cortísimos, una blusa de encaje negra desabrochada hasta el ombligo, los pechos prácticamente al descubierto.

Grace se la pasó a Branson.

–Sólo «chicas de compañía» -le dijo a la mujer sarcásticamente-. Acompañantes para reuniones sociales, ¿ese tipo de cosas?

–Sí, ese tipo de cosas.

–Claire, joder, que no nací ayer, ¿vale? Era prostituta, ¿verdad?

–Si lo era, fue sin nuestro conocimiento.

–¿Dónde se anuncian?

–En revistas, quioscos, en Internet.

Grace asintió.

–¿Y dónde consiguen a la mayoría de sus clientes?

–Depende. Conseguimos muchos por el boca oreja.

–¿Y en qué revistas?

Claire dudó.

–Revistas de contactos, para turistas, en el periódico local, en una o dos revistas especializadas.

–¿Especializadas?

–Fetichismo, principalmente -dijo tras unos instantes más de duda-.

Gente a quien le va el sadomaso. El *bondage*. Esas cosas.

–¿Esas cosas? – preguntó Grace.

Ella se encogió de hombros.

–Entonces, ¿hay alguna forma de averiguar cómo ese tal Anton consiguió su número por primera vez?

Claire miró en la carpeta y sacó una ficha.

–Seis de mayo. Anton. Escribí: «Fuerte acento europeo». Dijo que había visto el anuncio en... -entrecerró los ojos como si intentara leer su propia letra- el *Argus*.

El periódico local.

El teléfono volvió a sonar. Claire no contestó y siguió entrecerrando los ojos como si intentara descifrar más notas.

–Quería ver fotos de las chicas, así que le indiqué que entrara en la web. Volvió a llamar al cabo de media hora y dijo que quería una cita con Janie. ¡Tengo su número!

Grace se incorporó y vio que Branson también reaccionaba al instante.

–¿Sí?

–Siempre pido un número de contacto a los clientes. Los pone en guardia.

–Démelo, por favor.

Lo anotó mientras Claire lo leía en voz alta, luego lo marcó de inmediato en su móvil. Al instante, oyó la señal de teléfono desconectado.

–Mierda.

–¿Puede decirnos algo más sobre ese tal Anton?

–Ojalá. ¿Ustedes... creen... que... podría ser el que la...?
–Si no es su asesino, debió de ser una de las últimas personas que la vio.
¿Sus chicas llaman después de la cita?
–A veces. Depende de lo tarde que sea.
–¿No la llamó el martes por la noche después de su cita con Anton?
–No.
–¿Y usted la llamó para concertarle otra cita el miércoles?
–Sí. – Claire miró sus notas-. Otro caballero. ¿Necesitan su nombre y número?
Grace asintió.
–Lo comprobaremos.
–¿Serán discretos?
–Asignaré a mi hombre más discreto. – Grace sonrió para sus adentros. Delegaría la tarea a su nueva incorporación, Norman Potting. El detective era tan discreto como un elefante en una chatarrería.

Capítulo 29

A las cuatro, el despacho de Tom comenzó a vaciarse. Típico de un viernes, pensó. Hacía una tarde agradable y soleada en Londres, y la previsión meteorológica era buena. Uno a uno, sus trabajadores despejaban las mesas, se despedían alegremente y se dirigían hacia la puerta.

Envidiaba sus fines de semana sin problemas e intentaba recordar la última vez que él había tenido uno de verdadero relax, sin pensar en el trabajo, sentarse frente al ordenador, estudiar minuciosamente una hoja de cálculo de sus gastos e ingresos, mirar preocupado a Kellie mientras estaba sentada con el teclado en el suelo del salón.

Tom tenía un poco abierta la ventana a pesar del rugido del tráfico y sintió el aire, balsámico y templado. Quizás este fin de semana desconectase un poco, tanto como le permitiera el nubarrón del maldito CD. Era una buena noticia que Kellie tuviera trabajo. El sueldo no era gran cosa, pero al menos cubriría sus despilfarros, siempre que no la animara a gastar aún más.

A las cuatro y cuarto se dijo «a la mierda». Si se marchaba ahora, quizá llegaría a tiempo de coger el siguiente tren rápido, el de las 16.36, que le llevaría a casa con tiempo de sobra para la barbacoa que había planeado con Kellie; utilizarían el nuevo y enorme aparato que había comprado.

Meneó la cabeza con incredulidad al pensar en la barbacoa. Era una locura. Sin embargo, sentía curiosidad por ver cómo era; sentía curiosidad por saber cómo una barbacoa podía costar más de quinientas libras.

En un ramalazo de despilfarro, menor comparado con el de Kellie, cogió un taxi en lugar del autobús para ir a la estación Victoria y llegó con sólo unos minutos de adelanto. Compró el Evening Standard a un vendedor ambulante y sin molestarse a esperar el cambio salió corriendo hacia el andén y se subió al tren justo unos segundos antes de que las ruedas comenzaran a moverse.

Por pura determinación, se abrió paso por el pasillo de todos y cada uno de los repletos vagones del tren, buscando al capullo. Pero no había rastro de él. Cuando acabó, sudaba a mares por el calor y el esfuerzo. Encontró uno de los pocos asientos vacíos, sacó el portátil y la tarjeta de alta velocidad de Internet de la bolsa, que dejó junto a la chaqueta en la rejilla portaequipajes, luego se sentó con el portátil en el regazo y consultó la portada del periódico.

Treinta muertos en una masacre con bomba en Iraq.

Echó un vistazo al artículo, otro atentado suicida más con coche bomba contra una oficina de reclutamiento de la policía, y se sintió culpable al saberse consciente de que ya no le afectaban reportajes como aquél. Parecía haber tantos, a todas horas... Y en realidad nunca había definido su postura respecto a Iraq. No le gustaban ni Bush ni Blair, y con cada nuevo atentado crecían sus dudas sobre si el mundo era un lugar más seguro desde la invasión. A veces, cuando asomaba la cabeza por la puerta de los cuartos de sus hijos dormidos, se quedaba mirándolos con una sensación de impotencia culpable porque se sabía responsable de su seguridad, pero en cuanto a la política del mundo al que los había traído, se sentía deplorablemente inepto.

Luego, pasó la página y sintió como si un puño invisible hubiera salido de otra dimensión y le agarrara las entrañas con fuerza.

Estaba viendo la fotografía de una joven, debajo de un titular espeluznante en la parte superior de la tercera página: «La víctima decapitada ya tiene nombre». Su cara.

Le recordó otra vez, sólo un poco, a Gwyneth Paltrow, igual que la primera vez que la había visto, en su estudio, el martes por la noche.

Era ella. Seguro, no tenía la menor duda.

Su mirada saltó a las palabras impresas debajo:

La policía de Sussex ha confirmado hoy que el cadáver gravemente mutilado de una joven, hallada el miércoles en unas tierras de labranza de Peacehaven, East Sussex, pertenece a la estudiante de Derecho de 23 años Janie Stretton.

El inspector jefe al frente del caso para el Departamento de Investigación Criminal, el comisario Roy Grace, ha declarado: «Se trata de uno de los asesinatos más brutales que he visto a lo largo de los veinte años que llevo en el cuerpo. Janie Stretton era una joven buena, trabajadora y conocida. Estamos haciendo todo lo posible para atrapar a su asesino».

Derek Stretton, el padre acongojado de Janie, hizo estas breves declaraciones desde su mansión de tres millones de libras a orillas del río, cerca de Southampton: «Janie era la hija más maravillosa que un padre pueda desear y fue un gran apoyo para mí cuando, tristemente, mi esposa, su madre, murió. Le suplico a la policía que encuentre deprisa a su asesino, antes de que destruya otra vida inocente».

Luego, la mirada de Tom volvió al rostro de Janie. Y al hacerlo, las palabras del e-mail amenazador regresaron a su mente:

Si informa a la policía de lo que vio o intenta acceder otra vez a la página, lo que está a punto de pasarle a su ordenador le pasará a su mujer, Kellie, y a su hijo, Max, y a su hija, Jessica.

Por un momento, miró nerviosamente a los pasajeros que tenía alrededor, pero nadie se fijaba en él. Enfrente había sentado un chico conectado a un iPod; Tom oía el ritmo, un sonido áspero e irritante, demasiado bajo para reconocer la música, pero más alto que el traqueteo del tren. Un par de pasajeros más también leían el periódico, mientras que una mujer leía un ejemplar muy usado de *El código Da Vinci* y un hombre que llevaba un traje de raya diplomática trabajaba con su portátil.

Tom volvió a mirar la fotografía.

¿Había alguna posibilidad de que estuviera equivocado? ¿Alguna? Pero no la había. Era ella. Se preguntó qué diablos podía hacer.

Capítulo 30

A las seis y media, Roy Grace, Glenn Branson y el resto de los miembros del equipo de investigación, incluida la incorporación más reciente de Grace, el sargento Norman Potting, estaban sentados a una gran

mesa rectangular en la sala de reuniones, que se encontraba justo enfrente del MIR Uno, el centro de investigaciones donde la Operación Ruseñor tenía asignada su área de trabajo.

Grace olía la peste a humo de pipa que desprendía la ropa de Norman Potting. El veterano policía llevaba un traje marrón que tendría unos veinte años bien buenos, una camisa blanca que parecía haberse planchado él mismo estando borracho, una corbata verde llena de manchas de comida y zapatos negros robustos. Era un veterano seguro de sí mismo, bastante gallito, que se había casado tres veces, tenía la cara estrecha y pálida llena de venas rotas, labios prominentes, dientes manchados de fumar y el pelo ralo peinado para cubrir la calva.

Grace dio la bienvenida formalmente a Norman Potting, evitando mirar al resto.

–Me alegra estar en el equipo -contestó Potting con su voz fuerte y grave, con el acento típico de Devon marcando mucho las erres-. Me satisface especialmente trabajar con estas jovencitas tan guapas. – Guiñó un ojo abiertamente a Bella y a Emma-Jane.

Grace se estremeció, luego siguió adelante con la reunión. Tenía que estar fuera a las siete si era posible, durante un par de horas tan sólo. Miró las notas informativas que Bella y Eleanor le habían preparado.

–Hora: seis y media. Viernes, tres de junio -leyó en voz alta-. Ésta es la segunda reunión informativa de la Operación Ruseñor, la investigación sobre el asesinato de una persona antes desconocida y que ahora ha sido identificada como Jane Susan Amanda Stretton, conocida como Janie Stretton, celebrada el segundo día tras el descubrimiento de sus restos mortales. Ahora procederé a resumir el caso.

Durante unos minutos, Grace repasó los hechos que condujeron al descubrimiento del cadáver decapitado de Janie, luego al hallazgo del escarabajo en la autopsia. En este punto, Norman Potting le interrumpió.

–¿No salió algo en los periódicos hace unos años sobre que había estrellas de Hollywood que se metían jerbos por el culo, Roy?

–Gracias, Norman. No creo que eso tenga nada que ver con el caso.

–Bueno, hay muchos actores que son maricas y se sabe.

–Muchas gracias, Norman -dijo Grace con firmeza, intentando que cerrara el pico. Iba a continuar, a contarle al equipo que habían descubierto

la vida secreta de Janie Stretton, cuando Glenn Branson levantó la mano y lo interrumpió.

—Antes en el coche me has comentado el simbolismo del escarabajo pelotero, Roy. Creo que sería útil compartirlo con el equipo.

—Sí, iba a hacerlo. Para resumir, en la mitología del antiguo Egipto, se adoraba al escarabajo pelotero bajo el nombre de Khepri, que literalmente significa «el que cobra vida» o «el que salió de la tierra». Los egipcios adoraban al Sol. Del mismo modo que el escarabajo pelotero empuja una bola de excrementos, los egipcios creían que Khepri movía el Sol, visualizadlo como una bola solar, por el cielo desde el este al oeste todos los días, así que consideraban que Khepri era una manifestación del dios Sol, Ra. En consecuencia, el escarabajo se convirtió en un símbolo importante de la creación, la resurrección y la vida eterna en la mitología religiosa del antiguo Egipto.

—Qué listos eran esos cabrones de los egipcios -dijo Norman Potting-. ¿Cómo coño construyeron las pirámides? Bueno, yo no me fío de ninguno... Hay que tener cuidado con esos morenitos.

Estremeciéndose, Grace miró de reojo a Glenn Branson, luego miró a Potting y se preguntó cómo diablos seguía aquel hombre en la policía sin haber acabado ante una comisión investigadora de acoso sexual o de relaciones raciales.

—Norman, ese lenguaje es del todo inaceptable y no toleraré que se utilice en mis reuniones.

Pareció que Potting iba a decir algo, luego pareció pensarlo mejor y bajó la vista a sus papeles, avergonzado.

—¿Has descubierto si el simbolismo tiene alguna relación, Roy? —preguntó Nick Nicholl.

—Por ahora no. Espero que lo haga alguno de vosotros, genios. — Grace le sonrió, luego continuó y les contó que aquella tarde habían descubierto que Janie Stretton tenía una vida secreta. Y, lo que era de crucial importancia, que tenían el primer nombre de un posible sospechoso: Anton.

Ya habían averiguado que el número de teléfono del tal Anton, que Claire Porter había anotado, correspondía a un teléfono de tarjeta imposible de rastrear.

Grace hizo una pausa para beber agua.

–Bien. Recursos. La división de East Downs nos ha ofrecido personal. Hemos instigado un rastreo de las inmediaciones de la zona donde se hallaron el torso y las extremidades el miércoles por la mañana, y durante las últimas cuarenta y ocho horas la hemos ampliado y mejorado. He incorporado a la unidad de rastreo submarino de la policía de Sussex y estamos a la espera de que un equipo rastree todos los ríos, lagos y embalses de la zona. También he pedido un rastreo por helicóptero.

Grace pasó a los apartados. Ciclo de las reuniones: anunció que habría reuniones informativas diarias a las 8.30 y a las 18.30. Informó que el equipo informático de Holmes estaba funcionando desde el miércoles. Leyó el punto «Estrategias de investigación», que incluía «Medios de comunicación», y enfatizó la necesidad de no hacer público a la prensa el descubrimiento del escarabajo e informó que estaban trabajando para que el programa *Alerta criminal* de la próxima semana hablara del asesinato.

Entonces, Emma-Jane levantó la mano.

–¿Vamos a hacer público que Janie Stretton tenía una vida secreta y ejercía la prostitución?

Grace se había estado preguntando lo mismo. Pensó en Derek Stretton, ya acongojado, su vida destrozada. ¿Qué efecto tendría esa información en el pobre hombre? Pero ¿serviría de algo hacerla pública? ¿Provocaría que alguien que hubiera contratado sus servicios aportara una prueba de vital importancia? Era poco probable, pero posible. Era una decisión difícil. Hacerlo público aumentaría enormemente el interés de la prensa. Una cobertura más amplia podría significar que alguien hablara. ¿Quizás un camarero o un barman había visto juntos a Janie y al tal Anton?

–En estos momentos, dos agentes de Relaciones Familiares están con el padre de Janie, las detectives Donnington y Ritchie. Lo hablaré con ellas primero, pero me inclino por hacerlo público -le contestó a Emma-Jane-. A no ser que ellas opinen que sería demasiado doloroso para el señor Stretton en este punto, seguiremos adelante y lo haremos público.

El siguiente apartado era «Pruebas forenses». Grace los informó de que, aparte del escarabajo, por el momento no había habido sorpresas en la autopsia, salvo una: la falta de indicios de agresión sexual. Tenía el informe del doctor Frazer Theobald delante, pero no era necesario leer en voz alta páginas y páginas de detalles técnicos. Janie había muerto a causa de las múltiples heridas infligidas con un arma blanca larga y delgada. Que la

decapitaran tampoco había contribuido a sus posibilidades de sobrevivir precisamente, pensó.

–En estos momentos, mi principal preocupación es el escarabajo pelotero -dijo-. ¿Ha descubierto alguien algún otro asesinato en el que se encontrara un escarabajo en la escena?

–En abril se encontró el cadáver de otra mujer en Wimbledon Common -dijo Nick-. La víctima tenía veintiséis años y también apareció decapitada. Llevaba una pulsera de plata con colgantes que ningún miembro de su familia reconoció. Me han mandado una foto por e-mail. Aquí está la copia. – Se la entregó a Grace-. Tampoco había indicios de agresión sexual en este asesinato. Está sin resolver.

Grace miró el diminuto escarabajo de plata que colgaba de la pulsera. Reconoció las marcas enseguida. Era un escarabajo pelotero.

–Buen trabajo -dijo-. ¿No hay más?

–Es lo que ha mandado por el momento la Met -dijo Nick.

Grace se quedó mirando la fotografía.

–Tengo el presentimiento de que va a haber más. ¿Podemos conseguir el expediente de este caso?

Nick consultó sus notas.

–El agente al frente de la investigación es un tal inspector Dickinson. Se ha ofrecido a reunirse conmigo, o con cualquiera de nosotros.

–Es insólito que un policía de la Met se muestre tan dispuesto a colaborar -dijo cínicamente Grace. La policía metropolitana solía tener sus propias leyes, eran arrogantes, se consideraban los mejores y no colaboraban demasiado con los cuerpos provinciales-. ¿Puedes organizar una reunión con él para mañana al mediodía?

–Tenía previsto jugar un partido de fútbol amistoso con el equipo del Departamento de Investigación Criminal, pero sí.

–Estamos en junio. Es temporada de críquet, no de fútbol -lo reprendió Grace-. Tenemos a un padre al que he visto hoy para decirle que alguien ha despedazado a su hija. No estoy seguro de si le impresionaría saber que la investigación del asesinato se retrasa por un puto partido de fútbol.

El detective se ruborizó.

–No, señor..., Roy.

Cuando llegó al final del informe, Grace resumió.

—Hemos establecido ya la escena donde tuvo lugar el asesinato de Janie Stretton. Bella y Nick han interrogado a todos los vecinos de Janie Stretton, y los interrogatorios aún siguen en marcha. Las posibilidades que se nos plantean desde mi punto de vista son las siguientes:

»Uno: se trata de un asesinato aislado llevado a cabo por una persona muy enferma.

»Dos: puede que nos enfrentemos a un asesino en serie que deja una firma. Estamos a la espera de que la Met nos proporcione más información sobre el otro asesinato en el que se encontró un escarabajo para ver si están relacionados. Por lo tanto, puede que nuestro asesino haya matado, como mínimo, en dos ocasiones, siempre a una mujer joven, y podemos suponer que volverá a matar.

Luego preguntó a los miembros de su equipo si tenían algo de lo que informar.

Potting dijo que había pasado la mayor parte de la tarde en el bufete de abogados en el que Janie Stretton hacía las prácticas. Había interrogado a su jefe, un tal Martin Broom -con el que Grace se tropezó una vez en un juicio, por una agresión durante un caso de divorcio especialmente desagradable-, y a varios de sus colegas. Janie era una joven conocida, trabajadora y seria.

«¿Tenemos todos un lado oscuro?», se preguntó Grace para sus adentros.

—He solicitado un miembro adicional para el equipo -dijo-. Y quiero que alguien de la Unidad de Delitos Tecnológicos inspeccione su portátil con lupa -dijo. Luego se volvió hacia la detective Boutwood-. Emma-Jane, siento encargártelo a ti, pero quiero que organices una búsqueda de todas las imágenes de cámaras de seguridad que haya del martes por la noche en la zona de Brighton. Puedes solicitar refuerzos. Buscarás a esta chica. — Dio un golpecito a la fotografía de Janie Stretton que había puesto en circulación a través de la prensa-. Esa noche salió por cuarta vez con un hombre llamado Anton, o como se llame en realidad. Alguien tuvo que verlos. — Luego se dirigió al detective Nicholl-. Nick, quiero que organices un equipo de agentes de apoyo a la comunidad y agentes especiales para que vayan con esta foto a todos los restaurantes, bares y pubs de Brighton y Hove, a ver si alguien la ha visto. ¿De acuerdo?

El larguirucho asintió.

—Bella -dijo Grace-. El padre de Janie Stretton me ha dicho que su último novio se llamaba Justin Remington, es un promotor inmobiliario de Londres. Encuéntrale a ver qué tiene que decir.

La sargento asintió.

—Emma-Jane, ¿cómo te ha ido con los proveedores de insectos tropicales?

—He localizado dieciséis en todo el Reino Unido. Algunos sólo trabajan a través de Internet, pero he encontrado siete criadores. Hay uno en Bromley, en el sur de Londres, que parece muy interesante. Recibió el encargo de suministrar un escarabajo pelotero hace algo más de diez días. A un hombre con acento de la Europa del Este.

—¡Bingo! — dijo Grace-. ¿Y?

—He quedado mañana con él.

—Iré contigo.

Entonces, Grace consultó sus notas.

—Norman, nos hemos llevado el contestador automático del piso de la víctima. Los técnicos van a examinarlo. Quiero que compruebes cualquier información que extraigan de él.

—¿Hay alguna tía buena?

—Buscaré a alguien que te ayude si encuentras algo.

—Me gusta bastante cómo suena esta agencia, si tiene a nenas del calibre de Janie Stretton en su agenda.

Grace pasó de él. Su comentario no merecía ni respuesta.

—Os veo a todos aquí mañana a las ocho y media -dijo-. Siento estropearos el fin de semana.

En concreto, evitó mirar a Glenn Branson. La mujer de Glenn estaba cada vez más harta con las horas que consumía el trabajo policial. Pero era lo que él había elegido, pensó Grace. Entrar en la policía de Su Majestad era como enrolarse en el Ejército. Dedicabas tu vida a tu trabajo.

De acuerdo, quizá no aparecía escrito exactamente así en el contrato, pero era la realidad. Si uno quería tener vida propia, se había equivocado de profesión.

Capítulo 31

Hacía más viento en Brighton que en Londres, pero el aire era suficientemente templado para estar fuera.

Girls Aloud retumbaba en el reproductor de CD que la barbacoa llevaba incorporado y un espectáculo de luces digital acompañaba la música. Jessica, que iba vestida con unos vaqueros anchos, una camiseta negra y zapatos relucientes, la melena larga y rubia en movimiento, y Kellie, descalza y con unos pantalones pirata blancos y una camisa de hombre a rayas, bailaban en el césped, moviendo el esqueleto desenfrenadamente, riéndose y pasándolo bomba.

Max, que llevaba unos pantalones cortos grises sucios y una sudadera Dumbledore aún más sucia, el pelo rubio alborotado cayéndole sobre la frente, aún no había acabado de inspeccionar la barbacoa. La trataba con la reverencia con la que habría tratado una nave espacial que hubiera aterrizado en el jardín. En realidad, era lo que parecía.

Era enorme, ocupaba un buen trozo del jardín, medía dos metros y medio de punta a punta, era curvada, tenía un diseño futurista y estaba hecha de acero inoxidable, aluminio cepillado y un material revestido de mármol negro, acompañada de taburetes plegables sumamente cómodos. Parecía más la barra de uno de esos hoteles ultramodernos, en los que a veces Tom se reunía con sus clientes para tomar una copa, que un aparato para asar salchichas.

La Jirafa debía de haber pasado veinte veces aquella tarde. Tom vio la cabeza de Len Wainwright, inclinada hacia delante muy por encima de la verja alta de madera, asomándose continuamente, arriba y abajo, arriba y abajo, muriéndose de ganas por llamar la atención de Tom y ponerse a cotorrear sobre el aparato. Pero Tom no estaba de humor para charlas esta noche.

—¿Para qué sirve esto, papá? — gritó Max por encima del sonido de la música y señalando la pantalla digital.

Tom dejó la copa de vino rosado y pasó las hojas del apartado en inglés de un manual de instrucciones del tamaño de la guía telefónica de Londres.

—Creo que mide la temperatura del interior de la carne, o lo que sea que estés cocinando.

Max abrió y cerró la boca, como hacía siempre cuando algo le impresionaba. Luego, frunció el ceño.

—¿Y cómo lo sabe?

Tom abrió un compartimento y señaló un pincho.

–El pincho tiene un sensor, que lee la temperatura interna. Es como un termómetro.

–¡Guau! – A Max se le iluminó la mirada, luego se quedó pensativo otra vez y retrocedió unos pasos-. Es grande grande, ¿verdad?

–Un poco -dijo Tom.

–Mamá ha dicho que quizá nos mudamos, que tendremos un jardín mayor y que entonces no será tan grande.

–¿Eso ha dicho? – dijo Tom.

–Ha dicho eso exactamente. ¿Vienes a jugar a Truck Racing conmigo?

–Tengo que ponerme a cocinar. Vamos a comer dentro de poco. ¿No tienes hambre?

Max frunció la boca. Siempre pensaba cualquier respuesta detenidamente, incluso una tan básica como ésa. A Tom le gustaba aquella cualidad; lo consideraba una señal de la inteligencia de su hijo. De momento, no parecía haber heredado la imprudencia de su madre.

–Mmm. Bueno, podría tener hambre pronto, creo.

–¿Sí? – Tom sonrió y le acarició la cabeza cariñosamente.

Max se apartó.

–¡Me vas a despeinar!

–¿Sí?

El niño asintió con aire de gravedad.

–¡Creo que estás borracho!

Tom lo miró escandalizado.

–¿Borracho? ¿Yo?

–Es la tercera copa de vino que te bebes.

–Las estás contando, ¿verdad?

–Nos han hablado en el cole sobre beber demasiado vino.

Ahora Tom se escandalizó aún más. ¿Ahora el Estado paternalista mandaba a los niños a casa después del colegio a espiar los hábitos de consumo de alcohol de sus padres?

–¿Quién, Max?

–Una mujer.

–¿Una de tus maestras?

Negó con la cabeza.

–Una nihilista.

Tom olió el humo dulce de la barbacoa que llegaba de los jardines de los vecinos. Seguía hojeando el manual, intentando averiguar cómo encender la parrilla de gas.

—¿Una nihilista?

—Nos contó qué era bueno comer -contestó Max.

Ahora Tom lo captó, o eso creía.

—¿Quieres decir una nutricionista?

Después de reflexionar, Max asintió.

—¿No podemos jugar una partida de Truck Racing antes de que te pongas a cocinar?

Tom por fin encontró el botón de encendido y apagado. El manual de instrucciones decía que se precalentara la parrilla durante veinte minutos. Kellie y Jessica parecían estar encantadas, bailando una canción más.

—Una partida.

—¿Me prometes que no me ganarás? — preguntó Max.

—No sería justo, ¿verdad? — dijo Tom, siguiéndolo adentro-. De todos modos, nunca te gano, siempre ganas tú.

Max se echó a reír y subió corriendo a su cuarto delante de su padre. Tom se detuvo en la cocina para ver la televisión, por si ponían las noticias, y a llenarse la copa de vino..., y se acabó la botella. A no ser que Kellie se hubiera estado sirviendo, vio que Max estaba equivocado. No era la tercera copa, sino la cuarta. Por otro lado, el lunes pensaba llamar al director de Max para preguntarle a qué diablos estaba jugando, adoctrinar a los niños para que controlaran los hábitos de consumo de alcohol de sus padres...

Pero mientras subía las escaleras, procurando no derramar el vino, tenía algo infinitamente más importante en la cabeza. Se detuvo arriba, pensativo.

—Puedes coger cualquier color menos el verde, papá. El verde es mío, ¿vale? — gritó Max.

—Vale -gritó él-. ¡El verde es tuyo!

Max ganó la primera carrera con facilidad. En cuclillas sobre la moqueta del cuarto de su hijo, con el mando en las manos, Tom no lograba concentrarse en la carrera. Se empotró en la primera curva de la segunda carrera, luego volvió a salirse a la siguiente oportunidad, esparciendo neumáticos y balas de paja. Luego, chocó con una tribuna y dio unas cuantas vueltas de campana.

Durante las dos últimas horas, desde que había visto la fotografía de Janie Stretton en el Evening Standard y luego la había visto otra vez en las noticias de las seis al llegar a casa, se había quedado destrozado.

No podía seguir obviando lo que había pasado. Sin embargo, el e-mail que había destrozado su ordenador le demostraba que esta persona o personas -quienes fueran- iban en serio, lo que significaba que la amenaza iba en serio.

¿Tenía realmente información útil que aportar a la policía? Lo único que había visto era un par de minutos de la joven apuñalada por una figura encapuchada. ¿Podía ayudar eso realmente a la policía?

¿Algo por lo que mereciera la pena poner en peligro la seguridad de su familia?

Se repitió el argumento una y otra vez. Y cada vez llegaba a la misma conclusión ineludible de que sí, quizás había algo que pudiera ayudar a la policía. Si no, ¿por qué habrían dirigido las amenazas hacia él?

Se dio cuenta de que tenía que hablarlo con Kellie. ¿Le creería?, ¿creería que había introducido inocentemente el CD en el ordenador?

Y si ella no estaba de acuerdo en acudir a la policía, entonces, ¿qué haría? ¿Qué le diría su conciencia?

La gente a la que siempre había admirado, los verdaderos héroes, del pasado y del presente, eran esos hombres y mujeres que estaban dispuestos a enfrentarse a lo que estaba mal. A dar la cara por sus principios.

Tom observó a Max un momento, los ojos alerta, los dedos moviéndose con pericia por los controles, su camión avanzando a toda velocidad por la pista. Fuera, la música dio una tregua y oyó a Jessica riéndose alegremente.

¿No tenían ellos algo que decir en el tema?

¿Tenía derecho a poner en peligro sus vidas por aquello en lo que él creía? ¿Qué habría hecho su padre en esta situación?

Dios santo, era en momentos como éste cuando más echaba de menos a sus padres. Qué fácil habría sido todo si hubiera podido recurrir a ellos y pedirles consejo.

Pensó en su padre, un hombre decente que trabajaba de jefe de ventas para una empresa alemana que fabricaba cepillos de limpieza industriales. Era un hombre alto y delicado, y sacristán de la iglesia anglicana de la ciudad, que fue a misa todos los domingos de su vida; Dios lo recompensó

dejando que la puerta trasera de una furgoneta de reparto de leche le cortara la cabeza en la autopista M1 a la edad de cuarenta y cuatro años.

Su padre le habría dado una perspectiva cristiana, el punto de vista de un ciudadano responsable, sin duda: que Tom informara de lo que había visto y también de la amenaza. Pero nunca había sido capaz de compartir la fe de su padre en Dios.

Le preguntaría a Kellie, decidió. Era muy sabia. Acataría lo que ella dijera, fuera lo que fuera.

Capítulo 32

En el poster escrito a mano con torpeza y pegado con celo al cristal de la puerta podía leerse: «Brent Mackenzie. Clarividente mundialmente famoso. ¡aquí, sólo esta noche!». Encima, una inscripción grande en amarillo fluorescente en diagonal decía: «¡lo sentimos, entradas agotadas!».

Por fuera, el edificio no parecía tan prometedor. Grace esperaba una sala bastante amplia, pero el Centro Holístico de Brighton no parecía ocupar más espacio que una pequeña tienda de ultramarinos, con la fachada pintada de un color rosa bastante estridente.

Una mujer de unos cuarenta años, que llevaba un vestido amplio negro encima de unas mallas grises y tenía el pelo ligeramente alborotado, estaba al otro lado de la puerta, cortando las entradas. Grace sacó la cartera del bolsillo, metió los dedos dentro y cogió la entrada, que había comprado hacía varias semanas.

Estaba nervioso. Una excitación desconcertante en su interior parecía despojarle de la seguridad natural que tenía en sí mismo. Siempre le pasaba igual cuando veía a un médium o a un clarividente, o a cualquier otro tipo de parapsicólogo. La expectativa; la esperanza que albergaba en su corazón de que aquél fuera distinto, de que aquél por fin, después de casi nueve largos años, tuviera la respuesta.

Un mensaje, un lugar o una señal.

Algo que le dijera si Sandy estaba viva o muerta. Era lo más importante que necesitaba saber. Es cierto que obtuviera la respuesta que obtuviera, le seguirían todo tipo de preguntas más. Pero, primero, necesitaba esa respuesta, por favor.

¿Quizá sería hoy?

Entregó su entrada y subió la escalera detrás de tres chicas que charlaban nerviosas. Parecían hermanas, la más joven de dieciocho o diecinueve años, la mayor tenía unos veinticinco. Pasó por delante de una puerta sin pintar, con un letrero: «Silencio, terapia», y entró en una sala que tenía unas veinte sillas de plástico apretujadas formando una «L» con un espacio en el que supuso que se colocaría el clarividente. Había persianas azules, tiestos en las estanterías y un grabado de un paisaje de la Provenza en la pared.

La mayoría de las sillas ya estaban ocupadas. Dos niñas estaban con su madre, una mujer con cara de pan que llevaba un top ancho de punto y que parecía contener las lágrimas. A su lado estaba sentada una madraza de pelo largo de unos setenta años que vestía una camiseta de flores, minifalda vaquera y llevaba puestas unas gafas del tamaño de unas gafas de bucear.

Grace encontró una silla libre junto a dos hombres de casi treinta años, ambos con vaqueros y sudaderas. Uno, que estaba gordísimo y llevaba el pelo desgreñado, lo que le recordó al cómico Ken Dodd, tenía la mirada perdida al frente y mascaba chicle. El otro, mucho más delgado, sudaba copiosamente y blandía una lata de Pepsi Cola, como si eso le concediera cierto estatus. Grace oyó parte de su conversación; hablaban de destornilladores eléctricos.

Otra madre y su hija entraron en la sala y ocuparon las dos sillas que quedaban, a su lado. La hija, delgada como un palillo y muy arreglada con unos pantalones negros y una blusa roja, desprendía un perfume que a Grace le olió a desinfectante de inodoro. La madre, igual de arreglada, parecía una imagen de la hija envejecida por ordenador. Grace estaba familiarizado con la técnica; se utilizaba a menudo en la búsqueda de personas desaparecidas. Hacía un año, sometió una fotografía de Sandy al proceso y se quedó estupefacto al ver lo mucho que podía cambiar alguien en ocho años.

Había un ambiente de expectación en la sala. Grace miró las caras a su alrededor, preguntándose por qué estaban allí; algunos habrían perdido a alguien recientemente, supuso, pero con seguridad la mayoría sólo eran almas perdidas que buscaban orientación. Y cada uno había desembolsado diez libras para reunirse con un completo desconocido sin ningún título médico o sociológico, que iba a decirles cosas que podían alterar por completo su forma de enfocar la vida.

Cosas que los espíritus canalizaban a través de Brent Mackenzie, o eso afirmaba él. Grace lo sabía; lo había visto todo.

Y, sin embargo, seguía yendo a por más.

Era como una droga: una dosis más y lo dejaría. Pero, por supuesto, no iba a dejarlo nunca, hasta que descubriera la verdad de la desaparición de Sandy. Quizás esta noche los espíritus se lo contarían a Brent Mackenzie; quizás el clarividente conseguiría aquello que los que le habían precedido no habían logrado y lo arrancaría del éter.

Roy Grace sabía el riesgo que corría su reputación si persistía en su interés en los médiums y los clarividentes, pero no era el único policía del Reino Unido que les consultaba regularmente, ni de lejos. Y, a pesar de lo que decían los cínicos, Grace creía en lo sobrenatural. No le quedaba más remedio. Había visto un fantasma -dos, en realidad- muchas veces durante su infancia.

Todos los veranos pasaba una semana con sus tíos, en su casa de campo en Bembridge, en la isla de Wight. En una impresionante mansión que estaba enfrente, había dos ancianas muy dulces que solían saludarlo desde un mirador en el piso de arriba. Fue años después, al volver a visitar Bembridge tras una larga ausencia, cuando supo que las dos ancianas que lo saludaban se habían suicidado en 1947. Y no habían sido imaginaciones suyas; otras personas las habían visto.

El público estaba callado; los dos hombres que tenía al lado parecieron acabar su charla sobre destornilladores eléctricos. Eran exactamente las siete cuarenta y cinco. Detrás de él, oyó el silbido de la anilla de una lata de refresco que se abría. Se oyó el pitido de un mensaje de móvil entrante y vio que la madraza buscaba en su bolso de macramé, sacaba el teléfono y lo apagaba, ruborizándose.

Luego, el médium entró despacio, con la apariencia de un hombre que busca la puerta del servicio de un pub. De unos cuarenta años y metro noventa largo de estatura, vestía una camiseta naranja ancha, un collar, pantalones anchos beis y deportivas blancas y relucientes. Llevaba el pelo rapado, barba de cuatro días, tenía la nariz rota de boxeador y una enorme barriga cervecera. Grace vio que lucía un reloj que parecía muy caro. Por unos momentos, pareció no darse cuenta de que había entrado en una sala abarrotada. Grace comenzó a preguntarse si realmente era el clarividente.

Luego, de cara a las persianas, Brent Mackenzie habló. Tenía la voz débil y aflautada, demasiado fina para un hombre tan grande, pero muy seria.

—Esta noche no voy a utilizar la memoria -dijo-. Quiero hacer todo lo posible por todos vosotros. Esta noche tendré un mensaje para cada uno de vosotros. Os lo prometo.

Grace miró a su alrededor; sólo un mar de silencio, rostros embelesados, expectantes.

—Mi primer mensaje es para una señora que se llama Brenda. — Ahora el clarividente se volvió y escudriñó la sala. La mujer con cara de pan levantó la mano.

—Ah, Brenda, cielo, ¡ahí estás! Si te dijera que habrá un movimiento inminente en tu vida, ¿sería correcto?

La mujer se quedó pensando un momento, luego asintió con entusiasmo.

—Sí, es lo que me dicen los espíritus. Es un gran movimiento, ¿verdad?

La mujer miró a sus dos hijas, como buscando confirmación. Las dos fruncieron el ceño. Luego, miró al médium.

—No -dijo.

Hubo un silencio extraño.

—Me dicen que es un movimiento mayor de lo que eres consciente -dijo el médium al cabo de unos momentos-. Pero no debes preocuparte; estás haciendo lo correcto.

Asintió con la cabeza en su dirección para tranquilizarla, luego cerró los ojos y retrocedió un paso.

Grace le observó, aquel hombre le incomodaba. Era una típica estratagema de médium, manipular lo que había dicho cuando no encajaba.

—Tengo un mensaje para Margaret -dijo Brent Mackenzie, y abrió los ojos y escudriñó la sala.

Una mujer bastante menuda de unos treinta y ocho años, en quien Grace no se había fijado antes, levantó la mano.

—¿Te dice algo el nombre de Ivy, cielo?

La mujer negó con la cabeza.

—Vale. ¿E Irlanda? ¿Te dice algo Irlanda?

Volvió a negar con la cabeza.

—Los espíritus dicen categóricamente que se trata de Irlanda. Creo que irás muy pronto, aunque ahora no seas consciente de ello. Dicen que irás a Cork. En Cork hay alguien que cambiará tu vida.

La mujer parecía perpleja.

—Volveré contigo, Margaret -dijo el clarividente-. Me están interrumpiendo, a veces los espíritus son muy maleducados. Se impacientan cuando tienen un mensaje para alguien. Me está llegando un mensaje para Roy.

Grace se sobresaltó como si hubiera metido el dedo en un enchufe. Brent Mackenzie estaba acercándose a él, mirándolo fijamente. Sintió que le ardía la cara y que perdía toda la serenidad; se quedó mirando al médium, que ahora estaba mucho más alto que él, sintiéndose confuso, indefenso.

—Tengo a un caballero conmigo, creo que podría ser tu padre. Me está enseñando una insignia que solía llevar puesta. ¿Te dice algo?

Quizá, pensó Grace, pero no voy a darte ninguna pista. Te pago para que «TU» me digas cosas. Grace lo miró impertérito.

—Me dice que está muy orgulloso de ti, pero ahora estás pasando un momento difícil. Alguien bloquea tu carrera. Me enseña a una mujer, ¿rubia? ¿Se llama Vespa, como la moto?

Ahora Grace se quedó boquiabierto. ¿Alison Vosper? Se moría por hablarle, por decirle el nombre de Sandy, pero había perdido el valor. Y no quería guiarle. ¿Iba a hablarle Brent Mackenzie de Sandy? ¿Un mensaje de su padre sobre ella?

—Tu padre me está enseñando algo, Roy. Es un pequeño insecto. Parece un escarabajo. Está bastante nervioso con este escarabajo. No es muy preciso... -El clarividente se sostuvo la cabeza con las manos, se giró una vez, luego otra-. Lo siento, le estoy perdiendo. Ha dicho que podía salvar algo.

Grace, mirándolo, encontró de repente el valor para hablar.

—¿Qué podía salvar exactamente?

—Lo siento, Roy, le he perdido. — El médium miró a otra persona-. Tengo un mensaje para Bernie.

Grace apenas prestó atención. Estaba pensando. El hombre había acertado dos veces. Con su padre y con el escarabajo. «Ha dicho que podía salvar algo.»

Iría a ver al clarividente al final de la sesión, por muy cansado que estuviera, y le sacaría más.

¿Qué había querido decir ese hombre? ¿Qué diablos podía salvar? ¿Su carrera? ¿Otra vida?

No tuvo que preocuparse de ir a buscar a Brent Mackenzie cuando acabó la sesión. El clarividente, con un anorak largo sobre la camiseta, le esperaba al pie de las escaleras.

—Roy, ¿verdad? —dijo.

Grace asintió.

—No hago esto normalmente, pero ¿podemos hablar en privado?

—Sí, claro.

Grace lo siguió a un minúsculo consultorio con una mesa, un par de sillas y varias docenas de velas blancas, y el clarividente cerró la puerta tras ellos. En esta habitación, parecía mayor, más alto que Grace.

—Mira, lo siento —dijo Mackenzie sin sentarse—. No hemos tenido una sesión muy satisfactoria. No he querido decir mucho ahí dentro, delante de todo el mundo, ya sabes. Algunas cosas son privadas. No me pasa a menudo, pero he percibido sensaciones muy malas sobre ti. Me refiero a este escarabajo que he visto. No puedo quitármelo de la cabeza. Era como esos que se ven en los jeroglíficos del antiguo Egipto.

—¿Un escarabajo pelotero? —dijo Grace ladeando la cabeza hacia arriba.

—Sí, exacto. Un escarabajo pelotero.

Grace asintió.

—Sí, tiene sentido.

El médium lo miró de forma extraña.

—¿Tiene sentido?

—Tiene que ver con el trabajo. La verdad es que no puedo hablar de ello.

—Es policía, ¿verdad?

—¿Tanto se nota?

El clarividente sonrió.

—Yo también fui policía, diez años. En el Departamento de Investigación Criminal de Manchester.

—¿Sí?

—Sí, bueno. Es una larga historia. Otro día te la cuento. El tema es que me han dicho que corres peligro, colega. Tiene que ver con este escarabajo pelotero. Tienes que tener cuidado.

Capítulo 33

Cuando Tom entendió cómo encender la barbacoa, ya había pasado la hora de acostar a los niños. Y cuando por fin cocinó las salchichas y las hamburguesas, Jessica estaba profundamente dormida y Max estaba lloriqueando.

Había bebido demasiado vino rosado y tenía que terminar el presupuesto de veinticinco Rolex Oyster grabados con un logotipo de un micropunto, y mandárselo a Ron Spacks por correo electrónico. El gigante de la distribución de DVD había confirmado que se tomaba muy en serio el pedido; Tom le había prometido que tendría el presupuesto esta noche sin falta. Había encontrado un proveedor legítimo que ofrecería a Spacks una ganga, y haría que Tom se embolsara cerca de 35.000 libras de beneficio con el contrato. No era sólo un negocio muy bueno, sino que sería una ayuda enorme para su empresa -y su vida- en estos momentos.

Miró con cariño a Kellie, que estaba tumbada delante del televisor, viendo la entrevista de Jonathan Ross a un cantante de rock del que Tom nunca había oído hablar. *Lady*, como siempre, estaba sentada junto a la puerta con la correa en la boca.

Subió las escaleras, agarrándose a la barandilla con todas sus fuerzas, como si estuviera escalando el Everest por la vertiente difícil.

Tom abrió la puerta del cuarto de Jessica. La luz del rellano lo invadió, arrojando sombras alrededor. Estaba como un tronco, la cara girada hacia él, el brazo rodeando su oso de peluche grande y suave, respirando, un silbido regular largo y lento, luego expulsando el aire con un brusco «puf».

Algo le agarró el pecho con fuerza, y el corazón. Se quedó inmóvil, como si todo el tiempo del universo se hubiera detenido. Ahí estaba su hija. Su niña. Su criatura a la que había traído al mundo. Su personita. Jessica.

Dios santo, la quería con locura. La gente decía que los padres tenían preferidos, pero él no, él podía afirmarlo con total sinceridad.

Le lanzó un beso a Max, cerró la puerta y con el corazón compungido entró en su estudio para terminar los números de Ron Spacks.

Cuando hubo comprobado, vuelto a comprobar y enviado el e-mail, bajó otra vez. En la televisión, Jonathan Ross hablaba del tamaño del pene. Kellie se había quedado dormida; a su lado, una copa de vino vacía en el suelo y una caja medio vacía de Milk Tray sobre el sofá.

Después de acostar a los niños, le había hablado de la página web y del e-mail posterior y, luego, de la fotografía de Janie Stretton en el periódico de la tarde.

Habían mirado juntos las noticias de las diez y habían visto a la pobre joven junto a imágenes del rastreo de la policía en Peacehaven; apareció un tal comisario Roy Grace del Departamento de Investigación Criminal de Brighton, que suplicaba información para avanzar.

Kellie le había sorprendido. Al parecer, no la conocía tan bien como creía. Había imaginado que antepondría la seguridad de su familia. En especial, después de contarle la amenaza del e-mail.

Su mujer había tardado menos de dos minutos en tomar una decisión.

—Imagina que esa tal Janie Stretton fuera Jessica dentro de veinte años - le había dicho-. Imagina, sabiendo todo eso, que eres testigo de lo sucedido, quizás el único testigo. Tu testimonio podría contribuir a la detención del asesino, y a impedir que volviera a matar y que las vidas de todas aquellas personas relacionadas con la víctima quedaran destruidas. Imagina que a Jessica la matara un asesino al que la policía podría haber detenido sólo con que alguien hubiera tenido la valentía de hablar.

Tom entró en la cocina, cogió una botella de Bowmore, su whisky preferido, y se sirvió varios dedos. Hacía unas pocas horas había tomado la decisión de acatar la opinión de Kellie; pero la verdad era que había esperado que le dijera que tenían que anteponer la seguridad de la familia a todo lo demás. Y si eso significaba no hacer nada, lo prefería antes que ponerles en peligro. No obstante, Kellie se mantuvo inflexible en su decisión de acudir a la policía, a pesar de las consecuencias.

Sentado en un taburete, miró su reflejo en la ventana. Vio a un hombre encorvado llevarse el vaso de whisky a los labios y beber; vio al hombre dejar el vaso.

Vio la desesperación total en su rostro.

Apuró el whisky, luego volvió al salón para despertar a Kellie. Tenían que seguir hablando.

Hablaron hasta bien entrada la noche. Al final, exhausto, Tom intentó dormir. Pero a las tres de la madrugada seguía despierto. Y a las cuatro. Se daba la vuelta; cambiaba de posición. Inquieto, la garganta seca, sediento, con un dolor de cabeza atroz.

Esta noche estaban a salvo. Esta noche no tenía que preocuparse por las amenazas. El punto de vista de Kellie era que la policía los protegería. Tom no compartía su confianza.

Comenzaba a despuntar el día. A las cinco oyó el chirrido de unos neumáticos, un ruido de botellas. Dentro de una hora más o menos, los niños empezarían a despertarse, entrarían corriendo en su cuarto y se subirían a la cama. Sábado. Por lo general, le encantaban los sábados, era su día preferido de la semana.

Kellie le dijo que podía dar la información a la policía confidencialmente, y que la policía lo respetaría. ¿Cómo iba alguien a descubrir que había hablado con ellos?

—¿Estás bien, cielo? —dijo de repente Kellie.

—Aún sigo despierto -dijo-. No he pegado ojo.

—Yo tampoco.

Tom alargó la mano, encontró la suya y la apretó. Ella hizo lo mismo.

—Te quiero -le dijo.

—Yo también. — Luego, tras una pausa, Kellie le preguntó:- ¿Has tomado una decisión?

Tom se quedó callado un momento. Luego, contestó en voz baja.

—Sí.

Capítulo 34

Roy Grace tampoco podía dormir. No dejaba de darle vueltas a una lista interminable de cosas que tenía que comprobar para la Operación Ruisseñor. También pensaba en las palabras de Brent Mackenzie: «El tema es que me dicen que corres peligro, colega. Tiene que ver con este escarabajo pelotero. Tienes que tener cuidado».

¿Qué quería decir? ¿Quizá sólo había percibido la vibración del escarabajo, un detalle que le preocupaba muchísimo?

Entonces, sus pensamientos se centraron, por enésima vez, en Janie Stretton. Apartó toda la emoción de su padre destrozado, se había vuelto insensible a esas cosas a lo largo de los años, quizá más de lo que le gustaría, pero tal vez era la única forma de poder sobrellevarlo. Pensaba en lo que le habían hecho a la chica. ¿Qué sentido tenía decapitarla pero dejar una mano? ¿A menos que fuera una especie de mensaje? ¿Para quién? ¿Para la policía? ¿O quizás era un trofeo de mal gusto?

¿Y por qué el escarabajo?

¿Quería el asesino -o la asesina- hacer alarde de su inteligencia?

Luego, volvió a acecharle la advertencia de Alison Vosper y saber que este caso era su última oportunidad. Para conservar su trabajo y su vida en Brighton, tenía que encontrar al asesino de Janie sin cagadas, sin titulares de periódico sobre policías que tenían escarceos con lo oculto, sin muertos en persecuciones de coches.

Tenía que andarse con pies de plomo.

Pensó que quizá sería más fácil caminar sobre las aguas.

A las seis de la mañana, Grace ya estaba harto del trino de los pájaros al amanecer, del golpeteo de las botellas de leche, de un perro que ladraba a lo lejos, de todas las malditas cosas que tenía en la cabeza.

Apartó el edredón, sacó las piernas de la cama y se quedó sentado unos momentos. Los ojos le picaban por la falta de sueño y tenía la cabeza a punto de estallar. No había conseguido dormir más de media hora en toda la noche. Y hoy tenía una cita. Una cita seria de verdad.

Sabía que en gran parte no había podido dormir por eso. La emoción. ¡Como un adolescente enamorado! No podía evitarlo. No recordaba la última vez que se había sentido así.

Caminó hasta la ventana, descorrió las cortinas un poquito y miró afuera. Iba a hacer un buen día; el cielo era un lienzo azul oscuro despejado. Todo era quietud. Un tordo enorme saltaba con torpeza por el césped impregnado de rocío, picoteando el suelo en busca de gusanos. Grace contempló el jardín acuático zen que Sandy había creado, con su forma ovalada y sus piedras grandes y planas, y luego todas las plantas que había colocado en los arriates alrededor del césped. Muchas habían muerto y las que quedaban habían crecido a su aire sin ningún control.

Él no tenía ni idea de jardinería; de eso siempre se había ocupado Sandy, aunque le gustó ayudarla a transformar los aburridos quinientos metros cuadrados de césped rectangular y arriates en un jardín especial. Cavó allí donde le dijo que cavara, puso abono, regó, cargó bolsas de turba arriba y abajo, desherbó, plantó; fue un sirviente voluntarioso para Sandy la capataz.

Habían sido buenos tiempos, en los que estaban construyendo su futuro, formando un hogar, su nido, consolidando su vida juntos.

El jardín que Sandy había creado y había adorado estaba ahora sumido en el abandono. Incluso el césped parecía levantado y estaba lleno de malas hierbas. Grace se sentía culpable por ello, a veces se preguntaba qué diría Sandy si volviera.

Los sábados por la mañana. Recordó cuando salía a correr temprano y volvía de la panadería de Church Road con un cruasán de almendras para Sandy y con el *Daily Mail* para él.

Descorrió las cortinas del todo y la luz inundó la habitación. Y, de repente, por primera vez en casi nueve años, la vio de otro modo.

Vio el cuarto de una mujer, decorado casi en su totalidad con diferentes tonos de rosa. Vio un tocador Victoriano de caoba -que habían comprado por cuatro perras en un puesto del mercado de Gardner Street- lleno de objetos de mujer: cepillos, peines, maquillaje, frascos de perfume. Había una fotografía enmarcada de Sandy con un traje de noche y de él con esmoquin, junto al capitán del barco de vapor *Black Watch* en el único crucero que habían realizado.

Vio sus zapatillas aún en el suelo, su camisón colgado en la pared junto a la cama. ¿Qué pensaría cualquier mujer de todo aquello si la llevaba allí?

¿Qué pensaría Cleo?

Y se dio cuenta de que nunca se le había ocurrido pensar en eso. El tiempo se había detenido en aquella casa. Todo estaba exactamente igual que aquel día, ese martes, 26 de julio, en el que Sandy había desaparecido de la faz de la Tierra.

Y todavía lo recordaba con absoluta claridad.

La mañana de su treinta cumpleaños, Sandy lo había despertado con una bandeja en la que había una tarta diminuta con una sola vela, una copa de champán y una tarjeta de cumpleaños muy picarona. Había abierto los regalos que le había dado y luego habían hecho el amor.

Se había marchado de casa más tarde de lo habitual, a las nueve y cuarto, y había llegado a su despacho en la comisaría de policía de Brighton poco después de las nueve y media para una reunión informativa sobre el asesinato de un motorista de los Angeles del Infierno que había aparecido en el puerto de Shoreham con las manos atadas a la espalda y un bloque de cemento encadenado a los tobillos. Le había prometido a Sandy llegar temprano a casa, salir a cenar para celebrar su cumpleaños con otra pareja, el que entonces era su mejor amigo Dick Pope, también detective, y su

mujer Leslie, con la que Sandy se llevaba bien. Se habían producido avances en el caso, por lo que había llegado a casa casi dos horas más tarde de lo que tenía planeado. No había rastro de ella.

Al principio, creyó que estaba enfadada con él por llegar tan tarde y que era su forma de protestar. La casa estaba ordenada; su coche y su bolso no estaban; no había señales de lucha.

Luego, veinticuatro horas después, encontraron su viejo Golf negro en una plaza del aparcamiento del aeropuerto de Gatwick. Se habían realizado dos transacciones en su tarjeta de crédito la mañana de su desaparición, una en un Boots y otra en el Tesco. No se había llevado ropa ni ningún otro tipo de pertenencia.

Sus vecinos de la tranquila calle residencial donde vivían, cerca del paseo marítimo, no habían visto nada. En la casa de al lado, vivía una familia griega sumamente agradable que regentaba un par de cafés en la ciudad, pero estaban de vacaciones. Al otro lado, vivía una anciana viuda dura de oído que dormía con el televisor encendido a todo volumen. Ahora mismo, a las 6.18 horas oía una voz americana apagada a través de la pared medianera que separaba sus casas pareadas; parecía John Wayne hablando con un grupo de malos a los que acababa de acorralar.

Bajó a la cocina, preguntándose si prepararse una taza de té o si salir primero a correr. Su pez de colores nadaba sin rumbo en su pecera circular, como siempre.

—¡Buenos días, *Marlon*! —dijo con alegría—. ¿Dándote un baño matutino? ¿Tienes hambre?

Marlon abrió la boca y la cerró un par de veces. No era un gran conversador.

Puso agua a hervir, separó una silla y se sentó a la mesa de la cocina, mirando a su alrededor, preguntándose qué señales de Sandy había en esa estancia. Casi todo, excepto la nevera gris metalizado, era rojo y tenía un motivo del mismo color. El horno y el lavaplatos eran rojos, los tiradores de los aparatos blancos, los quemadores y los pomos de las puertas eran todos rojos. Incluso la mesa de la cocina era roja y blanca. Todo lo había elegido Sandy. Era el color de moda en aquel entonces, pero ahora parecía todo un poco anticuado; las encimeras de cerámica estaban muy desportilladas. Algunas de las bisagras estaban torcidas. La pintura estaba rayada y sucia.

La verdad era que estaría mejor en un piso, lo sabía. Él, Marlon y el fantasma de Sandy vagaban por la casa.

Abrió un armario de debajo del fregadero de la cocina, se agachó, encontró un rollo de bolsas de basura negras y arrancó una. Luego, cogió una fotografía de él y Sandy de un estante y se quedó mirándola un momento. La había sacado un desconocido, con la cámara de Grace, en su luna de miel. Justo en la cima del Vesubio. Sandy y él estaban posando, sudorosos por el esfuerzo de la dura ascensión, los dos con camiseta, delante del cráter parcialmente oculto por una nube baja gris.

Metió la foto en la bolsa de basura, luego se quedó inmóvil, como esperando a que le alcanzara un rayo y lo matara.

Pero no pasó nada.

Salvo que lo embargó un sentimiento de culpa enorme. ¿Y si esta noche iba todo muy bien y acababa llevando a Cleo Morey a casa después de cenar?

Se dio cuenta de que tenía que quitar todo lo que hablaba de Sandy y se le hacía muy cuesta arriba. Una montaña.

Pero ¿quizás había llegado el momento?

Luego, se lo pensó mejor y sacó la fotografía de la bolsa de basura y volvió a colocarla en la repisa. Parecería raro que no tuviera fotos. Eran los objetos personales de Sandy los que tenía que reducir su presencia en la casa.

Arriba, en el dormitorio, miró su cepillo. Aún había cabellos rubios y largos enredados en las cerdas. Cogió uno, lo levantó, triste de repente. Soltó el cabello y se quedó mirando cómo caía flotando hasta la moqueta, con un nudo en la garganta. Luego, se llevó el cepillo a la nariz y lo olió, pero ya no había rastro de la fragancia de Sandy sólo un olor neutro y seco.

Metió el cepillo en la bolsa de basura y el resto de sus pertenencias que había en el tocador y luego las del baño. Llevó la bolsa al cuarto de invitados, que utilizaban para guardar trastos, y la dejó junto a una maleta vacía, la caja del portátil y varios rollos antiguos de papel de regalo de Navidad.

Luego, se puso los pantalones cortos, una camiseta y las deportivas, se metió un billete doblado de cinco libras en el bolsillo y salió a correr.

Su recorrido lo llevó directamente a Kingsway, una ancha calle de dos carriles que recorría todo el paseo marítimo de Hove. A un lado, había casas

que tras ochocientos metros darían paso a mansiones y hoteles -algunos modernos, algunos Victorianos, algunos de la época de la Regencia- que continuaban a lo largo de todo el paseo. Enfrente, había dos estanques pequeños para barcos y unos columpios, césped y luego el paseo con casetas, detrás la playa de guijarros y, a sólo kilómetro y medio al este, los restos del viejo West Pier.

Estaba casi desierto. Sintió como si tuviera toda la ciudad para él. Le encantaba salir tan temprano el fin de semana, como si le tomara la delantera al mundo. La marea estaba bajando y podía ver la esfera del sol naciente muy arriba, ya en el cielo. A lo lejos, en las marismas, un hombre caminaba balanceando un detector de metales. Un buque portacontenedores, que apenas era más que un puntito, descansaba sobre el horizonte y parecía no moverse.

Un camión barredora avanzaba despacio hacia Grace, su motor rugía, los cepillos giraban, recogiendo los desechos habituales de una noche de viernes: envases de comida rápida, latas de Coca-Cola, colillas de cigarrillo, alguna que otra jeringuilla.

Grace se detuvo en medio del paseo, a poca distancia de un borracho que dormía acurrucado en un banco, y realizó sus estiramientos, inhalando profundamente ese olor familiar a mar que tanto le gustaba -el olor salado del aire fresco y suave, rociado de óxido y alquitrán, cuerdas viejas y pescado putrefacto- y al que la generación de ancianas propietarias de casas junto al mar gustaba llamar en sus prospectos «aire puro».

Luego, comenzó su carrera de casi diez kilómetros de ida y vuelta al principio del club náutico. En el último kilómetro, siempre giraba hacia dentro, subía por la concurrida calle comercial de Church Road, en Hove, hasta una tienda de comestibles que abría las veinticuatro horas, y compraba leche y el periódico, y quizás una revista que le gustara. Quizás esta mañana compraría otra revista de moda, algo como *Arena*; sólo para tener más ideas sobre qué ponerse esta noche.

Se detuvo delante de la tienda, sudando copiosamente, en parte con energías renovadas por la carrera y en parte cansado por la falta de sueño. Realizó sus estiramientos, luego entró en la tienda y se dirigió hacia la sección de periódicos y revistas. Y, al instante, vio los titulares de la edición matinal del *Argus*.

El enigma del escarabajo en el asesinato de

la estudiante de derecho de brighton

Furioso, cogió un periódico de la estantería. Reproducía la fotografía de Janie Stretton que había hecho pública ayer. En un recuadro de debajo, había una pequeña fotografía de un escarabajo pelotero.

El Departamento de Investigación Criminal de Sussex se niega a revelar si un extraño escarabajo pelotero, no originario de las islas Británicas, podría ser una pista vital en el asesinato de Janie Stretton. A la petición de confirmar el hallazgo del escarabajo durante la autopsia llevada a cabo por el patólogo del Ministerio del Interior, el doctor Frazer Theobald, el inspector jefe del caso, el comisario Roy Grace del Departamento de Investigación Criminal de Brighton y Hove, no quiso hacer comentarios...

Grace se quedó mirando las palabras, más furioso a cada minuto. ¿Que no quiso hacer comentarios? Nadie le había pedido que comentara nada. Y había dado órdenes muy estrictas de que no se informara a la prensa sobre el escarabajo.

Entonces, ¿quién lo había filtrado?

Capítulo 35

OceanofPDF.com

Unos minutos antes de las ocho y media, después de ducharse, comerse un cuenco de cereales rápido y, aunque era sábado, ponerse un traje oscuro, camisa blanca y corbata sencilla -puesto que no sabía qué le depararía el día y con quién tendría que reunirse-, Grace llegó al MIR Uno en el centro de investigaciones con un humor de perros, dispuesto a desollar vivo a alguien.

Todo su equipo estaba ya allí, esperándolo, y a juzgar por las expresiones de sus caras, ellos también habían visto el titular del *Argus*.

Sólo por si no lo habían visto, lanzó el periódico sobre la mesa.

–Muy bien, ¿quién es el responsable de esto? – dijo a modo de saludo.

Glenn Branson, Nick Nicholl, Bella Moy, Emma-Jane Boutwood, Norman Potting y el resto del equipo lo miraron con perplejidad.

Grace clavó su mirada acusadora en Norman Potting como primera parada.

–¿Alguna idea, Norman? – dijo.

–El autor del artículo es ese joven periodista, Kevin Spinella -dijo Potting con su voz grave y rural-. Ese cabrón siempre está causando problemas, ¿verdad?

De repente, Grace se dio cuenta de que con el enfado había olvidado mirar quién firmaba el artículo. Era porque estaba cansado; después de pasar la noche en vela, la cabeza no le funcionaba a pleno rendimiento. Normalmente, salir a correr le recargaba las pilas, pero en estos momentos se sentía exhausto y necesitaba desesperadamente un café bien fuerte. Y el aroma de la infusión se elevaba tentadoramente de varias tazas que había sobre la mesa.

Kevin Spinella era una incorporación reciente del periódico, un joven reportero de la crónica negra de voz aguda que se estaba labrando deprisa una reputación a costa de la policía de Sussex. Grace había tenido un roce con él, como la mayoría de sus colegas.

–Bien, Norman, tu primera tarea hoy será localizar a este cerdo y averiguar de dónde ha sacado la información.

El sargento puso mala cara, luego bebió un sorbo de café de la taza de espuma de poliestireno.

–Seguramente sólo me dirá que está protegiendo sus fuentes -dijo con una suficiencia que irritó a Grace.

El comisario tuvo que aguantarse las ganas de gritarle, porque la verdad era que seguramente Potting tenía razón.

—El problema es, Roy -dijo Branson-, que hemos reclutado a cien agentes especiales para buscar la cabeza de la víctima. Podría haber sido uno de ellos. O de los miembros del SOCO. O alguien de la oficina del forense. O del depósito.

Grace sabía que tenía razón. Era el problema de una investigación como aquélla. Todo el mundo sentía curiosidad, era la naturaleza humana. Sólo hacía falta que una persona descuidada filtrara algo para que se extendiera en minutos.

Pero podía hacer muchísimo daño, joder. O lo había hecho ya.

Grace aparcó el tema por el momento y repasó la lista que Bella Moy y Eleanor habían preparado, y continuarían actualizando, dos veces al día, a lo largo de la investigación. Entonces, Norman Potting lo interrumpió.

—Nunca se sabe, Roy. Quizá podamos desprestigiar a ese Kevin Spinella.

—¿Cómo? —dijo Grace.

—Bueno, he oído rumores de que podría ser de la acera de enfrente. Ya sabes, marica.

Grace, acongojado, presintió que se acercaba otro momento Potting.

—Aquí utilizamos la palabra «gay».

—Exacto, amigo.

Grace lo miró con dureza. Norman Potting estaba absolutamente desconectado del mundo real.

—¿Y cómo nos ayudaría eso exactamente?

Potting sacó una pipa de madera de brezo, con una boquilla muy mordida, del bolsillo de su traje y se quedó mirándola con los labios fruncidos.

—Me pregunto cómo le sentaría al director del *Argus*, la voz de Brighton y Hove, tener a un mariposón trabajando para él.

Grace apenas podía creer lo que acababa de oír.

—Norman, como Brighton y Hove tiene la comunidad gay más importante de todo el Reino Unido, creo que se alegraría bastante de que todo el equipo editorial fuera gay.

Potting se volvió hacia Emma-Jane y le guiñó el ojo, una baba le apareció en la comisura de los labios.

—Tú tranquila, cielo -dijo señalándose el pecho con el pulgar-. Suerte que aún quedamos hombres de verdad. Aprovecha.

—Cuando encuentre uno, lo haré —contestó ella.

—Norman —dijo Grace—, el lenguaje que utilizas es del todo inaceptable. Quiero verte en mi despacho en cuanto acabe esta reunión. Muy bien, centrémonos —dijo luego al equipo—. Emma-Jane y yo tenemos que estar en una granja de insectos en Bromley a las once. Norman, tienes el día ocupado con Spinella y con el seguimiento del contestador de Janie Stretton.

Grace siguió repasando la lista de las tareas del día asignadas a cada miembro del equipo. Si todo marchaba bien, tendría una hora libre por la tarde para que él y Glenn Branson pudieran ir al centro de Brighton a comprar ropa de verdad.

Luego, intentó aparcarse el sentimiento de culpa que sintió simplemente por pensar en eso cuando tendría que centrar toda su atención en Janie Stretton. Después de todos aquellos años de infierno que había pasado podía permitirse ese lujo, aunque fuera de vez en cuando, ¿no?

Entonces, como si un nubarrón tapara el sol, volvió a pensar en Sandy. Siempre estaba ahí, en silencio, en un segundo plano. Era como si necesitara su aprobación para cualquier cosa que hiciera. Sintiendo culpable, pensó en las pertenencias de su mujer que había metido en una bolsa de basura negra hacía sólo un par de horas. ¿Por si llevaba a Cleo Morey a casa aquella noche?

¿O sólo para intentar despejar el pasado, para dejar espacio al futuro?

Pronto, en algún momento, cuando tuviera un momento para él, iría a una inmobiliaria y pondría la maldita casa en venta.

Incluso el mero hecho de pensar aquello fue como sacarse un peso enorme de encima.

Sonó el teléfono de Glenn Branson, que miró a Grace, quien le dio permiso para responder asintiendo con la cabeza.

—Centro de investigaciones, al habla el sargento Branson. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Sabéis por qué la mayoría de los hombres mueren antes que sus mujeres? —dijo de repente Norman Potting.

Grace, que intentaba escuchar la conversación de Branson, se preparó para lo que venía.

—¡Porque quieren morirse! —dijo Potting en respuesta a las cabezas que contestaron que no.

Todas las mujeres se quejaron sonoramente al unísono. Glenn Branson se apretó el teléfono a la oreja y se tapó la otra con la mano para intentar bloquear el ruido.

Potting, que era la única persona a quien el chiste parecía haberle hecho gracia, se reía para sí.

—Gracias, Norman -dijo Grace.

—Me sé muchos más como ése -dijo el sargento.

—No me cabe la menor duda -contestó Grace-, pero son las nueve menos cuarto de un sábado por la mañana. Quizá quieras contarnos alguno un poco más tarde. ¿Cuando hayamos detenido al asesino?

—¡Genial! — dijo Potting, después de pensarlo un instante-. Cuenta conmigo, Roy.

Grace se quedó mirando al hombre. A veces era complicado distinguir si era listo o un estúpido integral. Por la experiencia que tenía con el sargento, por lo general parecía arreglárselas para ser las dos cosas a la vez.

Branson, que hoy llevaba una chaqueta de piel sin cuello que parecía cara y una camiseta negra, anotaba un número en su libreta.

—Diez minutos -dijo-. Volveré a llamarle. No, no se preocupe. Por supuesto. Gracias.

De repente, todo el mundo se había callado y le miraba.

—Otra posible pista -dijo Branson al colgar el teléfono.

—¿Es buena? — dijo Grace.

—Un hombre desde una cabina, le daba miedo llamar desde su casa. Luego, ha comenzado a preocuparse por un coche aparcado en la calle. Quería pasar por delante, echar un vistazo. Tengo que llamarle dentro de exactamente diez minutos.

Branson miró su reloj, un rectángulo enorme de acero inoxidable que le encantaba enseñar siempre que podía. Era un reloj ruso de submarinista, como le contaba a todo el mundo, que había comprado en una tienda de ropa moderna de Brighton. Se suponía que era el mayor reloj de pulsera del mundo. Grace había visto relojes de pie con esferas menores.

Desde que se había hecho público el asesinato el miércoles por la tarde, habían registrado más de doscientas cincuenta llamadas de ciudadanos. Había que investigarlas todas y sólo un porcentaje minúsculo serían útiles. Ahora, con la información del escarabajo pelotero en el *Argus* de hoy -que sin duda aparecería en toda la prensa nacional de mañana-, el número de

llamadas seguramente aumentaría y les resultaría mucho más difícil separar las auténticas de las falsas.

—¿Es alguien que quiere hacernos perder el tiempo o que tiene información de verdad? — preguntó Grace.

—Ha dicho que cree que fue testigo del asesinato de Janie Stretton.

Capítulo 36

Grace condujo mientras Emma-Jane Boutwood, elegantemente vestida con un traje de dos piezas azul marino y una blusa azul pálido, estaba sentada en el asiento del copiloto de un Ford Mondeo camuflado, con las indicaciones que había imprimido de Internet encima de un gran sobre marrón sobre las rodillas.

Normalmente, Roy Grace habría aprovechado la oportunidad que ofrecía un trayecto en coche de una hora para conocer mejor a un miembro joven de su equipo, pero esta mañana tenía demasiadas cosas en la cabeza, de las cuales el enfado con Norman Potting sólo era una pequeña parte, así que sólo conversaban esporádicamente. Emma-Jane le habló un poco de ella: su padre tenía una agencia de publicidad en Eastbourne y su hermano menor había superado un tumor cerebral hacía unos años. Lo suficiente para que Grace percibiera al ser humano que se escondía tras la fachada de policía joven y ambiciosa que veía en el trabajo. Pero ella recibió muy poco de él a cambio y después de intentar en varias ocasiones entablar una conversación con él, Emma-Jane captó la indirecta de que Grace quería silencio.

Condujo a una velocidad constante de 120 kilómetros por hora, en sentido contrario a las agujas del reloj por la M25. Era una de las carreteras que menos le gustaban y como habitualmente sufría grandes retenciones mucha gente la había apodado «el mayor aparcamiento del mundo», pero este sábado por la mañana, había poco tráfico y avanzaban con fluidez. Después de un comienzo de día agradable, el tiempo estaba empeorando, el cielo tenía un color cada vez más oscuro que no presagiaba nada bueno. Algunas gotas de lluvia chocaban contra el cristal, pero no las suficientes todavía para accionar los limpiaparabrisas. Apenas se había fijado; conducía con el piloto automático puesto, la mente centrada en el caso.

Janie Stretton había sido asesinada el martes por la noche y estaban a sábado por la mañana, y aún no habían encontrado la cabeza, ni el móvil ni

ningún sospechoso.

Ni una maldita pista.

Y Alison Vosper le había dicho que el lunes el tremendamente arrogante inspector Cassian Pewe de la Met se uniría al Departamento de Investigación Criminal de Brighton con el mismo rango que él. No dudaba en absoluto que la subdirectora estaba esperando a que diera un paso más en falso para apartarle volando del caso y sustituirlo por Pewe, con su pelo rubio y brillante, sus ojos azules angelicales y su voz invasiva como la fresa de un dentista.

Alison Vosper estaría encantada de que su nuevo protegido -que es lo que Pewe parecía a los ojos de Grace- destacara enseguida, y no podía haber mejor escaparate que un asesinato como éste, en el que el equipo que lo investigaba no estaba consiguiendo ningún resultado.

Lo que más desconcertaba a Grace era la naturaleza salvaje del asesinato -el agresor debía de estar totalmente histérico- y que, sin embargo, aparentemente no hubiera habido agresión sexual. ¿Tenían en sus manos a un degenerado total, quizás otro esquizofrénico como Peter Sutcliffe, el destripador de Yorkshire? ¿Un hombre que oía la voz de Dios diciéndole que matara a prostitutas?

¿O Janie Stretton tenía un enemigo?

Obviamente, su último novio, Justin Remington, era un sospechoso en potencia, pero por lo que había dicho el padre de Janie se trataba de una posibilidad muy remota. Bella Moy juzgaba bien a las personas; Grace tendría mejores sensaciones acerca de aquel hombre después de que la sargento lo interrogara, lo que sucedería hoy, con suerte, si podía localizarle. Si tenía el presentimiento de que algo no iba bien, Grace iría a ver al ex novio en persona. Pero si, como sospechaba, no era Justin Remington, entonces, ¿quién? ¿Por qué? ¿Dónde estaba ahora el asesino? ¿Ahí fuera, en algún lugar, a punto de volver a matar?

La noche anterior, después de ir a ver a Brent Mackenzie, había comprado *fish and chips* y cebollitas con vinagre, y se llevó la comida al casi desierto MIR Uno. La acompañó con una taza de té de sabor astringente de la máquina expendedora, mientras estudiaba las notas del caso actualizadas que Hannah Loxley, la mecanógrafa del equipo, le había preparado.

Se quedó sentado un buen rato, mirando la fotografía de Janie Stretton, luego las dos grandes pizarras blancas. En una estaba clavada una sección de un mapa de Peacehaven del servicio oficial de cartografía, con los dos lugares donde habían encontrado la mano y el resto del cuerpo sin cabeza marcados con un círculo rojo. También había fotografías del cadáver donde se encontró, un par tomadas durante la autopsia, una del escarabajo hallado en el recto. Podía imaginar, con total claridad, todos los detalles de las mismas y, de repente, se estremeció.

«¿Qué te pasó el martes por la noche, Janie? ¿Y quién era Anton? ¿Fue Anton quien te hizo esto?»

Volvió a pensar en Derek Stretton. Más del 95 por ciento de las víctimas de homicidio del Reino Unido eran asesinadas por un familiar o un conocido. ¿Se les había escapado algo a él y a Glenn Branson el día anterior cuando habían ido a ver al padre de Janie? ¿Había dicho algo ese hombre que sugiriera que había despedazado a su propia hija? Todo era posible; Grace lo había aprendido durante sus años en el cuerpo. Pero Stretton parecía sincero, un padre triste, deprimido y perdido. No tenía el aura de un hombre que hubiera matado a alguien.

La radio del coche emitió un ruido. Ahora estaban fuera del alcance de las ondas de la policía de Sussex y recibían a un controlador de la zona de Bromley que solicitaba que un coche acudiera a un accidente de tráfico. Emma-Jane bajó el sonido.

—Casi estamos -dijo-. Pasa la siguiente rotonda, luego coge la segunda calle a la izquierda.

De repente, como si el cielo hubiera estado reservándose, un torrente de lluvia explotó sobre el parabrisas, bailó en el capó del Ford y repiqueteó como guijarros en el techo. Grace buscó a tientas los limpiaparabrisas, luego los accionó, primero despacio, luego más deprisa; apartaron la lluvia, con lo que crearon una película opaca y, durante unos momentos, tuvo que concentrarse intensamente hasta que el cristal se despejó un poco.

—¿Te gustan los insectos?-preguntó Grace.

Emma-Jane hizo una mueca.

—En realidad, no. ¿Y a ti?

—No me vuelven loco -admitió.

Giró a la izquierda donde le había indicado y entraron en una calle de casas pareadas de los años treinta, no muy distinta a las de su propia calle.

Al final, vio un pequeño polígono industrial; más allá, la calle pasaba por debajo de un puente de ferrocarril. Al fondo, a la izquierda, había más casas pareadas, luego una calle comercial concurrida.

—Es aquí -dijo la detective.

Grace aminoró, buscando un espacio para aparcar delante de las tiendas. Vio una panadería, una farmacia y una tienda de baratijas con sillas viejas, un coche de juguete, una mesa de pino y otros artefactos desparramados por la acera; había un centro médico al lado y, después, una tienda de trofeos deportivos. Luego, vio lo que parecía una tienda de animales, con el escaparate lleno de jaulas pequeñas vacías. El cartel sobre el escaparate decía: «Erridge y Robinson. Importaciones y suministros».

Aparcaron el coche un poco más adelante, luego volvieron atrás corriendo bajo la lluvia, Emma-Jane tapándose con el sobre marrón grande, y entraron en el local; al abrir la puerta, se disparó un timbre agudo.

El olor impactó a Grace al instante: un hedor fuerte, intensamente acre, rebajado sólo un poquito con serrín. Estaban en una zona poco iluminada, totalmente rodeados, del techo al suelo, por jaulas con luces ultravioletas, dentro de algunas vio insectos arrastrándose. Miró dentro de una jaula, a sólo unos centímetros de donde estaba, y vio un par de antenas marrones que se movían. Un escarabajo muy grande, demasiado grande y demasiado cerca para su gusto. Retrocedió unos pasos, se secó unas gotas de lluvia de la frente y miró a la detective frunciendo el ceño como diciendo: «¿Qué clase de lugar es éste?».

Luego, vio una araña o, mejor dicho, una pata peluda amarilla y negra, seguida de otra pata, luego otra; cruzó su jaula en tres movimientos rápidos. Era enorme, tenía las patas extendidas y ahora era bien visible; el bicho no habría cabido en un plato llano.

Emma-Jane también la estaba mirando; parecía muy incómoda, igual que él. Cuanto más miraba a su alrededor, más ojitos y antenas veía que se movían. Y el hedor casi le provocaba arcadas.

Luego, se abrió una puerta interior y apareció un hombre bajito y delgado de casi cincuenta años que llevaba un peto marrón y una camisa blanca abotonada hasta arriba, pero sin corbata. Tenía los ojos pequeños y recelosos bajo unas cejas grandes y pobladas que parecían dos orugas peleando.

—¿En qué puedo ayudarlos? — preguntó con voz aflautada y un tono claramente agresivo.

—¿Es usted George Erridge?

Su respuesta fue muy dubitativa e interminable.

—Sssí.

—Soy la detective Boutwood -dijo Emma-Jane-. Hablamos ayer. Él es el comisario Grace, del Departamento de Investigación Criminal.

Grace le mostró su placa. El hombre la miró, pareció leer cada palabra, le temblaba la cara, las cejas luchando a brazo partido.

—Sí -dijo-. Bien. — Luego miró a los dos agentes en un silencio expectante.

Emma-Jane sacó una fotografía en color del sobre y se la entregó al hombre.

—Buscamos a alguien que podría haber suministrado esta criatura a un cliente de Inglaterra.

George Erridge echó sólo un vistazo breve a la fotografía y casi al instante dijo:

—*Copris lunaris*.

—¿Importa usted insectos tropicales? — dijo Grace. El hombre pareció ofendido.

—No sólo tropicales. Europeos, panasiáticos, australianos, de todo el mundo, en realidad.

—¿Es posible que importara éste?

—Por lo general, tengo existencias. ¿Quiere verlas?

Grace tuvo la tentación de responder: «No, la verdad es que no», pero contestó diligentemente:

—Sí, quiero verlas.

El hombre los condujo por la puerta interior de la que había salido a un cobertizo de unos treinta metros. Como la tienda, estaba lleno de jaulas desde el suelo al techo; allí el olor aún era peor, mucho más acre, y la iluminación era igualmente escasa.

—Este es el cuarto de las cucarachas -les explicó Erridge con un toque de orgullo-. Suministramos muchas a la industria farmacéutica, para pruebas.

Grace, que siempre había odiado las cucarachas, se detuvo y miró dentro de una jaula en la que había unas veinte criaturas marrones. Se estremeció.

–Es uno de los animales más fuertes del planeta -dijo el hombre-. ¿Sabían que si le cortan la cabeza a una cucaracha puede seguir viviendo hasta quince días? Sigue regresando a su fuente de alimentación original. Sólo que no puede comer, claro.

–¡Qué asco! – soltó Emma-Jane.

–No lo sabía -dijo Grace, que estuvo a punto de añadir: «Gracias por compartirlo conmigo».

–Sobrevivirían a un holocausto nuclear. Dejaron de evolucionar hace cientos de miles de años. No dice mucho en favor de la raza humana, ¿verdad?

Grace lo miró, no sabía qué responder. Luego él y Emma-Jane lo siguieron por otra puerta interna hasta un cobertizo aún más largo. A medio camino, George Erridge se detuvo y señaló una jaula pequeña.

–Ahí está -dijo-. *Copris lunaris*.

Roy Grace se quedó mirando unos momentos antes de ver uno de los escarabajos con sus marcas distintivas, inmóvil.

–Entonces, si me permite la pregunta, ¿qué interés tienen exactamente en estos escarabajos? – dijo Erridge.

Era tan tentador contárselo, y ver la cara que ponía, que Grace tuvo que esforzarse mucho por contenerse.

–No puedo contarle las circunstancias, pero hallamos uno de estos escarabajos en una escena del crimen. Lo que nos gustaría es que confeccionara una lista de los clientes que le hayan comprado uno de estos ejemplares recientemente.

George Erridge se quedó callado, pero juntó furiosamente las cejas.

–Sólo he tenido un cliente en los últimos meses. No hay mucha demanda, en realidad. Sólo algún que otro coleccionista y museos nuevos, no tengo muchos encargos.

–¿Quién fue el cliente? – preguntó Grace.

Erridge se metió las manos en los bolsillos del peto, luego empujó la lengua contra el labio inferior.

–Mmmm. Era un tipo curioso, como con acento de la Europa del Este. Me llamó hace unas dos semanas y me pidió específicamente si tenía algún *Copris lunaris* en stock. Dijo que quería seis.

–¿Seis? – dijo Grace, horrorizado. Inmediatamente pensó: «¿Seis asesinatos como éste?».

–Sí.

–¿Vivos o muertos?

Erridge lo miró de forma extraña.

–Vivos, claro.

–¿A quién suministra normalmente?

–Como le he dicho, a la industria farmacéutica, museos de historia natural, coleccionistas privados, a veces a compañías cinematográficas. Hace poco suministré una tarántula para una producción de la BBC. Le contaré un secreto comercial: los insectos son mucho más fáciles de controlar que otros animales. Si quieres una cucaracha dócil, la pones en una nevera cuatro horas. Si quieres una cucaracha agresiva, la pones unos minutos en una sartén a fuego lento.

–Lo recordaré -dijo Grace.

–Sí -contestó Erridge muy serio-. Es lo que hay que hacer. No sufren. No sienten el dolor igual que nosotros.

–Qué suerte.

–Pues sí.

–¿Qué datos tiene sobre este hombre que compró los seis escarabajos? – preguntó Emma-Jane.

–No tengo ningún dato -contestó George Erridge un poco a la defensiva-. Sólo guardo un registro de mis clientes habituales.

–Entonces, ¿no había tratado antes con este hombre? – preguntó la detective.

–No.

–Pero ¿lo vio? – preguntó Grace.

–No. Llamó y preguntó si los tenía y me dijo que mandaría a alguien a recogerlos. Mandó un taxi privado y el conductor pagó en metálico.

–¿De una empresa local?

–No sabría decirle. No utilizo taxis privados, no puedo permitírmelos.

El móvil de Grace sonó de repente y luego vibró. El comisario se excusó, se alejó del experto en insectos y contestó.

–Comisario Grace -dijo.

Era Branson.

–Hola, viejo -dijo-. ¿Cómo va?

–Estoy de tiendas -dijo Grace-. Estoy comprando tu regalo de cumpleaños. ¿Qué pasa?

—El tipo que me ha telefoneado durante la reunión, el paranoico al que he tenido que llamar a una cabina y que decía tener información sobre el asesinato de Janie Stretton.

—Sí -dijo Grace.

—Dice que lo vio en su ordenador después de introducir un CD que encontró en un tren.

—¿Va a dejarnos echar un vistazo?

—Estoy en ello.

Capítulo 37

El sargento Jon Rye creía que explorar el ordenador de alguien era como explorar su alma, y tenía experiencia más que suficiente para hacer esa observación. Había perdido la cuenta del número de ordenadores que había examinado en los últimos siete años, seguramente unos cientos, según había calculado hacía poco. Y hoy tenía otro, un Mac portátil, con pantalla de quince pulgadas y un año de antigüedad.

Todavía no se había encontrado con ningún ordenador que pudiera ocultarle sus secretos a él o a su equipo. Maleantes de todas las calañas - rateros, autores de fraudes, ladrones de coches, estafadores por Internet, pederastas-, todos creían poder limpiar su disco duro y salvarse, pero no era posible borrar un disco. El *software* que Jon Rye tenía a su disposición podía recuperar casi todos los datos borrados de un disco y podía sacar todas las huellas digitales de todos los recovecos de un sistema informático, por muy complejo que fuera, por muy escondidas que estuvieran.

En estos momentos, sentado a su mesa en la Unidad de Delitos Tecnológicos, que dirigía, estaba a punto de examinar el alma de un hombre llamado Tom Bryce. Y no le quedaba más remedio que trabajar el fin de semana, pues este hombre, que era un testigo en potencia, no un sospechoso, necesitaba el ordenador para trabajar el lunes por la mañana.

Jon Rye se jactaba, y no era una fanfarronada, de que le bastaba una hora con el ordenador de un hombre para saber más de él que su mujer. E, invariablemente, los ordenadores que llegaban a su dominio pertenecían a hombres y no a mujeres.

La Unidad de Delitos Tecnológicos ocupaba un espacio considerable en la planta baja de Sussex House. Para el observador casual, a grandes rasgos no parecía distinta de muchos otros departamentos del edificio. Consistía en

una zona abierta con áreas de trabajo muy apretujadas; sobre las mesas de varias de estas áreas había grandes torres de servidores, y en algunas también descansaban las entrañas de ordenadores desmontados. En una de las estanterías desordenadas, entre filas de expedientes ladeados, había un sobre de azúcar Tate and Lyle. Un reloj de Bart Simpson colgaba en la pared encima de una mesa, a la que estaba sentado atentamente frente a su teclado Joe Moody, un hombre corpulento con coleta, camiseta y vaqueros, que registraba las imágenes de un grupo de vándalos adolescentes más estúpidos de lo habitual, que se habían sacado fotografías incendiando un coche que habían robado.

Una sección de la sala estaba separada del resto por una jaula; albergaba la Operación Glasgow, una importante investigación contra la pornografía infantil que llevaba en marcha dos años y que estaba a punto de destapar una de las mayores redes de Europa. La jaula era para evitar la contaminación de las pruebas con el resto del departamento. Hoy había cuatro personas trabajando en la jaula, y Rye no las envidiaba. Todos los días, durante los últimos veinticuatro meses, habían tenido que pasarse horas mirando fotos asquerosas de actos sexuales con niños. La mayor parte del trabajo de Jon Rye tenía que ver con presuntos pederastas, y nada atenuaba la ira que sentía cada vez que veía una de esas fotografías. Dios santo, había gente muy enferma suelta por el mundo. Demasiados, maldita sea.

Las persianas venecianas estaban cerradas a las vistas lúgubres del bloque de celdas, que el chaparrón que caía aún hacía más deprimente. Pero al menos hoy la temperatura del despacho era tolerable; la mayoría de los días de verano hacía demasiado calor, el aire se viciaba y las malditas ventanas no podían abrirse.

Jon Rye era un hombre duro, enjuto y nervudo de treinta y ocho años, cara agresiva y aniñada y pelo rubio, escaso y corto. Llevaba una camiseta blanca de manga corta, pantalones azul marino y zapatos negros, la misma ropa sencilla, casi de uniforme, que se ponía para ir a trabajar todos los días, y le daba igual que hoy fuera sábado. Últimamente la excepción para él era no ir a trabajar los sábados.

A Jon siempre le habían interesado la tecnología y los aparatejos, y cuando el uso de los ordenadores comenzó a explotar hacía una década, vio las nuevas y grandes oportunidades que abriría a los delincuentes y lo mal

equipada que estaba la policía por aquel entonces para hacer frente a los delitos informáticos. Decidió que el trabajo de mayor seguridad en la policía estaría en delitos informáticos y que después de retirarse del cuerpo, con su experiencia en el campo, le resultaría fácil encontrar un trabajo en el mundo civil que estuviera bien pagado.

Había renunciado a intentar convencer a su mujer, Nadine, de que aquel trabajo de locos era sólo temporal y de que no se dedicaría a eso para siempre; o quizás ella había renunciado a escucharle cuando se lo decía. Miró a su alrededor a algunos de los otros miembros de su equipo que también estaban hoy en el departamento; se preguntó cuántos tendrían problemas en casa por estar allí.

El hecho era que estaban desbordados. Ahora mismo llevaban un retraso de nueve meses con los ordenadores incautados que esperaban ser examinados «forénsicamente»; como siempre, todo era cuestión de recursos. Sospechaba que los jefes preferían gastar el dinero en hacer más visible a la policía -sacándola a la calle para atrapar a ladrones, atracadores y traficantes de drogas y presentar así unas buenas estadísticas- y que consideraban que la Unidad de Delitos Tecnológicos era necesaria, pero que no hacía ganar demasiados puntos a la policía de Sussex.

Bastantes de los miembros de su equipo eran verdaderos *freaks* de la informática, reclutados fuera de la policía: un par salidos directamente de la universidad, otros de departamentos de informática de la industria y del Gobierno local. En el área de trabajo que tenía justo detrás, observó al más *freak* de todos, Andy Gidney.

Gidney, de veintiocho años, era rarito de verdad. Estaba tan delgado que casi daba pena; por el color de su tez se diría que no había salido nunca al aire libre, no había duda de que se cortaba él mismo el pelo; llevaba una ropa y unas gafas que parecían salidas de la liquidación por cierre de una tienda de segunda mano y tenía una conducta por lo general antisocial, pero era un genio absoluto en su trabajo, el miembro más inteligente de su equipo de lejos. Hablaba con fluidez siete lenguas, incluido el ruso, y aún no se le había resistido nunca ninguna contraseña.

En realidad, no necesitaban contraseñas para entrar en un ordenador, porque el *software* que utilizaban les permitía acceder por una puerta trasera, pero había algunos archivos protegidos con contraseñas que les daban problemas. Durante la mayor parte de la semana anterior, Andy había

estado trabajando en un archivo especialmente rebelde incautado al sospechoso de un gran fraude en el que se habían clonado páginas web de bancos que operaban a través de Internet. Se negaba a abandonar y permitir que mandaran la máquina a un centro especializado en desenscriptación.

A Jon no le caía bien Gidney pero admiraba su tenacidad y respetaba sus habilidades. Hacía tiempo que había aceptado que las personas de esta unidad eran muy distintas a los policías locos por la velocidad con los que solía trabajar en Tráfico, donde había pasado casi diez de sus veinte años hasta la fecha en el cuerpo. En Tráfico, principalmente se presenciaban cosas horribles y a veces tragedias estremecedoras. Pero allí, en la Unidad de Delitos Tecnológicos, se veía el verdadero lado oscuro de la naturaleza humana.

Comenzó, como hacía en todos los casos, llevando el ordenador a la sala de pruebas cerrada con llave, donde las paredes estaban llenas de estanterías de madera repletas de ordenadores incautados. Todos se consideraban escenas del crimen y estaban guardados en bolsas de plástico translúcidas y brillantes, y etiquetados. Algunos llevaban mucho tiempo allí. En el suelo, en varias bolsas de basura, apiladas con más equipo informático, estaba el resto del material.

Rye puso el portátil de Tom Bryce en una mesa, desatornilló la carcasa y sacó el disco duro, que conectó con cuidado a una caja de acero alta y rectangular con el frente de cristal. La caja contenía un aparato de protección de datos, el Fastbloc, que sacaría una copia forense del disco byte a byte.

Cuando se completó, volvió a montar el ordenador, lo llevó a su mesa, lo enchufó y comenzó a trabajar. Por costumbre, la primera orden de búsqueda que tecleó fue *Buffy*. No apareció nada. La segunda fue *Star Trek*. Tampoco apareció nada. Aquello no demostraba nada, pero era un indicador útil de que Tom Bryce no era un pedófilo. El departamento había descubierto un dato curioso a lo largo de estos últimos años: un alto porcentaje de pedófilos eran entusiastas de *Buffy cazavampiros* y *trekkies* simultáneamente. Si se hallaban rastros de los dos en un ordenador, saltaba la primera señal de alarma.

Jon trabajaba deprisa y metódicamente. Exploró el álbum de fotografías, que contenía muchas fotos de una mujer atractiva de pelo rubio ondulado y de dos chiquillos, un niño y una niña; su crecimiento registrado desde que

tenían pocos días de vida, o menos, hasta ahora, cuando la niña tendría unos cuatro años, y el niño, unos siete. Fotos normales de familia. Nada por lo que alarmarse.

Luego, comenzó con los marcadores de páginas web de Bryce, pero no vio nada destacable. Retrocedió, siguiendo las huellas del hombre durante el último año, estudiando todas las direcciones de páginas web que había visitado. Había muchas páginas porno, igual que en casi todos los ordenadores de hombres que había examinado, pero aparte de algunas páginas lésbicas, no había nada que sugiriera que el hombre era un perverso.

Entonces, topó con algo que lo desconcertó. Al principio, creyó que era el rastro de un virus, pero luego se dio cuenta de que era un código fuente de algún *spyware* autoinstalable. El diseño le sonaba, pero no supo de inmediato de qué. Lo siguió detenidamente, dejándose guiar por los enlaces. Y vio que el *software* había generado recientemente un nombre de usuario y una contraseña; los introdujo, pero habían sido invalidados y comprobó que le resultaba imposible seguir avanzando.

Se dio la vuelta. Andy Gidney, detrás de él, iPod enchufado a las orejas, estaba muy concentrado, moviendo los dedos por el teclado con la velocidad y gracia de un concertista de piano. El sargento se levantó, se acercó a su compañero y le dio un golpecito en el hombro.

—Necesito ayuda, Andy. ¿Puedes dejar lo que estás haciendo unos minutos y ver si puedes encontrar una contraseña y un nombre de usuario para atravesar un cortafuegos?

Sin decir una palabra, el *freak* se levantó de mal humor y se sentó a la mesa de Rye. Jon fue a buscarse un café y cuando regresó cinco minutos después Andy estaba trabajando otra vez en su mesa.

—¿Has podido? —preguntó Rye.

—Es una contraseña de ocho dígitos, por el amor de Dios -le dijo Gidney a Rye, como si fuera idiota-. Podría tardar días.

El jefe de la Unidad de Delitos Tecnológicos volvió a sentarse a su mesa, quitó la tapa de plástico del café y dejó la taza a una distancia segura del ordenador. Volvió a seguir las huellas del *spyware* y, luego, de repente, se dio cuenta de por qué le sonaba el diseño.

¡Lo recordaba perfectamente!

Unos momentos después, volvió a la sala de pruebas y cogió con cuidado la bolsa de plástico opaca en la que podía leerse «Prueba policial» y que contenía el ordenador de sobremesa y la torre del servidor que les habían traído hacía tan sólo unas semanas.

Capítulo 38

–¡Vamos! ¡Dios santo, llegamos tardísimo! ¡Jessica, vuelve a la cama, ya! – le gritó Tom Bryce a su hija, que había bajado corriendo las escaleras con su bata rosa por tercera, o quizá cuarta vez.

Estaba histérico.

–¡Papáaaaa! – gritó Max desde arriba.

–¡Max, calla! ¡Duérmete!

–¡Nooooo!

Tom, vestido muy elegante, con su chaqueta negra Armani, camisa blanca, pantalones azules y mocasines de terciopelo Gucci y listo para salir, paseaba por el salón mientras bebía un enorme vodka con martini.

–¡Kellie! ¿Qué demonios estás haciendo? ¿Y dónde demonios está la canguro?

–¡Llegará enseguida! – le contestó también chillando-. Ya voy. – Luego, más fuerte, gritó-: Jessica, ¡sube ahora mismo!

–Papá, no me gusta Mandy. ¿Por qué no puede venir Holly?

–¡Jessica! ¡Sube ya!

–Holly ya estaba ocupada -le dijo Tom a su hija-. ¿Vale? De todos modos, Mandy es maja. ¿Qué problema tienes con ella?

Jessica, que lucía con orgullo dos pulseras de goma para copiar a su hermano, una rosa y una amarilla, se dejó caer en el sofá, cogió el mando a distancia y se puso a hacer *zapping*.

–¡Arriba, señorita!

–Mandy se pasa todo el rato hablando por teléfono con su novio.

–Tiene móvil, puede hacer lo que quiera -le replicó Tom.

Jessica, recién bañada y con la cara sonrosada, se echó el pelo hacia atrás y ladeó la cabeza con un movimiento elegante muy adulto.

–Hablan de sexo.

–Jessica, primero, es de mala educación escuchar las conversaciones telefónicas de los demás y, segundo, cuando Mandy está aquí haciendo de canguro, tendrías que estar en la cama, dormida, así que, ¿por qué importa?

–Porque sí -dijo Jessica de mal humor.

Kellie bajó trotando las escaleras. Estaba radiante y olía al nuevo perfume Gucci que Tom le había comprado hacía poco y que le parecía increíblemente sensual en su piel. Llevaba un vestido negro corto y ajustado, que dejaba al descubierto un escote atrevido y generoso, y que realzaba al máximo sus maravillosas piernas. Con su enorme collar de plata estilo romano estaba elegantísima.

Simplemente perfecta para esta noche.

Un nuevo cliente al que Tom quería impresionar desesperadamente los había invitado a cenar.

Kellie miró a Tom.

–¿Ya estás bebiendo?

–Para envalentonarme -dijo.

Kellie abrió mucho los ojos con desaprobación.

–Creía que esta noche ibas a conducir, para ahorrar en taxis. – Luego, se volvió hacia Jessica-. Sube a la cama, ya -le ordenó con dureza-. O mañana te quedas sin tele, y hablo en serio.

Jessica miró con resentimiento a su madre, luego a su padre. Pareció que iba a decir algo, luego se lo pensó mejor y comenzó a marcharse de la habitación, con una lentitud exasperante.

–Sólo tomaré una copa de vino cuando llegue, luego me pasaré al agua.

–No pasa nada -contestó Kellie-. Ya conduciré yo, otra vez.

–Creo que los dos necesitamos beber esta noche -dijo Tom. Se acercó a ella, la rodeó con sus brazos, la estrechó con fuerza y le dio un beso en la frente-. Estás preciosa.

–Tu también estás guapo -dijo-. Me gustas con camisa blanca.

Ahora Jessica estaba subiendo las escaleras.

Tom acarició la oreja de Kellie con la nariz.

–Me gustaría llevarte directamente a la cama.

–Pues vas a tener que esperar. No voy a quitarme todo esto y volver a empezar.

Sonó el timbre de la puerta. Se oyó el golpe de la gatera y *Lady* entró dando saltos en el recibidor y ladrando muy fuerte.

Tom se quedó en el salón y apuró su cóctel, el alcohol empezaba a subirle un poco y a mejorarle el humor, lo que hizo que ganara confianza.

Entonces Mandy entró en la habitación y se quedó boquiabierto. Era la hija de una amiga de Kellie de las clases de mantenimiento y durante los últimos tres años había hecho de canguro para ellos en algunas ocasiones. Durante ese tiempo, había advertido su evolución de niña a persona más madura. Y esta noche era -no había otra forma de expresarlo- puro sexo andante.

Ahora tenía diecisiete años, quizás incluso dieciocho, y era bajita y rubia, un clon de Britney Spears con un cuerpazo, gran parte del mismo visible. Llevaba una camiseta brillante casi transparente, la minifalda más corta que había visto y botas de charol que le llegaban a los muslos. Iba cuidadosamente maquillada y se fijó en que llevaba las uñas pintadas con esmalte de purpurina y que agarraba con fuerza un móvil muy glamuroso. Era muy chabacana.

¿Sus padres la habían dejado salir así de casa para hacer de canguro? Pensó, consternado, que dentro de no muchos años, Jessica se emperifollaría igual que ella.

—Buenas noches, señor Bryce -dijo alegremente.

—¿Cómo estás, Mandy?

—Bien. Tengo exámenes este mes, así que estoy empollando mucho.

—¿Y ésa es tu ropa de empollona? — le dijo sonriendo.

—Sí, así es -contestó la chica muy seria, sin pillar el chiste. Luego añadió:- He aprobado el carné de conducir.

—Genial. ¡Bien hecho!

—A la tercera. Mi madre me ha dicho que me dejará su coche alguna vez. Tiene un Toyota nuevito.

—Qué generosa -dijo Tom, y registró mentalmente otra de las cosas por las que no le hacía ilusión que Max y Jessica crecieran.

Kellie volvió al salón.

—Volveremos sobre las doce y media, Mandy. ¿De acuerdo?

—Sí, genial. Pásenlo bien.

Tom levantó el vaso vacío, lanzó otra mirada larga y lujuriosa a la chica y, de repente, se dio cuenta de que estaba un poco borracho. Debía tener cuidado. Philip Angelides ocupaba una buena posición en la última clasificación de los más ricos del *Sunday Times*, con una fortuna personal estimada en más de doscientos cincuenta millones de libras. Tenía un imperio empresarial que incluía una empresa de fármacos genéricos, una

cadena de concesionarios de coches, un grupo de agencias de viajes, una constructora de urbanizaciones en España y una empresa de gestión deportiva de mucho éxito; todas estas áreas podían requerir los productos BryceRight.

Tom lo había conocido, como conocía a muchos de sus clientes potenciales, en el club de golf. Se decía que tenía una casa imponente en el campo, a media hora en coche de Brighton. La invitación a cenar de esta noche implicaba una gran oportunidad. Aunque hoy Tom no estaba de humor para salir.

Había estado inquieto todo el día desde que había ido a la central del Departamento de Investigación Criminal en el polígono de Hollingbury y le había contado su historia a aquel sargento negro tan alto. El sargento Branson pareció tomarse todo lo que le contó muy en serio y le aseguró que trataría el asunto con absoluta confidencialidad. Sin embargo, le había puesto sumamente nervioso que Branson le preguntara si podían quedarse su portátil durante el fin de semana para ver qué podían averiguar. Había regresado al edificio con el ordenador un poco más tarde aquella mañana, con muchas dudas, aunque Kellie se mantuvo firme en su opinión de que estaba haciendo lo correcto.

Por la tarde había realizado un recorrido de golf desastroso, uno de los peores partidos que había jugado en su vida. Su cabeza no estaba por la labor. Tenía miedo; una oscuridad profunda e insidiosa se cernía sobre él. No podía dejar de pensar en lo que había hecho: había puesto en peligro a su mujer y a sus hijos.

Quizá, sólo quizás, había cometido el peor error de su vida.

Capítulo 39

—Un vodka con tónica, por favor -dijo Cleo Morey.

El camarero miró a Roy Grace.

—Tomaré una Peroni. — Luego cambió de opinión y decidió, de repente, que necesitaba un chute de alcohol más fuerte que una cerveza, a pesar de tener que conducir. Ya se preocuparía de eso más tarde-. Bueno no, que sea un Glenfiddich doble con hielo.

Estaban sentados a una mesa situada hacia el fondo del Latin, en los Lanes, un restaurante italiano cerca del paseo marítimo de Brighton. Podría haber escogido un restaurante más nuevo y moderno, como el del hotel Du

Vin; uno más elegante, más imaginativo, como el Blanche House; había un montón de restaurantes a los que nunca había ido con Sandy.

Entonces, ¿por qué había escogido el preferido de él y su mujer?

No tenía clara la respuesta. Quizá porque conocía el sitio y pensó que se sentiría cómodo allí, sabría qué iba a encontrarse. ¿O era un paso más para enterrar el recuerdo de Sandy?

Reconoció algunos rostros de los viejos tiempos entre el personal, y un par de ellos parecieron recordarle -aunque no de nombre- y lo recibieron como a un amigo al que le habían perdido la pista hacía tiempo. El lugar tenía el ambiente de un sábado por la noche; a las nueve -más tarde de lo que Grace había planeado- todas las mesas estaban ocupadas.

La reunión de las seis y media se había alargado más de lo previsto y había tenido que quedarse un poco más, para realizar los seguimientos, aunque en realidad sólo se había producido un avance durante el día.

Bella había localizado al anterior novio de Janie Stretton, Justin Remington, y había descubierto que acababa de llegar aquella mañana de su luna de miel en Tailandia. Había ido a verle, y ahora opinaba, respaldada por los sellos de los visados en el pasaporte, que podían tacharle de la lista de sospechosos.

El rastreo del detective Nicholl por bares, pubs y discotecas de la zona de Brighton y Hove con una fotografía de Janie Stretton no había aportado nada, de momento. Parecía que Jon Rye, de la Unidad de Delitos Tecnológicos, era quien había dado con la primera prueba de verdad.

El examen que había realizado el sargento Rye del ordenador del testigo que había declarado ante Branson aquella mañana reveló que aquel hombre -al parecer sin saberlo- había seguido una ruta de Internet compleja hasta un servidor de Albania. Se trataba de la misma ruta, de las mismas direcciones IP y de los mismos protocolos hallados en el ordenador incautado a un sospechoso en una importante investigación sobre una red de pornografía infantil que el sargento Rye había examinado hacía poco. Su propietario, Reginald D'Eath, ya figuraba en la lista de los delincuentes sexuales y había sido condenado anteriormente por agresiones sexuales con violencia, así como por tráfico de pornografía infantil.

D'Eath, que ahora era un testigo clave de la acusación en un caso de pornografía infantil que estaba preparándose contra una organización rusa que operaba en el Reino Unido, se hallaba ahora escondido por su propia

seguridad en una casa segura proporcionada por el servicio de protección de testigos. Después de la reunión, Grace había estado una hora al teléfono en vano, hablando con una agente de guardia muy apegada a las reglas, primero con buenos modales, luego perdiendo los estribos, para intentar conseguir que aquella maldita mujer le pasara con alguien que autorizara la divulgación de la dirección de Reggie D'Eath. Al final, había tenido que conformarse con arrancarle la promesa de que alguien le llamaría mañana a las diez.

Cleo, sentada a la mesa frente a él, con los cubiertos brillantes y las copas relucientes, estaba simplemente deslumbrante. Su pelo resplandecía a la luz de la vela temblorosa, y sus ojos eran del color de la luz del sol sobre el hielo. Llevaba un perfume que seducía a Grace. Flotaba hacia él, anulando los tentadores olores del aceite de oliva caliente, el ajo frito y el pescado dorado que salían de la cocina. Lo inhaló, y cada vez estaba más excitado.

En realidad, le excitaba todo de ella. Su nariz chata y bonita, sus labios rosados, su barbilla con hoyuelo. Su fina chaqueta color crema, la amplia camiseta gris escotada, el pañuelo de ocelote alrededor del cuello esbelto, sus pendientes grandes y originales, pero elegantes. Se fijó en que llevaba más anillos en los dedos: un sello de oro con un emblema, una antigüedad elaborada con un gran rubí incrustado en un broche de diamantes y una sortija moderna de plata con una piedra cuadrada azul pálido.

Era una belleza inglesa clásica en todos los sentidos. ¡Y estaba aquí, cenando con él! No podía controlar los nervios que sentía en el estómago. Todos los camareros la miraban. También los otros comensales. Era, de lejos, la mujer más hermosa del restaurante. ¡Estaba tan guapa que quitaba la respiración!

Sólo había un problema. De repente, no se le ocurría nada que decirle. Ni una palabra.

Se había quedado en blanco, como si un pirata informático hubiera entrado en su cerebro y hubiera borrado todos sus pensamientos. Sonriéndole, intentando pensar en algo que no sonara absolutamente estúpido, alargó la mano para coger un paquete de palitos de pan y tiró una copa de vino vacía; cayó sobre el platito del pan de Cleo y se rompió.

Notó que se ponía rojo. Al momento, Cleo le ayudó a recoger los trozos más grandes, antes de que interviniera un camarero.

–Lo siento -dijo Grace.

–Se supone que romper una copa trae suerte -dijo ella.

–Creía que eso era en las bodas griegas.

–En las bodas griegas son platos. Las copas son en las bodas judías.

Le encantaba su voz; era muy de clase alta, muy pija y segura. Era una voz que pertenecía a un mundo distinto al suyo. El mundo de los colegios privados, el dinero, los privilegios. La alta sociedad. Tenía demasiada categoría para trabajar en un depósito de cadáveres. Sin embargo, Janie Stretton también era rica, a juzgar por la casa de su padre, y, aun así, trabajaba en una sórdida agencia de chicas de compañía.

Tal vez crecer en un ambiente pijo proporcionaba un toque de diferencia. Scott Fitzgerald, un escritor que le gustaba, había escrito que los ricos eran distintos. Pero quizá no lo fueran tanto.

–Yo..., me encantan tus anillos -dijo sin convicción. Fue lo único que se le ocurrió.

Cleo pareció verdaderamente encantada y levantó los dedos largos, elegantes y con las uñas bien arregladas, uno cada vez, mostrándole sus carísimas joyas.

–¿Tú no llevas? – le preguntó. Luego, casi de inmediato, se sonrojó, al darse cuenta de que había metido la pata-. Lo siento, no he tenido mucho tacto.

Grace negó con la cabeza.

–Nunca llevé -dijo. Luego, estuvo a punto de añadir «cuando estaba casado», pero aún estaba casado, claro. Técnicamente.

Llegaron las bebidas. Levantó su vaso y brindó con Cleo.

–¡Salud! – dijo Grace, y hubo algo en su sonrisa que, de repente, de manera inexplicable, le impulsó a lanzarse-. No estás mal para haber salido de un depósito de cadáveres -añadió.

–¡Muchas gracias! – Cleo bebió un sorbo de su copa; luego, al cabo de unos momentos, replicó-: Bueno, tú estás bastante moderno... para ser un poli.

Grace sonrió, pero por segunda vez aquel día, de repente tuvo muchas dudas sobre la ropa que llevaba puesta. Las primeras las había tenido en la tienda de ropa moderna Luigi's, a la que Glenn había insistido en llevarle aquella tarde. El sargento se había vuelto loco; cogía cosas de las estanterías

como un cazador de gangas desquiciado el primer día de las rebajas de enero, y le forzaba a meterse y sacarle del probador.

Esta noche llevaba el conjunto que Branson había configurado especialmente para la cita: una chaqueta de ante marrón sin forro de Jasper Conran, la camiseta negra más cara que se había comprado nunca, unos pantalones beis de Dolce Gabana, un cinturón que costaba un riñón, mocasines marrones y unos calcetines aún más nuevos que, insistió Branson, añadían un toque moderno.

Además, ahora tenía un fondo de armario totalmente nuevo para casi cualquier ocasión. La factura había subido a más de dos mil quinientas libras. Hasta la fecha, nunca se había gastado más de cien libras en una tienda de ropa.

Pero qué diablos, pensó; en los últimos años apenas se había comprado ropa nueva. Lo adquirió todo de una vez. Y si algo no le gustaba, podía volver y cambiarlo.

—¿Para un poli? ¿Es un cumplido? — le preguntó con una sonrisa burlona.

Cleo sonrió afectuosamente, examinando su rostro.

—Si quieres...

Grace se encogió de hombros en un gesto que esperó que transmitiera naturalidad.

—Me he puesto lo primero que he pillado. Yo...

Cleo le miraba el hombro derecho.

—¿Y la etiqueta es parte del diseño?

Se llevó corriendo la mano izquierda al hombro; al momento, sus dedos tocaron un cartón duro, atado a un cordel. Bajo la mirada malvadamente divertida de Cleo, Grace siguió el cordel hasta debajo del cuello de la chaqueta, maldiciendo su descuido.

—Es parte del diseño. — Asintió con la cabeza—. Todo es parte del diseño; es lo último en chaquetas, es... mmm, una especie de... mmm... *look* recién salido de la estantería.

Cleo se rio, y Grace se descubrió riendo también. Ya no estaba nervioso y, de repente, la cabeza le hervía de temas de los que quería hablar con aquella mujer. Pero mientras se arrancaba la etiqueta, hacía una bola con ella y la dejaba en el cenicero, ella se le adelantó.

–Siento curiosidad, Roy -dijo Cleo haciendo girar la bebida en la copa-. Por tu mujer. ¿Hablas del tema? Si soy una entrometida y no es asunto mío, dímelo.

Grace se llevó la mano al bolsillo para coger el tabaco, vacilante. Técnicamente había dejado de fumar, pero había momentos en que necesitaba un cigarrillo. Como ahora.

Apareció un camarero con las cartas, dos enormes cartulinas dobladas. Grace dejó la suya sobre la mesa sin mirarla; Cleo hizo lo mismo.

–No, no eres una entrometida. – Levantó las manos un momento, con ligera impotencia, pues no sabía cómo comenzar su respuesta-. Siempre he hablado de ello abiertamente, quizá demasiado abiertamente. Sólo quiero que la gente lo sepa, ya sabes. Siempre he pensado que si hablaba de ello a la gente lo suficiente, quizás algún día le refrescaría la memoria a alguien.

–¿Cómo se llamaba?

–Sandy -respondió, y le ofreció el paquete a Cleo, pero ella dijo que no con la cabeza. Grace sacó un cigarrillo.

–¿Es verdad lo que..., lo que dice la gente? ¿Desapareció sin más?

–El día que yo cumplía treinta años. – Se quedó callado un momento, estaba volviendo todo el dolor.

Cleo esperó pacientemente, luego lo animó a continuar.

–¿El día que cumplías treinta años...?

–Me fui a trabajar. Íbamos a salir a cenar con unos amigos, para celebrarlo. Cuando me marché, Sandy estaba de muy buen humor. Habíamos estado planeando las vacaciones de verano, ella quería ir a los lagos italianos. Cuando volví por la tarde, no estaba.

–¿Se había llevado sus cosas?

–Su bolso y su coche no estaban.

Grace encendió el cigarrillo con el Zippo que Sandy le había regalado, luego bebió un trago. No le parecía bien hablar de su mujer en una cita. Al mismo tiempo, sin embargo, sentía que quería ser totalmente sincero con Cleo, contárselo todo, darle el mayor número de detalles posible, no sólo sobre Sandy, sino sobre toda su vida. Había algo en aquella mujer que le hacía sentir que podía abrirse. Más con ella que con cualquier persona que recordara.

Dio una larga calada al cigarrillo, luego expulsó el humo. Qué bien sabía, santo cielo.

—¿Su bolso y su coche? — preguntó Cleo frunciendo el ceño-.
¿Encontraron alguna de las dos cosas?

—Encontraron el coche la tarde siguiente en un aparcamiento de tiempo limitado del aeropuerto de Gatwick. Por otro lado, no utilizó ninguna de sus tarjetas de crédito. Las últimas transacciones se hicieron la mañana que desapareció, una de 7,25 libras en un Boots y la otra de 16,42 en una estación de servicio del Tesco de la ciudad.

—¿No se llevó nada más? ¿Ni ropa ni otras pertenencias?

—Nada.

—¿Y las cámaras de seguridad?

—Por aquel entonces, tampoco había tantas. Las únicas imágenes que conseguimos fueron del patio del Tesco. Estaba sola y parecía estar bien. El cajero era un anciano. Dijo que la recordaba porque siempre se fijaba en las chicas guapas y que habían intercambiado unas risas. Dijo que no parecía estar bajo coacción.

—No creo que una mujer deje su vida así como así, que lo abandone todo -dijo Cleo-. A no ser... -Dudó.

—¿A no ser? — la animó él a continuar.

—A no ser que huyera de un maltratador -contestó mirándolo fijamente. Luego, sonrió y dijo con dulzura-: Y tú no tienes pinta de maltratador.

—Creo que sus padres en el fondo aún sospechan que la tengo enterrada en el sótano.

—¿En serio?

Grace apuró el vaso.

—Supongo que creen que todas las demás posibilidades se han agotado.

—¿Llegaron a acusarte?

—No, son buena gente. No harían algo así..., pero lo veo en sus caras. Me invitan de vez en cuando a tomar algo o a comer algún domingo, para mantener el contacto, pero lo que quieren, en realidad, es que los ponga al día. Nunca tengo mucho que contarles, y veo que me miran de forma rara, como si se preguntaran: «¿Cuánto tiempo más seguirá con estas mentiras sobre Sandy?».

—Es terrible -dijo Cleo.

Grace se quedó mirando el conjunto de brazaletes brillantes alrededor de la muñeca de Cleo, pensando que tenía muy buen gusto en todo.

—Era su única hija. Su desaparición les destrozó la vida. Lo he visto en otras situaciones, por mi trabajo. La gente necesita algo a lo que aferrarse, algo en lo que centrar sus emociones. — Dio otra calada al cigarrillo y echó la ceniza en el cenicero junto a la etiqueta del precio de la chaqueta—. Bueno, ya basta de hablar de mí. Quiero saber cosas de ti. Háblame de la otra Cleo Morey.

—¿La otra Cleo Morey?

—La que aparece cuando sales del depósito de cadáveres.

—Aún no -lo martirizó-. Aún no he acabado contigo, ni mucho menos.

Grace vio que Cleo también se había terminado la copa, así que llamó la atención del camarero y pidió otra ronda para cada uno. Luego se volvió hacia ella.

—Lo siento, ahora te toca a ti contestar una pregunta.

Ella hizo una mueca, que le hizo sonreír.

—Quiero saber -dijo Grace- por qué la mujer más guapa del mundo trabaja en un depósito de cadáveres, haciendo el trabajo más horrible del mundo.

—Era enfermera, me licencié en la Universidad de Southampton. No se me daba muy bien. No lo sé, quizá no tenía la paciencia suficiente. Luego trabajé un par de semanas en el depósito del hospital y vi..., no sabría cómo describirlo, simplemente sentí que por primera vez en mi vida estaba en un lugar donde podía ser útil. ¿Has leído alguna vez a Chuang Tse?

—Sólo soy un poli estúpido de los barrios bajos de Brighton. Nunca leo nada intelectual. ¿Quién es?

—Un filósofo chino taoísta.

—Claro. Qué estúpido por no saberlo.

Cleo metió los dedos en el vaso, los mojó en el hielo y le tiró una gota de agua.

—No seas antipático.

Él cerró los ojos cuando le dio en la frente.

—No soy antipático.

—¡Sí lo eres!

—¡Dime que dijo ese Chuang Tse!

—Dijo: «Lo que para el gusano de seda es el fin del mundo, para el señor es una mariposa».

—¿Así que conviertes los cadáveres en mariposas?

—Ojalá.

Fueron los últimos en marcharse del restaurante. Grace estaba tan absorto en Cleo -y tan borracho- que no se dio cuenta de que los últimos clientes se habían ido hacía media hora larga y que el personal esperaba pacientemente para cerrar.

Cleo quiso pagar la cuenta, pero Grace la cogió del plato con firmeza.

—De acuerdo -dijo ella-. Yo pago la siguiente.

—Hecho -dijo él, y lanzó la tarjeta, esperando que le quedara algo de crédito.

Unos minutos después, salieron tambaleándose al viento borrasco. Grace le sujetó la puerta del taxi. Él subió después, la cabeza le daba vueltas.

Había perdido la cuenta de lo que habían bebido. Dos botellas de vino, luego sambuca. Luego, más sambuca. Y habían comenzado con varias copas. Deslizó un brazo por el asiento y Cleo se acurrucó cómodamente contra él.

—Ha *eshtado* bien -dijo Grace arrastrando las palabras-. O *shea*, que de verdad...

Entonces Cleo apretó sus labios contra los de él. Eran suaves, mucho, increíblemente suaves. Notó su lengua ávida contra la suya. Al cabo de lo que parecieron sólo unos segundos, el taxi se detuvo delante del piso de Cleo, en el moderno barrio de North Laines, en el centro de la ciudad. A pesar de la borrachera, reconoció el bloque, un viejo edificio industrial reformado recientemente. Le habían dado mucha publicidad.

Le pidió al taxista que esperara mientras se bajaba y la acompañaba a la verja de entrada y, de repente, cuando llegaron, no supo qué protocolo seguir. Entonces, sus bocas volvieron a encontrarse. La abrazó con fuerza, tambaleándose un poco, mientras le pasaba las manos por el pelo largo y sedoso e inhalaba su perfume, absolutamente embriagado por la noche, por sus olores, por su suavidad y calidez.

Pareció que había pasado sólo un instante cuando se despertó con un sobresalto en el asiento trasero del coche, solo, con el pitido de un mensaje entrante. «Mierda. Trabajo.»

Pulsó a tientas las teclas para leer el mensaje. Era de Cleo. Decía, simplemente: «Un beso».

Capítulo 40

Kellie estaba callada, las farolas naranjas iluminaban su rostro mientras Tom conducía el Audi por la carretera de Londres de vuelta a Brighton. La radio estaba bajita; apenas oía la canción de Louis Armstrong, *We have all the time in the world*, una canción que siempre lo conmovía. Subió un poco el volumen, agotado, intentando no dormirse, y totalmente sobrio. El reloj del coche marcaba la una y cuarto.

La velada en casa de Philip Angelides había ido bien, pero el ambiente era artificial. Hacía algunos años, él y Kellie se habían hecho socios del National Trust, y solía gustarles ir a visitar distintas mansiones los domingos por la tarde. Algunas de las casas en las que habían estado eran más pequeñas que la imponente construcción de estilo isabelino que habían visto hoy.

Eran dieciséis comensales sentados a la mesa antigua, servida por un séquito de criados acartonados. Angelides obligó a cada invitado a adivinar la procedencia primero del vino blanco, luego del tinto, comenzando por el país de procedencia y siguiendo luego con la uva, el estilo, la bodega y el año.

Caro Angelides, la esposa del magnate, era seguramente la mujer más estirada que Tom había tenido la desgracia de tener al lado en una mesa, y la mujer de su derecha, cuyo nombre había olvidado, no era mucho mejor. Su único tema de conversación eran los caballos, y pasaba de los certámenes de hípica a la caza, y otra vez a los certámenes. No recordaba que ninguna de las dos le hubiera hecho ni una sola pregunta sobre él en toda la noche.

Mientras tanto, Kellie había tenido que escuchar al hombre de su derecha jactándose de lo inteligente que era, y el hombre de su izquierda, un banquero empalagoso que se había ido emborrachando cada vez más, no había dejado de ponerle la mano en la pierna e intentar metérsela por debajo de la falda.

Era evidente que el resto de los invitados eran muy ricos y de un ambiente social completamente distinto al de Tom y Kellie, pues ninguno de los dos había estado nunca en contacto con vinos buenos. A Tom le había molestado en particular que su anfitrión menospreciara las elecciones de Kellie. Además, no tuvo ocasión de hablar de negocios con él. De hecho,

mientras conducía se preguntó por qué los había invitado Philip Angelides. ¿Salvo para presumir delante de ellos tal vez?

De todos modos, aquél era algún tipo de vínculo. No se había comportado mal; se las había arreglado para conversar con las dos mujeres sentadas a su lado, a pesar de sus conocimientos nulos sobre el mundo de los caballos -aparte de su pequeña apuesta en el Grand National de todos los años-. Y al menos había adivinado que el vino tinto era francés, aunque fuera de pura chiripa.

—Qué gente más horrible -dijo Kellie de repente-. ¡Prefiero a nuestros amigos! ¡Al menos son personas de verdad!

—Creo que puedo sacarle un buen negocio.

Kellie se quedó callada un momento, luego dijo de mala gana:

—Una casa increíble, eso sí. Un sueño.

—¿Te gustaría vivir en un sitio tan grande?

—Sí, por qué no, si tuviera todos esos criados. — Luego, en el último momento añadió-: Seguro que algún día la tenemos. Creo en ti.

Tom alargó la mano y encontró la de Kellie. Se la apretó y ella hizo lo mismo. Siguió agarrándola, conduciendo con una mano mientras volvían a sumirse en el silencio, en sus pensamientos. Iban camino de casa, de regreso a la realidad.

Su decisión de ir a la policía lo atormentaba. Había hecho lo correcto, por supuesto; ¿qué alternativa tenía? ¿Podría haber vivido con ese cargo de conciencia? Habían tomado la decisión juntos; es lo que debían hacer un marido y una mujer. Eran un equipo.

Estaban aproximándose a la salida. Se colocó en el carril de la izquierda de la carretera casi vacía, liberó su mano, ahora necesitaba las dos, siguió la curva pronunciada, luego subió por la cuesta y salió en la rotonda de arriba.

Menos de un minuto después, tras bajar al valle, giró a la izquierda y entró en Goldstone Crescent. Luego tomó una curva pronunciada a la izquierda y entró en su calle. Subió por la cuesta empinada, metió el coche en el garaje, apagó el motor y se bajó. Kellie se quedó sentada con el cinturón abrochado. Tom, con el llavero en la mano, el dedo en el botón del cierre automático, esperó a que saliera. Pero no se movió. Él miró a su alrededor, a los coches aparcados a cada lado de la calle, todos bien iluminados por las farolas. Sus ojos escudriñaron cada sombra. Buscando.

¿Qué? ¿Un movimiento repentino? ¿Una figura solitaria en un coche aparcado?

«Paranoico», se dijo. Luego abrió la puerta de Kellie.

—¡Hogar, dulce hogar! — dijo.

Ella siguió sin moverse.

Tom la miró y se preguntó si estaría dormida, pero tenía los ojos abiertos; simplemente miraba al frente.

—¿Cariño? ¿Hola?

Ella lo miró de forma extraña.

—Hemos llegado, ya lo sé -le dijo.

Tom frunció el ceño. Parecía que estaba teniendo un «momento Kellie». Y cada vez eran más frecuentes. No sabía exactamente a qué se debían estos momentos, pero de vez en cuando, durante unos segundos, a veces más, parecía desaparecer en su mundo. La última ocasión que había sacado el tema, ella le había contestado bruscamente que en ciertos momentos necesitaba espacio, tiempo para pensar. Pero estaba claro que a veces elegía sitios y momentos raros para hacerlo.

Al final, Kellie se desabrochó el cinturón y bajó. Tom cerró el coche, caminó hacia la puerta, metió la llave, abrió y se apartó educadamente para que ella entrara primero.

El televisor estaba a todo volumen. Dios santo, pensó, los niños estaban durmiendo. ¿Es que Mandy carecía de sentido común? Luego, miró a su alrededor, sorprendido de que *Lady* no hubiera ladrado ni se hubiera acercado trotando a recibirles.

Kellie asomó la cabeza por la puerta del salón.

—¡Hola, Mandy, ya hemos vuelto! ¿Has tenido una buena noche? Baja el volumen, ¿quieres, cielo?

La respuesta de la canguro quedó ahogada por el estruendo del televisor.

Tom entró en el salón. Como tenía que conducir, había bebido muy poco y ahora le apetecía tomarse una buena copa antes de acostarse, pero sería prudente esperar a haber llevado a Mandy de vuelta. Había unos tres kilómetros largos hasta su casa; era una estupidez arriesgarse.

En la pantalla del televisor, una chica estaba en un callejón azotado por la lluvia, gritando, mientras una sombra se le echaba encima. Mandy estaba despatarrada en el sofá. Había una revista para adolescentes abierta, tirada en la moqueta, junto con varios envoltorios de caramelos, una caja vacía de

pizza y una lata de Coca-Cola. Absorta en la película, sin apartar los ojos de la pantalla, movió la mano por la moqueta, buscando el mando, pero se encontraba a varios centímetros de su objetivo.

Justo cuando la chica de la tele se puso a gritar aún más fuerte, Tom se arrodilló, cogió el mando del suelo y quitó el sonido.

—¿Todo bien, Mandy?

La adolescente se quedó un poco sorprendida por el repentino silencio, bostezó y luego sonrió.

—Sí, todo bien, señor Bryce. Los niños no me han dado ningún problema, se han portado como angelitos los dos. Pero estoy un poco preocupada por *Lady*.

—¿Por? — preguntó Kellie.

Mandy se incorporó y mientras se ponía las botas contestó:

—No parece ella. Normalmente viene a sentarse conmigo, pero esta noche no ha querido moverse de su capazo.

Tom y Kellie se dirigieron inquietos a la cocina. *Lady*, enroscada en su capazo, ni siquiera abrió un ojo. Kellie se arrodilló y le acarició la cabeza.

—*Lady*, cielo, ¿estás bien?

Mandy los siguió.

—Ha bebido bastante agua hace un rato.

—Seguramente habrá pillado un virus -dijo Tom, mirando una mitad de pizza solidificada sobre la encimera, junto con un cuchillo y un tenedor, y un bote destapado de helado de caramelo crujiente derretido.

Se arrodilló y también acarició la cabeza del pastor alemán. Ladeando la cabeza hacia el perro, le preguntó, soñoliento de repente:

—¿Has pillado un virus, *Lady*? ¿Estás pachucha?

Kellie se levantó.

—Esperaremos a ver si se encuentra mejor por la mañana. Si no, habrá que llamar al veterinario.

Tom vio con tristeza que una gran factura se le venía encima, pero no podía evitarse. Quería al perro; formaba parte de su familia, de su vida.

—Buen plan -dijo.

Kellie pagó a la canguro, luego le dijo a Tom que ella llevaría a Mandy a casa.

—No pasa nada, yo iré -dijo Tom-. Me he privado de todos esos buenos vinos, así que mejor la llevo yo.

–Yo tampoco he bebido mucho -dijo Kellie-. Estoy bien. Tú ya has hecho suficiente conduciendo antes. Tómate una copa y relájate.

No le costó demasiado convencerlo.

Tom se sirvió dos dedos de armañac, se dejó caer en el sofá, cogió el mando y cambió la película de terror que estaba viendo Mandy por un clásico del humor, *Porridge*. Vio un rato a Ronnie Barker en la cárcel antes de volver a cambiar, esta vez a un partido de fútbol americano. Oyó que se cerraba la puerta de entrada, el sonido del Audi que arrancaba. Notó una sensación agradable, cálida, cuando el primer trago de alcohol se deslizó por su garganta.

Luego, pensativo, miró dentro del vaso e hizo girar el líquido oscuro. Se preguntaba qué diferencia había entre Philip Angelides y él. ¿Qué cualidades habían convertido a Angelides en un exitoso financiero y a él en un fracasado total? ¿Era cuestión de suerte? ¿De genes? ¿De crueldad?

Fuera, Kellie dio marcha atrás y salió a la calle, luego comenzó a bajar la cuesta mientras charlaba con Mandy. Aunque hubiera mirado más detenidamente por el retrovisor, nunca habría visto el coche que arrancó para seguirla.

Estaba a más de cien metros y no llevaba las luces encendidas.

Capítulo 41

Roy Grace, mareado en su asiento en el taxi, que avanzaba a sacudidas, se quedó mirando la pantalla de su teléfono. Las dos únicas palabras: «Un beso».

Le costaba mucho enfocar y, a pesar -o a causa- de la borrachera, sus emociones eran un caos. Las farolas y los faros de los coches pasaban a toda velocidad. En la radio con interferencias del taxi, un oyente de un programa de madrugada hablaba enfurecido sobre Tony Blair y acerca de la Seguridad Social. Miró la hora. La una y diez. ¿Cómo había ido la noche?

Todavía podía saborear a Cleo en sus labios. Podía oler su perfume en el taxi, en su ropa. Dios santo, era preciosa. Todavía estaba empalmado. Había salido del maldito restaurante con una erección. Y si ella le hubiera invitado a entrar, ¿habría...?

Y sabía la respuesta.

Pero no le había invitado.

Inhaló profundamente, pero esta vez lo único que percibió fue el olor rancio a plástico del interior del taxi: «Cuatro putas horas esperando, mi madre tiene cáncer ¡y la hicieron esperar cuatro horas con la cabeza abierta antes de que alguien la visitara!», dijo el hombre de la radio con resentimiento.

–Es una vergüenza, ¿verdad? – intervino el taxista

–Desde luego -dijo Grace distraídamente, concentrándose en el teclado del teléfono.

–Una señorita muy guapa. Creo que la conozco. Me parece que la he visto en algún lugar.

–La mayoría de la gente sólo la conoce cuando se muere.

–¿En serio? – dijo el taxista, desconcertado-. ¿Es un ángel?

–Exacto -dijo Grace, abstraído, aún concentrado en el móvil.

Tecleó: «Besos». Luego mandó el mensaje.

Cuando llegó a casa, varios minutos después, se sintió decepcionado porque no recibió ninguna respuesta.

Capítulo 42

Tom se despertó sobresaltado, se sentía embotado y confuso, notaba un rugido en los oídos y, por un momento, fue incapaz de averiguar dónde estaba. En la televisión, ponían una carrera de motos y, cuando comenzó a pensar con mayor claridad, comprendió que el ruido venía de allí.

Al buscar el mando, vio un vaso vacío de brandi en el suelo, a sus pies, y entonces cayó en la cuenta. Se había quedado dormido. ¿Qué hora era?

El reloj del DVD marcaba las 4.10. No podía ser. Miró su reloj. Las 4.09.

Un grupo de motos, todas muy juntas, pasaban con gran estruendo por una recta que reconoció del circuito de Silverstone. Hacía un par de años le habían invitado a la zona VIP, y también había ido al Gran Premio de Gran Bretaña un par de veces. Ahora las motos frenaron y se inclinaron para entrar en la curva Copse. Encontró el mando, apagó el televisor y se levantó despacio. Estaba agarrotado.

¿Por qué no le había despertado Kellie cuando había llegado? Con el vaso vacío, salió al vestíbulo; aún notaba la cabeza embotada y el cuerpo pesado. Dejó el vaso en la cocina, luego reunió las fuerzas suficientes para subir las escaleras. Avanzó por el descansillo, intentando no despertar a

nadie -aunque seguramente la carrera de motos ya se había encargado de eso-, y abrió la puerta de su habitación. Al instante, vio que algo no andaba bien.

Las cortinas estaban descorridas y la luz gris previa al amanecer permitía ver que la cama estaba vacía.

Kellie no estaba.

De repente, estaba muy despierto.

Muy de vez en cuando en el pasado, cuando uno de los niños tenía una pesadilla, Kellie se metía en la cama con ellos unas horas. Se preguntó si sería el caso, así que fue a mirar a sus cuartos. No estaba allí.

Luego, maldiciendo su estupidez, bajó corriendo las escaleras, abrió la puerta y miró en el garaje. Estaba vacío.

Para estar absolutamente seguro, salió a la calle y miró a derecha e izquierda, por si había aparcado el Audi allí por algún motivo y se había quedado dormida. Pero no había rastro del coche.

Volvió a consultar el reloj, intentando calcular cuánto rato se había quedado dormido. ¿A qué hora había llevado a la canguro a casa? Sobre la una y media. Hacía dos horas y media. ¿Dos horas y media para hacer un trayecto de seis kilómetros?

Un escalofrío glacial le recorrió el cuerpo. ¿Había tenido un accidente? ¿Le habría llamado alguien de la policía ya, si hubiera sido así?

¿Estaba teniendo un largo momento Kellie a solas, ahí fuera en la oscuridad, en algún lugar? Sabría que Tom estaría preocupado, ¿no?

De todos modos, ése era el tema, parte del problema de Kellie; a veces hacía las cosas más irracionales sin pensar en las consecuencias. En realidad, nunca había hecho nada que pusiera en peligro a los niños, pero a menudo no pensaba, simplemente. Como aquella vez que había comprado una de sus innumerables «gangas» en eBay: siete días en una clínica de adelgazamiento en Champney la misma semana en la que él se iba a Alemania a una feria. Se le había olvidado por completo qué iban a hacer con los niños.

En un par de ocasiones también había desaparecido tranquilamente, una todo el día; otra, durante más de veinticuatro horas. Tom se había desesperado las dos veces, había llamado a todos los hospitales del sur de Inglaterra para ver si había tenido un accidente; se había preguntado si tenía una aventura. Entonces había vuelto, y pareció darle igual que él hubiera

tenido que cogerse el día libre para hacerse cargo de los niños. Le dijo que, de repente, había sentido que necesitaba «espacio».

Tom pensó en unas horas antes, cuando Kellie había tenido uno de sus momentos silenciosos en el coche. ¿Era lo que estaba haciendo ahora, buscar «espacio»? Qué amable de su parte habérselo dicho.

Cogió el teléfono inalámbrico del dormitorio y marcó el número de su móvil. Segundos después oyó el tono histérico de la rana loca abajo y colgó. Se había dejado el teléfono en casa.

Genial.

Se sentó en la cama, pensativo. Dios santo, la quería muchísimo, a pesar de sus rarezas. Tenían sus diferencias, pero estaban muy cómodos juntos en muchos sentidos. Le había encantado contemplarla hoy mientras cenaban. Sí, no encajaba en ese nido de víboras -ninguno de los dos-, pero se las había arreglado; había mantenido la cabeza erguida; estaba preciosa; había dicho cosas bonitas de él, había hablado maravillas de su negocio a las personas sentadas a su lado.

Luego, pensó en la envidia que había detectado en su voz, hoy, de regreso en el coche, cuando le había preguntado si le gustaría vivir en una casa tan grande como la de Angelides: «Sí, por qué no, si tuviera todos esos criados. Seguro que algún día la tenemos. Creo en ti».

Todavía no había reunido el valor suficiente para comunicarle la noticia de que quizá pronto tendrían que vender la casa y recortar gastos. No sabía cómo hacerlo, no quería ver el dolor que causaría. Y, por encima de todo, no quería aparecer como un fracasado ante sus ojos.

«Dios santo, ¿dónde estás, cariño?»

Se levantó y dio unas vueltas por la habitación, el miedo le agarraba las entrañas. Eran las cinco menos veinte. No sabía si llamar a los padres de Mandy Morrison para preguntarles si Kellie la había dejado en casa sana y salva. Pero si la chica no hubiera llegado todavía, sus padres le habrían llamado inquietos.

Aún vestido, la cabeza zumbándole, se apoyó en la cabecera, esperando escuchar un coche subiendo por la calle, pero lo único que oyó fueron los primeros gorjeos de los pájaros. Al cabo de unos minutos, a pesar de la hora que era, llamó a casa de Mandy Morrison; contestó su padre, muy dormido, que le aseguró que la chica había llegado a casa sana y salva hacia las dos menos cuarto.

Le dio las gracias, llamó a información y pidió el número del hospital del condado de Sussex. Unos minutos después, le conectaron con una mujer de voz cansada, con Urgencias. Le aseguró que en las últimas horas no había ingresado nadie que respondiera al nombre de Kellie.

Luego, consiguió el número principal de la policía de Sussex, tras llamar otra vez a información, y lo marcó. Pero después de pasarle con Tráfico, y dejarle en espera unos minutos, le dijeron que no se había informado de ningún accidente en el que estuviera implicada su esposa o su coche.

Después, no supo qué hacer.

Capítulo 43

Sólo era la segunda vez que Wendy Salter trabajaba de noche. Hacía tres semanas que la agente en periodo de prueba había salido de la academia de policía de Ashford, en Kent, y aún le quedaban casi dos años completos para convertirse en una policía hecha y derecha, como su compañero. El agente Phil Taylor, al que le faltaban unas semanas para cumplir treinta y siete años, estaba al volante del Vectra de la policía. Conducía deprisa, con las luces azules encendidas, pero como la carretera estaba vacía no hacía falta poner la sirena.

Estaban a menos de kilómetro y medio de la central del Departamento de Investigación Criminal en Sussex House, y habían atravesado casi todo Brighton y Hove en dos minutos desde que habían recogido la llamada de emergencia de la sala de control. Acababan de resolver una discusión entre borrachos por una cuenta que había desembocado en una pelea, en la discoteca Escape, justo al lado del paseo marítimo de Brighton.

A Wendy le emocionó cruzar la ciudad a toda velocidad -no pudo evitarlo-, era como montarse en la mejor atracción del mundo. Y había muchos policías que sentían lo mismo. La expresión de Taylor decía que era uno de ellos.

Eran las cuatro y cuarto de la mañana y, a través del parabrisas, Wendy vio los primeros rayos de luz gris en la bóveda negra del cielo nocturno. Un conejo aterrado saltó a la carretera iluminado por el resplandor de los faros del coche y desapareció bajo el capó. Esperó oír el golpe y se quedó aliviada cuando no se produjo.

—Maldito conejo kamikaze -dijo Phil Taylor con alegría.

–Creo que no le has dado.

–Leí en alguna parte que un tipo ha publicado un libro con fórmulas para matar animales con el coche, en Estados Unidos.

–Sólo podía ser en Estados Unidos -dijo Wendy

La verdad es que nunca había estado allí y tenía una imagen del país muy influida por todos los chiflados de California que había visto en televisión, o sobre los que había leído, añadiéndole un poco de Michael Moore por si acaso.

Estaban pasando por un bosque a la derecha y por una pendiente pronunciada a la izquierda que bajaba hacia las luces de Brighton y Hove. Luego, al doblar una curva cerrada a la derecha, vieron el resplandor rojo delante de ellos.

Por un breve instante, Wendy pensó que era el sol que comenzaba a salir, pero descartó la idea cuando cayó en la cuenta de que iban prácticamente en dirección oeste. El resplandor se intensificó a medida que se acercaban y luego, de repente, lo olió.

El hedor repugnante, acre, de pintura, goma y vinilo que se quemaban.

Taylor frenó y se detuvo a poca distancia del coche en llamas, que estaba en un aparcamiento en un lugar pintoresco con unas vistas magníficas de día. Pero lo único que Wendy Salter vio mientras se desabrochaba el cinturón, bajaba del coche y se ponía diligentemente el sombrero fue un humo denso y asfixiante que la fuerte brisa empujaba hacia ellos y que provocaba que le lloraran los ojos. Se dio la vuelta un momento, tosió y, luego, ella y su compañero se acercaron corriendo al vehículo hasta que el calor los detuvo.

A lo lejos, oyó el gemido de una sirena. Seguramente serían los bomberos, pensó, el hedor a pintura y a goma quemadas era ahora cien veces más fuerte, y el crujido y el rugido de la hoguera le inundaban los oídos.

Ahora veía el interior del coche, la mayor parte de los cristales de las ventanas ya había ardido, y para su alivio, estaba vacío. Era un coche familiar y al llegar a la parte delantera reconoció la calandra del radiador.

–Un Audi -le gritó al agente Phil Taylor.

–Es un modelo reciente. Se ve por la calandra -dijo él.

–Lo sé. El nuevo A4.

Taylor la miró.

–Menuda fanática de los coches estás hecha, ¿no? – le dijo, reconociendo a regañadientes su admiración.

–No tanto como el que ha hecho esto -contestó ella.

–Críos -dijo como si fuera una palabrota-. Cabrones. Mira que incendiar el coche nuevo de alguien.

–¿Gamberros?

–Seguro -dijo-. ¿Quién si no?

Capítulo 44

Roy Grace se despertó a las seis y media el domingo por la mañana con el pitido del radiodespertador, tenía la boca seca y un dolor de cabeza atroz. Las dos cápsulas de paracetamol que se había tomado con un vaso de agua sobre las cinco de la mañana habían tenido casi el mismo efecto que las primeras dos que había tragado unas horas antes. O sea, no mucho.

Cuando le dio al botón de repetición, para silenciar el despertador temporalmente, lo sustituyó el fuerte canto de un pájaro, incesante, como un CD estropeado. La luz entraba a raudales por un hueco grande en las cortinas, que vio que no había corrido bien.

¿Cuánto había bebido anoche?

Mientras organizaba sus pensamientos, la cabeza perezosa, sintiendo como si alguien se hubiera pasado la noche sacando cables de ella al azar, alargó la mano para coger el móvil. Pero no había recibido ningún mensaje más de Cleo.

No podía esperar que hubiera ninguno, ya que sólo eran las seis y media de la mañana y seguramente Cleo estaría profundamente dormida, pero la lógica no era una característica fundamental de su razonamiento en estos momentos, con el martilleo dentro de su cabeza, con el maldito pájaro y, además, sabiendo que tenía que levantarse y enfrentarse a todo un día de trabajo. Nada de quedarse el domingo en la cama, chaval.

Cerró los ojos y se puso a recordar. Dios santo, Cleo era encantadora en todos los sentidos, una persona verdaderamente afectuosa y hermosa. Era muy, muy especial, ¡y se habían llevado tan bien! Entonces recordó el beso en la parte trasera del taxi, un beso largo, largo e increíble. E intentó recordar quién lo había comenzado. Había sido Cleo, le pareció recordar. Ella había dado el primer paso.

Sintió un deseo vehemente de hablar con ella, de verla. De repente, creyó oler su perfume. Sólo un rastro levísimo en su mano; se la acercó a la nariz y ¡sí! Lo olía más fuerte en la muñeca; sería del momento en que le pasó el brazo por los hombros en el taxi. Se quedó con la muñeca pegada a la nariz un buen rato, inhalando el olor a almizcle, y algo muy escondido en su corazón, que creía muerto hasta hacía pocos días, se despertó.

Luego se sintió un poco culpable. «Sandy.» Pero no hizo caso y apartó el sentimiento de culpa de su mente, decidido a no entrar ahí, a no dejar que le estropeará el momento.

Volvió a mirar el reloj para comprobar la hora, centrándose, a su pesar, en el trabajo: en la reunión de las ocho y media. Luego recordó que tenía que ir a recoger el coche.

Calculó que si se levantaba ahora tendría el tiempo justo para ir corriendo al aparcamiento subterráneo donde anoche había dejado el Alfa, le iría bien el aire fresco para despejarse. Pero su cuerpo le decía que no necesitaba correr, que necesitaba unas ocho horas más de sueño. Cerró fuertemente los ojos, para intentar aplacar el dolor que le atravesaba el cráneo como un taladro -y no escuchar el maldito pájaro, al que le habría pegado un tiro de buena gana si hubiera tenido un arma-, y se quedó pensando unos minutos deliciosos en Cleo Morey.

Parecieron haber pasado sólo unos segundos cuando el despertador sonó de nuevo. A regañadientes, se levantó de la cama, acabó de descorrer las cortinas y entró desnudo en el cuarto de baño para lavarse los dientes. La cara que lo miraba desde el espejo encima del lavabo no era una visión agradable.

Roy Grace nunca había sido un hombre vanidoso, pero hasta hacía poco se consideraba joven, o juvenil, no guapo, pero pasable; su mejor rasgo eran sus ojos azules (sus ojos de Paul Newman, solía decirle Sandy) y el peor, su nariz pequeña, pero rota. Ahora, cada día más, el rostro que veía a primera hora de la mañana parecía pertenecer a un tipo mucho mayor, un completo desconocido con la frente arrugada, carrillos blandos y bolsas debajo de los ojos del tamaño de conchas de ostra.

Decidió que no era la cerveza, el tabaco ni la dieta a base de comida rápida, ni siquiera un horario de trabajo demencial, lo que acababa pasando factura, era la gravedad. La gravedad te hacía un poquito más bajito todos los días. Te destensaba más la piel, y la hacía caer implacablemente. Te

pasabas la mitad de la vida luchando contra la gravedad, pero siempre acababa pasándote factura. Sería la gravedad lo que haría que la tapa del ataúd se cerrara de golpe. Y si esparcían tus cenizas al viento, al final la gravedad posaría todas y cada una de las partículas.

A veces le preocupaba tener aquellos pensamientos, que últimamente eran cada vez más morbosos. Quizá su hermana tuviera razón; ¿quizá pasaba demasiado tiempo solo? Pero, al fin y al cabo, estaba acostumbrado a la soledad. Para él era lo normal.

No era el tipo de vida que había planeado, tampoco la que había imaginado ni remotamente que viviría, diecisiete años atrás, cuando le había pedido a Sandy que se casara con él un cálido día de septiembre al final del Palace Pier, cuando le dijo que la había llevado allí porque si le hubiera contestado que no, habría saltado. Ella había esbozado esa sonrisa suya preciosa y tierna, había apartado el pelo rubio de los ojos y le había dicho -con su típico humor negro- que habría considerado una prueba mucho mayor de su amor que la hubiera llevado al acantilado de Beachy Head.

Grace se bebió un vaso de agua del grifo e hizo una mueca al notar el sabor del fluoruro, que esta mañana parecía más fuerte de lo normal. «Bebe más agua», le repetía una y otra vez su instructor de *fitness*, Ian, del gimnasio de la policía. Lo estaba intentando, pero no sabía tan bien como un *latte* del Starbucks, o como un Glenfiddich con hielo, o como casi cualquier otra cosa. No se había preocupado demasiado por su aspecto físico hasta ahora.

Hasta Cleo.

Los años transcurridos desde la desaparición de Sandy habían hecho mella en él. El trabajo policial era duro, pero al menos la mayoría de los policías tenían a alguien que los esperaba en casa al final del turno, alguien con quien hablar. Y *Marlon*, aunque le hacía compañía, si podía decirse así, no le bastaba.

Se puso el equipamiento de *footing*, dio de desayunar a *Marlon* por si después se olvidaba y salió por la puerta a la calle desierta. Hacía una mañana de verano deliciosamente fresca, con un cielo despejado que encerraba la promesa de un día espléndido. Y, de repente, a pesar de la resaca y la falta de sueño, se sintió lleno de energía. Tarareando, comenzó a bajar por la calle a paso rápido.

Roy Grace vivía en Hove, un distrito residencial que hasta hacía pocos años había sido una ciudad independiente de Brighton, aunque estaba al lado. Ahora las dos estaban bajo el paraguas del municipio de Brighton y Hove. Se rumoreaba que Hove en griego, lengua de la que procedía el nombre -o «Hove, Actually», como había sido apodada-, significaba «cementerio».

No era del todo inapropiado, ya que Hove era más tranquilo, la hermana más residencial de la antes animada y marchosa Brighton. La frontera comenzaba en el paseo marítimo, en un lugar marcado con un obelisco conmemorativo de guerra y una línea pintada en el suelo, pero luego se volvía cada vez más oscuro, y mucha gente veía que atravesaba sus casas en su recorrido zigzagueante hacia el norte.

La casa pareada de tres habitaciones de Grace estaba en una calle que bajaba directamente hasta Kingsway, la calle ancha de dos carriles al final de la cual se encontraba el paseo marítimo. Cruzó al otro lado y pasó por los jardines de césped cubiertos de rocío, por delante del parque infantil y de los dos estanques para barcas de la Laguna de Hove donde su padre, a quien le gustaba construir motoras a escala, solía llevarle de pequeño; allí le dejaba sujetar el control remoto.

En aquel entonces, la Laguna le parecía un lugar enorme, y ahora lo veía muy pequeño y abandonado. Había un tiovivo viejo, un columpio oxidado, un tobogán al que le hacía falta una mano de pintura y el mismo quiosco de helados que había estado siempre allí. Las barcas seguían guardadas y varios patos nadaban por el menor de los dos estanques, mientras un grupo de cisnes descansaba en el borde del mayor.

Bordeó los estanques, llegó al paseo, igual de desierto que ayer a esta hora, y pasó por delante de una larga hilera de casetas azules. Mientras corría, el paisaje de su izquierda cambió. Al principio, había una hilera de edificios grises de posguerra y una fila de casas que tampoco despertaba ningún interés. Luego, después del polideportivo King Alfred, ahora una construcción importante, contempló sus vistas preferidas a la izquierda: el largo paseo marítimo de espléndidas casas adosadas de la época de la Regencia, la mayoría pintadas de blanco, muchas con miradores, barandillas y magníficos porches. Muchas de ellas habían sido viviendas independientes, casas de fin de semana para los ricos londinenses de la época de la Regencia y de la Inglaterra victoriana, pero ahora, como la

mayoría de los edificios de esta ciudad con sus precios por las nubes, se habían dividido en pisos; algunas se habían transformado en hoteles.

Al cabo de unos minutos, mientras se acercaba a la frontera entre Brighton y Hove, pudo ver, delante de él a la derecha, los palos tristes y oxidados que surgían del mar, lo único que quedaba del West Pier. En su día, había sido tan alegre y llamativo como su equivalente, el Palace Pier, que estaba exactamente a ochocientos metros más al este. Visitarlo había sido uno de los acontecimientos especiales de su infancia.

Su padre, que era un entusiasta pescador, le llevaba a menudo al Palace Pier, y caminaban hasta la plataforma pesquera descubierta del final, desde donde los sábados por la tarde -cuando no había comenzado la temporada de fútbol o cuando el Albion jugaba fuera- podían volver a casa con un buen botín de pescadillas, besugos y platijas y, si tenían suerte, con un lenguado o una lubina de vez en cuando, dependiendo de la marea y del tiempo.

De todos modos, para el pequeño Roy no era la pesca el gran aliciente del muelle, sino las otras atracciones, sobre todo los autos de choque y el tren de la bruja, así como la mayoría de las viejas máquinas tragaperras de madera con el frente de cristal que contenían retablos móviles. Tenía una preferida, y siempre engatusaba a su padre para que le diera más peniques para echar a la máquina. Era una casa encantada y, durante un minuto entero, mientras los engranajes se ponían en movimiento y las poleas gemían, las puertas se abrían, las luces se encendían y se apagaban, y aparecían todo tipo de esqueletos y fantasmas, así como la propia Muerte, una figura encapuchada, toda vestida de negro, con una guadaña.

A la izquierda -y sintió que sus energías comenzaban a decaer un poco-, apareció ahora la monstruosidad horrenda del edificio Kingswest, una lúgubre estructura de ocio de los sesenta que desentonaba totalmente con el resto del paseo marítimo. Unos cien metros más allá, se elevaba la bella fachada del hotel Old Ship. Subió corriendo las escaleras hasta el paseo de arriba, cruzó la calle casi desierta, mantuvo el ritmo al pasar al lado del hotel y, luego, entró en el aparcamiento y miró su reloj.

«Mierda.» Se dio cuenta de que había calculado muy mal el tiempo. Si quería llegar a la reunión de las ocho y media -y era vital para la moral del equipo que así fuera-, tenía menos de media hora para ir a casa, cambiarse y salir por la puerta.

También estaba muriéndose de sed, pero ni siquiera tenía tiempo de pensar en pararse a comprar un botellín de agua en algún lugar. Metió el tique en la máquina, después la tarjeta de crédito, luego bajó corriendo la escalera de hormigón hasta la planta donde había dejado el coche, arrugando la nariz al percibir el olor a orina, preguntándose por qué sería que siempre había alguien que se meaba en todos y cada uno de los aparcamientos en los que había estado.

Capítulo 45

A las 8.29 de la mañana, con sólo un minuto de adelanto, Grace se acercó al MIR Uno, comiendo el desayuno: una barrita de Mars de una máquina expendedora y una taza de café hirviendo.

Se acabó a toda prisa el Mars y se metió una tira de chicle de menta en la boca para ocultar los restos de alcohol de la noche anterior. Se guardó el paquete en el bolsillo; estaba a punto de entrar en la sala cuando oyó unos pasos tras él.

–Eh, viejo, ¿qué tal la cita?

Se dio la vuelta y vio a Glenn Branson, con una chaqueta de piel reluciente como un espejo, un capuchino en la mano. Tenía espuma alrededor de la boca, como un bigote blanco.

–Bien -contestó él.

–¿Bien? Eso es todo, ¿«bien»? – Sus ojos escudriñaron los de Grace pícaramente.

Grace mascó el chicle y sonrió con timidez.

–Bueno, quizás un poco mejor que bien, creo.

–¿No lo sabes?

–Intento recordarlo. Bebí demasiado.

–¿Follaste?

–No era ese tipo de cita.

Branson lo miró de forma extraña.

–Tío, ¡qué raro eres a veces! Creía que ése era el propósito de las citas.
– Luego, esbozó una gran sonrisa-. Quiero que después me lo cuentes todo con pelos y señales. ¿Le gustó tu ropa?

Grace miró su reloj, consciente de que ya eran más de las ocho y media.

–Lo único que dijo era que mi sastre debía de tener un sentido del humor increíble.

Abrió la puerta y entró en la sala, Branson detrás.

—¿Dijo eso? ¿En serio? ¿Viejo? ¡Anda, vamos!

Todo el equipo estaba sentado alrededor del área de trabajo, todos vestidos con ropa informal menos Norman Potting, que parecía haberse puesto sus mejores galas de domingo, ataviado con un traje beis perfectamente planchado, una corbata de colores vivos y un pañuelo de un color aún más vivo que asomaba alegremente por el bolsillo.

Hoy Grace también iba informal, en parte porque era domingo y en parte porque estaba tan cansado que no le había apetecido ponerse traje, pero sobre todo porque tenía una cita. Era con una jovencita muy especial - su ahijada Jaye So-mers- y no quería parecer un viejo aburrido con traje.

Así que se había puesto ropa nueva que había comprado ayer: una camiseta blanca, unos vaqueros que le iban estrechos en la entrepierna, pero que Glenn Branson le había asegurado que «eran muy modernos», unos zapatos de cordones que parecían botas de fútbol sin tacos, que al parecer también «eran muy modernos», y una chaqueta fina de algodón.

Los padres de Jaye Somers, Michael y Victoria, eran policías los dos y habían sido dos de los mejores amigos de Sandy y él; además, le habían apoyado muchísimo durante esos difíciles meses inmediatamente posteriores a la desaparición de Sandy. Y habían seguido apoyándolo igual los siguientes años. Con sus cuatro hijos, de edades comprendidas entre los dos y los once años, se habían convertido casi en una segunda familia para él.

Había quedado con Jaye el domingo anterior, con la intención de ir al zoo de Chessington porque la niña estaba obsesionada con ver una jirafa, pero había tenido que interrumpir su visita media hora después cuando lo llamaron para acudir a la escena de un crimen. Le había prometido llevarla este domingo.

Le gustaba mucho Jaye; era la clase de hija que le habría encantado tener: muy inteligente, guapa, interesada por todo y sensata para su edad. Esperaba no tener que decepcionarla una segunda vez. Al margen de otras cosas, no contribuiría demasiado a que confiara en la formalidad de los adultos.

El primer punto de su agenda era Reginald D'Eath, el delincuente sexual cuyo ordenador habían requisado. Grace informó de que el sargento Jon Rye de la Unidad de Delitos Tecnológicos había descubierto rutas idénticas

en este ordenador a las que había encontrado en el portátil de Tom Bryce. Estas rutas habían podido llevar a Bryce a la página web donde, creía Branson después de interrogar exhaustivamente al hombre, parecía probable que realmente hubiera sido testigo del asesinato.

Grace le dijo al equipo que esperaba una llamada a las diez de alguien del programa de protección de testigos que le daría la dirección de D'Eath. Asignó a Norman y a Nick la tarea de acompañarlo a interrogar al hombre; por alguna razón que no podía explicar, este interrogatorio le daba mala espina y creía que podía ser necesaria una exhibición de fuerza.

Nick Nicholl informó de que había continuado su visita a todos los bares, pubs y discotecas de Brighton hasta altas horas de la madrugada con la fotografía de Janie Stretton, pero seguía sin tener nada.

Norman informó sobre su búsqueda de clientes de la agencia de acompañantes BCA-247. Por el momento, les dijo, no había encontrado a ningún cliente que admitiera conocer a Janie ni ninguno que encajara con la identidad del que se llamaba Anton.

—Pero -dijo- he descubierto algo sobre otra agencia de acompañantes. Parece ser que la señorita Stretton trabajaba para las dos.

Levantó una fotografía distinta, aún más provocativa, de Janie Stretton que la que Grace había visto en las oficinas de BCA-247. Aparecía totalmente desnuda, aparte de unas borlas en los pezones, botas negras de charol hasta los muslos y esposas de piel con tachuelas; tenía una mano en la cadera y con la otra sujetaba un látigo de nueve nudos.

A Grace le sorprendió aquella eficacia repentina. Quizás había juzgado mal a Potting.

—¿De dónde la has sacado?

—De Internet -dijo Potting-. Busqué a todas las chicas que se ofrecían en las agencias locales y reconocí su cara.

Grace había imaginado que para un detective de la vieja escuela como Potting Internet sería una herramienta de búsqueda demasiado complicada.

—Estoy impresionado, Norman -dijo Grace, preguntándose por dentro si Potting había buscado a las chicas de las agencias por razones puramente investigadoras relacionadas con este caso.

—Gracias, Roy. A este perro viejo aún le queda vida -dijo el sargento, que se sonrojó un poco. Luego, guiñó un ojo lascivamente a Emma-Jane, quien respondió bajando la mirada a sus papeles.

–Tiene una buena delantera -dijo Potting, y le pasó la fotografía al sargento Nicholl, que estaba sentado a su lado y que, hizo caso omiso del comentario.

Aparte de su área de trabajo, el MIR Uno estaba casi vacío cuando Grace llegó, pero cada pocos minutos entraba más gente, que ocupaba las otras dos áreas. El crimen no respetaba los fines de semana. Era el pan de cada día para todos los equipos de casos importantes.

Emma-Jane informó sobre la tarea que Grace le había encomendado la noche anterior. Se había puesto en contacto con todas las empresas de taxis privados de la zona de Bromley, en busca del conductor que había recogido la caja de escarabajos peloteros en Erridge and Robinson. Pero por el momento no había tenido suerte.

Un estallido de música rap los interrumpió. Era el nuevo tono de llamada del móvil de Branson.

–Lo siento, cosas de mi hijo -se disculpó alzando la vista. Luego contestó con un seco-: Sargento Branson.

Al cabo de un momento, con el teléfono pegado al oído, Branson se alejó del área de trabajo.

–Señor Bryce -oyó Grace que decía-, ¿en qué puedo ayudarle?

Branson se quedó callado unos momentos, escuchando.

–Lo siento, no tengo mucha cobertura... -dijo entonces-. ¿Su mujer, ha dicho?... ¿No volvió anoche?... ¿Aún no ha vuelto?... ¿Puede darme la descripción del coche que conducía?

Branson volvió al área de trabajo, se sentó y se puso a escribir en su libreta.

–De acuerdo, señor. Hablaré con Tráfico. Un Audi A4 sedán, deportivo. Volveré a llamarle... ¿a este número?

–¿Un Audi A4, has dicho? – dijo Nick Nicholl cuando colgó.

–Sí. ¿Por qué?

Nicholl escribió en su teclado, luego se inclinó hacia delante y bajó el cursor por la pantalla de registro de incidentes.

–Sí -dijo-, eso me parecía.

Grace lo miró con curiosidad.

–Esta madrugada, a las cuatro y media -dijo Nicholl, sin dejar de mirar la pantalla-. Han encontrado un Audi familiar que ardía en Ditchling Beacon. La matrícula estaba quemada.

Branson lo miró, la expresión de su rostro era de profunda inquietud.

Capítulo 46

Jessica, con su bata rosa, se puso en cuclillas en el suelo de la cocina para acariciar a una *Lady* muy adormilada. Max, que estaba de pie junto a su hermana -con una camiseta de Harry Potter del revés- dijo muy serio, como si fuera una autoridad destacada en la materia:

–Es domingo. ¡Creo que está tomándose su descanso dominical!

Luego, durante unos momentos, dirigió su atención a los dibujos animados de la tele.

–No va a morir, ¿verdad, papá? – preguntó Jessica.

Tom, que no había pegado ojo en toda la noche -sin afeitarse, despeinado, descalzo y con vaqueros y una camiseta- se arrodilló y rodeó con el brazo a su hija.

–No, cielo -dijo él, la voz temblorosa-. Sólo está un poco enferma. Tiene un virus o algo. Veremos cómo está dentro de una hora o dos. Si no está mejor, llamaremos al veterinario.

Había llamado a los padres de Kellie, a todos sus mejores amigos y a todos los de él, por si había ido a casa de alguno a pasar la noche. Incluso había llamado a su hermana Martha, que vivía en Escocia. Nadie la había visto o hablado con ella. No sabía a quién más llamar o qué hacer.

Jessica apoyó la cara en la de *Lady* y le dio un beso.

–Te quiero, *Lady*. Vamos a curarte.

El perro no reaccionó.

Max también se arrodilló y apoyó la cara en la tripa del pastor alemán.

–Todos te queremos, *Lady*. ¡Tendrás que levantarte pronto o te perderás el desayuno!

Tom se dio cuenta de repente de que ninguno había desayunado. Eran las nueve y media.

–Cuando mamá vuelva, sabrá cómo curarla -declaró Jessica.

–Sí, claro que sí -dijo Tom cansinamente-. Debéis de tener hambre, chicos. ¿Qué queréis? ¿Torrijas?

Los domingos Kellie siempre preparaba torrijas para los niños.

–A ti no te salen muy bien -dijo Max-. Siempre se te queman. – Se puso de pie, cogió el mando y comenzó a hacer *zapping*.

–Podría intentar no quemarlas.

—¿Por qué no puede hacerlas mamá?

—Las hará -dijo Tom con gran esfuerzo-, pero yo podría preparar unas cuantas, para que vayáis comiendo hasta que llegue, ¿no?

—No tengo hambre -gruñó Max.

—¿Quieres cereales?

—¡Siempre se te queman, papá! — dijo Jessica, imitando a su hermano.

—¿Podemos ir hoy a la playa, papá? — preguntó Max-. Mamá dijo que si hacía buen tiempo podríamos ir. Y yo creo que hace buen tiempo, ¿no?

Tom miró por la ventana, abatido. Hacía un día espléndido: cielo azul, la promesa de un agradable día de principios de verano.

—Ya veremos.

Max puso cara larga.

—Noooo. ¡Lo prometió!

—¿Sí?

—Sí.

—Bueno, cuando vuelva a casa le preguntaremos qué le gustaría hacer hoy, ¿vale?

—Seguramente sólo querrá beber vodka -dijo Jessica sin alzar la vista. Tom no estaba seguro de haber escuchado bien.

—¿Qué has dicho, cielo?

Jessica siguió acariciando al perro.

—Jessica, ¿qué has dicho?

—La vi.

—¿Viste a mamá haciendo qué?

—Prometí que no lo contaría.

Tom frunció el ceño.

—¿Que no contarías qué?

—Nada -dijo la niña con dulzura.

Sonó el timbre de la puerta.

Max corrió al recibidor, gritando emocionado:

—¡Mami! ¡Mami! ¡Ha llegado mamá!

Jessica se puso de pie de un salto y siguió a su hermano. Tom salió detrás de ellos.

Max abrió la puerta, luego se quedó mirando hacia arriba con cara de sorpresa triste al hombre negro y alto con chaqueta de piel brillante y pantalones azules que tenía enfrente. Jessica se paró en seco.

A Tom no le gustó nada la expresión en el rostro del detective.

Glenn Branson se agachó para quedar a la altura de Jessica.

–Hola -le dijo.

La niña volvió corriendo a la cocina. Max se mantuvo firme, mirando fijamente al hombre.

–Sargento Branson -dijo Tom, un poco sorprendido de verlo.

–¿Podríamos hablar un momento?

–Sí, por supuesto. – Tom le indicó que pasara.

Branson miró a Max.

–¿Cómo estás?

–*Lady* no se despierta -dijo el niño.

–¿*Lady*?

–Nuestra perra -le explicó a Tom-. Creo que tiene un virus.

–Vaya.

Max no se movió.

–¿Por qué no coges unos cereales para ti y para Jessica? – sugirió Tom.

A regañadientes, Max se dio la vuelta y regresó a la cocina.

Tom cerró la puerta cuando el detective hubo entrado.

–¿Tiene noticias? – Aún estaba perplejo por el comentario de Jessica sobre el vodka. ¿Qué había querido decir su hija?

–Hemos encontrado el Audi familiar que dijo que conducía su mujer - dijo Glenn Branson en voz baja-. Ardió, lo quemaron, seguramente fueron unos gamberros, en Ditchling Beacon esta pasada madrugada. Hemos comprobado el número de chasis, está registrado a su nombre.

Tom lo miró horrorizado y con la boca abierta.

–¿Quemado?

–Eso me temo.

–¿Y mi mujer? – Tom comenzó a temblar incontrolablemente.

–No había nadie dentro. Los fines de semana siempre pasan cosas así. Hay gamberros que roban coches y luego les prenden fuego, para divertirse o para borrar las huellas. Normalmente es por las dos cosas.

Tom tardó unos momentos en asimilar la información.

–Fue a llevar a la canguro a casa -dijo-. ¿Cómo diablos pudieron robarlo unos gamberros?

El sargento no tenía respuesta.

OceanofPDF.com

Capítulo 47

El municipio de Brighton y Hove tenía muchas caras distintas, pensó Grace, y mucha gente diferente. Parecía que algunas ciudades estaban divididas en comunidades étnicas distintas, pero en Brighton y Hove se trataba más de comunidades sociológicas diferentes.

Estaban los ancianos refinados, con sus mansiones o viviendas tuteladas, que iban a ver el críquet al County Ground, jugaban a la petanca o se sentaban en sillas en el paseo, en las playas en verano; si tenían dinero, pasaban el invierno en España, en Canarias, por ejemplo. Por otro lado, estaban los ancianos más pobres, que temblaban en invierno -y durante medio verano- y permanecían encerrados en sus pisos subvencionados fríos y húmedos.

Estaban las clases medias adineradas y descaradas, con sus casas elegantes en Hove 4, y las más discretas, con sus bellas mansiones en el paseo marítimo. Por otro lado, se hallaban las más modestas, como la de Grace, con casas situadas hacia el oeste, en el barrio de Southwick, justo detrás del puerto comercial de Shoreham, y con barriadas por toda la ciudad que se extendían hasta los Downs.

Gran parte del color y el dinamismo de Brighton y Hove lo aportaban la muy visible, y a menudo loca, comunidad gay, y los numerosos estudiantes de las universidades de Sussex, Brighton y una plétora de universidades más, que habían colonizado zonas enteras de la ciudad. Estaban los delincuentes visibles -los traficantes que merodeaban por las peores esquinas, que desaparecerían entre las sombras al oler un coche patrulla- y los menos visibles, los ricos en la cima de su negocio, que vivían tras los muros altos de las casas elegantes de Dyke Road Avenue y las calles adyacentes flanqueadas de árboles.

Los barrios de viviendas subvencionadas bordeaban la ciudad; los dos mayores, Moulscombe y Whitehawk, tenían fama de ser un nido de delincuencia y violencia, pero Grace opinaba que no se la merecían del todo. Había delincuencia y violencia en toda la ciudad y la gente se sentía cómoda señalando estos barrios, como si allí viviera una especie totalmente distinta de *Homo sapiens*, en lugar de personas decentes, en su mayoría, que no tenían suficiente dinero para comprar petulancia.

Y estaba la triste clase marginada. A pesar de los intentos que regularmente se llevaban a cabo para sacarlos de las calles, en cuanto llegaba el buen tiempo, los borrachos y los vagabundos volvían a las entradas de las tiendas, a los porches, a las aceras y a las marquesinas. Era malo para el turismo y aún peor para la conciencia de la ciudad.

Desde el inicio del Festival en Mayo y la llegada de la primavera, aparecían mesas y sillas delante de todos los cafés, bares y restaurantes, y las calles de la ciudad cobraban vida. En esos días, pensó Grace, uno casi podía imaginar que se encontraba en el Mediterráneo. Luego, entraba un frente desde el Canal, un viento huracanado del suroeste acompañado de una lluvia castigadora que repiqueteaba en las mesas vacías y azotaba los escaparates de las tiendas llenas de maniqués con ropa de baño, como si se burlara de todo aquel que osara fingir que Inglaterra realmente tenía verano.

El corazón palpitante del centro de la ciudad, por el que ahora pasaban, ocupaba un kilómetro y medio cuadrado más o menos a cada lado del Palace Pier. Estaban las casas adosadas de la época de la Regencia apretujadas en Kemp Town, en una de las cuales había vivido Janie Stretton; los Lanes, donde se concentraban los anticuarios; y el barrio de North Laines, lleno de tiendas pequeñas y modernas y de casas minúsculas, entre las que estaba la fábrica reformada donde Cleo Morey tenía su piso.

Nick Nicholl conducía el Ford Mondeo camuflado. Grace iba sentado en el asiento del copiloto, ocupado tomando notas en su Blackberry. Norman Potting iba detrás. Bajaban por London Road, en el centro de Brighton. En casi cualquier momento del día o de la noche, estarían avanzando lentamente entre el denso tráfico, pero un domingo a esta hora temprana de la mañana, aparte de un par de autobuses, prácticamente tenían la calle para ellos solos.

Grace miró su reloj. Esperaba que el interrogatorio a Reggie D'Eath no se alargara demasiado y pudiera arañar un par de horas para estar con su ahijada. El tiempo suficiente para llevarla a comer, si no podían ir hoy a ver las jirafas.

Estaban pasando por delante del Royal Pavilion, el monumento histórico distintivo de la ciudad, a la derecha. Ninguno de los tres hombres lo miró, era uno de esos lugares que resultaban tan familiares que se había vuelto invisible.

El edificio con torretas y minaretes al estilo de los palacios indios fue encargado por el rey Jorge IV cuando era príncipe de Gales, para tener un picadero junto al mar para él y su amante, Maria Fitzherbert, a finales del siglo xviii. Y por lo que a picaderos junto al mar se refería, desde entonces no se había construido nada tan imponente en ningún lugar del mundo.

Se detuvieron en una rotonda, en la intersección con el paseo marítimo, el Palace Pier delante de ellos, llamativo incluso un domingo por la mañana a una hora tan temprana. Una rubia de piernas largas que llevaba una falda que a duras penas le tapaba el trasero cruzó sin ninguna prisa por delante de ellos, y les lanzó una mirada coqueta mientras balanceaba con gracia el bolso.

–Vamos, nena. ¡Inclínate y enséñanos el coñito! – murmuró Potting, que había estado callado unos minutos.

Se abrió un hueco en el tráfico y Nick Nicholl giró a la izquierda.

–¡Qué buena está, la tía! – dijo Potting, que se dio la vuelta para mirarla por la luna trasera.

–Sólo que la tía es un tío -le corrigió Nick Nicholl.

–¡Cojones! – dijo Potting.

–¡Sí, exacto! – contestó el sargento.

Recorrieron Marine Parade, dejando atrás los restos de los vasos rotos y de los envases de comida delante de una discoteca, el edificio supermoderno Van Alen, luego las fachadas de sílex blancas y negras de las casas de la época de la Regencia que daban a la Royal Crescent, la calle imponente en forma de media luna donde, le había dicho Glenn Branson a Grace miles de veces, había vivido Laurence Olivier.

–¡No digas gilipolleces! – contestó Potting-. ¡Era guapísima!

–Tenía una nuez enorme -dijo el sargento-. Es así como se sabe.

–No me jodas-intervino Potting.

–Seguro que él habría estado encantado, si se lo hubieras pedido amablemente.

–No deberían dejarle salir así a la calle, maldito bujarrón.

–Eres un grosero, Norman -dijo Grace, dándose la vuelta-. Eres bastante ofensivo, ¿lo sabías?

–Bueno, lo siento, Roy, pero los maricas me parecen ofensivos -dijo Potting-. Nunca los he entendido, ni nunca lo haré.

–Sí, bueno, resulta que Brighton es la capital gay del Reino Unido -dijo Grace, irritado de verdad con el agente-. Si tienes un problema con eso, o te has equivocado de trabajo o de ciudad. – «Y eres un puto imbécil, y ojalá no estuvieras en mi coche ni en mi vida», le habría gustado añadir, mientras buscaba en el bolsillo otro paracetamol.

A su izquierda, pasaron por delante de una hilera tras otra de imponentes casas adosadas blancas de la época de la Regencia. A la derecha, estaban las velas de docenas de yates, que acababan de salir del club náutico para una regata dominical.

–Este tipo con el que vamos a charlar -dijo Potting-, Reginald D'Eath, ¿también es de éstos?

–No -dijo Nick Nicholl-. No es de éstos, le gustan las chicas, siempre que no tengan más de cuatro años.

–Eso es algo que no puedo entender -dijo Norman Potting.

Mientras sacaba una cápsula de la lámina de papel de aluminio, Grace pensó sombríamente: «Genial, al menos tenemos eso en común».

Subieron por una cuesta empinada detrás de Rottingdean, al lado del campo de juegos de una escuela privada de primaria que tenía marcado un campo de criquet en el centro y dos marcadores blancos grandes con ruedas. Enfrente, había casas bonitas. Entonces, entraron en una calle con casitas a cada lado. Era el tipo de zona tranquila donde sobresaldría cualquier cosa fuera de lo normal, como advertían las pegatinas amarillas de la patrulla de vigilancia, que se exhibían en un lugar visible en todas las ventanas que daban a la calle.

Un buen lugar donde ubicar una casa segura, pensó Grace, salvo por un pequeño detalle que, al parecer, habían pasado por alto. ¿Qué persona en sus cabales colocaría a un pederasta en una casa situada a unos cientos de metros del campo de juegos de un colegio? Meneó la cabeza con incredulidad. ¿No se le había ocurrido a nadie?

–¿El señor D'Eath nos está esperando? – preguntó Nicholl.

–Con café recién hecho y una caja de bombones jovencitos, espero -dijo Norman Potting, y soltó una risita gutural.

–La mujer de la agencia de protección de testigos con la que he hablado -dijo Grace, sin hacer caso al chiste horrible- me ha dicho que le habían dejado un mensaje.

Se detuvieron delante del número 29. La casita de los cincuenta parecía un poco menos cuidada que el resto, el revestimiento rugoso marrón del exterior necesitaba una reparación; hacía bastante tiempo que la habían pintado. El pequeño jardín delantero también estaba en muy mal estado, lo que recordó a Grace que tenía que cortar el césped de su casa en algún momento del fin de semana, y hoy era el día perfecto. Pero ¿cuándo tendría tiempo?

Le dijo a Norman Potting que esperara en la calle, por si Reginald D'Eath no había recibido el mensaje de que iban a visitarle e intentaba escapar. Luego, acompañado por Nicholl, se dirigió a la puerta de la casa. Le preocupó que las cortinas del cuarto delantero aún estuvieran corridas a las once menos cuarto de la mañana de un domingo. ¿Quizás el señor D'Eath se levantaba tarde? Pulsó el timbre de plástico. En el interior de la casa, sonaron unas campanillas. Luego, silencio.

Esperó un momento y volvió a llamar.

Tampoco hubo respuesta.

Abrió la tapa del buzón, se agachó y llamó al hombre.

—Hola, señor D'Eath, ¡Soy el comisario Grace, del Departamento de Investigación Criminal de Brighton!

Tampoco hubo respuesta.

Seguido de Nicholl, fue al lateral de la casa, por el estrecho espacio que quedaba entre los cubos de basura, y abrió una verja alta de madera. El jardín trasero estaba mucho peor que el delantero, el césped cubierto de malas hierbas y muy alto, y los arriates eran una maraña triste de correhuelas y ortigas. Pasó por encima de una regadera de plástico tirada en el suelo, luego llegó a la puerta de la cocina de cristales esmerilados, uno de los cuales estaba roto. En el camino de ladrillos había fragmentos de cristal.

Miró a Nick Nicholl, cuyo ceño fruncido era un reflejo de su propia inquietud. Intentó girar el pomo y la puerta se abrió sin oponer resistencia.

Entraron en una cocina de otro tiempo, con un viejo frigorífico Lee, tristes módulos imitación madera y encimeras de formica en las que había una tostadora destartada y un hervidor de agua de plástico. En una mesita deprimente había restos de una comida -un plato de huevos y alubias secos y a medio comer, además de una taza de té medio vacía- y, junto a una fuente, descansaba una revista, abierta a doble página, con niños desnudos.

—Dios mío -comentó Grace con repugnancia al ver la revista. Luego, metió un dedo en el té; estaba frío. Se secó con un paño de cocina que colgaba de un estante, luego gritó:- ¡Hola! ¡Reginald D'Eath! ¡Policía de Sussex! ¡Puede salir, es seguro! ¡Sólo hemos venido a hablar con usted! ¡Necesitamos que nos ayude en una investigación!

Silencio.

Era un silencio que no gustó a Grace, un silencio que le recorrió toda la piel. El olor que percibía tampoco le gustaba. No era el olor de la vieja cocina destartada y cerrada, sino un olor más picante que conocía, pero que no podía ubicar, aunque algo en su memoria le decía que no era propio en absoluto de una casa.

Necesitaban desesperadamente a D'Eath. Estaba impaciente por hablar con él sobre lo que miraba en su ordenador. Por lo que le había dicho Jon Rye, sabía que Reggie D'Eath había seguido los mismos links que Tom Bryce y no dudaba que el pederasta tendría información sobre lo que había visto su testigo.

De momento, era la mejor pista que tenían en la investigación sobre el homicidio de Janie Stretton. Y, como no dejaba de pensar, no se trataba sólo de hacer avanzar la investigación, sino de salvar su carrera.

«Tenía que resolver este caso, maldita sea.»

Con un gesto, le indicó a Nick Nicholl que comenzara a buscar por el resto de la casa. El detective salió de la cocina, y Grace lo siguió hasta un pequeño salón, donde el olor era aún más fuerte. Allí había un sofá y dos sillones baratos a juego, un viejo televisor, un par de pósteres de cuadros de Turner muy mal enmarcados en las paredes y una única fotografía sobre la repisa de una chimenea eléctrica.

Grace contempló a la pareja de la fotografía, que estaba posando muy erguida: un hombre de aspecto débil y con cara de niño de unos treinta años, con poco pelo y vestido con un traje gris, corbata chillona y el cuello de la camisa demasiado alto, que rodeaba con un brazo a una rubia recia, delante de la entrada de lo que parecía un juzgado de paz.

Entonces oyó un grito.

—¡Roy! ¡Dios mío!

Asustado, salió corriendo del salón y vio al detective en el pasillo a poca distancia, con una mano en la cara, tosiendo delante de una puerta abierta.

Cuando llegó a donde estaba, el olor acre y penetrante le apresó la garganta. Aguantó la respiración y tras pasar por delante del detective entró en un cuarto de baño color verde aguacate. Y, mientras sentía que se asfixiaba, se encontró cara a cara con Reggie D'Eath.

O, al menos, con lo que quedaba de él.

Capítulo 48

Entonces Grace supo exactamente qué era ese olor. Le vino a la mente una cancioncilla morbosa que su maestro de ciencias había enseñado a todo el mundo en el colegio:

Ay, aquí descansa el pobre Joe.

Ay, ha dejado de respirar.

Porque lo que creía que era H₂O,
era H₂SO₄.

A Grace le picaban los ojos y le escocía la cara. Era peligroso estar en el cuarto más de unos segundos, pero le bastaron para ver lo que tenía que ver.

Reggie D'Eath estaba en una bañera, sumergido hasta el cuello en un líquido transparente como el agua, pero que, en realidad, era ácido sulfúrico. Ya había consumido casi toda la piel, músculos y órganos internos por debajo del cuello, dejando un esqueleto limpio, en parte disuelto, alrededor del cual unos pocos filamentos pálidos tendinosos, aún pegados a él, iban encogiéndose mientras miraba.

Una anilla de metal, alrededor de su cuello, estaba atada a un toallero encima. Los gases corrosivos estaban afectando a la cara de D'Eath, que tenía la piel llena de ampollas y pústulas amoratadas.

Grace salió deprisa del cuarto y chocó con Nicholl. Los dos hombres se miraron en silencio, anonadados.

–Necesito aire -dijo Grace, jadeando, y se dirigió vacilante hacia la puerta de entrada y salió al jardín.

Nicholl le siguió.

–¿Todo bien? – preguntó Norman Potting, apoyado en el coche, chupando su pipa.

–No exactamente -dijo Grace, muy mareado, tan afectado que, durante un momento, le resultó imposible pensar con claridad.

El policía tomó unas bocanadas largas y profundas de aire fresco. A poca distancia, en la calle, un hombre lavaba su coche. Cerca, se oía el

ruido metálico de un cortacésped.

A Nicholl le entró una tos áspera e intensa.

Grace sacó su teléfono nuevo del bolsillo y miró las teclas; había practicado con él un par de veces, pero aún no había utilizado la cámara. Con un pañuelo sobre la nariz, volvió a entrar en la casa, se paró junto al baño, respiró hondo delante de la puerta, entró y sacó varias fotografías, deprisa, una tras otra. Luego volvió a salir del cuarto. Nick Nicholl estaba allí.

—¿Estás bien, jefe?

—Nunca he estado mejor -farfulló Grace, tragando aire; luego, se guardó la cámara en el bolsillo. No le hacía ninguna gracia lo que tenía que hacer a continuación.

Respiró hondo otra vez, se sumergió en el cuarto de baño, cogió una toalla grande de un toallero, envolvió la cabeza de Reggie D'Eath y tiró con fuerza de ella.

Después de varios intentos, la cabeza, junto con la médula espinal, se liberaron de la anilla. Sorprendido de lo mucho que pesaba y aguantando aún la respiración, Grace la sacó del baño y la dejó en el suelo del pasillo.

El joven detective la miró, se desplomó, se golpeó contra la pared y vomitó.

Grace, recordando algo del curso de primeros auxilios, corrió a la cocina, encontró un cuenco en un armario, lo llenó con agua fría, luego volvió a toda prisa y lo vació sobre la cara de D'Eath para intentar eliminar el ácido. Si había en él alguna prueba forense, quizá lograría salvarla y, en cualquier caso, contribuiría a la identificación. El olor del vómito del detective hizo que le entraran arcadas, y mientras corría a rellenar el cuenco, apenas pudo contener las ganas de vomitar.

Luego, regresó a la cocina y llamó por radio al equipo de apoyo. Solicitó agentes del SOCO, un vigilante de la escena y algunos policías para llevar a cabo el interrogatorio puerta por puerta. Mientras hablaba, vio que debajo de la revista repugnante que al parecer D'Eath había estado leyendo mientras comía había un teléfono inalámbrico.

En cuanto acabó, cogió el teléfono con cuidado, utilizando su pañuelo, se lo acercó a la oreja y pulsó el botón de llamada. Apareció un número local en la pantalla, luego el teléfono sonó. Una voz de hombre casi excesivamente educado contestó después de sólo dos tonos.

–Buenos días, Dobson's. ¿En qué puedo ayudarle?

–Soy el comisario Grace del Departamento de Investigación Criminal de Brighton. Creo que un tal señor Reginald D'Eath -procuró pronunciar bien el apellido- les ha llamado hace poco. ¿Puede decirme qué relación tienen con él?

–Lo siento muchísimo -dijo el señor Educación-. No me suena el nombre. Quizás hablara con uno de mis compañeros.

–¿Y a qué se dedican ustedes exactamente? – preguntó Grace.

–Somos una funeraria.

Grace le dio las gracias al hombre, colgó y marcó el 1471 para comprobar el último número entrante. Al cabo de un momento, oyó una voz grabada: «Lo sentimos, número oculto».

Colgó. La última llamada de D'Eath había sido a una funeraria que no le tenía registrado. ¿Habían dejado así el teléfono sus asesinos para forzar una broma de mal gusto?

Absorto en sus pensamientos, salió e invitó a Norman Potting a entrar en la casa. Le pareció una maldad dejarle fuera con aquel sol maravilloso, solo, disfrutando de su pipa.

Los primeros agentes de la escena del crimen, entre los que estaba un Joe Tindall muy contrariado, tardaron casi una hora en llegar. El hombre era un fan de Roy Grace cada vez más desencantado.

–Lo estás convirtiendo en una costumbre dominical, ¿verdad, Roy?

–Yo antes también tenía vida propia -le espetó Grace, que tenía el sentido del humor atrofiado.

Tindall meneó la cabeza.

–Sólo me quedan quince años, ocho meses y siete días para jubilarme, y restando... -dijo-. Voy tachando cada puto segundo.

Grace los condujo al interior de la casa, a través del pasillo hacia el cuarto de baño y la imagen que recibió a Joe Tindall no mejoró en nada su día.

Grace dejó al agente del SOCO, volvió fuera, se agachó para pasar por debajo de la cinta de la policía que ahora acordonaba la casa y se abrió paso educadamente por entre el grupo de vecinos curiosos que comenzaba a congregarse en el exterior y se dio cuenta de que durante una hora entera no había pensado en Cleo Morey. En la calle había ahora media docena de

coches de policía y el Vehículo de Incidentes Graves estaba aparcando marcha atrás.

Dos agentes uniformados de apoyo a la comunidad estaban llamando a la puerta del vecino de al lado, para comenzar sus interrogatorios puerta por puerta.

Subió un poco por la calle, alejándose para que no lo oyeran, y primero llamó a los Somers y se disculpó con Jaye por tener que volver a cancelar su salida. La decepción que oyó en su voz hizo que se sintiera fatal. Irían la próxima semana, le prometió. Pero no pareció que la niña acabara de creerle.

Luego, marcó el número de Cleo.

Sólo oyó su buzón de voz.

—Hola -dijo Grace-. Sólo llamo para decirte que me encantó verte anoche. Llámame cuando tengas un momento. Ah, y espero que hoy no tengas guardia, por tu bien. Tengo un cadáver muy desagradable entre manos.

El dolor de cabeza, la resaca, lo que fuera, volvía para vengarse, y tenía la garganta como papel de lija. Mientras regresaba a la casa, se sintió débil. Se acercó a Nicholl y a Potting, que estaban fuera, charlando con el agente de la vigilancia.

—¿A alguien le apetece una copa? Porque yo necesito una, joder.

—Siempre que no sea agua del baño del señor D'Eath -dijo Potting.

Grace estuvo a punto de sonreír.

Capítulo 49

Kellie intentaba moverse, pero el dolor que sentía en los brazos empeoraba cada vez que hacía un esfuerzo; la cuerda, el alambre, o lo que fuera con que los tenía atados, se le clavaba más y más en la piel. Y cuando intentaba gritar, el sonido grave hacía que le temblara toda la cara; el ruido quedaba atrapado en su boca.

—Mmmnnnnnnuuuuuuuug.

No veía nada, no podía abrir los ojos. Había una oscuridad negra como el carbón detrás de las imágenes que veía en su cabeza. No oía nada, excepto el sonido de su sangre rugiendo en sus oídos. El sonido de su propio miedo.

Temblaba de terror y de frío. Y por la falta de alcohol.

Tenía la garganta seca. Necesitaba una copa. Necesitaba un trago de vodka desesperadamente, desesperadamente. Y agua.

Tenía la entrepierna fría y le picaba. Hacía un rato, cuando por fin había liberado la orina que ya no podía seguir reteniendo, había notado algo extraño, cómodamente cálido durante varios minutos. Hasta que había empezado a estar frío. De vez en cuando, lo olía; luego, era otra vez el olor de un sótano, frío y húmedo.

No tenía ni idea de qué hora era ni de dónde estaba. Le estallaba la cabeza. Un miedo frío e intenso se arremolinaba en el pozo profundo y negro de sus entrañas, se arremolinaba en la sangre que corría por sus venas. Estaba tan asustada que le resultaba imposible pensar con claridad.

Sólo de vez en cuando, creía oír el sonido apagado del tráfico. Una sirena ocasional. ¿Venía a rescatarla?

Pero no tenía ni idea de dónde estaba.

De sus ojos tapados brotaban lágrimas. Quería ver a Tom, quería ver a Jessica y a Max, oír sus voces, sentir sus brazos rodeándola. Intentó recordar esos momentos, esos momentos confusos que habían pasado a toda velocidad.

Había llevado a Mandy Morrison a casa. Había parado delante de la casa moderna de estilo español de sus padres en la elegante Tongdean Lane, una cuesta empinada cerca del estadio de Withdean. Se había quedado sentada en el coche, la música sonaba en la radio, esperando a que la chica entrara sana y salva antes de arrancar.

Mandy había abierto la puerta, había entrado, se había girado, había saludado y había cerrado la puerta.

Luego, se había abierto la puerta del copiloto.

Y la puerta trasera de detrás de ella.

Una mano fuerte como el acero le había agarrado el cuello y echado hacia atrás. Luego, algo mojado y acre le había presionado la nariz.

Gimoteó al recordarlo.

Después, estaba aquí.

Temblando incontrolablemente.

Tumbada en un suelo duro como una piedra.

Forcejeó, intentando mover los brazos de nuevo, pero el dolor se hizo insoportable. Intentó mover las piernas, pero las tenía pegadas. Se le estaba acelerando la respiración, notaba una presión en el pecho.

Notó una luz que la iluminaba. La oscuridad detrás de sus párpados se convirtió en una neblina roja.

Entonces, Kellie emitió un grito apagado de dolor cuando le arrancaron la cinta de los ojos, que pareció llevarse la mitad de su piel. Y pestañeó, deslumbrada momentáneamente por la luz. Inclinado sobre ella estaba un hombre bajito y rechoncho con una sonrisa de suficiencia y el pelo plateado y ondulado recogido en una pequeña coleta, muy obeso, con una camisa ancha abierta hasta el ombligo.

Al principio, sintió alivio; creyó que aquel hombre había venido a ayudarla. Intentó hablarle, pero sólo pudo emitir un grito sofocado.

El hombre la miró sin decir nada, repasándola de arriba abajo con una expresión de profunda seriedad. Luego, por fin, le sonrió, y a Kellie el corazón le dio un brinco. Había venido a ayudarla, iba a sacarla de allí, ¡a llevarla a casa con Tom, con Jessica, con Max!

De repente, el hombre separó los labios y sacó la lengua rápidamente, como una serpiente, lamiéndolos, humedeciéndolos.

—Me parece que a ti te gusta que te enculen -dijo entonces con acento americano.

El hombre se metió la mano en el bolsillo y Kellie oyó un tintineo metálico. Mientras el miedo la atenazaba, destrozando todas las células de su organismo, vio una delicada cadena plateada que se balanceaba entre sus dedos.

—Te he traído un regalo, Kellie -dijo el tipo con una voz que le dijo que él era su nuevo mejor amigo.

El hombre sostuvo la cadena delante de la cara de Kellie; tenía un pequeño colgante, y con la poca luz que había no podía acabar de distinguir el diseño que llevaba grabado. Parecía una especie de escarabajo.

—Puedes relajarte -le dijo-. ¡Sólo vamos a sacarte unas fotos para tu álbum familiar!

—Grnnnnngwg -respondió ella.

—Si eres buena chica y haces exactamente lo que te digo, puede que incluso te deje tomar una copa. Vodka Stoli -dijo-. Es tu preferido, ¿verdad?

— En la otra mano tenía una botella-. No me gustaría que te murieras de sed -añadió-. Eso sí sería un desperdicio.

Capítulo 50

—XJueno, ya tengo un nombre apropiado para él -dijo Norman Potting-. D'Eath. — Y lo pronunció «dez»: en inglés, «muerte».

Grace, Potting y Nicholl estaban sentados en el salón de madera de roble del Black Lion de Rottingdean, con una pinta de cerveza cada uno. Grace bebió un gran trago, manteniendo el ancho borde del vaso pegado a la nariz, inhalando el aroma del lúpulo, intentando borrar el hedor a ácido sulfúrico de su olfato.

Se dio cuenta de que le temblaba la mano. ¿Por la resaca? ¿Por lo que había visto esta mañana?

Recordó los primeros tiempos de su carrera, cuando patrullaba las calles de noche y lo llamaron para ocuparse de un suicidio en la línea férrea Londres-Brighton. Un hombre yacía en la vía en la entrada de un túnel, las ruedas de un tren le habían pasado por encima del cuello. Grace había tenido que recorrer la vía y recuperar la cabeza.

Nunca olvidaría la imagen surrealista de verla ahí tirada a la luz de su linterna, apenas goteaba sangre; el corte era de una precisión prácticamente quirúrgica. El hombre muerto tenía unos cincuenta años y la tez rubicunda y curtida. Grace había cogido la cabeza por la mata greñuda de pelo rojizo y le había sorprendido lo mucho que pesaba. La cabeza de D'Eath era igual de pesada.

Contempló cómo el calidoscopio de luces de una máquina tragaperras, a la que nadie estaba jugando, seguía con su rutina. Podía oír las débiles campanillas que lo acompañaban. Aún era pronto; en el bar había poca gente. Un hombre de aspecto moderno, un profesional de los medios, estaba sentado junto a la chimenea, bebiendo lo que parecía un Bloody Mary y leyendo el *Observer*. Una pareja de ancianos sin forma estaba sentada un par de mesas más allá, repantigada en silencio, como dos sacos de patatas.

Al repasar la agenda del día -que había quedado trastocada por el asesinato de D'Eath-, le preocupó la reunión de Nick Nicholl con el inspector jefe de la investigación del homicidio en Wimbledon, donde hacía dos meses se había descubierto el cadáver de una joven sin cabeza que llevaba un brazalete con un escarabajo. Quizá sería mejor ir él mismo, un inspector jefe hablando con otro, y no mandar a un miembro de categoría inferior de su equipo.

—¿A qué hora tienes la reunión con el inspector jefe del asesinato de Wimbledon?

–Va a llamarme esta tarde. Tiene un hermano en Brighton. Viene a comer con él.

–Infórmame e iré contigo.

–Sí, señor.

A pesar de que Nick tenía casi treinta años, seguía teniendo una juventud socialmente torpe. Y todavía no se había acostumbrado a llamarle Roy, que era como a Grace le gustaba que lo llamaran los miembros de su equipo.

Consultó la lista cada vez más larga de notas en su Blackberry. El olor a carne asada procedente de la cocina se arremolinaba en su estómago ya revuelto. Tardaría un poco en poder probar bocado, pensó. Ni siquiera estaba seguro de si era muy inteligente beber con todo el paracetamol que había tomado. Pero era uno de esos momentos en los que necesitaba un trago. Estuviera de servicio o no.

Sacó el teléfono de su bolsillo y comprobó que lo tenía encendido, por si se había apagado por algún motivo y había perdido una llamada de Cleo.

Se preguntó brevemente cómo le iría a Glenn Branson. Le preocupaba un poco su amigo. Debajo de su cuerpo fornido, gracias al cual debía de haber sido un formidable segurata de discoteca, se escondía un buen tipo. Demasiado amable y bondadoso, a veces.

–Ácido sulfúrico -dijo Potting, y levantó el vaso y bebió un trago largo.

Grace se quedó mirándolo. El pobre hombre no había sido bendecido con un buen físico, de hecho, rayaba la fealdad. A pesar de los defectos del viejo detective, de repente sintió un poco de pena por su compañero; percibió que era un hombre triste que detrás de tantas bravatas se encontraba solo.

Potting dejó su pinta sobre un posavasos de Guinness, se metió la mano en el bolsillo y sacó su pipa. Se la metió en la boca y sacó una caja de cerillas del otro bolsillo. Nick Nicholl lo miraba fascinado.

–¿Has fumado alguna vez, chico? – le preguntó Potting.

El joven detective negó con la cabeza.

–Eso pensaba. No tienes pinta. Supongo que eres un tipo sano, ¿verdad?

–Lo intento. – Nicholl bebió un trago de cerveza-. Mi padre fumaba.

Murió de cáncer de pulmón a los cuarenta y ocho.

Potting se quedó callado un segundo. Luego preguntó:

–¿Fumaba cigarrillos?

–Veinte al día.

Potting levantó la pipa con aire de suficiencia.

–Esto es diferente, ¿sabes?

–Nick es un buen corredor -intervino Grace-. Quiero ficharle este otoño para mi equipo de rugby.

–El Sussex necesita buenos corredores en estos momentos -replicó Potting-. Hoy tienen que hacer un montón de carreras. ¡Qué desastre ayer! ¡Tres eliminados y diez carreras! ¡Contra el puto Surrey! – Encendió una cerilla, prendió la pipa y soltó una nube de humo empalagoso que envolvió a Grace.

Potting sopló hasta que la cazoleta de su pipa cogió un color rojo intenso uniforme.

Normalmente, a Grace le gustaba el olor a pipa, pero esta mañana no. Apartó el humo con la mano y contempló cómo se enroscaba y subía perezosamente hacia el techo decorado con nicotina. El asesinato de Reggie D'Eath podía ser una coincidencia, pensó. El hombre era un testigo clave de la acusación en el juicio contra miembros de una importante red internacional de pederastia. Había varias personas que tenían buenas razones para querer callarle.

Sin embargo, lo que habían encontrado en los dos ordenadores le pareció que indicaba otra posibilidad. Habían advertido a Bryce que no se pusiera en contacto con la policía. Actuando correctamente, el hombre no había hecho caso de la advertencia, y un examen policial de su ordenador lo había relacionado con el PC de Reggie D'Eath. Menos de veinticuatro horas después, D'Eath estaba muerto.

Se oyeron unas campanillas irritantes procedentes de la máquina tragaperras, luego otro tintineo más, como el de un xilófono. Potting y Nicholl estaban ahora enfrascados en una conversación sobre críquet, y Grace se sumió aún más en sus pensamientos. Estaba tan absorto en ellos que incluso cuando regresaron al coche, apenas retuvo la información que de repente reveló Norman Potting cuando dejó el tema del críquet y volvió al asesinato de Reggie D'Eath.

Capítulo 51

La veterinaria de urgencias, que se llamaba Dawn, una australiana de aspecto hombruno de unos treinta y cinco años, estaba arrodillada al lado de

Lady, que seguía adormilada. Bajó el párpado izquierdo de la perra y le examinó el ojo con la ayuda de una linterna de bolsillo. Max y Jessica observaban inquietos. Tom tenía un brazo alrededor de cada uno.

El detective, Glenn Branson, había salido a hacer una llamada.

Tom miró al perro, totalmente desconcertado. Ayer por la mañana había ido a la policía, desafiando el e-mail de advertencia que le habían enviado. Ahora Kellie había desaparecido; además, el coche había aparecido sin ella, quemado.

«Dios, cielo, ¿dónde estás?»

De pie en la calle, bajo el sol brillante de la mañana, Branson tenía el teléfono pegado a la oreja y hablaba con la policía de Relaciones Familiares, la agente Linda Buckley, para que fuera inmediatamente a casa de los Bryce.

Casi justo después de colgar, sonó el teléfono. Era un agente de la policía, de los Transportes Británicos, el agente Dudley Bunting, que devolvía la llamada de Branson. Glenn le explicó lo que buscaba y que era muy urgente. Bunting le prometió llamarle en cuanto pudiera.

—Necesito que sea hoy —dijo Branson—. No dentro de tres semanas. ¿Es posible?

Bunting pareció dubitativo.

—Es domingo.

—Sí, ya lo sé, yo tendría que estar en misa; sin embargo, estoy con un tipo a quien le gustaría pasar el día con su mujer, y con sus dos hijos, a quienes les gustaría pasar el día con su madre, pero, al parecer, alguien la ha secuestrado en plena noche. Así que quizá te gustaría sacrificar el asado del domingo con tu familia política y ponerte las pilas.

Bunting le aseguró que cargaría la batería al máximo.

Mientras hablaba, le entró otra llamada, de Ari. Branson no contestó. Cuando colgó, apareció un aviso de mensaje en la pantalla del móvil, acompañado de dos pitidos agudos.

El sargento miró el cartel en las ventanas del gimnasio al otro lado de la carretera. Gim-tonic. Era un buen nombre, pensó. Sí, le gustaba. Con el puño, se tocó los músculos del estómago. La tableta de chocolate seguía ahí, pero tenía que volver al gimnasio; hubo una época en la que iba todos los días; ahora, pensó con cierto sentimiento de culpa, ya era todo un logro si iba dos veces a la semana.

Mientras alzaba la vista al cielo azul y sentía el calor glorioso del sol en su cara, se sintió mucho más culpable por otra cosa.

Ari, su mujer..., y sus hijos.

Sammy acababa de cumplir ocho años y Remi tenía tres; los echaba de menos todos los minutos del día que no pasaba con ellos. Sin embargo, últimamente apenas los veía. El trabajo consumía cada vez más su vida.

Pulsó la tecla de recuperación de mensajes y escuchó el que acababa de dejarle Ari, que tenía un tono seco y sarcástico: «Glenn, voy a llevar a Sammy y a Remi a la playa; estaría bien que pudieras venir, puesto que fue idea tuya. Les gustaría ver a su padre como mínimo una hora durante el fin de semana. Quizá puedas llamarme. Me llamo Ari, por si lo has olvidado. Soy tu mujer».

Branson suspiró sonoramente. Cada vez se peleaban más por culpa de su horario. Ari ya parecía haber olvidado que se había tomado todo el fin de semana pasado libre para ir a Solihull al treinta cumpleaños de su hermana, por lo que tuvo que cargar todo su trabajo en los anchos hombros de Grace.

El problema de Glenn Branson era su ambición; quería subir de categoría en categoría, como había hecho Roy Grace. Pero eso implicaba que trabajar hasta tarde no sería algo temporal. Así iban a ser las cosas durante los próximos veinte años.

Era un trabajo que pasaba factura a los matrimonios de muchos de sus compañeros; a menudo parecía que sólo los policías casados con otros policías, que comprendían los horarios locos del otro, tenían matrimonios felices. En algún momento, iba a tener que tomar una decisión sobre qué era más importante para él, su trabajo o su familia.

Era bastante irónico, la verdad. Poco después de que naciera Sammy, cuando Glenn Branson trabajaba de segurata de discoteca, había decidido que quería tener una carrera de la que su hijo pudiera estar orgulloso, y fue entonces cuando se unió al cuerpo de policía de Sussex.

Estaba a punto de llamar a Ari cuando una voz a sus espaldas le pegó un susto. Era Tom Bryce, tenía muy mal aspecto, estaba lívido, los ojos asustados.

—¿Podría hablar con usted en privado, sargento Branson? — le preguntó.

—Por supuesto.

Subieron al Mondeo de Branson y cerraron las puertas.

–Lo que quiero preguntarle es si cree que corremos peligro, si debería llevarme a mis hijos a algún lugar. Escondernos.

El detective no estaba seguro de qué responder. Se quedó callado un momento, pensando en el atroz asesinato de Janie Stretton y en la advertencia que Bryce afirmaba que había recibido por e-mail; luego, en la desaparición de su mujer. No sabía qué responder porque aún no tenía suficiente información. Pero ¿y si esto le hubiera pasado a él y hubiera sido Ari la desaparecida? ¿Podía mirar sinceramente a Tom Bryce a los ojos y decirle que se quedara donde estaba?

Pero ¿qué alternativas había? ¿Ponerles protección las veinticuatro horas? Dudaba que pudiera arreglarlo, a menos que aparecieran pruebas mucho más sólidas para convencer a Alison Vosper de que asumiera los costes. ¿Trasladarlos a una casa segura? Roy Grace le había llamado hacía media hora para contarle lo de Reggie D'Eath. Vivan las casas seguras.

–Creo que hay que considerar la posibilidad de que a su mujer la hayan secuestrado, señor Bryce.

Eso era lo que temía Tom, aunque lo acosaba una pequeña duda. Las palabras de Jessica seguían repitiéndose en su cabeza.

«Seguramente sólo querrá beber vodka. La vi. Prometí que no lo contaría.»

–He llamado para que venga a verle una agente de la unidad de Relaciones Familiares. Es muy competente, se mudará aquí, si usted da su consentimiento. Organizará turnos con una compañera para darles protección a usted y a sus hijos las veinticuatro horas.

–¿Es lo que usted haría en mi situación, sargento Branson?

–Sí -contestó, sin estar muy convencido-. Sí. Al menos de momento. Vamos a ver qué averiguamos hoy.

Glenn Branson bajó la vista, incapaz de mirar al hombre a los ojos durante más de un segundo. Y mientras pronunciaba las palabras, pensó para sí mismo: «Si fuera yo, ¿querría que Sammy y Remi se quedaran en la casa?».

Y, sencillamente, no supo qué responder.

Capítulo 52

–Patatas -dijo Norman Potting de repente.

Los tres policías iban en el coche, Nick Nicholl era quien conducía. Se dirigían del pub de Rottingdean a Sussex House. A Grace, la cerveza después del paracetamol y la larga noche le estaban dando sueño.

—¿Patatas? —repitió Nicholl.

—Me crié en una granja -dijo Potting-. Mi padre fumigaba los campos de patatas con ácido sulfúrico. Diluido, claro. Nunca me hizo ningún daño.

—¿Ácido sulfúrico en las patatas? No hablarás en serio.

Las palabras «ácido sulfúrico» captaron la atención de Roy Grace.

—Mi amigo, yo siempre hablo en serio -contestó Potting-. El ácido mata los brotes y facilita mucho la recolección.

—¿Y mata a quien se come las patatas? —preguntó Grace.

—Eso son gilipollices -dijo Potting-, todo eso de los cultivos orgánicos. No hay nada de malo en utilizar unos pesticidas como Dios manda.

¡Mírame a mí!

—Te estoy mirando -dijo Nicholl, con los ojos en el retrovisor.

—¡No me he puesto enfermo ni una sola vez en toda mi vida!

«Estás permanentemente enfermo», pensó Grace.

—En las manos adecuadas es inocuo -prosiguió Potting.

—No creo que Reggie D'Eath esté de acuerdo contigo -replicó Grace.

—¿Darías a tus hijos patatas que han sido fumigadas con ácido sulfúrico? —le preguntó Nicholl a Potting.

—No tendría ningún problema -dijo.

—Pues yo sí -dijo el joven detective.

—¿Cuántos hijos tienes? —le preguntó Potting tras unos momentos de silencio.

—El primero está en camino, cualquier día de éstos -dijo el detective-. ¿Y tú?

—Dos de mi primer matrimonio. Uno del segundo. Dos más del tercero. La segunda de mi tercer matrimonio, Suzie, tiene síndrome de Down. No es que vea demasiado a esos granujillas -dijo con añoranza.

Nicholl se quedó visiblemente afectado con la respuesta de Potting.

—¿Síndrome de Down?

Potting asintió.

—Lo siento -dijo Nicholl.

Potting se encogió de hombros.

–Así son las cosas -dijo con tristeza-. Es buena chica, siempre está contenta. – Volvió a encogerse de hombros-. Todas las familias tienen algo, ¿no?

–¿Sigues casado? ¿Con la tercera?

Potting puso cara larga.

–Me rendí. – Frunció la boca-. Estoy soltero, soy libre como el viento, como nuestro comisario Grace. Hazme caso, chico, es lo mejor.

–Yo estoy felizmente casado, la verdad -dijo Nick Nicholl.

–Eres un hombre con suerte -contestó Potting.

–Entonces, si buscamos a alguien que tenga ácido suficiente como para llenar una bañera, ¿deberíamos buscar a alguien que cultive patatas? – preguntó Grace, volviendo la cabeza.

–O a alguien que suministre a cultivadores de patatas -dijo Potting-. O empresas farmacéuticas. O fabricantes de ácidos cítricos y lácticos, y de aceites comestibles. De adhesivos, explosivos, gomas sintéticas. Tratamientos de aguas y vertidos. Pasta de papel. Curtido de pieles. Baterías de coche.

–Deberías ir a algún concurso de la tele -dijo Nicholl-. El ácido sulfúrico sería tu especialidad.

–Hace unos años tuve un caso. Un tipo de Croydon le echó ácido a su novia en la cara cuando ella lo dejó. Al parecer, es una práctica habitual en algún país de África.

–Qué majo -contestó Nicholl.

–Todo un encanto. Es lo que pasa con los negritos.

Ahora Grace se enfureció.

–Norman, por si no te has fijado tenemos a una persona negra en el equipo. Si haces un comentario racista u homófobo más, voy a tener que suspenderte. ¿Hay alguna parte que no hayas entendido?

–Lo siento, Roy -dijo Potting tras unos segundos de silencio-. Te pido disculpas. No he tenido mucho tacto. El sargento Branson es buena gente.

«¿Aunque sea negro?», tuvo la tentación de espetarle Grace, pero en lugar de eso dijo:

–Habrán hecho falta unos cuantos litros para llenar la bañera. Los vecinos tienen que haber visto algo, con todas esas malditas pegatinas de la patrulla de vigilancia. Te asigno dos tareas, Norman. Primero, descubre por el equipo de los interrogatorios puerta por puerta si en los últimos días

alguien ha visto algún vehículo extraño por la calle. Segundo, descubre si hay proveedores, o usuarios, de grandes cantidades de ácido sulfúrico en la zona.

—¿Antes o después de que acabe de revisar los libros de Barry y Claire Acompañantes Veinticuatro Siete, jefe?

—Tendrás que pluriemplearte, como el resto de nosotros, Norman.

Dos pitidos agudos le dijeron a Grace que había recibido un mensaje. Miró y vio que era de Cleo. Le subió la moral al instante. Luego, cuando lo leyó, se deprimió. O, mejor dicho, se hundió.

Capítulo 53

La sala de visionado del centro de investigaciones era un cubículo minúsculo sin ventanas, a unos metros de distancia del MIR Uno en el mismo pasillo. Sólo con Glenn Branson y Tom Bryce ahí metidos, la sensación ya era de aglomeración y claustrofobia. Un ejemplo más, según Branson -y eso que él sólo visitaba la sala de vez en cuando- de lo mal que se había planificado la reforma del edificio.

Tom Bryce estaba sentado a la mesa, delante de un monitor, y a su izquierda había un vídeo y una pila donde se amontonaban diversos CD. El aparato estaba cargado con imágenes de dos cámaras de seguridad de la estación de tren de Preston Park, la primera parada al norte de Brighton, usada con frecuencia por los trabajadores de la periferia tanto por su ubicación cómoda en las afueras como por el aparcamiento gratuito que ofrecían las calles de alrededor. Era la estación donde se había bajado el capullo que iba sentado a su lado en el tren el martes pasado por la tarde y que se había olvidado el CD.

El agente Bunting no le había fallado. Dos horas después de que Glenn llamara a la policía de los Transportes Británicos, el agente había conseguido las imágenes del andén de Preston Park de los trenes que iban al sur a la hora en que llegaba el tren de Tom.

Tom se obligó a concentrarse, pero le costaba, ya que estaba preocupadísimo por Kellie. Temblaba porque no había comido nada en todo el día y había bebido demasiada cafeína. Notaba el estómago como si lo tuviera lleno de alambres de púas. De repente, le sonó el móvil

Miró la pantalla, pero no reconoció el número.

—Será mejor que conteste -dijo.

Branson asintió con la cabeza.

Era Lynn Cottesloe, la mejor amiga de Kellie, que también vivía en Brighton. Se preguntaba si había noticias o algo que ella y su marido pudieran hacer para ayudar. ¿Podían llevarles comida? ¿Ayudarle con los niños? Tom le dio las gracias y le dijo que la policía había organizado turnos con agentes de Relaciones Familiares. Lynn le dijo que la llamara en cuanto se supiera algo, y él le prometió que así lo haría. Luego, reanudó su tarea.

La primera cámara mostraba todo el andén, desde un punto estratégico en alto. Un tren estaba saliendo de la estación. Un reloj en la esquina superior derecha marcaba las 19.09.

—Ese es el Thameslink, el servicio de London Bridge -le informó Glenn Branson-. El suyo llegará dentro de un par de minutos.

Tom pasó la cinta hacia delante, luego la paró cuando un nuevo tren apareció en la vía. Se puso nervioso. El tren se detuvo. Se abrieron las puertas y unas treinta personas bajaron al andén. Pulsó el botón de pausa y las examinó detenidamente a todas.

Ni rastro del capullo.

—¿Es el tren correcto? —preguntó.

—No hay duda. Es el tren rápido de las 18.10 que sale de Victoria, el que usted me dijo que mirara -contestó Branson-. Avance un poco la cinta. Es probable que aún no se haya bajado todo el mundo.

Tom pulsó el play y toda la gente cobró vida de nuevo. Escudriñó las puertas abiertas del tren, muchas de las cuales volvieron a cerrarse, intentando calcular en qué vagón se había sentado. Era más o menos el cuarto si empezaba a contar por el principio, creía que era el que estaba mirando ahora.

Y entonces lo vio.

El hombre corpulento de rostro aniñado, vestido con una camisa estilo safari y unos pantalones anchos sin forma y con una bolsa de viaje pequeña en la mano, estaba bajando ahora al andén y miraba a su alrededor detenidamente, casi como si quisiera asegurarse de que no había moros en la costa antes de salir.

«¿Por qué?», se preguntó Tom, clavando un dedo en el botón de pausa.

El hombre se detuvo a medio paso, el pie izquierdo enfundado en una deportiva en el aire, la cara ligeramente inclinada hacia la cámara, pero sin

percatarse de ella. Aunque la expresión de profunda consternación de su rostro era manifiesta.

Tom Bryce pulsó el play otra vez y al cabo de unos momentos, las preocupaciones del hombre parecieron desvanecerse y comenzó a caminar, casi con garbo, hacia la salida. Paró la cinta otra vez.

—Es éste -dijo.

Branson miró al hombre, estupefacto.

—Acerque la imagen, ¿quiere? Hacia la cara.

Tom toqueteó a tientas los controles, luego acercó la imagen, un poco a sacudidas, hasta que tuvo enfrente la cara del capullo.

—¿Está absolutamente seguro?

Tom asintió.

—Sí. Es él. Segurísimo.

—¿No existe ninguna posibilidad de que se equivoque?

—No.

—Muy interesante -dijo el sargento.

—¿Sabe quién es?

—Sí -dijo Branson; su voz se volvió sombría-. Sabemos quién es.

Capítulo 54

Poco antes de las cinco, el sargento Jon Rye estaba sentado a su mesa en la Unidad de Delitos Tecnológicos, trabajando aún en el ordenador de Tom Bryce, cuando sonó su línea directa. Descolgó el teléfono.

—Jon Rye -dijo.

—Hola. Soy Tom Bryce. En realidad estoy en su edificio, arriba, en la sala de visionado... Me preguntaba si..., si mi ordenador estaba listo. Podría..., podría pasarme... a recogerlo. Ne..., necesito trabajar esta noche. Yo... tengo..., tengo que preparar una reunión muy importante para mañana. ¿Cómo le va?

«Suenas fatal. Tú necesitas trabajar y yo necesito ir a casa y salvar mi matrimonio», pensó Jon Rye. En el departamento sólo quedaban él y Andy Gidney, sentado a poca distancia al otro lado de la sala, a estas horas, un domingo por la tarde. ¿No eran unos seres patéticos?

Gidney, con el iPod enchufado a las orejas como siempre, estaba encorvado sobre el teclado, la mesa llena de latas vacías de Coca-Cola y tazas de café de plástico de las máquinas expendedoras, haciendo clic sin

cesar, tratando de descifrar el código que llevaba toda la semana resistiéndosele.

A Rye le preocupaba el *freak*, parecía un alma perdida. Al menos, cuando él se marchaba del edificio, tenía un hogar esperándole. Nadine podía ser rancia a veces, pero habría un plato en la mesa, podría hablar con los niños. Una especie de normalidad. ¿Cuál era la normalidad de Gidney?

Aunque, ¿cuál era la normalidad de la gente que trabajaba aquí? La mayoría de las semanas consistían en ver porno en ordenadores incautados. Y la inmensa mayoría no eran imágenes normales excitantes y agradables, tipo desplegable del Playboy, sino hombres de mediana edad con niños pequeños, algunos de los cuales ni siquiera habían cumplido los dos años. Algo que nunca, ni en mil millones de años, podría llegar a comprender. ¿Cómo podía excitar eso a alguien? ¿Cómo podía alguien hacer eso con niños inocentes? ¿Cómo podía un hombre de cuarenta años sodomizar a un niño pequeño, y luego vivir sabiendo lo que había hecho?

La respuesta, tristemente, era demasiado fácil y excesivamente habitual.

Sabía exactamente qué habría hecho si hubiera sorprendido a alguien toqueteando a sus hijos cuando eran pequeños. Habrían intervenido una hoja de afeitar y un soplete.

Oyó un estruendo repentino de ruidos electrónicos extraños que, para su fastidio, cada vez le resultaba más familiar. El móvil de Gidney. El *freak* se quitó los auriculares del iPod y contestó al teléfono con voz monótona, carente de emoción.

—Ah, hola -dijo.

Rye sabía más o menos dónde vivía Gidney, cerca del Level, por el hipódromo, en un estudio. Era una zona de casas adosadas victorianas y eduardianas muy juntas, construidas originariamente como viviendas para artesanos, monopolizadas ahora en su mayoría por estudiantes y solteros jóvenes. ¿Quién esperaba al *freak* en casa cuando volvía a casa, si es que volvía alguna vez? ¿Una lata de alubias que calentaba en el único fogón de la cocina? ¿Otra pantalla de ordenador? ¿El *Guardian* -que siempre llevaba debajo del brazo a trabajar pero que nunca parecía leer- y un fajo de revistas informáticas?

—Necesito una media hora más -le dijo Rye a Tom Bryce-. ¿Puede esperar o quiere que pase a devolvérselo cuando me vaya a casa?

–Sí. Yo... tengo hijos, necesito volver. Gracias -dijo Bryce-. Si puede pasarse se lo agradecería.

–De acuerdo, tengo su dirección. Iré en cuanto pueda.

Miró la hora, quería asegurarse de que tendría tiempo suficiente de llegar a casa para ver el único programa de televisión al que estaba enganchado, *Top Gear*. Aunque hacía años que había dejado de ser policía de Tráfico, seguía siendo un loco de los coches.

Mientras colgaba, vio que Gidney, con el anorak puesto y una mochila pequeña al hombro, se dirigía hacia la puerta. Sin despedirse. Dios santo, siempre hacía igual, ¡qué modales!

Rye tardó más de lo que había pensado en terminar su examen y vio, sintiéndose un poco culpable, que había pasado más de una hora y media desde que había hablado con Tom Bryce. Por fin cerró el portátil del hombre y estaba a punto de levantarse cuando sonó el teléfono.

Era un operador del centro de atención de llamadas situado en un edificio de Mailing House, la comisaría central de la policía, donde se atendían las llamadas no urgentes de los ciudadanos.

–¿Es la Unidad de Delitos Tecnológicos? – dijo el operador.

Rye respiró hondo, resistiendo la tentación de decirle al hombre que se había equivocado de número.

–Al habla el sargento Rye.

–Tengo a un tipo que se queja de que alguien está utilizando su conexión inalámbrica a Internet sin su permiso.

–¡Por favor! – dijo Rye, casi explotando. No tenía tiempo para aquello en absoluto-. ¡Si tiene una conexión inalámbrica a Internet, sólo tiene que activar la contraseña para protegerla!

–¿Le importaría hablar con él, señor? – dijo el operador-. Es la tercera vez que registramos una llamada suya este mes. Está un poco nervioso.

«Bienvenido al club», pensó Rye.

–Pásemelo -dijo a regañadientes.

Al cabo de un momento, oyó la voz de un hombre mayor, con un acento gutural alemán.

–Sí, hola. Me llamo Andreas Seiler. Soy ingeniero. Ahora estoy jubilado, pero estaba construyendo puentes. – Luego sólo oyó un silbido de interferencias. Rye esperó un poco.

Entonces, para romper el silencio -y ver si el hombre seguía al teléfono- dijo:

–Está hablando con el sargento Rye de la Unidad de Delitos Tecnológicos. ¿En qué puedo ayudarle? – «No es que necesite desesperadamente un puente», tuvo la tentación de añadir.

–Sí, gracias. Alguien me está robando el Internet.

Rye miró la hora en la pantalla del ordenador: las siete menos veinticinco. Quería terminar con la llamada e irse a casa. Y el operador ya podría haber mencionado que el hombre parecía no hablar casi inglés.

–«Robando el Internet.» No sé si entiendo muy bien qué quiere decir. ¿Señor?

–Estoy descargando un plano de un colega de mi antiguo despacho, de un puente que están diseñando en el puerto de Kuala Lumpur. Después, mi Internet va tan lento que el plano no se descarga. Ya ha pasado antes.

–Creo que tiene un problema o bien con su proveedor de acceso a Internet o con su ordenador, señor -dijo Rye-. Debería ponerse en contacto con el servicio técnico de su proveedor de Internet.

–Bueno, ya lo he hecho, por supuesto. Y examinó mi ordenador. No hay ningún problema. Es de fuera. Creo que es un hombre en una furgoneta blanca.

Ahora Rye se quedó un poco perplejo. Y estaba cada vez más irritado con este tipejo que le hacía perder el tiempo.

–¿Un hombre en una furgoneta blanca hace que su conexión a Internet vaya más lenta?

–Sí, eso es.

–Lo siento, señor... -El sargento Rye miró sus notas-, señor Seiler. Estoy un poco confuso. ¿Dónde se encuentra usted exactamente?

–Soy suizo, pero estoy aquí, en Brighton, trabajando.

–¿En qué parte de Brighton, señor?

–En Freshfield Road.

–Bien. – Rye conocía bien la zona. Una calle excepcionalmente ancha, en una cuesta, con casas de ladrillo rojo de dos y tres plantas, muchas de las mayores transformadas en pisos-. En cuanto a su conexión a Internet..., ¿tiene banda ancha?

–Banda ancha, sí.

–¿Tiene usted una conexión inalámbrica?

—¿Quiere decir *airport*? ¿Wi-Fi?

—Sí, señor.

—Sí, es lo que tengo.

Rye sonrió para sí al darse cuenta de cuál sería seguramente el problema del hombre.

—¿Tiene encriptada su conexión a Internet?

—¿Encriptada? — contestó el hombre, vacilante—. Creo que no. Estoy en el piso de mi hijo, ¿sabe? El ordenador que estoy usando es el suyo.

—¿No tiene que introducir ninguna contraseña para utilizar la banda ancha inalámbrica?

—No, no hay contraseña.

Sin una contraseña, cualquier transeúnte que tuviera instalada una tarjeta de conexión inalámbrica a Internet en su portátil podía conectarse a la red utilizando la banda ancha inalámbrica de otra persona. El propio Rye lo había hecho en un par de ocasiones, accidentalmente, sentado en un coche patrulla con el portátil encendido. Sintiéndose un poco culpable, pensó que nunca se había molestado en proteger con una contraseña la conexión de banda ancha inalámbrica de casa.

—¿La furgoneta sigue ahí fuera?

—Sí, así es.

—¿Puede leer la matrícula?

El anciano ingeniero suizo se la leyó. Rye la anotó en su libreta por ninguna razón en especial.

—Mi consejo es que active la contraseña... Eso le impedirá conectarse.

—Hablaré con mi hijo.

—Buena idea, señor.

Rye terminó la llamada y colgó. Luego, como estaba harto, decidió que el resto del cuerpo de policía tenía que saber que seguía en el despacho a las siete menos veinte de una maldita tarde de domingo y decidió registrar la llamada como incidente oficial en el ordenador.

Tecleó su nombre y el departamento, introdujo el número de la matrícula y la descripción de la furgoneta, por imprecisa que fuera, y registró el incidente como: «Conducción bélica. Atendida telefónicamente por el sargento Rye».

Era infantil, lo sabía, pero le puso de muchísimo mejor humor.

Capítulo 55

–He encontrado una lasaña en el congelador -anunció la agente de Relaciones Familiares cuando Tom entró en la cocina, con Jessica agarrada de una pernera del pantalón y Max de la otra, como si les aterrorizara que fuera a desaparecer como su madre si se soltaban-. ¿Quiere que se la prepare para la cena?

Tom se quedó mirando a la agente Buckley, perplejo; ni había pensado en la cena. En estos momentos, sólo podía pensar en la cara que había puesto el sargento Branson cuando había señalado en la imagen de la cámara de seguridad al capullo del tren.

Recordaba la respuesta extrañamente sucinta que le dio cuando Tom le preguntó si sabía quién era: «Sí, sabemos quién es».

Y luego el detective se había negado a decir más.

Tom se dirigió a la agente y le contestó distraídamente:

–Sí, gracias, estaría bien.

–Hay algunas verduras en la nevera. Tomates, lechuga, rábanos. Podría improvisar una ensalada.

–Genial -dijo Tom.

Lady entró dando saltos por la gatera, miró a Tom y ladró una vez, luego movió la cola. Volvía a estar como nueva.

–¿Tienes hambre, *Lady*? – le preguntó.

La perra volvió a ladrar, luego lo miró expectante.

–¡No me gusta la ensalada! – protestó Max.

–¡Sólo me gusta la ensalada de mamá! – dijo Jessica, como solidarizándose con él.

–Es la ensalada de mamá -replicó Tom-. La compró ella.

–Pero no va a prepararla ella, ¿verdad? – dijo Max.

–Pero va a prepararla esta señorita tan encantadora.

Tom cogió el cuenco del perro y lo llenó de pienso. Luego, abrió una lata de comida. La veterinaria no había podido determinar qué le pasaba a *Lady*, creía que seguramente sólo era un virus. El detective le había preguntado si podía ser que la hubieran drogado, pero la veterinaria respondió que era posible. Tendría que mandar una muestra de sangre al laboratorio para que la analizaran, y los resultados tardarían unos días. Branson le había pedido que lo hiciera.

–He encontrado un rico helado de limón en el congelador -dijo la agente alegremente-. ¡Podéis comer helado después!

–Quiero el helado de mamá -dijo Max.

–Yo lo quiero de chocolate o de fresa -exigió Jessica.

Tom intercambió una mirada con la agente. Tendría unos treinta y cinco años, calculó, el pelo rubio corto, un rostro sincero y agradable y un carácter afectuoso pero eficaz. Parecía una persona capaz de hacer frente a estas situaciones. Tom se encogió de hombros como diciendo «qué le vamos a hacer», dejó el cuenco en el suelo y se dirigió a Max.

–Es el helado de mamá. ¿Vale?

Max lo miró con sus grandes ojos redondos, pero parecían carecer totalmente de expresión. Tom no pudo interpretar su mirada, no podía imaginar exactamente qué sentía su hijo. O su hija.

O él mismo.

Se moría por interrogar un poco más a Jessica sobre el tema del vodka que bebía Kellie. ¿De qué iba todo eso?

–No me gusta el helado de limón -dijo Jessica.

Tom se arrodilló y la rodeó con sus brazos.

–Esta noche no tenemos más sabores. Mañana te compraré helado de chocolate y de fresa. ¿Qué te parece?

No obtuvo ninguna reacción de su hija.

–Dale un abrazo a papá, cielo. Necesito un abrazo.

–¿Cuándo volverá mamá a casa?

Tom se quedó dudando un momento, preguntándose qué debía contestar. ¿La verdad, que lo desconocía? ¿O una mentira piadosa? Mentir era lo más sencillo.

–Pronto. – Aupó a su hija-. ¿Vamos a bañarnos?

–Quiero que me bañe mamá.

–Puede que vuelva bastante tarde, así que hoy te bañará papá. ¿Vale?

La niña apartó la mirada, enfurruñada. En el salón, oyó que subía el volumen de la televisión: una música con un tintineo, el chirrido de unos neumáticos frenando, una voz americana aguda que protestaba por algo. Max estaba viendo *Los Simpson*. Bien. Al menos se mantendría ocupado hasta la hora de la cena, ¿o también debía bañarle a él?

De repente, se dio cuenta de lo poco que sabía sobre la rutina de sus hijos, sobre cualquier cosa que tuviera que ver con la casa. Una bruma de

oscuridad y frío, y un miedo terrible lo envolvieron desde dentro. Mañana por la mañana tenía una presentación muy importante para Land Rover. Su director de márketing le había hablado de un contrato succulento. Si Kellie no regresaba a casa esta noche, no sabía cómo iba a arreglárselas.

«Dios santo, Kellie, mi dulce y querida Kellie, por favor, que no te haya pasado nada, por favor, vuelve. Te quiero muchísimo.»

Tras subir las escaleras, llevó a Jessica a su cuarto, cerró la puerta y la sentó en la cama. Él se sentó a su lado.

—Jessica, ¿puede papá preguntarte por algo que has dicho esta mañana sobre mamá? Yo he dicho que le preguntaríamos a mamá qué le gustaría hacer hoy si volvía a tiempo y tú has dicho: «Seguramente sólo querrá beber vodka». ¿Te acuerdas?

Jessica se quedó mirando al frente sin decir nada.

—¿Recuerdas lo que has dicho, cielo?

—Tú también bebes vodka -gruñó la niña haciendo un mohín.

—Sí, también bebo vodka. Pero ¿por qué dijiste eso?

Abajo, *Lady* se puso a ladrar de repente. Luego sonó el timbre.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamáááá! ¡Ha llegado mamá!-oyó que gritaba Max.

Tom, con el corazón acelerado por la alegría, bajó corriendo las escaleras. Max ya estaba abriendo la puerta.

Era el sargento Jon Rye, con el maletín de piel de su portátil.

Capítulo 56

Roy Grace, sentado en el área de trabajo del MIR Uno junto a la mayoría de los miembros de su equipo, repasaba los informes de los últimos incidentes registrados en el ordenador. Eran las ocho menos cuarto del domingo por la noche y, aunque seguía sin tener hambre, se notaba tembloroso por la falta de azúcar o por haber tomado demasiada cafeína, o por ambas cosas; cada vez le costaba más trabajo concentrarse en sus tareas.

Cleo Morey tampoco le ayudaba. Cada pocos minutos, pensaba en el mensaje que le había enviado aquella mañana.

Estaba consultando las últimas actualizaciones sobre Reggie D'Eath cuando notó un golpe en la espalda.

—¡Eh, viejo!

Alzó la vista. Era Branson, que había salido de la sala hacía un rato y regresaba con una enorme caja de donuts del supermercado que había al otro lado de la carretera. Repartió uno a cada miembro del equipo.

Grace cogió el suyo, se alejó de la mesa y decidió que necesitaba estirar las piernas. Branson se unió a él mientras caminaba por la sala y salía al pasillo.

—¿Estás bien, viejo? Tienes una pinta horrible.

Grace dio un mordisco al donut y se lamió el azúcar de los labios.

—Gracias.

—Bueno, un pajarito me ha dicho que tú y Cleo Morey estuvisteis muy acurrucaditos en el Latin en los Lanes anoche.

Grace lo miró sorprendido.

—¿Ah, sí?

—¿Es ella la que te está volviendo loquito?

—¡Dios mío, qué pequeña es esta ciudad!

—¡Es un planeta pequeño, tío!

—¿Cómo has sabido quién era?

El sargento se dio un golpecito en la cara con el dedo.

—Algo que me enseñaste tú, he seguido una de las primeras normas para ser un buen detective: crear una red de informadores.

Grace meneó la cabeza, medio risueño, medio molesto.

—Eso era antes de que cambiaran las reglas. De los pasillos estériles. Toda esa mierda.

—¿Has visto la película *Police*? Gérard Depardieu interpreta a un poli que presiona a sus informadores para hacer una redada antidroga. Una peli genial.

—No la he visto.

—Es muy buena. Me recordó a ti. Aunque él tiene la nariz más grande.

—¿Me parezco a Gérard Depardieu?

Branson le dio una palmadita.

—Qué va, te pareces más a Bruce Willis.

—Eso está mejor.

—Pareces el hermano menos agraciado de Bruce Willis. O quizá su padre.

—Tú sí que sabes cómo hacer que un hombre se sienta mejor consigo mismo. Tú te pareces...

—¿A quién? ¿A Will Smith?

—Más quisieras.

—Bueno, cuéntame más acerca de lo tuyo con la señorita Morey.

—No hay nada que contar. Fuimos a cenar.

—Una cena de negocios, claro.

—Por supuesto.

—¿Incluso en el asiento trasero del taxi? — le presionó Branson.

—¡Santo cielo! ¿Es que todos los putos taxistas de Brighton y Hove son informadores tuyos?

—Que va, sólo un par. Tuve suerte. En cualquier caso, no son informadores. Sólo tienen los ojos abiertos por mí.

Grace no sabía si estar orgulloso de su protegido por haberse convertido en un detective tan competente o si enfadarse con él.

—Bueno, dime, ¿Le gustó tu ropa nueva? — le preguntó Branson, que interrumpió sus pensamientos.

—Me dijo que necesitaba un estilista nuevo y que tú eras un desastre.

Branson pareció tan dolido que a Grace le dio pena.

—Tranquilo, en realidad, no dijo nada.

—¡Mierda, eso es aún peor!

—Tenemos dos homicidios y una mujer desaparecida. ¿Podemos cambiar de tema?

—¡No cambies de tema! ¡Cleo Morey! Es guapísima. Si no estuviera felizmente casado..., ya me entiendes. Pero ¿cómo puedes no pensar en lo que hace, tío?

—No se trajo a ninguno de sus cadáveres al restaurante, así que fue fácil.

Branson sacudió la cabeza y dejó de sonreír.

—Venga. Quiero detalles. No te andes con remilgos conmigo. Cuenta.

—No tengo por qué andarme con remilgos. Tiene novio, ¿vale? En realidad, está prometida. Por algún motivo, olvidó mencionarlo.

—Estás de coña.

Grace sacó el móvil y le enseñó a Branson el mensaje que había recibido aquella mañana: «Ahora no puedo hablar. Acaba de llegar mi prometido. C. Besos».

—Ese tipo es historia -declaró Branson al cabo de un momento.

—Me lo ha mandado este mediodía. Aún no me ha llamado.

—Ha puesto «Besos». Confía en mí, está acabado.

Grace se metió el resto del donut en la boca. A pesar de no tener apetito, estaba tan bueno que podría haberse comido otro.

—¿Se trata de otra de tus corazonadas?

El sargento lo miró de reojo.

—No me equivoco siempre.

Hoy Cleo no estaba de guardia. Si lo estuviera, Grace asistiría a la autopsia de Reggie D'Eath esta tarde, aunque no hacía falta porque habían nombrado a otro detective como inspector jefe del caso.

—Ya veremos -dijo él.

Grace recordó una expresión que solía utilizar su madre: «El tiempo dirá». El destino. Ella creía mucho en el destino, pero Grace nunca había compartido totalmente esa creencia. La había ayudado a pasar los días mientras se moría de cáncer. Si uno creía que existía un poder superior que tenía toda su vida planeada, en cierto sentido tenía suerte. Las personas que tenían una profunda fe religiosa eran afortunadas; podían abdicar todas sus responsabilidades en Dios. A pesar de la fascinación que sentía Grace por lo sobrenatural, nunca había sido capaz de creer en un Dios que tenía un plan para él.

Volvió a entrar en la sala y se dirigió al área de trabajo. En la gran pizarra blanca estaba la fotografía que había tomado esta mañana de Reggie D'Eath en su cuarto de baño, además de una foto de Kellie Bryce: la foto que Branson había mandado a la prensa, a todas las comisarías de policía y a todos los puertos del Reino Unido.

A la mañana siguiente, Cassian Pewe, el asqueroso y arrogante inspector de la Met, comenzaría a trabajar con él en los casos sin resolver. Y era evidente que si no obtenía pronto algún resultado en el caso de Janie Stretton, la subdirectora encargaría a Pewe que se convirtiera en su sombra.

—Glenn, ¿hasta qué punto estás seguro de que ese Tom Bryce no ha matado a su esposa? — preguntó Grace a Branson.

Siempre que una mujer desaparecía en circunstancias extrañas, el principal sospechoso era el marido o el novio, hasta que quedaba descartado.

—Como te he dicho en la reunión de hace una hora, estoy muy seguro. Le he grabado mientras le interrogaba antes de enseñarle las imágenes de la cámara de seguridad, y puedo pedirle a un especialista que analice la cinta, pero no creo que sea necesario. Habría tenido que dejar a los niños solos en

casa en mitad de la noche, matar a su mujer, llevar el cadáver a algún lugar, luego ir hasta Ditchling Beacon, incendiar el coche y caminar ocho kilómetros para llegar a casa. No lo creo.

—Entonces, ¿dónde está ella? ¿Crees que puede haberse fugado con un amante?

—Creo que no habría incendiado el coche; además, se habría llevado el bolso y algo de ropa, ¿no te parece?

—Podría ser una buena tapadera, incendiar el coche.

Branson se mantuvo firme.

—No. Imposible.

—Me gustaría ver a ese señor Bryce. Vamos a pasarnos por su casa.

—¿Ahora? ¿Esta noche? Podemos pasarnos, pero está bastante afligido, intenta arreglárselas con sus hijos. He organizado turnos de agentes de Relaciones Familiares para que estén con él. Preferiría ir mañana por la mañana, si su mujer no ha aparecido.

—¿Has hablado con los padres de la canguro?

—Sí. Estaban en la cama cuando la chica llegó a casa. Ella les pegó un grito para decirles que había vuelto, sobre la 1.45. Oyeron un coche que se marchaba, eso es todo.

—¿Los vecinos?

—No hay muchos en esa calle, en «La colina de la abundancia». Los he interrogado. Nadie vio ni oyó nada.

—¿Has comprobado todas las cámaras de Tráfico?

—Estoy esperando. Han estado revisando todas las imágenes desde la 1.00 hasta la hora en que entró el aviso. Por ahora, no hay nada.

—¿Has averiguado algo de ellos como pareja?

—He hablado con los vecinos de al lado, una pareja de ancianos. El hombre mide como diez metros y la mujer fuma tanto que apenas la veía en la habitación. Parece que ella tenía cierta amistad con la señora Bryce, Kellie. Les hace de canguro en caso de emergencia, cosas así. Lo que me ha dicho es que tienen problemas económicos.

Grace levantó una ceja, aquello despertó su interés.

—¿Ah, sí?

—Nunca lo dirías a juzgar por la casa que tienen. Tienen una barbacoa enorme, parece el centro de control de Houston, debe de haberles costado una pasta. Tienen una cocina muy chic, tele de plasma, todo lo más.

–Seguramente por eso tienen problemas económicos -dijo Grace-.
¿Podría haber incendiado ella el coche para cobrar el seguro?

Branson frunció el ceño.

–No se me había ocurrido. ¿Alguna vez saca alguien tajada de la indemnización del seguro del coche?

–Vale la pena averiguar si lo tienen en propiedad o si lo están pagando a plazos; si han intentado venderlo hace poco. La Unidad de Delitos Tecnológicos tiene una copia del disco duro de su portátil. Diles que comprueben si ha puesto algún anuncio para vender el coche en alguna página web, tipo Autotrader. Podrían haber planeado juntos la desaparición.

Cuanto más pensaba en ello, más emocionado estaba Grace. «Problemas económicos», pensó. Quizás era una pista falsa, pero tenían que explorarla. A veces la gente urdía trucos ingeniosos para reducir sus deudas. Vio que Bella Moy cogía un Malteser; en el borde del teclado había un rastro de azúcar glas de su donut. Nick Nicholl estaba al teléfono, muy concentrado.

Norman Potting también estaba al teléfono, trabajando con la lista de clientes de BCA-247, sin duda provocando algunos disgustos, pensó Grace un poco malévolamente. No es que él tuviera autoridad moral respecto a la prostitución, pues a lo largo de los últimos nueve años había cogido el teléfono en alguna ocasión para llamar a uno de los números de los anuncios personales del *Argus*. Pero todas las veces había sentido la sombra de Sandy detrás de él.

Lo mismo le había ocurrido durante un breve romance que tuvo la única y desastrosa vez en que se había apuntado a unas vacaciones para solteros, cuando fue a la isla griega de Paxos.

Se abrió la puerta y apareció la cara alegre de Tony Case, el jefe de la unidad de apoyo de Sussex House.

–Se me ha ocurrido pasarme para ver si necesitabas algo, Roy -dijo.

–Gracias, Tony, creo que estamos bien. Te lo agradezco.

Case levantó un dedo para responderle.

–Es mi trabajo.

–Disfruta del resto del fin de semana -dijo Grace.

Tony Case miró la hora.

–¿Las cuatro horas que quedan? Qué gracioso eres, Roy.

Mientras el policía de apoyo se marchaba por el pasillo, Grace miró las letras naranjas brillantes de la pantalla del ordenador y revisó las últimas

actividades registradas sobre el asesinato de D'Eath. No tardó mucho en encontrar algo. Los interrogatorios puerta por puerta habían dado con un vecino alerta que había visto una furgoneta blanca aparcada delante de la casa de Reggie D'Eath sobre las siete de la tarde anterior. El vecino había anotado la matrícula de la furgoneta diligentemente.

Hizo doble clic sobre el registro para leer los detalles. El agente que había interrogado al vecino había comprobado la matrícula del vehículo, pero estaba limpio. El inspector jefe asignado al asesinato de Reggie D'Eath era el comisario Dave Gaylor, un policía que tenía mucha más experiencia que él. No había duda de que el equipo de Gaylor examinaría la furgoneta minuciosamente cuando la encontrara.

Nicholl se acercó y se agachó a su lado.

—Roy, acabo de recibir una llamada del encargado de un bar en el que estuve ayer, un local que se llama Karma Bar, en el club náutico. Estaban visionando unas cintas de la cámara de seguridad de hace un par de semanas. Intentan solucionar un problema que tienen con un par de camellos que operan en el bar. Cree que tiene imágenes de Janie Stretton.

Grace se emocionó de repente.

—¿Cuánto puede tardar en llegar?

—El hombre prefiere que vaya yo, necesita las cintas. Ha dicho que puedo verlas enseguida.

—¿Ahora?

—Sí.

Grace se quedó pensando. Nick Nicholl no llevaba demasiado tiempo en el Departamento de Investigación Criminal y aún le quedaba mucho por aprender. El joven detective era inteligente, pero podría escapársele algo, y aquello prometía ser la primera pista del caso. Si así era, obtener toda la información posible tenía una importancia crucial.

—Coge las fotografías que tenemos de ella -dijo Grace-. Iré contigo. — Se volvió hacia Branson y le dijo:- Iremos a ver al señor Bryce en cuanto vuelva.

—Se va a hacer muy tarde para él.

Era muy poco profesional, lo sabía, pero Glenn Branson no pudo evitar pensar en lo que le quedaba a él de domingo. Estaba deseando ver a sus hijos, aunque sólo fuera cinco minutos antes de que se acostaran.

—Glenn, si el señor Bryce no ha matado a su esposa, o no ha montado algún chanchullo con ella, no pegará ojo en toda la noche, confía en mí.

Branson se encogió de hombros a regañadientes, sabía que el comisario tenía razón, y miró la hora. Grace tardaría como mínimo una hora; tal vez, mucho más. Cuando se marcharan de casa de los Bryce serían las once como muy pronto. No le daba miedo enfrentarse a media docena de matones con navajas en un callejón oscuro de Brighton, pero a veces le aterraba su mujer y, en estos momentos, le aterrorizaba llamar por teléfono a Ari y decirle que seguramente no volvería a casa hasta medianoche.

Grace estaba tan entusiasmado con las imágenes del Karma Bar que, al revisar el resto del registro de los incidentes, se saltó, sin darse cuenta, el informe que el sargento Jon Rye había introducido hacía una hora, titulado «Conducción bélica».

Capítulo 57

Tom le leyó a Jessica unas páginas de *El grúfalo*. No le puso ningunas ganas y la niña no le escuchaba demasiado. Tampoco le había ido mejor con Max.

No hacía más que pensar, abatido, en que debía de ser un padre horroroso. Los niños querían a su madre, lo cual era totalmente comprensible, pero comenzaba a sentirse más que inepto como sustituto. Ahora incluso parecían preferir la compañía de Linda Buckley a la suya. La agente estaba sentada abajo, esperando a que llegara el compañero de Relaciones Familiares que iba a reemplazarla durante la noche.

Tom cerró el libro, dio un beso de buenas noches a su hija, que estaba muy despierta y cerró la puerta. Luego entró en su estudio y realizó otra ronda de llamadas: a los padres de Kellie, que habían estado telefoneando prácticamente a cada hora; a todos sus amigos; y, de nuevo, a su hermana de Escocia, que estaba preocupadísima. Nadie sabía nada de ella.

Después, fue a su cuarto y abrió el cajón de arriba de la cómoda victoriana donde Kellie guardaba su ropa. Hurgó entre sus jerséis, y olió su perfume en las prendas. Pero no encontró nada. Después, abrió el cajón de abajo, que estaba atestado de ropa interior. Y su mano tocó algo duro y redondeado. Lo sacó.

Era una botella de vodka de la marca Tesco; sellada, sin abrir.

Encontró una segunda botella, también sin abrir. Luego una tercera.

Esta estaba medio vacía.

Se sentó en la cama y se quedó mirándola. ¿Tres botellas de vodka en el cajón de la ropa interior?

«Seguramente sólo querrá beber vodka. La vi. Prometí que no lo contaría.»

Dios santo.

Volvió a mirar la botella. ¿Debería llamar al sargento Branson y contárselo?

Intentó estudiar la situación detenidamente. Si se lo contaba, ¿qué pasaría? Quizás el detective perdería interés, quizá creería que Kellie era rara y que tal vez se había ido de juerga.

Pero él la conocía mejor. Al menos, hasta hacía un minuto.

Rebuscó entre el resto de los cajones, pero no encontró nada más. Dejó las botellas en su sitio, cerró el cajón y bajó.

Linda Buckley estaba sentada en el salón, viendo la tele, una serie policiaca ambientada en los sesenta. El sargento de la comisaría tenía una cajetilla de cigarrillos sobre la mesa y ofreció uno a una mujer con el pelo recogido en un moño que parecía nerviosa.

—¿Le gusta ver series de policías? — le preguntó Tom sin convicción, intentando entablar una conversación.

—Sólo las ambientadas en el pasado -dijo-. Las modernas no me gustan. Se equivocan en muchas cosas, me ponen histérica. Estoy todo el rato refunfuñando, diciéndome: «¡Eso no es así, por el amor de Dios!».

Tom se sentó y se preguntó si era prudente confiar en ella.

—Tiene que comer algo, señor Bryce. ¿Quiere que le caliente la lasaña en el microondas? — le preguntó la policía antes de que tuviera ocasión de decir nada.

Tom le dio las gracias; tenía razón. Aunque lo único que le apetecía era tomar un trago bien fuerte. La policía se levantó y fue a la cocina. Tom se quedó mirando fijamente la pantalla, pensando en las botellas de vodka, preguntándose por qué Kellie tenía un escondite secreto. ¿Cuánto tiempo hacía que bebía? Y, lo que era más importante, ¿por qué?

¿Explicaba aquello su desaparición?

No lo creía. O, al menos, no quería creerlo.

La serie de policías terminó y comenzaron las noticias de las nueve. Le llegó el olor a carne, y se le revolvió el estómago. No tenía apetito. Tony

Blair y George Bush se estrechaban la mano. Tom desconfiaba de los dos, pero hoy apenas se fijó en ellos. Vio unas imágenes movidas de Iraq, luego una fotografía de una adolescente guapa a quien habían encontrado violada y estrangulada cerca de Newcastle, seguida del ruego de un inspector torpe y con dificultades de expresión que llevaba el pelo de punta y que era evidente que carecía de experiencia ante los medios de comunicación.

–¡La lasaña está en la mesa! – gritó la agente de Relaciones Familiares con tono autoritario.

Manso como un cordero, entró en la cocina y se sentó. El televisor estaba encendido, con las mismas noticias.

Comió un par de bocados de lasaña, luego la dejó; le costaba tragar.

–Creo que deberíamos poner una nota en la puerta de entrada -dijo-, para que su compañero no llame al timbre. No quiero que los niños se despierten y piensen que es su madre que llega a casa.

–Buena idea -dijo la agente, que cogió un trozo de papel de su carpeta y se dirigió hacia la puerta-. Y quiero ver el plato limpio cuando vuelva.

–Sí, jefa -dijo Tom, esbozando una sonrisa forzada. Luego se obligó a comer otro trozo de lasaña mientras ella lo vigilaba.

Entonces, momentos después de que la policía hubiera salido de la cocina, el presentador del informativo anunció una noticia de última hora.

–La policía de Sussex investiga esta noche el asesinato del pederasta convicto Reginald D'Eath, hallado muerto hoy en su casa del pueblo de Rottingdean en East Sussex.

En la pantalla apareció una fotografía de D'Eath. A Tom se le cayó el tenedor, horrorizado.

Era el capullo del tren.

Capítulo 58

El club náutico de Brighton llevaba en construcción desde que Roy Grace tenía memoria, desde su infancia. Hoy en día seguía en obras y quizás estaría así siempre, especuló. En una gran zona polvorienta cerrada al paso había dos grúas, una excavadora JCB y una excavadora de oruga, entre montañas de materiales de construcción debajo de lonas impermeabilizadas que la fuerte brisa agitaba.

Nunca se había parado a pensar si le gustaba el proyecto o no. Ocupaba una posición extraña al pie de los acantilados altos y blancos al este de la

ciudad y albergaba dársenas interiores y exteriores de yates, alrededor de las cuales crecía y seguía creciendo el Marina Village, que era el nombre que le habían puesto al club náutico. Había grupos de casas adosadas de imitación de la época de la Regencia y bloques de pisos, docenas de restaurantes, cafés, pubs y bares, un par de proveedores de yates, numerosas tiendas de ropa, un supermercado enorme, una bolera, un cine multisalas, un hotel y un casino.

No obstante, siempre le había parecido un poco una maqueta. Como una versión adulta de una construcción de Lego hecha por un niño. Incluso después de treinta años, todo seguía pareciendo nuevo y un poco frío e impersonal. La única parte que le gustaba de verdad era el lugar adonde se dirigían ahora él y Nick Nicholl: el paseo marítimo entarimado, construido hacía sólo unos años, que recorría todo el muelle.

En una cálida noche como la de hoy, había mucho movimiento, con gente de todas las edades sentada en los cafés y restaurantes, contemplando los pocos yates que regresaban a sus atracaderos entre los pontones, hablando, besuqueándose, escuchando la música estridente y los chillidos de las gaviotas.

Grace, que se sentía más humano tras la inyección de azúcar del donut, notó una gran punzada en el corazón al pasar por delante de una pareja de jóvenes sentados en una terraza, mirándose a los ojos, claramente enamorados. ¿Por qué Cleo no había mencionado que estaba prometida?

¿Por qué no se le había ocurrido preguntarle si tenía una relación?

Ese largo beso en el taxi -todo el trayecto hasta el piso de Cleo- no se correspondía con el comportamiento de una mujer enamorada de su prometido, ¿verdad? ¿Incluso habiendo bebido tanto?

Con el sol que se ponía, pero aún bien visible en el horizonte, Grace contempló su sombra alargada rozando los tablones de madera, la sombra notablemente más alta de Nicholl se extendía a su lado. El detective, con las manos en los bolsillos y con un sobre que contenía las fotografías de Janie Stretton debajo del brazo, le seguía a paso rápido, un poco encorvado, como si se avergonzara de sus casi dos metros de estatura. Había estado callado, como siempre, durante el camino; un silencio que Grace agradeció aquella noche, pues no estaba de humor para chácharas.

Pasaron por delante del modernísimo Seattle Hotel, luego llegaron al Karma Bar, con su terraza acordonada frente a la pasarela de madera, todas

las mesas y casi todas las sillas ocupadas.

Grace siguió a Nicholl al interior. A lo largo de los últimos años, se había dejado arrastrar en alguna ocasión a aquel local por amigos bienintencionados que habían insistido en que era el lugar ideal en Brighton para que un hombre de su edad conociera a mujeres. El interior exótico era distinto de cualquier otro bar de la ciudad: era espacioso, los farolillos orientales le daban un resplandor cálido y tenía cojines esparcidos por bancos empotrados que invitaban a sentarse, una barra larga y decoración inspirada -al menos eso le pareció a él- en la India, en Marruecos y en el Lejano Oriente.

Nick Nicholl se acercó a una chica guapa que estaba detrás de la barra.

—Hola -le dijo-. Estoy buscando a Ricky.

Ella miró a su alrededor, luego dijo en un tono muy agradable:

—Creo que está en el despacho. ¿Le espera?

—Sí. ¿Podría decirle que el detective Nicholl y el comisario Grace han venido a verle? Hemos hablado hará una media hora.

La chica se fue a buscarlo.

—El tipo de la Met, ese tal inspector Dickinson, el que dirige la investigación del caso de Wimbledon de la chica asesinada que llevaba un brazalete con un escarabajo... Hemos quedado en verle mañana al mediodía, ¿verdad? —consultó Grace a Nick.

—Sí.

—Seguramente es mejor que no haya querido hacerlo hoy. Creo que no habríamos encontrado el momento de quedar con él.

Los dos se apoyaron en la barra. Sonaba una canción de Joss Stone.

—Me gusta -dijo Grace.

Nicholl se encogió de hombros.

—En realidad, a mí me mola la música country.

—¿Qué cantantes te gustan?

Volvió a encogerse de hombros.

—Johnny Cash es el mejor. Rachel y yo íbamos a clases de country. Tuvimos que dejarlo cuando se quedó embarazada.

—Dicen que te cambian la vida, los hijos -dijo Grace, que miró hacia un fajo de revistas *Absolute Brighton* que reposaban junto a un cenicero.

—Las clases de preparación al parto no son tan divertidas -admitió el detective, asintiendo con la cabeza apesadumbrado.

Un par de minutos después, la camarera regresó y los condujo por unas escaleras hasta un cómodo despacho con muebles anodinos y funcionales que contrastaban enormemente con el bar. Había una mesa, a la que estaba sentado un joven con el pelo de punta y vestido con camiseta y vaqueros, un sofá y un par de sillones, un equipo de música sofisticado y una hilera de monitores en blanco y negro que mostraban imágenes de las cámaras de seguridad del interior y del exterior del bar.

El joven se levantó sonriendo alegremente y pasó delante de la mesa.

—Hola, encantado de conocerle, señor Nicholl -dijo, y les estrechó la mano. Mirando a Grace, añadió-: Soy Ricky el encargado. Leí sobre usted en el *Argus*, ¿ayer, puede ser?

—Podría ser.

—Pensé que se habían pasado un poco. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

—Yo quiero agua mineral, si es posible.

—¿Una coca-cola light? — dijo Nick Nicholl.

El encargado descolgó el teléfono y pidió las bebidas, luego les indicó que se sentaran. Ocuparon un sitio en el sofá y Ricky cogió una silla.

—Sí, bueno -dijo, dirigiendo sus comentarios al detective y dándose un golpecito con el dedo en la sien-. Tengo buena memoria para las caras, aquí la necesito, para recordar a los folloneros. Como le he dicho por teléfono, estoy seguro de que la chica que busca estuvo aquí hace poco más de una semana. Un viernes por la noche, con un tipo. Hemos tenido suerte, normalmente borramos las cintas al cabo de una semana, pero hemos tenido algunos problemillas. No van a hacernos una redada, ¿verdad?

Grace sonrió.

—No me interesa hacerles una redada. Sólo quiero encontrar al asesino de Janie Stretton.

—Muy bien, todo claro. — Entonces, Ricky frunció el ceño-. ¿Qué es eso que he leído sobre un escarabajo, un escarabajo pelotero?

—No es importante -contestó Grace, un poco más cortante de lo que pretendía.

—Era por curiosidad, porque aquí tenemos uno, en un estante de la sala VIP, uno pequeño de bronce, forma parte de la decoración. Está empujando una bola de mierda de bronce. ¡Qué asco!

—¿De dónde lo sacaron? — preguntó Grace.

—No lo sé, el decorador fue quien se encargó de todo eso. — Ricky cogió un mando y pulsó un botón-. Miren el monitor del centro -dijo.

Hubo un parpadeo que, durante un momento, se convirtió en una imagen borrosa, luego una sucesión rápida de imágenes cruzó la pantalla como si el control de reproducción horizontal no funcionara. La imagen se estabilizó y mostró el bar atestado de gente desde un ángulo amplio, con la fecha y la hora corriendo en la esquina inferior derecha.

—Fíjense en la puerta, la de la entrada principal, ¡ahora! — dijo Ricky, emocionado.

Grace vio a un hombre musculoso de unos treinta años de rostro delgado, duro, y de expresión mezquina, como de rey de la jungla, que entraba agarrando a una chica de pelo largo, vestida con una minifalda muy estrecha. Era Janie Stretton. No cabía la menor duda.

Grace examinó a su acompañante detenidamente, observó sus andares chulescos, que le recordaron a la forma de caminar de Paras, como si estuviera listo para enfrentarse a todo. El hombre llevaba el pelo corto de punta, lucía una cadena gruesa en el cuello y vestía una camiseta y pantalones anchos. Sin soltar a Janie Stretton en ningún momento, se abrió paso por entre la multitud y fue directamente a la barra, momento en el que la cámara, que se movía en arco, los perdió.

Al cabo de unos minutos, la cámara volvió a registrarlos. El hombre sujetaba una pinta de cerveza; Janie tenía un cóctel de alguna clase. Él brindó con ella, luego, con un movimiento curioso, deslizó la mano que tenía libre alrededor de su cuello, pareció agarrarla del pelo, le echó la cabeza hacia atrás y le besó el cuello con ordinariez.

Nick Nicholl tenía las fotografías de Janie Stretton sobre las rodillas e iba mirándolas y alzando la vista a la pantalla alternativamente.

—Es ella -dijo.

—No hay duda -confirmó Grace-. No existe la menor duda. — Mirando al encargado, preguntó:- ¿Quién es el pulpo?

—No lo sé, no lo había visto nunca.

—¿Está seguro?

—Al cien por cien no, aquí viene muchísima gente. Pero creo que no.

Sonó el móvil de Grace. Sin apartar la vista del monitor, lo sacó del bolsillo y miró la pantalla del teléfono. Era Cleo Morey

Tras disculparse, pulsó la tecla para contestar y salió del despacho.

Cleo estaba muy dulce y sumisa.

–Me preguntaba si querrías tomar una copa esta noche, si te gustaría venir a mi casa.

Grace se derritió al escuchar su voz.

–Me encantaría -dijo-, pero aún me quedan dos horas largas de trabajo.

–Bueno, pues pásate luego y... ¿tomamos una copa antes de ir a dormir?

–Mmm -dijo, totalmente desconcertado. Aquél no era ni el momento ni el lugar para tener ese tipo de conversación.

–Tengo vino, cerveza, vodka.

–¿Tienes whisky? – preguntó para fastidiar.

–Qué extraña coincidencia. Tengo una botella entera de Glenfiddich que he comprado esta tarde.

–Estamos sincronizados, obviamente -dijo Grace, que intentó transmitir más frialdad de la que sentía, aunque no lo consiguió.

–Obviamente.

Capítulo 59

El agente de Relaciones Familiares que reemplazó a Linda Buckley era un policía joven, delgado y demasiado educado. Tenía unos veinticinco años y se llamaba Chris Willingham. Llevaba una maleta pequeña en la que dijo que tenía todo lo que necesitaba para pasar la noche entera despierto y, al cabo de unos minutos, estaba felizmente instalado en el salón con un iPod conectado a los oídos y una guía de Croacia abierta sobre el regazo.

Glenn Branson había llamado para decir que volvería a pasarse dentro de una hora, y Tom se preguntó si tendría información. También estaba decidido a interrogarle sobre por qué aquella tarde en la central del Departamento de Investigación Criminal no le había dicho que Reginald D'Eath era el capullo del tren, cuando evidentemente había visto que era él.

Tom dejó a Chris Willingham con un café solo y una bandeja de galletas digestivas de chocolate y se retiró al santuario de su estudio con el *Sunday Times*, que aún no había abierto. Por lo general, los domingos por la noche, él y Kellie se desplomaban en el sofá del salón con todas las secciones del *Sunday Times* y del *Mail on Sunday* esparcidas por la alfombra. El siempre empezaba por las páginas de economía, buscando empresas destacadas que

podrían convertirse en clientes suyos. Kellie comenzaba con la revista *You del Mail*.

Sin embargo, aquella noche era una pérdida de tiempo intentar leer el periódico; lo único que veía era la página borrosa. Se sentía tan solo, tan asustado. Estaba absolutamente perdido y aterrado.

Tenía muchísimo miedo por Kellie.

A Reginald D'Eath, el capullo del tren, el hombre que se había olvidado el CD, lo habían encontrado muerto en su casa. Estrangulado en el baño.

¿Quién había sido?

¿La misma gente que había amenazado con matar a su familia?, se preguntó Tom.

En las noticias, habían informado que D'Eath -que se había cambiado el nombre por el de Ron Dawkins- había llegado a un trato con la fiscalía para declarar en un juicio próximo contra una red de pederastas. ¿Lo había asesinado un profesional? ¿O había sido la venganza del padre de un niño del que había abusado?

O, especuló incoherentemente, la espiral de miedo que notaba en el estómago y que no dejaba de ofuscarle, ¿era un castigo por haber perdido el disco? ¿El mismo castigo que les amenazaba a él y a su familia por haberlo encontrado?

Hacía veinticuatro horas, estaban bebiendo champán en el salón de la casa de Philip Angelides. No había sido una gran noche, pero al menos la vida era normal. Ahora simplemente no sabía qué hacer. Intentaba concentrarse en mañana, lunes, pero le costaba trabajo pensar más allá de los minutos siguientes. No podía cancelar la presentación de Land Rover e imaginó que tendría que delegar en uno de los miembros de su equipo, lo que implicaría tener que pagar a uno de los dos vendedores una comisión sobre el pedido, si llegaba a concretarse, y reducir, otra vez más, los márgenes de beneficio y su capacidad para ofrecer un precio competitivo. Pero, en estos momentos, ésa era la menor de sus preocupaciones.

Entonces, de repente, se enfadó con Kellie. Era irracional, lo sabía, pero no pudo evitarlo. ¿Cómo había podido hacerle esto en un momento así?

Casi de inmediato se sintió culpable por el mero hecho de pensar aquello.

«Dios santo, cielo, ¿dónde demonios estás?» Enterró la cara entre las manos y se esforzó por pensar con claridad a pesar de la confusión de

aquella pesadilla, y se odió a sí mismo por sentirse tan inútil.

Al cabo de más de una hora, un turismo azul se detuvo delante de la casa. Al mirar por la ventana del estudio, Tom vio que Glenn Branson se bajaba por la puerta del conductor y que otro hombre -blanco, de casi cuarenta años, con el pelo muy corto y que parecía un poli de los pies a la cabeza- salía por el otro lado.

Bajó corriendo las escaleras, antes de que llamaran al timbre y despertaran a los niños. Abrió la puerta. *Lady* salió al recibidor dando saltos, pero logró tranquilizarla y evitar que ladrara. Era evidente que se había recuperado del virus, o del intento de envenenamiento.

—Buenas noches, otra vez, señor Bryce. Sentimos molestarle.

—No. Gracias. Me alegro de verlos.

—Él es el comisario Grace, el inspector jefe de este caso -dijo Branson.

Bryce miró brevemente al comisario, sorprendido de que vistiera de un modo tan informal, pero lo único que sabía él de la policía era lo que veía de vez en cuando en algún episodio de *Morse* o *Dalziel and Pascoe* o *CSI* y, si se paraba a pensarlo, los detectives de esas series a menudo también vestían informalmente. El hombre tenía una cara robusta y agradable, penetrantes ojos azules y un aire convincente de autoridad.

—Gracias por venir -dijo Tom Bryce, que les indicó que pasaran y luego los condujo a la cocina.

—¿Ninguna novedad, señor Bryce? — preguntó Glenn Branson, separando una silla de la mesa de la cocina.

—Una, pero creo que ya están enterados. El hombre del tren era el pederasta al que encontraron muerto hoy. ¿Reginald D'Eath? He reconocido su cara en las noticias.

Grace, con la mirada, recorrió rápidamente la estancia; registró los dibujos de los niños en la pared, la nevera elegante con televisor incorporado y los armarios de aspecto caro; luego, se sentó y mantuvo la mirada fija en los ojos de Tom Bryce.

—Señor Bryce, siento mucho lo que le ha sucedido a su esposa, Kellie. Sólo quiero hacerle unas preguntas que nos ayuden a localizarla.

—Por supuesto.

—¿Puede decirme cuándo compraron el Audi que se encontró quemado? — le preguntó Grace observando los ojos de Tom Bryce como un halcón.

Los ojos del hombre se movieron de inmediato hacia la derecha.

–Sí, en marzo.

–¿En un concesionario de la ciudad?

De nuevo, sus ojos se movieron hacia la derecha, lo cual estableció que su memoria estaba en el hemisferio derecho del cerebro. Aquello significaba que si sus ojos se movían hacia la izquierda cuando respondiera una pregunta, Bryce estaría accediendo al hemisferio creativo de su cerebro y estaría en modo «Construcción»: mintiendo. En estos momentos, estaba diciendo la verdad.

–Sí, en Caffyns.

Grace sacó su libreta.

–Me gustaría comenzar por la cronología de los hechos. ¿Podemos repasar los acontecimientos que precedieron a la desaparición de Kellie?

–Claro. ¿Puedo ofrecerles algo de beber? ¿Un té o un café?

El inspector jefe escogió un café solo, y Glenn Branson, un vaso de agua del grifo. Tom puso agua a hervir y comenzó a repasar detalladamente los acontecimientos de la noche anterior.

–¿Usted y su mujer no tuvieron ninguna pelea ni nada? ¿Ni antes de salir ni en el camino de vuelta? – le preguntó Grace cuando acabó.

–En absoluto -contestó Tom, y sus ojos se movieron rápidamente a la derecha otra vez.

El hombre volvió a pensar en el trayecto de regreso anoche desde la casa de los Angelides. Kellie estaba un poco rara, pero era algo que ya le había sucedido en numerosas ocasiones, y después no había desaparecido.

–¿Puedo hacerle una pregunta bastante personal? – dijo Grace.

–Adelante.

–¿Tienen un buen matrimonio? ¿O hay problemas en su relación?

Tom Bryce negó con la cabeza.

–No es que tengamos un buen matrimonio. – Y añadió enérgicamente:- Tenemos un matrimonio extraordinario.

El agua comenzó a hervir. Tom Bryce empezaba a levantarse cuando la siguiente pregunta de Grace lo dejó clavado en la silla.

–¿Su economía anda bien, señor Bryce?

Por la expresión de esos ojos penetrantes, Tom podía adivinar que Grace sabía algo de sus problemas.

–Pues no anda muy boyante, no.

–¿Tiene la señora Bryce un seguro de vida?

Tom se puso de pie, enfadado.

—¿Qué diablos está insinuando?

—Me temo que tendré que hacerle preguntas muy personales, señor Bryce. Si cree que se sentiría más cómodo con un abogado presente, o si hay algo que no quiera contestar sin que haya uno presente, está en su derecho.

Mientras el hervidor de agua se apagaba solo, Tom volvió a sentarse.

—No necesito que nadie esté presente.

—De acuerdo, gracias -dijo Roy Grace-. Entonces, ¿puede decirme si la señora Bryce tiene un seguro de vida?

Los ojos del hombre se movieron rápidamente hacia la derecha otra vez.

—No. Los dos teníamos seguros de vida, por los niños, pero tuve que cancelarlos hace unos meses por el coste.

Tom se levantó para preparar el café. Le sirvió a Branson un vaso de agua. Grace esperó a que volviera a sentarse y pudiera verle la cara con claridad otra vez.

—¿Ha notado algún cambio en el comportamiento de la señora Bryce en los últimos meses?

Y ahora Grace vio la vacilación parpadeando en los ojos de Tom Bryce; se movieron muy claramente hacia la izquierda, hacia el modo «Construcción». Estaba a punto de mentirles.

—No, ninguno.

Luego, inmediatamente después de contestar, Tom se preguntó si era el momento de ser claro y hablarles del tema del vodka. ¿Y de los momentos extraños de Kellie? Pero le daba miedo que si lo hacía, perdieran interés. Así que, ¿qué sentido tenía contárselo?

Grace levantó su taza de café, luego volvió a dejarla sin llevársela a los labios.

—¿Le preocupa que Kellie pueda tener una aventura? — preguntó clavando la mirada de nuevo en los ojos de Bryce.

Ojos otra vez claramente a la derecha.

—No, en absoluto. Nuestro matrimonio es sólido.

Roy Grace continuó con sus preguntas durante media hora más, al final de las cuales Tom tuvo la impresión de que el comisario le había descuartizado con pericia y a conciencia, y a veces, de manera más que desagradable.

Casi a las once de la noche, cuando por fin cerró la puerta tras despedirse de los policías, se sentía agotado, y también incómodo. Por las preguntas del sargento -y la forma en que había reaccionado a las respuestas de Tom-, parecía haberse convertido en el principal sospechoso de la policía. Era una situación que quería cambiar, deprisa, porque mientras sospecharan de él, estarían centrando sus energías en la dirección equivocada. Y se dio cuenta de que había olvidado preguntarle al sargento Branson por qué aquella tarde había guardado silencio respecto a la identidad del capullo.

Tom asomó la cabeza por la puerta del salón y vio al agente de Relaciones Familiares enfrascado en su libro. Le dijo que podía coger lo que le apeteciera de la cocina y se disculpó por no tener una cama libre. El detective Willingham le dijo que había dormido un poco durante el día y que tenía pensado estar despierto toda la noche.

Luego Tom subió las escaleras hasta su estudio, demasiado nervioso como para plantearse dormir. Tenía que escribir e-mails importantes sobre la presentación de la mañana y tenía que sacar fuerzas de algún lado para concentrarse en eso.

Pulsó la tecla de retorno de su ordenador, para reiniciarlo. Al cabo de unos momentos, se descargó una gran cantidad de mensajes. Veinte, treinta, cuarenta. El filtro de correo basura arrastró la mayoría, así que sólo quedaron media docena. Tres eran de amigos, sin duda contenían chistes. Uno era de Olivia, su secretaria siempre eficiente, en el que le enumeraba las citas de la semana y en el que le recordaba lo que necesitaba para la presentación de mañana. Otro era de Ivanhoe, la página web de medicina a la que estaba suscrito, pero que rara vez tenía tiempo de leer como era debido.

El último era de postmaster@escarabajo.tisana.al. El asunto decía simplemente: «Privado y confidencial».

Hizo doble clic para leer el e-mail. El texto era breve y no estaba firmado:

Kellie tiene un mensaje para usted. Siga conectado.

Capítulo 60

A las once y cuarto de la noche, Emma-Jane Boutwood y Nick Nicholl aún estaban en sus mesas en el área de trabajo. El resto del equipo se había

marchado a casa, donde esperaba la vida, con la excepción de Norman Potting, que justo ahora se levantaba, se enderezaba la corbata y se ponía la chaqueta.

En las otras dos áreas de trabajo quedaban algunas personas. Las mesas estaban llenas de tazas de café vacías, latas de refresco, envases de comida, y las papeleras estaban rebosantes. La sala siempre estaba impecable por la mañana, pensó Emma-Jane, y al final del día olía como una cantina: una mezcla de aromas ligeramente empalagosa: *bhajis* de cebolla del *delicatessen* del supermercado Asda que había enfrente, fideos fritos, sopa de patata, hamburguesas y patatas fritas calentadas en el microondas y café.

Potting bostezó largamente y luego eructó.

–Ups -dijo-. Perdón. La comida india siempre me sienta así. – Dudó un momento al ver que no obtenía ninguna reacción-. Bueno, me voy. – Luego, se quedó donde estaba-. ¿A alguno le apetece una cervecita rápida? ¿Antes de ir a casa? Conozco un sitio que estará abierto.

Los dos dijeron que no con la cabeza. Nick Nicholl estaba enfrascado en lo que parecía ser, al menos para Emma-Jane, una difícil llamada personal por el móvil. Por las pocas palabras que había oído, parecía que intentaba calmar a su mujer, que estaba disgustada por algo: seguramente, porque su marido aún estuviera trabajando un domingo a aquellas horas. En cierto sentido, aunque echaba de menos tener novio -hacía un año que había roto con Olli-, Emma-Jane se sentía aliviada por no tener a nadie en su vida en estos momentos. Conllevaba la posibilidad de concentrarse en su carrera y no sentirse culpable por la locura de horas que le dedicaba.

Sin hacer caso al hecho de que Nicholl estaba hablando, Potting se inclinó sobre él y le preguntó:

–Supongo que no sabrás el resultado del partido de críquet. He intentado buscarlo en Internet.

Nicholl lo miró, negó con la cabeza y volvió a centrarse en su llamada.

Dudando de nuevo, Potting se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y repitió:

–Bueno, me voy.

Emma-Jane levantó una mano.

–Adiós, buenas noches.

–El tiempo justo para llegar a casa y volver mañana -gruñó-. Nos vemos a las ocho y media.

—¡Lo estoy deseando! —dijo ella en un tono ligeramente de burla.

Mientras bebía un sorbo de agua mineral de una botella, le observó cruzar la sala, un hombre sin forma con un traje totalmente arrugado. Aunque le parecía un ordinario, en realidad le daba un poco de pena porque parecía estar muy solo. Decidió que mañana intentaría ser más amable con él.

Enroscó el tapón de la botella, luego se puso a trabajar de nuevo en las declaraciones de los vecinos de Reggie D'Eath, que había recogido a lo largo del día el equipo encargado de los interrogatorios puerta por puerta. También intentaba recabar más información sobre la furgoneta Ford Transit blanca que uno de los vecinos del muerto había visto delante de su casa la noche anterior.

Aunque la investigación del asesinato de Reginald D'Eath la llevaba un equipo distinto, Grace creía que tenía la relevancia suficiente para la Operación Ruiseñor para que en esta fase su equipo estuviera informado de todos los aspectos de la investigación.

Tenía la matrícula sobre la mesa, GU03 OAG. El propietario registrado era una empresa llamada Bourneholt International Ltd., con una dirección, un apartado de correos, que no podría comprobar hasta la mañana siguiente. Antes, cuando se la había enseñado a Norman Potting, éste le había dicho que era muy probable que no fuera más que un domicilio postal. Parecía probable, ya que la búsqueda en Internet no había dado ningún resultado.

Uno de los teléfonos del área de trabajo empezó a sonar. Nick aún estaba encorvado en su mesa hablando por el móvil, así que Emma-Jane descolgó el auricular.

—Centro de investigaciones -dijo.

La voz al otro lado era enérgica pero educada.

—Hola, soy Adam Davies de Southern Resourcing. ¿Podría hablar con el comisario Grace?

Southern Resourcing era el centro de gestión de llamadas donde teleoperadores formados, como Davies, contestaban y atendían todas las llamadas no urgentes.

—Me temo que ahora no está. ¿Qué desea?

—Necesito hablar con alguien de la Operación Ruiseñor.

—Soy la detective Boutwood, estoy en el equipo de la Operación Ruiseñor -contestó, y se sintió orgullosa al decirlo.

–Tengo al teléfono a un caballero, el señor Seiler, que llama por una furgoneta blanca. He comprobado la matrícula que me ha dado y en el sistema aparece que el comisario Grace ha registrado este vehículo. He pensado que querría hablar con el señor.

–¿Es el propietario?

–No, al parecer está aparcada delante de su piso. Ha llamado antes para presentar una queja. Está registrada a las seis cuarenta de la tarde.

–¿Sí? – dijo Emma-Jane, sorprendida, preguntándose por qué nadie la había atendido-. Pásemelo, por favor.

Al cabo de un momento, estaba hablando con un hombre mayor furioso con un acento gutural alemán.

–Hola, sí. ¿Usted no es el agente de policía con quien he hablado antes? – preguntó.

Sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro, la joven detective escribía frenéticamente en el teclado. Al cabo de unos segundos, encontró la entrada de las seis cuarenta, registrada por un tal sargento Jon Rye de la Unidad de Delitos Tecnológicos.

«Conducción bélica. Atendida telefónicamente por el sargento Rye.»

¿Qué diablos significaba?

–Me temo que es domingo por la noche, señor. Mucha gente se ha marchado a casa.

–Sí, y el tipo de la furgoneta blanca vuelve a estar delante de mi piso, robándome el Internet. Estaría bien que fuera él quien se marchara a casa.

«¿Robándome el Internet?», pensó. ¿Qué diablos significaba eso? Pero en estos momentos le interesaba más la furgoneta.

–¿Podría leerme la matrícula del vehículo, señor?

Al cabo de un momento, y exasperantemente despacio, dijo:

–G de golf, U de..., mm, Urano. Cero, tres. O, de Oscar. A de Alfa, G de Golf. La anotó. GU03 OAG.

De repente, Emma-Jane se puso de pie, con la adrenalina hirviéndole en las venas.

–Señor, déjeme su número de teléfono y ahora mismo le llamo. ¿Su dirección es Freshfield Road, 138, Piso D?

El hombre confirmó que era correcta y le dio el teléfono. La detective lo introdujo directamente en su móvil.

–Por favor, no salga ni lo ahuyente. Me pondré en contacto con usted dentro de unos minutos. Voy a colgar y le llamaré dentro de dos minutos.

–Sí -dijo-. Gracias, muchísimas gracias.

Nick seguía enfrascado en su llamada y no hizo caso a sus gesticulaciones frenéticas. Desesperada, le arrancó el teléfono de la oreja.

–¡Ven conmigo! – le dijo-. ¡¡¡Ya!!!

Capítulo 61

Tom, temblando de los nervios, estaba sentado en su estudio con un vaso de Glenfiddich, intentando centrarse en los e-mails que, como fuera, tenía que mandar acerca de la presentación de mañana por la mañana a su equipo; tenía que hacerlo esta noche. Cada dos minutos, clicaba el botón de enviar y recibir de su correo electrónico. Todo seguido de un largo trago de whisky.

A las once y veinte, el vaso estaba vacío y, como necesitaba otro, fue abajo. El agente Willingham estaba en la cocina, preparándose un café.

–¿Quiere uno, señor Bryce? – le preguntó.

Tom levantó el vaso y, consciente de que arrastraba ligeramente las palabras, dijo:

–Gracias, pero necesito algo un poco más fuerte.

–No le culpo.

–¿Quiere uno? – le ofreció Tom, abriendo la botella.

–Estoy de servicio, gracias, señor, no.

Tom se encogió de hombros como diciéndole «Allá tú», llenó el vaso hasta el borde de whisky, hielo y agua -pero, básicamente de whisky- y volvió arriba. Cuando se sentó a la mesa, vio que había entrado otro mensaje de postmaster@escarabajo.tisana.al, con un documento adjunto. El asunto decía, simplemente, «Mensaje de Kellie».

Le temblaba tanto la mano que apenas podía mantener el cursor sobre el documento adjunto. Hizo doble clic.

El documento pareció tardar una eternidad en abrirse. Luego, de repente, toda la pantalla quedó en negro... y apareció la cara de Kellie.

Apenas iluminada, como una artista actuando en un escenario bajo la luz de un solo foco, miraba al frente, desde la oscuridad. Todavía con el vestido de la noche anterior, estaba atada de pies y manos a una silla.

Alrededor del cuello llevaba una cadena con un colgante de plata que Tom

no había visto nunca. Tenía un moratón grande debajo del ojo derecho, donde parecía que le habían pegado, y los labios hinchados.

Hablaba con voz entrecortada, forzada, como si intentara recitar un guión memorizado.

Tom la miró, totalmente petrificado por el horror, como si aquello no fuera real, sólo una broma pesada, una pesadilla.

—Tom, por favor, mírame bien y escúchame -dijo Kellie, con la voz temblorosa-. ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué no hiciste caso a las instrucciones y fuiste a la policía? Ahora me están castigando por tu estupidez.

Se quedó callada, las lágrimas resbalaban por sus mejillas manchadas de rímel. La imagen fue acercándose más y más a su cara; luego, aún más, enfocando hacia abajo, centrándose en el colgante del collar. Hasta que la joya ocupó toda la pantalla.

Y el diseño grabado en él era claramente visible. Era un escarabajo pelotero.

—No le hables a la policía de estas imágenes, cielo. Haz exactamente lo que te digan. Si no, le tocará a Max. Luego, a Jessica. No intentes hacerte el héroe. Por favor, haz lo que te digan. Es... -Se le entrecortó la voz-. Es la única posibilidad que tenemos de volver a vernos. Por favor, no se lo digas a la policía, por favor. Lo sabrán. Esta gente lo sabe todo.

La voz de Kellie le rasgó el alma.

La pantalla se quedó en negro. Luego oyó un sonido. Comenzó como un gemido débil, luego cada vez era más fuerte y agudo, más y más desgarrador. Se dio cuenta de que era Kellie. Estaba gritando.

Luego, silencio.

La película terminó. El documento adjunto se cerró.

Tom vomitó en la moqueta.

Capítulo 62

En el Vauxhall camuflado de la policía, Nick Nicholl cruzó la verja de seguridad de Sussex House y pisó a fondo el acelerador. Emma-Jane daba instrucciones por radio al operador del centro de control.

—Aquí Golf-Tango-Juliet-Eco. Necesitamos unidades de refuerzo en los alrededores de Freshfield Road. El incidente está en el número 138, pero no quiero que nadie se acerque al coche hasta que yo lo diga, es muy

importante. ¿Entendido? – Estaba temblando de los nervios. Era el primer incidente serio del que se hacía cargo y era consciente de que podía estar rebasando su autoridad. Pero ¿qué otra opción tenía?-. ¿Puedes confirmarlo?

–Golf-Tango-Juliet-Eco, enviando unidades de refuerzo a los alrededores de Freshfield Road. Solicita no intervención hasta nuevo aviso. Hora de llegada estimada, cuatro minutos.

Bajaban a toda velocidad por una cuesta larga y pronunciada. Emma-Jane miró el velocímetro. Más de 110 kilómetros por hora. Marcó el número que el señor Seiler le había dado. Al cabo de unos momentos, contestó.

–¿Señor Seiler? Soy la detective Boutwood. Vamos para allá. ¿Sigue la furgoneta ahí fuera?

–Sigue ahí -confirmó el hombre-. ¿Quieren que vaya a hablar con el conductor?

–No -le imploró la detective-. No, por favor, no lo haga. Por favor, quédese dentro y vigílele. Seguiré al teléfono. Dígame lo que ve.

El fogonazo de la cámara de un radar cruzó la luna trasera del coche. Manteniendo la velocidad, el detective Nicholl siguió bajando la cuesta, acelerando aún más cuando vio el semáforo en verde delante de ellos. La maldita luz se puso roja.

–¡Sáltatelo! – le dijo Emma-Jane.

La policía aguantó la respiración cuando cruzaron la línea y Nicholl giró bruscamente a la derecha, pasando peligrosamente delante de un coche que le pitó enfurecido,

–Sigo viendo la furgoneta blanca -dijo el señor Seiler-. Hay un hombre dentro.

–¿Sólo uno?

Iban por una carretera de dos carriles, en la que la velocidad estaba limitada a sesenta kilómetros por hora, y el velocímetro rozaba los ciento cuarenta y cinco.

–Sólo veo a un hombre.

–¿Qué hace?

–Tiene un portátil abierto.

Se disparó otro radar.

–Será mejor que no te equivoques -le susurró Nick Nicholl-. Si no, adiós al carné.

Las farolas pasaban a toda velocidad. Las luces de posición posteriores aparecían como cuando se avanza la imagen en un DVD. Los conductores enfadados les hacían luces.

Sin hacer caso a su compañero, Emma-Jane se centró totalmente en el informador.

–Llegaremos dentro de un par de minutos -le dijo.

–Entonces, ¿quiere que salga ahora?

–¡¡No!! – chilló-. Por favor, no salga.

Nick Nicholl frenó, se saltó otro semáforo, luego giró bruscamente a la izquierda por Elm Grove, una cuesta empinada y ancha con casas y tiendas a cada lado. El cartel «Alfombras Harmony», situado encima de un escaparate, pasó a toda velocidad.

–¿Qué ve ahora, señor Seiler?

–Todo sigue igual.

De repente, se oyeron interferencias en la radio.

–Golf-Tango-Juliet-Eco, al habla el agente Godfrey. Aquí unidad Delta-Zulú-Bravo. Estamos acercándonos a Freshfield Road. Llegada estimada, treinta segundos.

–Deteneos donde estáis -dijo ella, que de repente se sintió increíblemente importante, y muy nerviosa por si la fastidiaba.

Pasaron por delante de los edificios lúgubres del Hospital General de Brighton, donde su abuela había muerto de cáncer el año pasado, luego giraron a la derecha dando un bandazo y con los neumáticos chirriando y entraron en Freshfield Road.

Emma-Jane echó un vistazo a los números de las casas: 256... 254... 248... Se volvió hacia Nick Nicholl y dijo:

–De acuerdo, reduce. Ahora llegaremos a una pequeña rotonda. Es al otro lado.

Mientras seguían avanzando, de repente vio la Ford Transit blanca a unos doscientos metros, los pilotos rojos encendidos. Y ahora sí notó que se le aceleraba el corazón. Al cabo de unos segundos, pudo leer la matrícula.

GU03 OAG.

Pulsó el botón de la radio.

—Unidad Delta-Zulú-Bravo. Hay una Ford Transit blanca delante del número 138. Por favor, interceptadla.

Luego, se volvió hacia Nick Nicholl.

—¡Adelante! ¡Para delante! ¡Bloquéale el paso! — Se desabrochó el cinturón.

Al cabo de unos segundos, estaban frenando, en dirección a la furgoneta. Antes de que hubieran parado del todo, Emma-Jane tenía su puerta abierta. Se bajó de un salto y agarró la puerta de la Transit.

Estaba cerrada.

Oyó una sirena. Vio luces azules deslizándose por el asfalto negro. Oyó que el motor de la Transit arrancaba y aceleraba. De repente, la furgoneta dio marcha atrás y casi se le desencajó el brazo. Oyó el crujido del metal sobre metal y cristal. Luego, su brazo se movió hacia delante con una sacudida cuando la furgoneta aceleró y embistió al Vauxhall. El aire se llenó con el estruendo del motor acelerando, con el hedor acre de las gomas quemadas y, luego, con un chillido metálico cuando el Vauxhall dio un bandazo.

—¡Alto! ¡Policía! — oyó que gritaba Nick.

Luego, hubo otro ruido de metal torciéndose. Emma-Jane siguió agarrada a la puerta con todas sus fuerzas.

De repente, perdió pie. La furgoneta estaba acelerando, giró bruscamente a la izquierda, y sus piernas se elevaron en el aire, luego el vehículo giró a la derecha. Hacia una fila de coches aparcados.

Emma-Jane sintió un momento de terror ciego.

Luego, todo el aire abandonó su cuerpo. Notó una presión horrible, luego oyó un crujido sordo como de cristales y metales rompiéndose. En los segundos de agonía que precedieron a la pérdida de conocimiento, sus manos soltaron la puerta, su cuerpo rodó por el suelo y se dio cuenta de que no eran ni cristales ni metales los que hacían ese ruido. Eran sus huesos.

Nick la vio tirada en la carretera y dudó un momento. Mirando por el retrovisor, vio el coche de policía a bastante distancia. Delante, los pilotos de la Transit desaparecían cuesta abajo. En una milésima de segundo, tomó una decisión, aceleró para perseguir al vehículo y gritó por radio:

—¡Policía herido! ¡Necesitamos una ambulancia!

Al cabo de unos segundos, acortó la distancia respecto a la furgoneta. El coche saltó al pasar por un resalto. Al final de la cuesta, había un semáforo

en rojo, el cruce con Eastern Road. La Transit tendría que parar, o al menos aminorar la marcha.

No hizo ninguna de las dos cosas.

Mientras la furgoneta cruzaba la calle, Nick vio el resplandor de unos faros y, al cabo de un momento, un taxi marca Skoda se empotró contra la puerta del conductor de la furgoneta. Oyó un golpe metálico fuerte y sordo, como dos cubos de basura gigantes que chocaban.

La Transit dio un giro y se detuvo, soltaba vapor, aceite y agua, la bocina sonaba atronadora, había fragmentos de cristal y metal por todas partes, una rueda estaba torcida y desviada, casi en paralelo al suelo, el neumático desinflado.

El Skoda siguió avanzando unos metros y dio la vuelta, emitiendo un chirrido metálico agudo, del capó salió vapor, luego se subió a la acera, chocó contra la pared de una casa y rebotó unos metros hacia atrás.

Nicholl detuvo el coche mientras llamaba por radio a los servicios de emergencia, luego se bajó de un salto y corrió hacia la furgoneta. Pero al llegar se dio cuenta de que no tenía por qué darse prisa. El parabrisas estaba agrietado y manchado de sangre. El conductor yacía desplomado de lado, con el cuerpo parcialmente tendido sobre el volante, con el cuello torcido. La cara, que tenía varios cortes, estaba contra el parabrisas agrietado; sus ojos, cerrados.

Seguía saliendo vapor y olía a gasoil. Nick Nicholl intentó abrir la puerta hundida, pero no pudo. Tiró con firmeza, tenía miedo de que la furgoneta se incendiara, luego más fuerte, con todas sus fuerzas. Al final, se abrió unos centímetros.

Era consciente de que los vehículos estaban deteniéndose; por el rabillo del ojo, vio que dos personas se habían acercado al taxi y abrían la puerta del conductor y que otra persona se esforzaba por abrir la puerta de atrás. Nick Nicholl tiró aún con más fuerza de la puerta de la Transit, que cedió un poco más. Al hacerlo, vislumbró un resplandor en el suelo del asiento del pasajero.

Era un portátil.

Mientras metía la mano por entre la puerta, Nick miró detenidamente la cara del hombre. Respiraba. Una de las principales lecciones que había aprendido en primeros auxilios era no mover a la víctima de un accidente a menos que fuera para ponerla fuera de peligro. Alargó la mano por delante

del hombre y apagó el motor. No olía a quemado. Decidió esperar, luego se dirigió al otro lado de la furgoneta y sacó el portátil, con aplomo, sólo tocando el aparato con su pañuelo.

Luego, preocupadísimo por Emma-Jane, llamó por radio para preguntar por la situación de los vehículos de urgencias. Mientras lo hacía, oyó las sirenas.

Además de lo inquieto que estaba por la joven detective, tenía otra preocupación. Roy Grace no iba a dar saltos de alegría cuando se enterara del accidente.

Capítulo 63

A las once y media, Roy Grace aparcó su Alfa Romeo junto a una línea amarilla continua, delante del escaparate sin iluminar de un negocio especializado en muebles retro del siglo xx.

Se bajó, cerró la puerta y se quedó de pie, bajo el resplandor naranja de las farolas, delante de la verja de hierro forjado del almacén reformado donde vivía Cleo. Durante unos momentos, se quedó mirando el portero electrónico, sintiendo una confusión de emociones. Una parte de él estaba enfadada, otra tenía miedo por lo que iba a decirle Cleo. Y otra simplemente estaba deprimida.

Por primera vez desde que Sandy había desaparecido, sentía algo por otra mujer. En realidad, la noche anterior, durante los momentos en que había estado despierto y no había pensado en el asesinato de Janie Stretton, se había permitido la osadía de pensar que tal vez era posible comenzar una nueva vida. Y que, quizá, podía ser con Cleo Morey

Entonces había llegado el mensaje.

«Prometido.»

¿De qué diablos iba todo aquello? ¿Quién era ese hombre? Un niño de papá baboso de su ambiente pijo que mami y papi aprobaban? ¿Un tipo que tenía un Porsche y una casa en el campo?

¿Cómo demonios se le había pasado mencionar que estaba prometida? ¿Y por qué quería verle ahora? ¿Para disculparse por lo de anoche y decirle que el besuqueo en el taxi había sido un terrible error de borrachera y que tenían que comportarse como adultos puesto que trabajaban juntos?

¿Por qué había ido a su casa? No debería estar allí. Tendría que estar en su mesa del centro de investigaciones o, a estas horas un domingo por la

noche, yendo a casa a dormir, para estar fresco para la reunión de la mañana, para estar preparado para todos los seguimientos que tenía que hacer en el caso de Janie Stretton; así como para controlar el progreso del juicio a Suresh Hossain.

En su mente, reproducía el interrogatorio que acababa de hacerle a Tom Bryce. Como parte de su formación, Grace había asistido, en los últimos años, a varios cursos de perfiles psicológicos, pero nunca le habían parecido prácticos. Tal vez podían proporcionar pistas útiles si había que escoger entre tres sospechosos distintos, pero nada de lo que había aprendido le servía de ayuda ahora para evaluar si Tom Bryce fingía su dolor y su preocupación o si éstos eran reales.

Pero no había duda de que el hombre les había contado una mentira.

«¿Ha notado algún cambio en el comportamiento de la señora Bryce en los últimos meses?»

«No, ninguno.»

¿A qué venía eso? Bryce ocultaba algo. ¿Sospechaba que podía estar con un amante? ¿O haberle abandonado? Y pese a la compasión que le despertaba el hombre, fue aquel momento de vacilación, esa mentira, lo que sembró las dudas suficientes en la mente de Grace para impedirle mover todos los hilos e iniciar aquella misma noche la búsqueda intensiva de Kellie Bryce. Por la mañana, sugeriría a la subdirectora Alison Vosper que pusiera a Cassian Pewe al frente de la desaparición de la mujer.

Y, con suerte, aquel pedante de mierda acabaría haciendo el ridículo en su primer trabajo. Qué maravilloso sería.

Miró fijamente el portero electrónico y notó los nervios en el estómago. «¡Contrólate, tío!» ¡Estás aquí plantado en la puerta como un adolescente patético! ¡A las once y media de un puto domingo por la noche!

De repente, se sintió cansado. Exhausto. Durante un momento, su enfado se recrudeció -estaba enfadado con Cleo y con él mismo por ser tan débil como para estar aquí- y tuvo la tentación de volver al coche y marcharse a casa. Se dio la vuelta, metió la mano en el bolsillo para coger las llaves. Estaba sacándolas cuando oyó la voz de Cleo, extrañamente distorsionada a través del portero automático.

—¡Hola!

Y esa voz le hizo algo. Le revitalizó por completo.

—¡Pizza! —dijo con un acento italiano muy malo-. ¿Ha *pediddo unna* pizza? Cleo se rio.

—Entra por el patio y gira a la derecha. ¡Es el número seis, al final a la izquierda! ¡Espero que no hayas olvidado el extra de anchoas!

La puerta se abrió con un clic agudo. Empujó la pesada verja para abrirla y se metió la mano en el bolsillo, recordando, de repente, los chicles, y se llevó una pastilla a la boca mientras caminaba por los adoquines impolutos iluminados por una hilera de luces dentro de cúpulas de cristal. Al llegar a la puerta, puso el chicle en el envoltorio, hizo una bolita y se la guardó en el bolsillo.

La puerta se abrió antes de que tocara el timbre y Cleo apareció, descalza, con unos vaqueros ajustados y una sudadera ancha azul, unos mechones de pelo recogidos, el resto sueltos. Estaba pálida, apenas llevaba maquillaje y, sin embargo, estaba más hermosa que nunca.

Lo saludó con una sonrisa dócil y una especie de mirada culpable de sus ojos redondos, como un niño que se ha portado un poquitín mal.

—¡Hola! —dijo, y se encogió ligeramente de hombros.

Grace le devolvió el gesto.

—Hola.

Se produjo un silencio incómodo, como si cada uno esperara a que el otro le ofreciera un beso. Ninguno lo hizo. Cleo se apartó para dejarle pasar y cerró la puerta cuando hubo entrado.

Grace accedió a un gran salón abierto, iluminado tenuemente por una docena o más de pequeñas velas blancas y luces ultramodernas y muy elegantes; la habitación desprendía un olor fuerte, femenino, muy seductor, ligeramente dulce, a almizcle.

La habitación transmitía buenas vibraciones; se relajó al instante, sintió que Cleo estaba presente en cada centímetro. Paredes color crema y alfombras pequeñas sobre un suelo de roble pulido, dos sofás rojos, muebles lacados negros, originales cuadros abstractos, un televisor que parecía caro y una canción latina de El Divo sonando bajito, pero con firmeza, a través de unos altavoces negros muy modernos.

Había varias plantas exuberantes y, en una pecera cuadrada sobre la mesita de café, un pez de colores solitario nadaba por entre los restos de un templo griego en miniatura, sumergido.

—¿Aún te apetece ese whisky? —preguntó Cleo.

—Creo que lo necesito.

—¿Hielo?

—Mucho.

—¿Agua?

—Sólo un chorrito.

Grace se acercó a la pecera.

—Es *Pez* -le dijo ella-. *Pez*, te presento al comisario Roy Grace.

—Hola, *Pez* -dijo él; luego se volvió hacia Cleo y añadió-: Yo también tengo un pez.

—Me acuerdo, me lo dijiste. *Marlon*, ¿verdad?

—Buena memoria.

—Sí. Mejor que la de un pez. Una vez leí que sólo pueden recordar algo durante doce segundos. Yo a veces recuerdo cosas durante todo un día.

Grace se rio. Pero fue una risa forzada. El ambiente era tenso, como si fueran dos boxeadores en un cuadrilátero que esperaban a que sonara la campana del primer asalto.

Cleo salió de la habitación y Grace aprovechó la oportunidad para echar un vistazo. Se acercó a una fotografía enmarcada que compartía una pequeña mesa auxiliar con un ficus. Era de un hombre guapo de aspecto distinguido, de unos cincuenta y tantos años, vestido con un frac y sombrero de copa, junto a una mujer hermosa de unos cuarenta y cinco o cincuenta años que se parecía muchísimo a Cleo y que llevaba un traje increíblemente elegante y un sombrero grande; había docenas de personas vestidas de modo similar en segundo plano. Grace se preguntó si sería el Royal Enclosure de Ascot, aunque nunca había estado.

Luego se acercó a una estantería alta llena de libros. Reconoció una hilera de novelas de Graham Greene, una selección de los Diarios de Samuel Pepys, varias novelas policiacas, de Val McDermid, Simon Brett, Ian Rankin y Mark Timlin, una novela de Jeanette Winterson, dos de James Herbert, una de Alice Seebold, una de Jonathan Franzen, *Las correcciones*, varias de Tom Wolfe, una biografía de Margaret Thatcher y otra de Clinton, diversas novelas para mujeres jóvenes solteras, un ejemplar antiguo de *Anatomía de Gray* y, para su sorpresa, una copia de *The Occult*, de Colin Wilson.

Cleo volvió a la habitación, con una copa y un vaso; los cubitos entrechocaban.

—¿Lees mucho? — preguntó Grace.

—No lo suficiente, pero compro libros compulsivamente. ¿Y tú?

Le encantaba leer y compraba varios libros cada vez que entraba en una librería, pero rara vez acababa leyéndolos.

—Ojalá tuviera tiempo. Básicamente acabo leyendo informes.

Cleo le dio un vaso pesado de whisky con hielo y se sentaron en un sofá, y dejaron un espacio suficiente entre ellos. Ella levantó su copa, de vino blanco.

—Gracias por venir.

Grace se encogió de hombros, preguntándose qué bomba iba a soltarle. Pero lo que dijo fue:

—Arriba.

—¿Arriba?

—Abajo.

Grace frunció el ceño.

—¿No lo conoces?

—No.

—Arriba, abajo, ¡al centro y *pa'* dentro! — Levantó el vaso y bebió un trago largo.

Sacudiendo la cabeza perplejo, Grace bebió un trago de whisky; sabía peligrosamente bien.

—¿Qué significa? ¿«Arriba, abajo, al centro...»?

—¡Y *pa'* dentro!

Grace meneó la cabeza, no lo entendía.

—Es sólo algo que se dice. Tendré que enseñártelo.

Miró a Cleo, luego el vaso, dio un sorbo más y cambió de tema.

—Bueno, ¿quieres hablarme de tu... príncipe azul? ¿Tu prometido?

Cleo bebió otro trago de vino. Él la observó, le encantó su forma de beber, no era un sorbo remilgado sino un trago como Dios manda.

—¿Richard?

—¿Se llama así?

—¿No te dije cómo se llamaba? — Parecía asombrada.

—La verdad es que no. Parece que anoche se te olvidó. Y también en nuestra primera cita.

Ella miró dentro de la copa de vino como si contemplara unas runas antiguas.

–Pero, si todo el mundo..., todo el mundo sabe quién es. Quiero decir que... pensaba... Tienes que saber quién es.

–Pues es evidente que no soy todo el mundo.

–Lleva meses volviendo loco al equipo del depósito.

Grace hizo girar los cubitos en el vaso.

–No sé si te sigo.

–El número 42 -dijo-. ¿El sentido de todo? ¿*Guía del autoestopista galáctico*?

–Vale -dijo él, cayendo en la cuenta por fin. Se preguntó por un momento si Cleo estaba borracha. Pero no lo parecía. Ni siquiera parecía achispada-. Lo siento. Estoy perdido. ¿Tu prometido está volviendo loco a todo el mundo?

–Creía que lo sabías -dijo, y de repente parecía muy dócil-. Mierda, no lo sabías, ¿verdad?

–No.

Cleo apuró el vino.

–¡Dios santo! – Luego inclinó la copa como buscando unas gotas más del preciado alcohol-. En realidad, esa expresión es del todo desacertada, «Dios santo». – Volvió a encogerse de hombros.

–¿Quieres ponerme al corriente?

–¿Quieres la versión extendida sobre Richard?

–Podría ser un buen punto de partida.

–Richard y yo nos conocimos hará unos tres años, él es abogado. Fue al depósito porque quería ver un cadáver de un caso de asesinato que estaba defendiendo. – Levantó la copa con expectación, luego se quedó decepcionada al comprobar que estaba vacía-. Me gustó y comenzamos a salir. A mis padres les caía bien, a mi hermano y a mi hermana les parecía encantador, y hace un año y medio nos prometimos. Pero por la misma época descubrí que tenía un gran rival: Dios.

–¿Dios?

Ella asintió.

–Encontró a Dios. O Dios lo encontró a él. Como sea.

–Qué afortunado, Richard -dijo Grace.

–Mucho -dijo ella con un dejo de sarcasmo-. Envidio a cualquiera que encuentre a Dios. Es genial poder descargar todas tus responsabilidades en Dios. – De repente, se puso en pie-. ¿Quieres más whisky?

Grace miró su vaso, que estaba prácticamente lleno.

–Estoy servido, gracias. Tengo que conducir.

Cleo salió de la estancia, volvió con la copa de vino llena y se sentó, mucho más cerca esta vez.

–Comenzó a llevarme a una iglesia carismática de Brighton -dijo-. Pero no era para mí. Lo intenté, porque entonces le quería, pero sólo sirvió para alejarnos.

–¿Y su solución fue rezar aún más?

–Exacto. Vaya, ¿sabes que eres bastante listo, para ser poli?

Grace le lanzó una mirada llena de intención, pero no pudo disimular una sonrisa.

–Muchas gracias.

Cleo chocó su copa con el vaso de Grace.

–Empezó a querer que me arrodillara con él, a rezar durante una hora, a veces incluso más, a pedirle a Dios que nuestra relación mejorara. Al cabo de un tiempo, no pude soportarlo más.

–¿Por qué no?

–Pues porque no soy creyente.

–¿No crees en nada?

–Mi profesión consiste en abrir cadáveres, ya sabes a qué me dedico. Todavía no he encontrado ninguna alma ahí dentro. – Bebió un trago de vino-. ¿Tú eres creyente?

–Creo en alguna forma de existencia más allá de la muerte, pero tengo un problema con la religión.

–Entonces pensamos igual -dijo Cleo.

–He visto que tienes *The Occult* de Colin Wilson en la estantería.

–Ese tema me intriga. Sé que a ti te gusta, y no pasa nada. Se puede creer en fantasmas, en una especie de mundo espiritual, pero no hay por qué creer necesariamente en un Dios monoteísta. ¿Verdad?

Grace asintió.

–Rompí con Richard hace seis meses y no lo acepta. Está convencido de que Dios arreglará las cosas entre nosotros. Todo esto también está afectando a su carrera. Cada vez pasa más tiempo rezando a Dios para que lo ayude con sus casos en lugar de leer los informes. Lo siento, veo toda la mierda que pasa en el mundo y la mayor parte está causada por gente que tiene una versión particular de Dios. A veces, no creo que la obsesión de

Richard esté tan alejada de la de los terroristas suicidas musulmanes. Todo forma parte del mismo maldito sistema de creencias: que no es la vida lo que importa, sino lo que viene después. ¡Qué idea de mierda! ¿Cambiamos de tema?

Grace bebió un poco más de whisky.

—¿De qué te gustaría hablar?

Cleo dejó la copa, le cogió el vaso de la mano y también lo dejó. Le puso los brazos alrededor del cuello y le susurró al oído:

—¿Qué te parece si no hablamos durante unos minutos?

Luego, apretó sus labios contra los de él. Eran suaves, increíblemente suaves; inhaló su perfume a almizcle, el olor de su pelo recién lavado, sintió su lengua dulce y suave en la boca, notó cómo lo acercaba más y más a su cuerpo, como si tirara de él con pañuelos de seda.

Y, de algún modo, con los cuerpos entrelazados, sin separar los labios ni un momento, subieron las escaleras empinadas -un tramo, dos tramos, no los contó-, arrastrando los pies por el suelo de madera, luego por una alfombra mullida. El Divo seguía sonando, ahora una melodía de jazz suave. Junto a las paredes había velas, las llamas parpadeaban, y Cleo seguía besándole, explorando sus dientes con la lengua, luego el paladar, luego batiéndose en duelo con su lengua, y notó...

Oh, Dios santo, el fuego ardiente en la entrepierna; la presión...

Notaba una corriente eléctrica en la tripa, que lanzaba pequeñas chispas maravillosas que recorrían todo su cuerpo. Abrió los ojos, vio que los ojos azul claro de Cleo le sonreían. Estaba desabrochándole la camisa y, de repente, apretó su boca, húmeda y dulce, sobre cada uno de sus ojos, y fue como si alguien hubiera dado la corriente. Le besó la frente, luego la mejilla, luego los labios, otra vez. Y otra.

Era tan genial que le dolía.

En los últimos nueve años, sólo había llamado algunas veces a números de los anuncios personales del *Argus*, y había acabado en sótanos de mala muerte de Brighton. Una vez, una joven española gorda le había hecho una paja. Otra vez, una tailandesa le había proporcionado sexo oral. Y había habido una tercera vez, muy embarazosa, en la que apenas había conseguido que se le levantara con una chica inglesa delgada, de voz ordinaria, y plana como una tabla de planchar.

Quizá porque en su mente, Sandy estaba en esa habitación. Pero ahora no estaba.

Los dedos delgados de Cleo buscaban su cinturón. Otro beso, en el cuello, justo debajo de la barbilla. Oyó el ruido metálico de la hebilla. Otro beso en el cuello, ahora más abajo. Luego, de repente, notó que sus pantalones se aflojaban, las manos de Cleo dentro de sus calzoncillos, tan cálidas y, al mismo tiempo, tan increíble, deliciosa, sensualmente frías.

—Oh, Dios mío. — Se estremeció, estaba casi loco de excitación; pero parecía decidido a alargar aquel momento mucho, mucho tiempo.

Ella le sonrió, la sonrisa más absoluta y totalmente lasciva que había visto en su vida. Luego, siguió con los botones de la camisa otra vez, desabrochando cada uno, abriendo el tejido más y más.

Luego, apretó los labios contra su pezón derecho y Grace creyó que iba a morir de felicidad.

Cleo siguió acariciándole despacio, marcando su propio ritmo lento, muy lento, tentadoramente lento. Le pellizcó el pezón izquierdo con los dedos, con suavidad, luego más fuerte, mirándolo ahora fijamente a los ojos, esbozando esa sonrisa malvada, hermosa, tan increíble...

Tan increíblemente...

Lasciva.

Y estaba tan empalmado que apenas podía soportarlo un segundo más.

Cleo introdujo la lengua en su ombligo. Le bajó los pantalones y los calzoncillos, hasta las pantorrillas, hasta los zapatos. Entonces, empezó a chupársela.

Sus pulmones se quedaron sin aire, el aire que tenía muy adentro, en algún lugar o zona que no sabía que aún existiera, que creía muerta hacía mucho tiempo. Y deslizó las mano debajo de la sudadera de Cleo, sintió su piel, la piel suave de su abdomen tonificado, le levantó despacio la sudadera, poco a poco hacia arriba, no quería que este momento acabara, no quería quitársela, sólo quería estar así siempre, quitándole siempre el jersey, todos los días, horas, minutos, segundos, na-nosegundos, picosegundos, femtosegundos de su vida. Que el tiempo se detuviera.

Entonces, le tocó los pechos. No llevaba sujetador. Eran grandes, mucho mayores de lo que había imaginado, firmes, redondos, y Cleo soltó un gemido cuando se los acarició, luego siguió chupándosela, más y más profundamente.

Al cabo de unos momentos, aún con los zapatos puestos y los pantalones y los calzoncillos en los tobillos, estaban tumbados en la cama sobre una colcha de leopardo. Mirándose en silencio. Grace pasó la mano por sus hombros, tocando sus fuertes omóplatos, el contorno de su espalda, su piel cálida, y pensó -e intentó no hacerlo, pero no hubo forma de evitarlo-, qué tacto tan distinto tenía comparado con Sandy. No era mejor, sólo distinto.

Empezaron a venirle a la mente imágenes de Sandy. Comparaciones. Sandy era más baja, estaba más rellenita, menos tonificada; tenía los pechos más pequeños, de una forma distinta, los pezones más grandes, más rosados. Los de Cleo eran más pequeños, como tacos color carmesí. Sandy tenía el vello púbico castaño, una maraña poblada. Cleo lo tenía del color del trigo en invierno, depilado, arreglado. Estaba entrelazada con él, sus extremidades fuertes y maravillosas como un impresionante pura sangre, contorsionándose.

—Roy, eres increíble -le susurró-. Dios, Roy, hace tanto tiempo que quería esto. Hazme el amor.

Y Grace la levantó hacia él, incapaz de agarrarla toda, como si estuviera perdido en un cuento de hadas. Ella intentaba tenerlo dentro, pero Grace aún no estaba listo, aún no. Hacía tanto tiempo, intentaba recordar, tenía que contenerse, tenía que recordar cómo contenerse.

Tenía que ralentizarlo todo, como pudiera. Tenía que darle placer primero a ella. Era la regla privada que tenía con Sandy y con el reducido número de novias con las que se había acostado antes.

Bajó por su cuerpo, acariciándole los pechos con los labios, luego el contorno de la tripa, recorriendo con la lengua el pubis color trigo y luego saboreando su humedad, respirándola, un sabor increíble, y un olor a almizcle aún más embriagador que el perfume que llevaba.

Estaba gimiendo.

Oh, Dios santo, qué bien sabía, qué bien, qué maravillosamente bien.

Su móvil empezó a sonar.

Ella se rio. El teléfono insistió. Luego paró. Grace la penetró más con la lengua.

—¡Roy! — murmuró ella-. ¡Roy! ¡Oh, Roy! ¡Dios mío, Roy!

Dos pitidos agudos de su maldito teléfono. Un mensaje. Le daba absolutamente igual.

Capítulo 64

Chris Willingham se quedó mirando al hombre histérico con manchas de vómito en la camiseta que le gritaba desde la puerta del salón e intentó desesperadamente recordar de su reciente curso de formación cómo enfrentarse a una situación como ésta.

–¡¡Tiene que hacer algo!! ¡¡Por favor, tiene que hacer algo!! ¡¡Tiene que ayudarme a encontrar a mi mujer!!

«No alces la voz», recordó. Eso era lo primero. Así que, con voz suave dijo:

–¿Qué ha sucedido exactamente?

–¡¡Está gritando!! ¡¡Está muerta de miedo, joder!! ¿¿Vale?? – Tom Bryce entró en la habitación y lo cogió por los hombros-. ¡¡Tiene que hacer algo, joder!!

Al joven agente de Relaciones Familiares le entraron arcadas al oler el vómito.

–Dígame, señor Bryce, ¿qué ha pasado? – dijo manteniendo la voz baja.

Tom Bryce se dio la vuelta y salió de la habitación.

–¡Venga, venga a ver! ¡Está en mi ordenador!

El agente subió las escaleras y siguió a Tom hasta el pequeño estudio flanqueado de libros y archivos y marcos de fotos de su mujer y sus hijos. Vio un portátil sobre la mesa, la tapa abierta, la pantalla en negro. Tom Bryce pulsó la tecla de retorno y apareció la bandeja de entrada de su correo electrónico.

El hedor a vómito aún era más fuerte allí dentro, y Willingham, concentrándose en la pantalla, intentó con cuidado no pisar el estropicio de la moqueta. Observó a Bryce sentarse, mirar la pantalla, fruncir el ceño y, luego, bajar el cursor.

–Estaba aquí -dijo Tom-. Estaba aquí, un e-mail con un puto documento adjunto. Dios santo, ¿dónde cono está?

Willingham no dijo nada; Tom pareció tranquilizarse un momento. Entonces, volvió a perder los nervios.

–¡¡Estaba aquí!!

Tom miraba la pantalla con incredulidad. El puto e-mail había desaparecido. Tecleó una tras otra, a modo de búsqueda, las palabras que

recordaba del mensaje. Pero no apareció nada. Se hundió hacia delante, y sostuvo la cabeza entre las manos, sollozando.

—Por favor, ayúdeme. Haga algo, por favor, encuéntrela, haga algo, por favor. Dios mío, tendría que haberla oído.

—La ha visto, ¿en la pantalla?

Tom asintió.

—Pero ¿ahora no está?

—Nooooo.

Willingham se preguntó si aquel individuo estaría loco. ¿Se lo estaba imaginando? ¿Estaba perdiendo la chaveta por culpa de la presión?

—Cuéntemelo todo desde el principio, ¿de acuerdo, señor?

Intentando mantener la calma, Tom le explicó exactamente lo que había visto y lo que había dicho Kellie.

—Si ha recibido un e-mail -dijo el policía-, tiene que estar en algún lugar en el ordenador.

Tom buscó en la carpeta de mensajes borrados, en la de correo basura, luego en el resto de carpetas de la base de datos de su correo electrónico. Había desaparecido.

Y comenzó a preguntarse, sólo por un momento, si lo había imaginado.

Pero el grito no. Imposible.

Se volvió hacia el agente.

—Seguramente pensará que han sido imaginaciones mías, pero no. Lo he visto. Sea quien sea esa gente, son muy hábiles con la tecnología. Ya me ha pasado antes. Esta semana he recibido mensajes que luego han desaparecido y me han borrado toda la base de datos.

Willingham estaba allí inmóvil, sin saber qué creer o hacer. El hombre estaba muy mal, pero no parecía loco, sólo en estado de choque. Había pasado algo, eso seguro, pero según sus limitados conocimientos de informática, los e-mails no desaparecían así como así. Podía ser que quedaran mal archivados; a él le había pasado.

—Vamos a intentarlo otra vez, señor. Repasemos todos sus archivos, uno por uno.

Era más de medianoche cuando terminaron. Y tampoco lo habían encontrado.

Tom lo miró, implorante.

—¿Qué vamos a hacer?

El agente estaba pensando.

–Podríamos llamar a la Unidad de Delitos Tecnológicos, pero dudo que haya alguien a estas horas un domingo por la noche. ¿Y si probamos con el servicio técnico de su proveedor de acceso a Internet? Puede que den servicio las veinticuatro horas. – Entonces frunció el ceño-. Yo, mm... De hecho, pensándolo mejor, tengo que consultar primero con el comisario Grace.

–Déjeme intentarlo -dijo Tom.

El agente buscó el número y lo marcó. Una voz grabada lo puso en espera. Al cabo de diez minutos de una música horrible, una voz humana se puso al aparato, era un acento indio, servicial y con ganas de ayudar. Después de diez minutos más esperando, que le parecieron diez horas, el hombre regresó y le informó de que no había podido encontrar ni rastro del e-mail o del documento adjunto.

Tom colgó el teléfono, furioso.

En un tono que le decía que el agente de Relaciones Familiares era cada vez más escéptico, Willingham preguntó:

–¿Cuáles han sido las palabras exactas de su mujer?

Intentando desesperadamente pensar con claridad, Tom reprodujo las palabras de Kellie con toda la precisión que pudo recordar.

–Ha dicho: «No hables con la policía. Haz exactamente lo que te digan, si no le tocará a Max y luego a Jessica. Por favor, haz exactamente lo que te digan. No debes decírselo a la policía. Si lo haces, lo sabrán».

–¿A quiénes se refiere?

–No lo sé -dijo Tom, que sentía una impotencia absoluta.

Willingham sacó su radio digital. Al instante, Tom la tapó con la mano.

–¡¡No!!

Se produjo un largo silencio entre ellos. Entraron varios mensajes más y el filtro del correo basura los borró. Tom comprobó las carpetas. Nada.

–Creo que tendría que presentar un informe sobre lo ocurrido.

–¡No! – le espetó Tom.

–Será seguro, señor. Sólo voy a introducirlo en el sistema de la policía.

–¡¡No!!

Desconcertado por la vehemencia del hombre, el agente levantó las manos.

–De acuerdo, señor, ningún problema. – Hizo una mueca-. ¿Qué le parece si preparo una taza de té para cada uno, o de café, y pensamos qué hacer?

–Café -dijo Tom-. Un café me vendría bien, gracias. Solo, sin azúcar.

El policía salió del estudio. Tom siguió mirando fijamente la pantalla; toda su vida residía en algún punto más allá de aquel horizonte.

Entró un nuevo e-mail. Era de postmaster@escarabajo.tisana.al. Lo abrió al instante:

¡Felicidades, Tom! ¡Aprendes deprisa! Ahora sal de casa, coge el coche de Kellie, ve en dirección norte por la A23 London Road y espera a que te llame. No me gusta que no sigas mis instrucciones y hables con la policía. Si dices una palabra, sólo UNA palabra a tu nuevo mejor amigo, ese policía novato ama de llaves, no volverás a ver con vida a tu mujer, amigo mío. No intentes contestar a este mensaje. Y no te molestes en buscar la cámara oculta, la tienes delante.

Capítulo 65

Cleo le sonrió, su rostro delicado y hermoso a la luz de las velas. Se oía el jazz melodioso de fondo. Roy Grace sentía su respiración cálida y dulce en su cara, vio mechones de su pelo alborotado en sus mejillas.

–No ha estado mal -le susurró ella.

–¿Para un policía?

Cleo le dio un puñetazo juguetón. Luego, le cogió la cara entre las manos y le dio un beso en la boca. Estaba tan cómodo en la cama, Cleo le hacía sentir tan cómodo, estaba tan bien con ella, como si la conociera desde hacía años, como si fueran las almas más gemelas del mundo.

Le acarició la piel, notaba una intensa sensación de bienestar en su interior; se sentía absoluta, maravillosamente en paz. Estaba, al menos en este fugaz momento, en un lugar que nunca creyó que pudiera volver a encontrar. Entonces recordó que antes le había sonado el móvil, el pitido de un mensaje al que no había hecho caso y que tendría que haber abierto, y miró el reloj de la mesita de noche, que emitía una tenue luz azul.

La 1.15 de la madrugada.

«¡Mierda!»

Se dio la vuelta, buscó a tientas en el suelo, encontró su teléfono y se lo acercó a la oreja mientras pulsaba la tecla de recuperación de mensajes.

Era Glenn, para decirle que lo llamara si recibía el mensaje antes de medianoche y que si no esperara hasta la mañana. Volvió a dejar el móvil en el suelo, aliviado.

–Me alegro de que hayas venido -murmuró Cleo.

–Ha sido por el Glenfiddich, nada más. No he podido resistirme.

–O sea que realmente es usted tan superficial, ¿verdad, comisario Roy Grace? – le pinchó-. ¿Hace lo que sea por una copa gratis?

–Así es. Y tal vez sentía un poco de curiosidad por tu prometido. ¿Hasta qué punto me convierte eso en superficial? – Respiró hondo de repente cuando Cleo le cogió los testículos.

–¿Sabe lo que dicen, comisario? – Apretó suavemente.

–¿Qué dicen? – respondió jadeando de placer, y sólo un poco de dolor.

–Que cuando tienes las pelotas de un hombre en la mano, luego vienen su corazón y su mente.

Grace soltó el aire brusca, deliciosamente, cuando Cleo aflojó un poquito la presión.

–Bueno, cuéntame tus planes para el resto de la noche -le susurró Grace.

Ella incrementó la presión, luego le besó otra vez.

–No estás en muy buena posición para negociar, ¡tenga los planes que tenga!

–¿Quién está negociando?

–¡Tú!

Cleo le soltó, se dio la vuelta para levantarse de la cama y salió de la habitación. Grace vio cómo su cuerpo esbelto y desnudo, sus largas piernas, su trasero firme, redondo, pálido e increíble, desaparecían por la puerta. Entonces, se puso las manos detrás de la cabeza y se recostó en una almohada blanda y mullida.

–¡Con mucho hielo! – gritó.

Cleo regresó al cabo de unos minutos con dos vasos tintineantes y le dio uno. Se metió en la cama junto a él, levantó su vaso y brindó con Grace.

–¡Arriba, abajo, al centro y *pa'* dentro! – dijo sacudiendo la cabeza. Luego se bebió medio vaso.

Grace levantó el suyo.

–¡*Pa'* dentro! – respondió él y dio un gran trago. El mañana estaba a millones de kilómetros. Los ojos de Cleo, fijos en los de él, brillaban.

—Entonces, ¿sólo ha venido porque quería saber lo de mi prometido?
¿Ha sido ésa la única razón, comisario Grace?

—¡No me llames así!

—¿Y cómo quieres que te llame? ¿El polvo del final del universo?

—Estaría bien -dijo sonriendo-. Si no, con Roy también me conformo.

Cleo se llevó el vaso a los labios, luego se acercó a Grace, lo besó sensualmente en la boca y empujó un cubito de hielo con sabor a whisky entre sus labios.

—¡Roy! Es un gran nombre. ¿Por qué te pusieron Roy tus padres?

—No se lo pregunté nunca.

—¿Por qué no?

Él se encogió de hombros.

—No se me ocurrió.

—¿Y tú eres detective? Creía que lo preguntabas todo.

—¿Por qué te pusieron Cleo a ti?

—Porque... -Soltó una risita-. En realidad, me da vergüenza contarlo, fue porque las novelas preferidas de mi madre eran *El cuarteto de Alejandría*. Me pusieron el nombre de uno de los personajes, Clea, sólo que mi padre lo deletreó mal en el registro. Puso una «o» al final en lugar de una «a», y así se quedó.

—No conozco *El cuarteto de Alejandría*.

—¡Venga, tienes que haberlos leído!

—Debí de tener una infancia con muchas carencias.

—¿O disipada?

—¿Sabías jugar al póquer a los doce años?

—¡A eso me refería! Dios santo, ¡necesitas que te eduquen! *El cuarteto de Alejandría* son cuatro novelas escritas por Lawrence Durrell. Son unas historias preciosas, todas conectadas. Justine, Balthazar, Mountolive y Clea.

—Deben de serlo si...

—¿Si qué?

—Si tú fuiste el resultado.

Volvió a sonarle el teléfono. Y esta vez, contestó, de muy mala gana.

Al cabo de dos minutos, aún de peor gana, estaba de pie junto a la cama poniéndose los calcetines deprisa y con torpeza.

Capítulo 66

–Te asustas con facilidad, ¿verdad, Kellie?

Deslumbrada por la luz enfocada a sus ojos, Kellie se revolvió pese a las ataduras que la inmovilizaban, intentando echarse hacia atrás en la silla, tratando de alejarse de las patas inquietas del asqueroso escarabajo negro que el americano gordo y bajito le acercaba a la cara.

–¡Nooooo! ¡Por favor, nooooo!

–Sólo es una de mis mascotas. – El hombre le lanzó una mirada lasciva.

–¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres?

De repente, apartó el escarabajo y cogió una botella de vodka.

–¿Un traguito?

Kellie giró la cara. Estaba temblando. De miedo. De hambre. Por la abstinencia. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

–Sé que quieres un trago, Kellie. Bebe, vamos, te sentirás mucho mejor.

Ansiaba desesperadamente esa botella, quería llevársela a los labios y bebérsela entera, pero estaba decidida a no darle esa satisfacción. Por el rabillo del ojo, al resplandor de la luz, aún veía las patas que se movían.

–Bebe un traguito.

–Quiero a mis hijos -dijo Kellie.

–Creo que quieres más el vodka.

–¡Vete a la mierda!

Vio una sombra, luego sintió un bofetón furioso en la mejilla. Gritó de dolor.

–No voy a tolerar ese lenguaje de una zorra como tú. ¿Te queda claro?

–¡Vete a la mierda!

El siguiente golpe fue tan fuerte que tumbó de lado a Kellie y la silla. Cayó contra el suelo duro con una sacudida; el dolor le recorrió el brazo, el hombro, todo el cuerpo. Se echó a llorar.

–¿Por qué me haces esto? – dijo entre sollozos-. ¿Qué quieres de mí?
¿¡Qué quieres!?

–¿Qué tal si me obedeces un poco? – El hombre acercó el escarabajo a su cara, tanto que percibió su olor acre. Notó que las patas le tocaban la cara.

–¡¡¡Nooooooooooooo!!! – Kellie se retorció, rodando por el suelo con la silla; le dolían todos los huesos del cuerpo-. ¡¡¡Nooooo, nooooo, nooooo!!! – Se le estaba acelerando la respiración, engullía el aire, histérica. De repente, se

enfureció con Tom. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había ido a buscarla, a rescatarla?

Entonces se quedó quieta, exhausta, mirando hacia arriba, hacia la luz deslumbrante, y la oscuridad.

—Por favor -suplicó-. No sé quién eres. Sólo quiero estar con mis hijos. Con mi marido. Por favor, déjame marchar.

Aquello tenía que estar relacionado con el e-mail que había visto Tom, del que había informado a la policía. Estaba segura.

—¿Por qué estoy aquí? — preguntó, como buscando la confirmación.
Silencio.

—¿Estás enfadado conmigo? — gimoteó.

De repente, la voz del hombre era dulce.

—Sólo porque te estás portando mal, Kellie. Lo único que quiero es que colabores.

—¡Entonces, desátame, joder!

—Creo que eso no es posible en estos momentos.

Kellie cerró los ojos, intentaba desesperadamente pensar con claridad, resistirse a la terrible tentación del alcohol, de beber sólo un traguito de ese Stoli. Pero no iba a darle al americano gordo esa satisfacción. Nunca, de ninguna de las maneras, no, no, nunca, nunca.

Entonces, el ansia se apoderó de su cerebro.

—Por favor, ¿puedo beber un trago? — preguntó.

Al cabo de unos momentos, tenía la botella en los labios y bebía el líquido ávidamente. El efecto que tuvo en ella fue casi instantáneo. Dios santo, qué bien sabía. Quizá se había equivocado con aquel hombre, tal vez, después de todo, era bueno.

—¡Muy bien, Kellie! Sigue bebiendo. Sienta bien, ¿verdad?

Ella asintió con gratitud.

—¿Lo ves? Lo único que quiero es ser bueno contigo. Si tú eres buena conmigo, yo seré bueno contigo. ¿Hay algo que no hayas entendido?

Ella negó con la cabeza. Entonces, se sintió desposeída cuando el hombre apartó la botella bruscamente.

De repente, volvía a pensar con claridad. Entonces, todas las películas de miedo que había visto comenzaron a reproducirse en su mente a la vez. ¿Quién diablos era ese hombre? ¿Un asesino en serie? ¿Qué iba a hacerle?

El miedo se retorció dentro de ella como un animal salvaje. ¿Iba a violarla? ¿A torturarla?

«Voy a morir, aquí, en la oscuridad, sin volver a ver nunca más a Jessica ni a Max ni a Tom.»

¿Cómo se hablaba con una persona así? En las películas había visto que los prisioneros intentaban establecer una relación, un vínculo, con sus captores. Les resultaba mucho más difícil hacerte daño si llegaban a conocerte un poco.

–¿Cómo te llamas? – preguntó.

–Creo que no debes preocuparte por eso, Kellie.

–Me gustaría saberlo.

–Ahora voy a marcharme un rato. Con un poco de suerte, tu marido estará pronto contigo.

–¿Tom?

–¡Eso es!

–¿Tom va a venir?

–Tom va a venir. No querrás que te vea ahí tirada en el suelo, ¿verdad? Ella negó con la cabeza.

–Voy a levantarte. ¡Quiero que quedes bien delante de la cámara!

–¿La cámara?

–Eso es.

–¿Qué cámara? – preguntó. Estaba un poco bebida y arrastraba las palabras.

–¡Vas a ser una estrella!

Capítulo 67

A la 1.25 horas, hubo una explosión repentina de Jay-Z cuando el móvil de Glenn Branson sonó en el dormitorio. Al alargar el brazo a toda velocidad para contestar y silenciar el dichoso aparato antes de que Ari se despertara, tiró el vaso de agua de la mesita de noche y mandó el teléfono y el despertador al suelo.

Saltó de la cama a oscuras, un poco confuso y buscó a tientas debajo de la silla junto a la mesa donde había caído el teléfono, la música cada vez más fuerte. Por fin lo cogió y clavó el dedo en la tecla de contestar.

–Sargento Branson -contestó, susurrando, agazapándose como si, de algún modo, así pudiera hablar aún más bajo.

Era Tom Bryce, y por la voz parecía estar fatal.

–Sargento Branson, siento llamarle tan tarde.

–Tranquilo, Tom, no se preocupe. Espere un...

–¡Por el amor de Dios! – dijo Ari-. Llegas a casa pasadas las doce y me despiertas, y ahora me despiertas otra vez. Creo que deberíamos plantearnos dormir en habitaciones separadas. – Y se dio la vuelta a modo de indirecta.

Una forma genial de comenzar la semana, pensó Branson con tristeza mientras salía del cuarto. Entró con el teléfono en el baño color naranja intenso y cerró la puerta.

–Lo siento. Ahora le escucho -dijo, y se sentó desnudo en la tapa del váter a falta de otro lugar-. Dígame.

El cuarto olía a masilla. Miró la mampara nueva de cristal de la ducha, instalada hacía sólo una semana, y los azulejos atigrados que Ari había escogido y que el fontanero había acabado de colocar el viernes. Se habían mudado a esta casa hacía tres meses. Estaba en una buena zona, a poca distancia tanto del mar como del campo, en Saltdean, aunque en estos momentos, le había comentado Ari, todo el barrio estaba inquieto porque se encontraban a menos de kilómetro y medio de donde habían hallado el cadáver de Janie Stretton.

–Tengo que saber si esta línea es segura -dijo Tom Bryce, que parecía casi histérico. Oía un rugido, como si estuviera conduciendo.

Branson miró la pantalla del teléfono; Bryce llamaba desde su móvil.

–Me ha llamado al móvil, todas las señales que emite están encriptadas. Es totalmente seguro -le dijo para intentar que Bryce mantuviera la calma. Decidió no mencionar que el móvil de Tom, que suponía que sería normal, estaba abierto a cualquiera que sintonizara su frecuencia-. ¿Dónde está, Tom?

–No quiero decírselo.

–De acuerdo. ¿No está en casa?

–No, no es seguro hablar desde casa. Hay micros.

–¿Quiere que nos veamos en algún lugar?

–Sí. No. Sí... Quiero decir... Tiene que ayudarme.

–Para eso estoy.

–¿Cómo sé que puedo confiar en usted? ¿Que nuestra conversación será confidencial?

Branson frunció el ceño ante la pregunta.

—¿Qué garantía necesita para sentirse cómodo?

Hubo un largo silencio.

—¿Hola? Señor Bryce, Tom, ¿sigue ahí?

—Sí. — Apenas escuchó su voz.

—¿Ha oído mi pregunta?

—No sé si..., si debería hacerlo. Creo que no puedo arriesgarme.

Tom Bryce colgó.

Glenn Branson marcó el número de la pantalla y le saltó directamente el buzón de voz. Dejó un mensaje diciendo que había llamado, luego esperó un par de minutos, muy despierto, la cabeza a mil por hora, deseando que Ari fuera más comprensiva. Sí, era difícil, pero estaría bien que se mostrara un poco más tolerante. Se encogió de hombros. Qué diablos. Quizá debería leer ese libro que le había regalado por Navidad, *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*. Le había dicho que tal vez lo ayudara a comprender cómo se sentía una mujer. Pero dudaba que alguna vez llegara a entender de verdad qué querían las mujeres. Los hombres y las mujeres no eran de planetas distintos; eran de universos distintos.

Volvió a marcar el número de Bryce. De nuevo, le saltó directamente el buzón de voz. Después, llamó al número de casa de los Bryce, y sintió un profundo terror imposible de describir.

—¿No está? — dijo Roy Grace, de pie junto a Branson en el recibidor de la casa de Tom Bryce a las dos y diez de la mañana, mirando furioso y desconcertado al joven policía de Relaciones Familiares-. ¿Qué coño quieres decir con que no está?

—Subí a ver si se encontraba bien y no estaba.

—Tom Bryce, su hija de cuatro años y su hijo de siete se marchan de la casa, ¿y tú ni te enteras?

—Yo..., bueno, mm... -balbució Chris Willingham con impotencia.

—Te has quedado dormido estando de guardia, ¿verdad?

—No, yo...

Grace, que mascaba chicle para disimular el olor a alcohol de su aliento, se quedó mirando al joven agente.

—Se suponía que tenías que vigilarlos. No quitarle el ojo de encima a Bryce porque era el sospechoso principal. ¿Y te han dado esquinazo?

El agente de Relaciones Familiares explicó a los dos detectives lo que había pasado en las últimas horas, en especial les habló del e-mail que Tom

Bryce decía haber recibido y que había desaparecido de su ordenador.

Grace venía directamente del hospital del condado de Sussex, donde la joven detective en la que había depositado tantas esperanzas, Emma-Jane Boutwood, estaba con respiración artificial y a punto de entrar en el quirófano. Había tenido que asumir el deprimente deber de llamar a sus padres y comunicarles la noticia de que los médicos no esperaban que su hija sobreviviera.

Se había marchado de la cama de Cleo a regañadientes y flotando en una nube, pero después de conocer la gravedad de las lesiones de Emma-Jane, todos los recuerdos del rato que había pasado aquella noche con Cleo se habían borrado -al menos temporalmente- y ahora estaba muy deprimido y sumamente preocupado por Emma-Jane.

El conductor de la furgoneta, que seguía sin identificar, aún estaba inconsciente en la Unidad de Cuidados Intensivos del mismo hospital. Grace había ordenado una vigilancia las veinticuatro horas del día junto a su cama y había dejado instrucciones al agente encargado de la misma de que, en cuanto el hombre recobrara la conciencia, lo detuvieran por intento de asesinato de un policía. Grace sólo esperaba que no tuvieran que elevar el cargo a asesinato.

Mientras tanto, el detective Nick Nicholl le esperaba en el centro de investigaciones con un ordenador portátil que quería que viera, y el esquivo señor Tom Bryce se había largado con sus dos hijos. ¿Por qué había hecho eso?

Y sólo hacía dos horas que había comenzado la semana.

—Esa llamada que has recibido de Tom Bryce -le dijo a Branson-, dices que parecía raro. ¿Estaba asustado?

—Muy asustado -confirmó Branson.

Grace se quedó pensando un momento.

—¿Ayer le hiciste rellenar un formulario por la desaparición de su mujer?

Branson asintió.

—¿Lo archivaste?

—Sí.

—Llama a Nick, está en el centro de investigaciones. Pídele que lo busque. Figurarán las direcciones de los familiares y amigos más cercanos de la señora Bryce. Un hombre asustado no conducirá muy lejos con dos

niños pequeños en mitad de la noche. ¿Has difundido la descripción del coche?

Tanto Chris Willingham como Glenn Branson se quedaron mirándolo perplejos. Era evidente que a ninguno de los dos se le había ocurrido.

—¿Qué coño está pasando aquí?

—Roy, no sabía hasta qué punto había que controlarle -dijo Glenn Branson intentando tranquilizarlo-. Chris sólo ha venido para ayudarle a sobrellevar la situación y ofrecerle protección.

—Sí, y si divulgamos la descripción del vehículo que conduce aún podremos ofrecerle más protección, con cada maldito coche patrulla que haya por la calle. — Aunque sabía que a estas horas no serían muchos.

—¿Le digo a Nick que convoque al resto del equipo?

Grace lo pensó un momento. La tentación de sacar a Norman Potting de la cama era casi irresistible, pero le daba la impresión de que tenían un día muy largo por delante. Dejaría que el máximo número de agentes durmiera bien esta noche para al menos tener personal descansado y alerta en la reunión de las ocho y media.

Se dio cuenta de que tenía que encontrar un sustituto para Emma-Jane. ¿Y cómo iba a reaccionar Alison Vosper a otro accidente de tráfico provocado por una persecución policial? El taxista estaba en el hospital con diversas lesiones leves, su pasajero, que no llevaba puesto el cinturón, se había roto una pierna. Un periodista del *Argus* ya se había presentado en el hospital, y toda la prensa pronto se haría eco de la historia.

«Mierda, mierda, mierda.»

—Hay un problema. No sé la matrícula de su coche -dijo Glenn Branson.

—Bueno, no creo que sea muy complicado averiguarlo. Seguramente tienen la documentación del coche en algún lugar de la casa.

Grace dejó que Branson hiciera la llamada y que el agente de Relaciones Familiares buscara en el piso de abajo la información sobre el coche. Subió las escaleras y encontró los cuartos de los niños y el dormitorio principal con la cama sin hacer. Nada. El estudio de Tom Bryce parecía más prometedor. Echó un vistazo a la mesa del hombre, atestada de carpetas y con una webcam en un soporte. Arrugando la nariz por el hedor a vómito, hurgó en los cajones, pero no encontró nada interesante, así que miró en el alto archivador metálico negro.

Toda la información estaba en una carpeta titulada «coches».

No todo el trabajo policial requería tener un título en ingeniería aeronáutica, pensó.

Al cabo de quince minutos, Grace y Branson estaban en un ascensor deprimente, con grafitis obscenos en todas las paredes y con un charco de orina en una esquina, en un bloque de pisos del barrio de viviendas subvencionadas de Whitehawk.

Salieron en el séptimo piso, recorrieron el pasillo y llamaron al timbre del apartamento 72.

—¿Quién es? — gritó una mujer al rato.

—¡Policía! — dijo Grace.

Una mujer de aspecto cansado y atribulado de cincuenta y pocos años, que llevaba una bata y unas zapatillas con una borla, les abrió la puerta. Parecía haber sido atractiva de joven, pero ahora tenía la cara áspera, llena de arrugas, y el pelo ondulado, cortado sin ninguna forma, era rubio, tirando a gris. Tenía los dientes muy manchados, por la nicotina, decidió Grace, a juzgar por el olor a tabaco. En algún lugar de la casa, un niño gritaba. Había un olor levemente rancio a grasa frita.

Grace levantó su placa.

—Soy el comisario Grace del Departamento de Investigación Criminal de Brighton, y él es el sargento Branson. ¿Es usted la señora Margaret Stevenson?

La mujer asintió.

—¿Es la madre de la señora Kellie Bryce?

La mujer vaciló un segundo.

—Sí. No está aquí-dijo luego-. ¿Buscan a Tom? No está.

—¿Sabe dónde está? — preguntó Grace.

—¿Saben dónde está mi hija?

—No, estamos intentando encontrarla.

—Ella no desaparecería así, no abandonaría a sus hijos. No ha soportado nunca perderlos de vista. Ni siquiera le gusta dejarlos con nosotros. Tom ha traído a los niños hará una hora. Ha llamado al timbre, los ha metido en casa y se ha marchado.

—¿Le ha dicho adónde iba?

—No. Ha dicho que me llamaría más tarde.

Los gritos se volvieron más fuertes. La mujer se giró, preocupada.

Grace sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio.

–Por favor, llámeme si habla con él. Al móvil.

–¿Quieren pasar? – preguntó la mujer mientras cogía la tarjeta-.

¿Quieren un té? Debo calmar a Jessica para que deje de llorar. Mi marido tiene que dormir. Tiene párkinson. Debe descansar.

–Siento haberla molestado -dijo Grace-. ¿El señor Bryce no le ha dicho nada?

–Nada.

–¿No le ha explicado por qué le traía a los niños en mitad de la noche?

–Para ponerlos a salvo, eso ha dicho. Nada más.

–¿Para ponerlos a salvo de qué?

–No me lo ha dicho. ¿Dónde está Kellie? ¿Dónde creen que está?

–No lo sabemos, señora Stevenson -dijo Glenn Branson-. La llamaremos en cuanto la encontremos. ¿El señor Bryce no le ha dicho adónde iba?

–A buscar a Kellie, me ha dicho.

–¿No ha dicho adónde?

La mujer negó con la cabeza. Los gritos se volvieron aún más fuertes. Grace y Branson se miraron; una pregunta y un gesto de resignación.

–Siento haberla molestado -dijo Grace. Sonrió para intentar tranquilizarla-. Encontraremos a su hija.

Capítulo 68

Tom, que salía lentamente de Brighton por el norte en el Espace de Kellie, con el móvil en la mano, estaba temblando. La carretera estaba tranquila, sólo aparecían faros en dirección contraria de vez en cuando; ocasionalmente, veía en el retrovisor unas luces que luego lo adelantaban.

Pensamientos vagos entraban y salían de su mente, como sombras proyectadas por las luces del coche. Tenía todo el cuerpo en tensión. Se inclinaba hacia delante, observaba por el parabrisas, lanzaba miradas nerviosas y rápidas al retrovisor, el miedo apesaba su estómago. «Dios mío. Cariño, ¿dónde estás?»

No sabía qué hacía en ese lugar o qué esperar. Estaba bloqueado; era incapaz de razonar, incapaz de pensar más allá de esas palabras del e-mail que habían aparecido en la pantalla de su ordenador.

Veía a la chica, a Janie Stretton, en su cuarto, mientras el hombre encapuchado la masacraba con el estilete. Sólo que ahora no era Janie

Stretton, sino Kellie.

No podía imaginar dónde estaba su mujer o qué le pasaba por la cabeza. Tenía que llegar a ella, fuera como fuera, costara lo que costara.

Dinero. Tenía la vaga sospecha de que eso era lo que querían. Habían secuestrado a Kellie y ahora querían dinero. Y tendrían que creerle cuando les dijera que no tenía demasiado, pero que les daría todo lo que tenía en el mundo. Todo.

Apareció un letrero en la carretera: «Cowfold. Haywards heath».

De repente, la pantalla del móvil se encendió y este comenzó a sonar: «Número privado».

Nervioso, le dio al botón de contestar.

—¿Sí?

—¿Señor Bryce?

Era el sargento Branson. «Mierda.» Colgó. Al cabo de unos momentos, oyó el doble pitido de un mensaje.

Lo escuchó. Era el sargento Branson, por tercera vez le pedía que lo llamara.

«Kellie, cariño, ¡llámame, por el amor de Dios!»

En el retrovisor aparecieron unos faros. Aunque sólo iba a sesenta y cinco por una autovía, esta vez el coche permaneció detrás, pegado a él. Aminoró la marcha hasta los cincuenta kilómetros por hora. Los faros siguieron detrás de él. Se le hizo un nudo en la garganta.

El móvil volvió a sonar. En la pantalla apareció un número que no reconoció. Contestó, la voz cauta, temblorosa.

—¿Diga?

—Señor Bryce, ¿cómo le va? — dijo una voz de hombre con un acento gutural de la Europa del Este.

—¿Quién..., quién es usted? — dijo Tom. Tenía las luces justo detrás de él, deslumbrándole.

—A su mujer le gustaría verlo.

—¿Está bien? ¿Dónde está? — dijo con dificultades para ver la carretera.

—Está bien, está muy bien. Tiene muchas ganas de verlo.

—¿Quién es usted?

—Dentro de ochocientos metros hay un área de descanso. Entre y apague el motor. Quédese en el coche y no se dé la vuelta. — La comunicación se cortó.

No sabía qué hacer. A poca distancia, mientras miraba una larga cuesta con carteles que señalizaban un vivero a la izquierda, sus faros iluminaron un letrero azul con una P de un aparcamiento.

Entonces vio el área de descanso.

Sentía su corazón retorciéndose como un pájaro enloquecido dentro de su tórax; el miedo le secaba la boca. Intentaba desesperadamente pensar con claridad, racionalmente. Una voz en su cabeza le gritaba que no se detuviera, que siguiera conduciendo, que llamara al sargento Branson, que dejara que la policía se encargara de esto.

Y otra voz, mucho más sosegada, más lógica, le decía que si no se detenía, Kellie moriría.

Su grito de terror en el portátil resonaba a su alrededor. Ese grito había sido real.

La mujer del ordenador, el martes pasado por la noche, apuñalada con un estilete había sido real.

Puso el intermitente izquierdo, redujo, entró. Los faros lo siguieron.

Frenó, apagó el motor, luego se quedó sentado muy rígido mirando al frente, paralizado por el miedo, pero decidido a aguantar como fuera.

Los faros en el retrovisor se apagaron. Oscuridad. Silencio. El motor emitió un silbido. Creyó ver unas sombras moviéndose. Detrás de él aparecieron unas lucecitas. Se hicieron mayores. Un camión pasó rugiendo e hizo temblar el coche, y vio desaparecer los pilotos rojos lentamente en la distancia.

Luego, las dos puertas traseras del Espace se abrieron simultáneamente. Una mano, como un torno, lo agarró por la garganta.

Algo le presionó la boca y la nariz, un paño húmedo que desprendía un olor intenso, acre. Sintió un dolor de cabeza instantáneo, atroz, como si un cortador de queso le rebanara el cerebro.

Detrás de sus ojos, fue como si un televisor se apagara: un puntito de luz cada vez más pequeño fundiéndose rápidamente en negro.

Capítulo 69

OceanofPDF.com

El siguiente agente de la policía de Sussex en recibir una llamada de madrugada fue el sargento Jon Rye, de la Unidad de Delitos Tecnológicos. El despertador marcaba las 2.43 horas cuando comenzó a sonarle el móvil, y se maldijo por no haber apagado el dichoso aparato.

Su mujer se revolvió en la cama, pero no dijo nada cuando encendió la lámpara de la mesita de noche, despertándose deprisa, miró la pantalla y sólo vio: «Número privado». Casi seguro que tenía que ver con el trabajo, pensó.

Era el inspector jefe del caso de Janie Stretton. Rye miró a su mujer, le pidió a Roy Grace que esperara un momento, luego se puso un batín, bajó corriendo las escaleras, entró en la cocina y cerró la puerta.

—¿Señor? —dijo—. Lo siento.

—Siento molestarte -dijo el comisario-. Tengo que preguntarte algo muy urgente. Anoche registraste un incidente en el sistema: «Conducción bélica».

«Oh, mierda», pensó Jon Rye, aún medio adormilado. Sólo había registrado la maldita llamada del ingeniero suizo para fastidiar. Más como una broma que otra cosa, en realidad. ¡El pasado contraatacaba!

—Entraste la matrícula de una furgoneta Ford Transit blanca. Esa furgoneta estaba anoche delante de la escena de un crimen, y esta noche se ha visto implicada en un accidente tras una persecución a gran velocidad.

—Entiendo -dijo el jefe de la Unidad de Delitos Tecnológicos.

—Nunca había oído esta expresión: «Conducción bélica». ¿Qué querías decir?

Rye se lo explicó.

—De acuerdo -dijo Grace cuando acabó-. Si lo he entendido bien, ¿estás diciendo que una persona que tenga wi-fi, una conexión inalámbrica a Internet, puede entrar en cualquier sistema si no está protegido por una contraseña?

—Correcto, señor. El router inalámbrico, un aparato pequeño que cuesta unas cincuenta libras, emite una señal y cualquiera que tenga un wi-fi y que esté en su radio de acción puede conectarse a Internet a través de él, si no se le solicita una contraseña.

—Así que, haciendo eso ¿se puede conseguir gratis una conexión a Internet de alta velocidad?

—Exacto, señor.

—¿Por qué molestarse en hacer algo así?

—Si estás por la calle y quieres recibir o mandar e-mails, puede ser por pura comodidad. Yo lo he hecho.

Rye, que ahora estaba bien despierto, se acercó al hervidor de agua, comprobó que estuviera lleno y lo encendió tras decidir que quería un té.

—¿Que lo has hecho? ¿Qué quieres decir?

—Iba de pasajero en un coche por Brighton, nos detuvimos en un semáforo, tenía el portátil encendido y de repente vi que estaba conectado, mi wi-fi había captado la señal de un router inalámbrico. En pocos segundos, puedes descargar y recibir un montón de mensajes, y páginas web.

Grace se quedó callado un momento, digiriendo la información.

—Entonces, el señor Seiler, el hombre que presentó la queja, estaba enfadado porque un hombre en una furgoneta blanca, que estaba delante de su casa, se había conectado a su router inalámbrico a través de su wi-fi.

—Es lo que me pareció, señor.

—¿Y por qué iba a enfadarse el señor Seiler? ¿Acaso importa?

—Sí. Si estuviera intentando enviar o descargarse un e-mail, en especial archivos muy pesados, habría ralentizado la velocidad de su conexión. — Rye buscó una analogía—. Imagine que abre todos los grifos de su casa a la vez. Saldrá menos agua de cada uno que si sólo hubiera abierto uno. La analogía no es perfecta.

—Entonces, ¿este hombre de la furgoneta vio que había encontrado un buen lugar desde el que navegar por Internet?

—Sí, es lo que parece. Es un modo de utilizar Internet sin pagar.

El comisario se quedó callado un momento.

—Pero ahora las tarifas son bastante baratas. ¿Podría existir otro motivo?

El hervidor estaba silbando, el agua empezaba a borbotear. Fuera, era noche cerrada. En la puerta de la nevera había un dibujo hecho con lápices de colores de un hombre larguirucho con una gorra, dentro de un coche pequeño y rectangular con cuatro ruedas desiguales, y la palabra «papá» escrita debajo. Lo había pintado su hija Becky hacía unos diez años largos, cuando Rye trabajaba en Tráfico; la niña debía de tener unos nueve años. Era extraño lo que hacía el cansancio, pensó. Seguramente no había mirado ese dibujo durante buena parte de la última década.

–¿Otro motivo? – dijo Jon Rye-. Sí, si quisieras enviar o recibir mensajes y dificultar al máximo que alguien pudiera rastrear tu actividad.

–Gracias -dijo Grace-. Me has ayudado mucho.

–De nada. Esa información sobre las rutas del portátil que me dieron, el del señor Bryce, ¿les ha servido?

–Muchísimo, sí.

–Bien, seguimos trabajando en ello.

–Puede que hablemos más tarde a lo largo del día.

–Le llamaré si encontramos algo más.

Percibió inquietud en el tono del comisario, como si el inspector jefe quisiera concluir la llamada, que ahora le impedía seguir con otro asunto del que quería ocuparse. Algo aún más urgente que aquella llamada, que había despertado a toda su casa en mitad de la puta noche.

Capítulo 70

Grace, sentado en el área de trabajo del MIR Uno, colgó el teléfono y bebió un sorbo del café con leche fuerte y dulce que acababa de prepararse. Habían pasado los limpiadores desde que se había marchado; el lugar estaba impecable, el aroma ligeramente metálico a limpiametales había reemplazado al olor a comida, y las papeleras estaban vacías. Nick Nicholl, sentado a su lado, también colgó su teléfono.

–No hay noticias del hospital -anunció el detective.

En estos momentos, pensó Grace, que no hubiera noticias era una buena noticia. Implicaba que Emma-Jane aún vivía.

–De acuerdo -dijo, y señaló con la cabeza el portátil que Nick Nicholl había cogido de la furgoneta y que ahora tenía delante dentro de una bolsa de plástico-. Quiero comprobar la bandeja de entrada y los mensajes enviados.

Miró el ordenador y echó un vistazo rápido a los incidentes registrados hasta el momento aquella noche. Aparte del trajín que rodeaba sus propias actividades, era una noche tranquila, típica de domingo. Una noche de jueves o viernes, habría diez veces más actividad.

El detective se puso unos guantes de látex, sacó el portátil de la bolsa y levantó la tapa. Aún estaba encendido, pero se había suspendido. Durante unos momentos, el procesador realizó las comprobaciones rutinarias, luego

se abrió en el programa de correo electrónico Entourage, que debía de estar funcionando cuando se acercaron al vehículo, comprendió Nicholl.

—¿Te ha ayudado Jon Rye? — preguntó Branson, que estaba sentado delante de ellos.

—Más que la mayoría de la gente a estas horas de la madrugada - contestó Grace, soplando el café para enfriarlo.

—Sí, bueno, antes estaba en Tráfico. Se merece que nos vengamos de él. Una patrulla me paró hace unos diez años. Pudo ser él.

Grace sonrió.

—¿Ibas pedo? ¿Te hicieron soplar?

—No, fue por exceso de velocidad. La carretera estaba vacía y yo no iba tan rápido. El muy cabrón me puso una multa.

—Sí, a mí me pararon por exceso de velocidad hace tres años -dijo Grace-. Un coche camuflado en la A23. Le dije que era poli y sólo empeoró las cosas. Parece que les da un placer sádico empapelar a uno de los suyos.

—¿Te sabes ese chiste viejo? — dijo Branson-. ¿En qué se parecen una rosa y un coche de la patrulla de tráfico?

Grace asintió.

—Yo no -dijo Nicholl.

—En que los capullos van dentro -dijo Branson.

Nicholl frunció el ceño un momento como si su cerebro cansado no lo hubiera pillado. Luego sonrió.

—¡Vale! Qué bueno -dijo, y movió el portátil para que Grace pudiera ver bien la pantalla.

—Comienza por la bandeja de entrada -dijo Grace-. Los mensajes que hayan entrado desde... -consultó sus notas para comprobar la hora del registro de Jon Rye-, desde las seis y media de la tarde de ayer.

Sólo había un e-mail en la bandeja de entrada y tenía un archivo adjunto muy pesado titulado «SC5wl2». Un símbolo mostraba que el e-mail y el archivo adjunto habían sido enviados a alguien. La dirección del remitente era postmaster@escarabajo.tisana.al. Grace sintió una descarga de adrenalina al ver la palabra «escarabajo».

—¡Nos ha tocado la lotería!

—«Punto al»-se sorprendió Branson, que ahora estaba de pie detrás de ellos, leyendo por encima de sus hombros-. ¿Qué país es «al»?

—Albania -dijo Nick Nicholl.

Grace le miró.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Eres una especie de *freak* de los ordenadores o qué? — le preguntó Branson con admiración-. ¿Cómo lo sabes?

El detective se volvió hacia Branson y sonrió tímidamente.

—Era la respuesta a una pregunta del concurso que organizaron en nuestro pub hace unas semanas.

—Nunca he participado en ninguno -dijo Branson-. Quizá debería ir con Ari, para mejorar nuestra cultura general. — «Y lo que es más importante, podría mejorar nuestro matrimonio. Intentar encontrar algo que hacer juntos, aparte de discutir», pensó.

Grace estaba mirando la dirección otra vez.

—Tisana -dijo-. ¿También salió eso en el concurso?

Nicholl negó con la cabeza.

—Vamos a buscarlo en Google.

Realizó la búsqueda, pero sólo les devolvió una página web italiana con una opción de traducción. Nicholl entró en ella. Al cabo de unos momentos, estaban viendo una lista larga y detallada de patologías y plantas. «Acné», leyó Grace. «Zanahoria, vitaminas solubles de tisana, germen de trigo, aceite de borraja, lampazo». Luego, más interesante para él a esta hora tardía -o temprana-, leyó: «Fatiga. Ginsen, guaraná, eleuterococo, vitaminas y minerales de tisana. Lecitina de soja».

—Quizá sea un fanático de la salud -bromeó el sargento Branson.

Nicholl no le hizo caso, estaba demasiado cansado para chistes ahora mismo.

—Ve a la bandeja de mensajes enviados -dijo Grace.

Nicholl hizo clic en ella. Sólo contenía un mensaje: el mismo, con el mismo archivo adjunto.

—¿Puedes ver a quién se envió? — preguntó Grace.

—Qué raro -dijo Nick Nicholl-. No aparece ningún destinatario.

Hizo doble clic y al cabo de un momento, se hizo evidente por qué. Había cientos y cientos de destinatarios, todos ocultos. Y todos tenían direcciones electrónicas que eran secuencias de números combinados con «tisana».

Grace leyó la primera: 110897@tisana.al. Luego la siguiente: 244651@tisana.al.

–La primera parte parece el nombre. En clave, claro -dijo Nick Nicholl-. Tisana debe de ser el proveedor de acceso a Internet.

–Entonces, ¿por qué no ha aparecido «tisana» en la búsqueda? – preguntó Grace.

–Porque alguien no quiere que aparezca, diría yo.

–¿Se puede esconder algo de buscadores como Google?

–Estoy seguro de que si sabes lo que haces, puedes esconder lo que quieras.

–Echemos un vistazo al archivo adjunto -dijo Grace señalándolo con la cabeza-. A ver qué nos dice.

Miró fijamente la pantalla mientras Nick Nicholl movía el cursor hacia el documento y lo clicaba. Luego, al cabo de unos momentos, se encontró deseando no haber sugerido que lo abrieran.

Durante los siguientes cuatro minutos, los tres hombres observaron la pantalla, petrificados y en silencio.

Capítulo 71

A las seis y media de la mañana, Roy Grace llamó a Dennis Ponds, el jefe de prensa, a su casa. Se disculpó por despertarle y le pidió que fuera a verle a las ocho y cuarto a su despacho temporal del centro de investigaciones.

Grace se las había arreglado para dormir mal dos horas, tumbado en posición vagamente horizontal, en dos sillones de la sala de interrogatorios, antes de dirigirse de nuevo a su mesa en el área de trabajo poco después de las seis de la mañana. Branson se lo había montado mejor: había ocupado el sofá del despacho del director. Nicholl se había ido a casa un par de horas, preocupado por haber dejado demasiado tiempo sola a su mujer, que estaba en avanzado estado de gestación.

A las siete y veinte, Grace estaba delante de la entrada del supermercado Asda que había al otro lado de la carretera, y fue el primer cliente cuando abrió sus puertas, a las siete y media. Compró un paquete de maquinillas desechables, espuma de afeitar, una camisa blanca, dos cruasanes, seis latas de Red Bull y dos paquetes de ProPlus.

A las ocho llamó a Cleo, pero su llamada fue directamente al buzón de voz. Le dejó un mensaje breve: «Hola, soy Roy. Siento haber tenido que largarme así. ¡Eres increíble! Llámame cuando puedas. Un abrazo enorme».

A las ocho y cuarto en punto, cuando Dennis Ponds entró en el pequeño y anodino despacho situado frente a la puerta del MIR Uno, Grace se sentía de maravilla. El aseo, el afeitado y el cambio de camisa le habían refrescado, y las dos latas de Red Bull y las cuatro ProPlus comenzaban a hacerle efecto. Lo único que no tenía bien era la espalda, que le escocía. Cleo se la había arañado. De pie en el servicio de caballeros, mirándose en el espejo, no podía creer en las líneas rojas y largas en carne viva que tenía en la espalda. Pero sonrió. Había valido la pena. El escozor no era nada comparado con el ardor que notaba en la tripa al pensar en ella. Dios santo, era una tigresa en la cama.

–Buenos días, Roy -dijo Ponds.

Ese día, parecía más que nunca un urbanita, con el pelo engominado hacia atrás, un llamativo traje oscuro de raya diplomática, camisa rosa sin cuello, y una corbata azul que parecía hecha de piel de serpiente.

Grace le estrechó la mano y los dos hombres se sentaron.

–Siento haberte llamado tan temprano.

–No pasa nada -dijo Ponds-. Siempre madrugo. Tengo dos niños pequeños y tres perros. – Se encogió de hombros-. ¿Y bien?

–Quiero que estés presente en nuestra reunión de las ocho y media. Hay unas imágenes que quiero que veas.

–Bueno, de acuerdo... -le dijo Ponds, que le miró con aire vacilante-. Tengo un horario bastante apretado esta mañana. Tengo que organizar la rueda de prensa del caso de Janie Stretton...

–De eso se trata, Dennis -lo interrumpió Grace-. Pero también hay algo más. Puede que aún no lo sepas, pero un vehículo al que mi equipo perseguía anoche chocó con un taxi, en Kemp Town.

Ponds puso cara larga.

–No, no lo sabía.

–Como consecuencia de intentar detener el vehículo antes de que huyera, una de mis mejores agentes jóvenes está conectada a un respirador en el hospital del condado de Sussex. Acabo de llamar por teléfono. Ha sobrevivido a una operación de cinco horas, pero la cosa no pinta bien. Arriesgó su vida para detener a ese puto vehículo, una Ford Transit. ¿Lo

entiendes? Arriesgó su puta vida, Dennis. Esta chica tiene veinticuatro años. Es una de las agentes jóvenes más brillantes y valientes que he visto. Se agarró a la puerta del vehículo para intentar detenerlo, y el hijo de puta que estaba al volante la aplastó contra un coche aparcado. Intentaba hacer su trabajo, hacer respetar la ley. ¿Me sigues?

Vacilante, Ponds asintió con la cabeza.

—Tengo a una agente conectada a un respirador. Tengo a un sospechoso hijo de puta inconsciente. Tengo al pasajero inocente de un taxi con una pierna rota.

—No estoy muy seguro de adonde quieres llegar -dijo Ponds.

Grace se dio cuenta de que la cafeína tal vez le estaba poniendo un poco agresivo.

—Lo que quiero, Dennis, es que el director del *Argus*, y que los directores de los otros periódicos, informativos de radio y de televisión que puedan hacerse eco del suceso, aflojen un poco. No quiero tener que enfrentarme a una sala llena de buitres histéricos interesados en otra historia barata para cargarse a la policía diciendo que somos unos imprudentes por poner en peligro la vida de los ciudadanos, cuando en realidad lo que intentamos es salvar vidas arriesgando las nuestras.

—Entiendo lo que dices -dijo Ponds-, pero no es fácil.

—Por eso vas a venir a la reunión, Dennis. Voy a enseñarte algo que he visto esta mañana. Luego te daré una copia. Creo que opinarás que facilitará muchísimo las cosas. — Ofreció a Ponds una sonrisa casi diabólica.

Recorrieron unos metros del pasillo y entraron en la sala de reuniones, que se llenó rápidamente, con miembros del equipo de Grace y del nuevo equipo que había creado a lo largo del día de ayer el comisario Dave Gaylor para investigar el asesinato de Reggie D'Eath; era evidente que los dos casos tenían varios puntos en común.

Para esta sesión, Grace había decidido utilizar la sala de reuniones en lugar del MIR Uno, en parte porque era más grande, pero sobre todo porque había una gran pantalla de plasma en la pared, a la que el sargento Jon Rye, a quien Grace también había convocado a la reunión, estaba conectando el ordenador que el detective Nicholl había recuperado de la Ford Transit accidentada.

Sentado delante de la pantalla curvada, en estos momentos tenía la sensación de que su equipo no podía parar ni a un maldito autobús, pensó

Grace, y recordó con pesimismo que hoy era el día en que Cassian Pewe comenzaba a trabajar. Sería genial que lo trasladaran a Newcastle justo ahora que él y Cleo empezaban una relación, pensó. Vivirían en extremos opuestos del país. A quinientos putos kilómetros de distancia. ¡Pues eso no iba a pasar, joder!

Ninguno de los presentes disfrutaría del espectáculo de cuatro minutos que Grace iba a mostrarles. Comenzar la semana con la peor película de terror que la mayoría de ellos iban a ver en su vida no era plato de buen gusto para un lunes por la mañana. Se trataba de una táctica de choque, lo sabía, y no iba a ganarse ningún amigo con ella. Pero, en este preciso momento, hacer amigos ocupaba el último lugar en su lista de prioridades.

Comenzó la sesión como hacía siempre.

—Hora: ocho y media. Lunes, seis de junio -leyó-. Ésta es la sexta reunión de la Operación Ruiseñor, la investigación sobre el asesinato de Jane Susan Amanda Stretton, conocida como Janie Stretton, celebrada el quinto día tras el descubrimiento de sus restos mortales. Ahora procederé a resumir los acontecimientos acaecidos tras el incidente.

Durante unos minutos, principalmente para los miembros recién incorporados del equipo del comisario Gaylor, repasó las circunstancias que habían rodeado la muerte de Janie Stretton, las investigaciones y acciones que se habían puesto en marcha después y los acontecimientos clave. Los ordenó así: el robo del CD que había permitido a Tom Bryce, al parecer, ser testigo del asesinato de Janie Stretton; el descubrimiento de que Janie Stretton complementaba sus ingresos como abogada en prácticas trabajando de prostituta; la relación entre el ordenador de Tom Bryce y el ordenador de Reggie D'Eath; la desaparición de Kellie Bryce; la desaparición de su marido; y el hallazgo de un portátil en la furgoneta accidentada anoche, y de su contenido, que todos los presentes verían en breve.

Miró su reloj.

—Si alguno de vosotros tiene planes fuera del trabajo para las siguientes treinta y seis horas y cuarenta y cinco minutos, ya puede ir olvidándose. Entenderéis por qué al final de esta reunión. Muy bien, ¿podéis ponerme al día de las tareas que tenéis asignadas cada uno? — Miró primero a Norman Potting.

—¿Puedo preguntar antes si hay alguna novedad sobre Emma-Jane? — preguntó Potting.

—No, sigue con respiración artificial -contestó Grace de manera cortante-. He encargado flores de parte de todo el equipo para que las manden al hospital. ¿Qué avances has hecho con las dos agencias de acompañantes para las que trabajaba la señorita Stretton?

—Fui a tomar declaración formal a Claire Porter, la copropietaria de la agencia de acompañantes BCA-247, a las siete y media de la tarde de ayer. Me fue tan útil como un congelador en el polo norte. No le saqué nada.

—¿Y sus clientes?

—Estoy trabajando en los clientes y también en las chicas -dijo Potting.

«Apuesto a que sí, cerdo asqueroso», pensó Grace, y vio por las expresiones de diversos compañeros más, incluidas las dos agentes de Relaciones Familiares asignadas a Derek Stretton, Maggie Campbell y Vanessa Ritchie, que no era el único en pensarlo.

—De momento, no he dado con nada.

—¿Y la segunda agencia?

—Acababa de registrarse. Aún no le habían presentado a ningún cliente. Grace miró sus notas.

—¿Qué hay del hombre llamado Anton que salió cuatro veces con Janie Stretton a través de la agencia BCA-247?

—Comprobé el número de teléfono. Corresponde a una de esas tarjetas de prepago que se pueden comprar en cualquier tienda o gasolinera. No quedó registrado el comprador. Por ahí no obtendremos nada.

Grace repartió entre el equipo una docena de fotografías de Janie Stretton en el Karma Bar, en las que iba acompañada de su cita. Las habían sacado de las imágenes de la cámara de seguridad y la calidad no era muy buena, pero la cara de Janie y la del hombre musculoso con el pelo de punta eran suficientemente nítidas.

—Estas fotografías se tomaron el viernes veintisiete de mayo, la noche de la tercera cita de la señorita Stretton con el tal Anton. Creo que podemos suponer que es él. Quiero que se envíen estas fotos a todas las comisarías de policía del país y el miércoles por la noche intentaremos emitirlas en *Alerta criminal*. Alguien le reconocerá.

Grace sabía que aquella decisión podría ocasionar problemas de identificación en el futuro, pero ya los trataría con la fiscalía cuando llegara el momento.

Se volvió hacia Maggie Campbell y hacia Vanessa Ritchie.

—¿Decís que el padre de la señorita Stretton habla de ofrecer una recompensa?

—Lo confirmó anoche -dijo Maggie Campbell-. Cien mil libras por cualquier información que conduzca a la detención y a la condena del asesino de su hija.

—Bien -dijo Grace-. Eso ayudará, debería poner a prueba ciertas lealtades. — Miró a dos de los policías nuevos que había reclutado del equipo de Dave Gaylor: Don Barker, que le caía bien, un sargento bajo y fornido, con cuello de toro, de unos treinta y cinco años y pelo claro, que llevaba una camisa azul cielo que le tiraba de los botones, y un detective muy seguro de sí mismo y mucho más joven, al que Grace no había visto nunca. Se llamaba Alfonso Zafferone; tenía una belleza latina, el pelo con aspecto mojado y llevaba una chaqueta de sport elegante de pata de gallo y camisa y corbata muy estilosa. Dirigiéndose a los dos, les preguntó: ¿Alguna novedad respecto al propietario de la furgoneta blanca?

Contestó Alfonso Zafferone. Tenía una actitud chulesca, lo que hizo que a Grace le cayera mal al instante. Su conducta decía que estaba hecho para temas más importantes y que tareas menores como comprobar vehículos no eran para él.

—Como ya sabemos, es una empresa que tiene su dirección en un apartado de correos de Londres. He comprobado la empresa, no aparece en el registro mercantil.

—¿Lo que significa? — preguntó Grace.

Zafferone se encogió de hombros.

El cansancio le hacía ser menos tolerante de lo normal, y Grace, que se equivocó deliberadamente con su nombre -a lo largo de los años había aprendido que era una de las mejores formas de poner a alguien en su lugar-, le espetó:

—Esto es una investigación de asesinato, detective Zabaglione. Aquí no nos encogemos de hombros. Damos contestaciones verbales. ¿Le gustaría intentarlo de nuevo?

El joven detective se quedó mirándolo. Durante unos momentos pareció que iba a contestarle, pero se lo pensó mejor.

—Significa, señor -contestó un poco más dócilmente-, que la empresa está registrada en el extranjero o que el nombre es falso.

—Gracias. En la reunión de las seis y media, quiero saber con certeza cuál de las dos opciones es la correcta, y dónde está ese apartado de correos. ¿De acuerdo?

Zafferone asintió hoscamente.

«No vas a llegar muy lejos, hijo mío -pensó Grace-. A menos que alguien tire de la cadena y te escurras váter abajo.»

—¿Qué hay de la identidad del conductor de la furgoneta?

—Hace unos diez minutos comenzaba a recobrar la conciencia, Roy -dijo Don Barker-. No hemos encontrado nada ni en la ropa ni en la furgoneta. No parece inglés, quizá centroeuropeo. En cuanto acabe la reunión, iré directamente a verle.

—Bien -dijo Grace. Entonces, se volvió hacia Potting-: De acuerdo, Norman, otra tarea para ti: acabar de visitar a todos los proveedores al por mayor de ácido sulfúrico de la zona.

—Estoy en ello -dijo Potting.

Grace se volvió hacia Nick Nicholl.

—Recuérdamelo, Nick, ¿a qué hora hemos quedado con el inspector de Wimbledon?

—A las siete y media, señor.

—¿Y estás investigando si algún otro cuerpo policial del país ha tenido algún homicidio relacionado con un escarabajo pelotero?

—Sí, estoy trabajando en ello, señor.

—Joder, deja ya de llamarme «señor», ¿vale?

El detective se sonrojó.

Grace se sintió mal por tomarla con él. No tenía por qué hablarle así a nadie. Se dio cuenta de que tenía que contenerse. Miró al equipo y sonrió.

—De acuerdo, ahora vamos a pasar un cortometraje. Lo siento, pero no hay palomitas.

Hubo algunas risas.

«Después de lo que vais a ver, no os va a apetecer comer palomitas, ya será mucho si conseguís no vomitar el desayuno», pensó para sus adentros, y le indicó al sargento Rye que cerrara las persianas y, luego, que pusiera el vídeo en marcha.

—Este videoclip estaba en el portátil que encontramos anoche en la furgoneta Ford Transit -dijo Grace mientras Rye cerraba las persianas-. El disco duro que extrajimos está ahora a buen recaudo, como escena del

crimen, en la Unidad de Delitos Tecnológicos. Lo que vais a ver es una copia.

Jon Rye hizo clic en el teclado para iniciar la proyección. Grace bajó las luces.

En la pantalla apareció:

UNA PRODUCCIÓN DE ESCARABAJO

A continuación, un extra especial para todos nuestros clientes.

¡AL AGUA PATOS, REGGIE!

Este hombre es un pederasta convicto. ¡Que se diviertan!

Al cabo de unos momentos, una cámara de mano ligeramente inestable, mostró, en un ángulo amplio, un cuarto de baño pequeño, bastante viejo, de color aguacate. La cámara enfocaba la bañera. Luego, una figura, que llevaba lo que parecía un traje protector contra sustancias químicas peligrosas, con guantes, botas, un tanque de oxígeno y una máscara, entró por la puerta caminando con dificultad y hacia atrás, sosteniendo algo.

Un momento después, se hizo evidente que eran las piernas de un hombre desnudo, atadas fuertemente con una cuerda.

Un segundo hombre, con ropa protectora idéntica, el rostro invisible tras una máscara de cristal oscuro, sujetaba a un hombre desnudo por los hombros, Reggie D'Eath.

Lo colocaron en la bañera vacía.

El hombre obeso, con cara de niño, pelo ralo y cuerpo flácido se revolvió en la bañera como un pez fuera del agua. Llevaba el terror dibujado en la cara, pero era incapaz de hablar porque tenía algo metido en la boca, inmovilizado con cinta adhesiva. Tenía los brazos atados fuertemente a los costados. Lo único que podía hacer era retorcerse, auparse con los muslos, y sacudir la cabeza frenéticamente de lado a lado, los ojos salidos, implorantes, su pene pequeño y delgado flojo entre los testículos sin pelo entre un matojo de vello púbico.

Los hombres salieron del cuarto de baño y regresaron con un gran bidón negro de plástico que Grace calculó que tendría una capacidad de cincuenta litros. No se veía ninguna marca.

Reggie D'Eath se retorció ahora con tanta fuerza que, por un instante, pareció que realmente lograría saltar de la bañera.

Los hombres dejaron el bidón en el suelo. Entonces, uno sujetó a D'Eath mientras el otro sacaba un trozo de alambre, se lo enrollaba dos veces alrededor del cuello y luego lo ataba a un toallero clavado en la pared. Y lo tensó bien fuerte.

Los ojos de D'Eath sobresalieron aún más. Sus movimientos se volvieron distintos al cabo de unos segundos; más que sacudidas, eran convulsiones.

Con cierta dificultad, los dos hombres lo subieron un poquito, de forma que quedó reclinado en lugar de tumbado. Ajustaron el alambre para que lo sostuviera, era obvio que estaba incómodo y que se le clavaba en el cuello, pero ya no le estrangulaba.

Una mano que no apareció en pantalla le lanzó al pecho un escarabajo pelotero que movía las patas. La pequeña criatura cayó rodando casi cómicamente y aterrizó en los genitales de D'Eath. Comenzó a ponerse derecha, pero ya era demasiado tarde.

Sin perder tiempo, los dos hombres levantaron el bidón, apartándose con cuidado de delante de la cámara para no tapar la imagen, y vertieron unos cinco litros largos del líquido, que Grace sabía que era ácido sulfúrico, directamente sobre los genitales de D'Eath.

Salió vapor.

Grace no había visto en su vida un cuerpo agitarse y contorsionarse del modo en que lo hacía el desafortunado D'Eath. El hombre sacudía la cabeza de derecha a izquierda, como si intentara cortarse la arteria carótida con el alambre; tenía los ojos enloquecidos. Tan subrepticamente como pudo, Grace miró las reacciones de sus compañeros. Ponds se tapaba la boca con la mano. Todos parecían horrorizados.

Volvió a mirar la pantalla. Los hombres siguieron a lo suyo, vaciando todo el contenido del bidón en la bañera. Al cabo de unos momentos, el cuerpo de Reginald D'Eath dejó de moverse. Una neblina de vapor químico llenó lentamente el cuarto de baño. El vídeo se fundió en negro. Luego apareció:

QUERIDÍSIMO CLIENTE, esperamos que le haya gustado nuestro pequeño espectáculo extra. Recuerde conectarse el martes a las 21.15 para ver nuestra siguiente Gran Atracción: un hombre y su mujer juntos. ¡Nuestro primer ASESINATO DOBLE!

Grace volvió a encender las luces.

Capítulo 72

Por el color apergaminado de la cara de Alfonso Zafferone, Grace supuso que el joven detective no iba a mostrar su arrogancia durante un buen rato. No recordaba haber estado, en toda su carrera, en una sala llena de gente tan callada.

Dennis Ponds tenía los ojos muy abiertos y la mirada perdida, como si acabaran de decirle que iba a ser el siguiente en entrar en la bañera.

Fue Norman Potting quien por fin rompió el silencio. Tosió, se aclaró la garganta y luego dijo:

–¿Hay que suponer que se trata de una película *snuff*, Roy?

–Bueno, no es su puto álbum familiar -le espetó Glenn Branson.

No hubo ninguna risa ahogada. Nada. Una de las indexado-ras miraba hacia abajo, a la mesa, como si le diera miedo levantar los ojos, por si había más.

–Dennis -dijo Grace-, voy a grabarte una copia en tu portátil para que se la lleves al director del *Argus*. No se lo enseñes todo, pero asegúrate de que sea consciente de a qué nos estamos enfrentando. Quiero que publique fotografías del señor y la señora Bryce en la portada de la edición del mediodía de su periódico. Tenemos un día y medio para encontrar a estas personas. ¿Lo ha entendido todo el mundo? Van a matarlos y a grabarlo en vídeo.

Branson respiró hondo, luego espiró sonoramente.

–Tío, ¿quién ve esta mierda?

–Muchas personas normales y corrientes con mentes enfermas -dijo Grace-. Podría ser alguno de los que estamos en esta sala, o tu vecino, tu médico, tu fontanero, tu párroco, tu asesor hipotecario. El mismo tipo de gente que reduce para ver qué ha pasado en un accidente de coche. Mirones. Todos tenemos un poco de eso dentro.

–Yo no -dijo Branson-. Yo no podría ver algo así.

–¿Estás diciendo que todos somos asesinos en potencia? – preguntó Nick Nicholl.

Grace recordó algo que le había dicho una noche en un bar un psicólogo de perfiles que había dado una conferencia sobre películas *snuff*, en una convención sobre homicidios en Estados Unidos.

—Todos tenemos la capacidad de matar, pero sólo un pequeño porcentaje de nosotros tenemos la habilidad de vivir con ello. Pero muchos de nosotros sentimos curiosidad. Nos gustaría experimentarlo a través de otra persona. Las películas *snuff* nos permiten hacer eso, experimentar el asesinato de un ser humano. Pensadlo -dijo-. La gente normal no tiene oportunidad de matar a alguien en realidad.

—Yo podría haber matado a mi suegra tranquilamente -dijo Potting.

—Gracias, Norman -dijo Grace, para silenciarlo antes de que siguiera. Luego, se volvió hacia Glenn Branson-: Tom Bryce se marchó de su casa en mitad de la noche en un Renault Espace. No habría mucho tráfico. No sabemos adónde iba. No sabemos cuánta gasolina tenía el vehículo. Quiero que suspendas la búsqueda de la cabeza de Janie Stretton y que todos los policías, agentes especiales y agentes de la escena del crimen se pongan a visionar todas las cintas de cámaras de seguridad -policiales, civiles, de gasolineras, de aparcamientos- en un radio de cincuenta kilómetros.

—Enseguida.

Luego, dirigiéndose al sargento Barker, dijo:

—Don, quiero que alguien revise todos los archivos personales de Reggie D'Eath, extractos de cuentas, de tarjetas de crédito...

—Ya estamos en ello.

—Bien.

Grace miró la hora. Tenía una reunión a las nueve y media con Alison Vosper, y luego tenía que llegar como fuera a una cita que había concertado a las diez en la otra punta de la ciudad.

—Os veo a todos otra vez aquí a las seis y media. ¿Sabéis todos lo que tenéis que hacer? ¿Alguna pregunta más?

En circunstancias normales, habría muchas. Esta mañana no hubo ninguna.

Luego sonó un teléfono. Contestó una secretaria, que se lo pasó al cabo de unos momentos a Glenn Branson. Todos se quedaron mirándolo como si presintieran que iba a haber noticias.

Branson le pidió a la persona que llamaba que esperara un momento, tapó el teléfono con la mano y dijo:

—Han encontrado el Renault Espace de los Bryce en un camino de tierra cerca de la A23 en Bolney.

–¿Vacío? – dijo Grace. Ya sabía la respuesta a la pregunta, pero aun así la formuló.

–Quemado.

Capítulo 73

Grace entró a las nueve y media en punto en el despacho de Alison Vosper, que llevaba un traje que transmitía autoridad y eficiencia, como siempre. Y, como siempre, estaba nervioso. Aquella mujer le daba miedo, no podía evitarlo; su actitud mordaz -y el poder que ejercía sobre él- le afectaban. Y no le ayudaba saber que estaba decidida a dispararle con su nueva arma secreta: el comisario Cassian Pewe.

Sentada a su mesa inmaculada, exudando un perfume intenso pero nada sexy, vestía una chaqueta negra que le hacía los hombros enormes y una blusa color marfil con cuello de puntilla. Como esperaba una cara de pocos amigos, Grace se sorprendió cuando la subdirectora lo recibió con una sonrisa. Vosper desenroscó el tapón de un botellín de agua mineral y, con bastante delicadeza, bebió un sorbo.

–Buenos días, Roy -dijo con una voz aún más cordial que su sonrisa. Le indicó que ocupara una de las hermosas sillas georgianas de madera tallada que había enfrente de su mesa-. Siéntate.

«¿Otra buena señal?», se preguntó Grace. Rara vez le pedía que se sentara en estas reuniones. ¿O se trataba de una señal muy mala?

Aún sonriendo -evidentemente, hoy tenía un humor dulce y no agrio- dijo:

–Bueno, parece que la Operación Ruiseñor está siendo un pequeño fracaso, de momento.

–Yo..., yo no iría tan...

Vosper levantó una mano para silenciar su defensa.

–Aún no tienes ningún sospechoso. No has encontrado la cabeza de la víctima. Un testigo potencial ha sido asesinado y dos más han desaparecido. Y anoche, de nuevo, tu equipo se vio implicado en una persecución a gran velocidad que acabó en un grave accidente. – Seguía sonriendo, milagrosamente, pero la calidez había desaparecido y la había sustituido un aparente desconcierto. Grace asintió.

–Las cosas no nos están saliendo bien -dijo-. Necesitamos un golpe de suerte.

Volvió a enroscar el tapón del botellín. Fuera, hacía una mañana agradable, pero el ambiente de la habitación era oscuro y opresivo.

—Estás movilizando una gran cantidad de recursos. Si al menos pudieras darme un resultado, pero parece que la situación no hace más que empeorar. ¿En qué punto estamos?

Grace la puso al día. Cuando acabó, esperó lo que sabía que se avecinaba: en el mejor de los casos, Vosper iba a meter a Cassian Pewe en el caso con él; en el peor, iba a retirarle de la investigación y Pewe lo sustituiría. Para su sorpresa, no sucedió ninguna de las dos cosas.

La subdirectora cogió un bolígrafo negro delgado del portaplumas de amonita que tenía sobre la mesa y dio unos golpearos con él en el cartapacio.

—No tienes hasta las nueve y cuarto de la noche de mañana, hay que ser realistas, ¿verdad? Si esta gente va a matar al señor y a la señora Bryce y después van a emitir las imágenes a sus clientes, sean quienes sean, van a hacerlo mucho antes. Ya podrían estar muertos.

—Ya lo sé.

Hubo un silencio breve. Grace bajó la mirada, y sintió los ojos de Vosper clavados en él. Cuando alzó la vista, vio comprensión en ellos. A pesar de la antipatía que la subdirectora sentía por él, al menos era lo bastante profesional para reconocer -y aceptar- que los problemas a los que se enfrentaba en este caso no eran necesariamente culpa suya. Pero a Grace le desconcertaba que aún no hubiera mencionado a Cassian Pewe. ¿Por qué estaba retrasando el momento?

—¿Sigue... emm..., sigue en pie la reunión con Cassian? — preguntó con cierta vacilación-. Querías que quedara con él esta mañana.

—En realidad no, no sigue en pie -dijo ella. Luego, comenzó a dar golpecitos más fuertes y seguidos sobre el cartapacio, sin que pareciera ser consciente de ello.

—De acuerdo -dijo Grace, y se sintió un poco aliviado, pero se preguntó por qué había cambiado de opinión. Entonces se lo explicó.

—El comisario Pewe tuvo un accidente de tráfico anoche. Está en el hospital con la pierna rota.

Grace no sólo no podía creer lo que acababa de escuchar, tampoco podía creer lo que estaba viendo. Vosper sonreía otra vez. Era una sonrisa muy tenue, para ser justos, pero una sonrisa al fin y al cabo. Sonreía mientras

transmitía la información de que su protegido había salido mal parado de un accidente de coche.

–Lo siento -dijo Grace-. ¿Qué pasó?

–Anoche, de madrugada, iba por el centro de Brighton en un taxi que chocó con una furgoneta que huía de la policía.

Al momento, Grace también sonrió; no pudo evitarlo. Humor negro. Con el tiempo y en su profesión, era inevitable.

En el coche, mientras se alejaba del despacho de Alison Vosper, Grace llamó al hospital del condado de Sussex para averiguar si el conductor de la furgoneta ya había recobrado la conciencia. Ahora mismo, aquel hombre era su mejor esperanza para llegar a los captores de los Bryce.

Prácticamente su única maldita esperanza.

Salvo por una posibilidad remota.

Se dirigió a casa de los Bryce, donde la detective Linda Buckley acababa de relevar al detective Willingham. La agente le preguntó a Grace si tenía sentido que siguiera en la casa. Al fin y al cabo, no había nada que hacer aparte de dar de comer al perro. Grace le sugirió que esperara algunas horas más por si aparecía Tom Bryce, lo cual, pensó con pesimismo, era improbable.

Fue al piso de arriba y entró en el dormitorio de los Bryce, luego bajó corriendo las escaleras. El pastor alemán estaba en el vestíbulo mirándolo de un modo extraño, como si supiera que era el hombre que podía devolverle a su dueño y a su dueña.

A pesar de las prisas, Grace se detuvo un momento, se arrodilló junto al perro y le acarició la frente.

–Hola -dijo-. No te preocupes; los traeré de vuelta. De algún modo. ¿De acuerdo? – Miró los ojos grandes y marrones del perro y, por un instante, sólo por un instante fugaz, sintió que aquel bello animal había entendido realmente sus palabras.

Quizá lo confundía el cansancio, o el estrés, o lo que fuera, pero mientras se marchaba de la casa y se alejaba a toda prisa en el coche, en dirección al extremo este de la ciudad, la expresión en la cara del perro permaneció con él, obsesionándole. Estaba tan triste, tan lleno de confianza. Por un momento, sintió que no hacía aquello sólo por el señor y la señora Bryce, y por sus hijos. También lo hacía por su perro.

Capítulo 74

Tom se despertó sobresaltado, con un dolor de cabeza atroz y unas ganas incontrolables de hacer pis, y pensó que habría habido un apagón. Normalmente nunca estaba tan oscuro; siempre había el resplandor neón de las farolas que teñía el dormitorio de naranja.

¿Y sobre qué estaba tumbado? Una superficie muy dura...

Y, luego, como si le hubieran echado agua fría sobre la tripa, recordó algo poco definido, pero malo.

Mierda, era malo.

Le dolía el brazo derecho. Intentó levantarlo, pero no se movía. «Debo de haber estado tumbado sobre él -pensó-, se me ha dormido.» Volvió a intentarlo. Entonces se dio cuenta de que tampoco podía mover el brazo izquierdo.

Ni las piernas.

Se le clavaba algo en el muslo derecho. Le dolía la mandíbula y tenía la boca seca. Intentó hablar y descubrió, horrorizado, que no podía. Lo único que oyó fue un murmullo apagado mientras sentía vibrar el paladar. Tenía algo atado con fuerza a la cara que le tapaba la boca y le hundía las mejillas. Entonces, un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar las palabras de la noche anterior. En la pantalla del ordenador: «... sal de casa, coge el coche de Kellie, ve en dirección norte por la A23 London Road y espera a que te llame...».

Era exactamente lo que había hecho. Ahora empezaba a recordarlo todo: ir por la A23; la llamada diciéndole que se detuviera en el área de descanso.

Ahora estaba aquí.

Dios mío, santo cielo, madre de Dios, ¿dónde estaba? ¿Dónde estaba Kellie? ¿Qué diablos había hecho? ¿Quién coño había...?

De repente, se encendió una luz, un rectángulo amarillo vertical a cierta distancia. Una puerta. Una figura que la cruzaba, con una linterna en la mano, él haz de luz brillaba como un espejo.

Tom aguantó la respiración mientras contemplaba a la figura acercarse. A la luz oscilante de la linterna, vio que se encontraba en una especie de almacén lleno de bidones enormes metálicos y de plástico que parecían contener combustible o sustancias químicas.

A medida que la figura se acercaba, Tom distinguió a un hombre muy gordo con una camisa ancha desabotonada en el cuello y con el pelo engominado hacia atrás y recogido en una coleta. Llevaba un gran medallón colgado en una cadena al cuello. No había luz suficiente para verle bien la cara, pero Tom calculó que tendría unos sesenta años.

Luego, la despiadada luz de la linterna le enfocó directamente a la cara; sintió como si le ardieran las retinas y cerró los ojos con fuerza.

Con acento de Luisiana, y un tono que parecía sincero, como si fuera una pregunta de verdad de la que esperaba una respuesta, dijo:

—Así que se cree usted una especie de héroe, ¿verdad, señor Bryce?

Como no supo qué responder, y como tampoco podía hablar, Tom permaneció en silencio.

Notó que la luz se apartaba y abrió los ojos. El hombre se puso en cuclillas a su lado, alargó las manos hasta tocarle la cara y las movió bruscamente hacia atrás, con fuerza. Tom gritó. El dolor era increíble. Durante varios segundos, estuvo convencido de que le había arrancado media cara.

Una tira de cinta adhesiva colgaba delante de sus ojos. Ya podía volver a mover la mandíbula, abrir la boca, hablar.

—¿Dónde está mi mujer? —dijo Tom—. ¿Dónde está Kellie? Por favor, dime dónde está.

El hombre movió la luz por la habitación. Y a Tom casi se le partió el alma cuando vio, a cierta distancia, lo que al principio pensó que era una alfombra enrollada y luego vio que era Kellie. Estaba tumbada en el suelo, atada, con un grillete en el tobillo y una cadena que salía de él y subía hasta un aro en la pared. Tenía la boca tapada con cinta adhesiva y le suplicaba con la mirada.

El primer instinto de Tom fue gritarle enfurecido a aquel gordo asqueroso, pero logró contenerse de algún modo, intentando pensar con claridad, entender qué había pasado, qué era aquella pesadilla en realidad.

—¿Quién eres? —dijo.

—Haces demasiadas preguntas -le respondió el hombre con desdén-. ¿Quieres agua?

—Quiero saber por qué estoy aquí. Por qué mi mujer está aquí.

El hombre le respondió dándose la vuelta y desapareciendo, de nuevo entre las sombras.

—¡Kellie! — gritó Tom-. Kellie, ¿estás bien?

Ya no podía verla. Ni oírla.

—¡Kellie, cariño!

—¡Cállate, coño! — dijo el gordo.

«¡No, no me callaré!», estuvo a punto de gritarle Tom. Por un momento, se le retorcían los intestinos de miedo, y al instante siguiente se apoderaba de él una ira ciega. ¿Cómo se atrevía aquel cabrón a tener a Kellie atada? O a él.

«Tengo la presentación más importante de mi carrera por la mañana. Podría salvar mi negocio. Y lo estoy perdiendo por tu culpa, gordo de...»

«¿Por la mañana?»

«¿Era por la mañana?»

Empezaba a recordarlo todo, de forma irregular, como si intentara colocar en el orden correcto las tiras de papel que una ráfaga de viento había esparcido por la habitación.

Kellie había desaparecido. Le habían quemado el coche. Luego él había respondido al e-mail. Y ahora su mujer estaba tumbada en el suelo, atada...

Pensó en la joven que había visto en la pantalla de su ordenador, con su traje de noche, el hombre encapuchado, el estilete.

Sentía un dolor terrible en la vejiga.

—Por favor -gritó-. Tengo que mear.

—Nadie te lo impide -dijo el americano desde las sombras.

Tom se retorció. El hombre se inclinó sobre Kellie. Le arrancó la cinta de la boca. Tom se estremeció al oír el sonido.

—¡Vete a la mierda! ¡Hijo de puta, cabrón! — le gritó Kellie al hombre al instante.

—Sé un poco más fina. La gente querrá que seas fina. ¿Quieres un poquito más de vodka?

—¡Vete a la mierda!

«¡Oh, Dios santo, Kellie!» Qué bueno era oír su voz, saber que estaba viva, que estaba bien, que peleaba. Sin embargo, aquélla no era forma de enfrentarse a esta situación.

Juntó los muslos y apretó el abdomen, resistiendo el dolor de la vejiga. El hombre no pretendería que orinara allí mismo, ¿no?

—¡Kellie, cariño! — gritó Tom

–Haz que este cabrón de mierda nos saque de aquí. Quiero ver a Jessica y a Max. Quiero ver a mis hijos. ¡Suéltame, joder!

–¿Quiere que vuelva a teparle la boca, señora Bryce?

Kellie rodó sobre su estómago y se quedó quieta, sollozando histérica, era un llanto profundo y entrecortado. Y Tom se sintió fatal, inútil, absoluta y totalmente inútil. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Algo. Algo, por el amor de Dios.

El dolor en la vejiga le impedía pensar y sentía como si le hubieran abierto la cabeza. La luz de la linterna se movió. Al hacerlo, Tom vio cientos de bidones oscuros, apilados hasta el techo, unas cosas enormes, muchas con etiquetas de peligro. Hacía frío allí dentro. Todo estaba inundado por un olor ligeramente acre.

«¿Dónde coño estamos?»

–¡Oh, Tom, por favor, haz algo! – gritó Kellie.

–¿Quieres dinero? – le gritó Tom al hombre-. ¿Es eso lo que quieres? Reuniré todo lo que pueda.

–¿Quieres decir que te gustaría suscribirte?

–¿Suscribirme? – dijo Tom, contento por fin por haber obtenido algún tipo de reacción a sus preguntas; por entablar una conversación con el hombre, por razonar con él, por intentar encontrar un...

–Te gustaría suscribirte para poder veros a ti y a tu mujer. – El americano se echó a reír-. ¡Qué gracioso!

Tom se animó un poquito.

–Sí, lo que sea, ¡lo que quieras!

La luz le enfocó directamente a los ojos.

–No lo entiendes, ¿verdad, imbécil? ¿Cómo vais a poder veros?

–Yo..., yo... no lo sé.

–Aún eres más estúpido de lo que creía. ¿Quieres pagar dinero para que tú y la borracha de tu mujer podáis ver lo bien que os sienta la muerte?

Capítulo 75

Roy Grace estuvo pegado al teléfono todo el rato mientras conducía su Alfa, haciendo una llamada tras otra: para saber cómo estaba Emma-Jane y, luego, para conocer los progresos de cada uno de los miembros de su equipo; los presionó tanto como pudo.

Se dirigió hacia el este por la carretera de la costa, sustituyendo las elegantes fachadas de la época de la Regencia de Kemp Town por el campo abierto, más allá de los acantilados, tras el enorme edificio neogótico de la escuela Roedean para chicas y, luego, el edificio art déco del hogar Saint Dunstan para invidentes.

«Mañana, a las nueve y cuarto de la noche.»

Tenía la hora grabada con láser en la conciencia; estaba en todos sus pensamientos. Ahora eran las diez y cuarto de la mañana, lunes. Quedaban justo treinta y cinco horas para la emisión, pero ¿cuánto tiempo antes matarían a los Bryce?

Janie Stretton había llegado tarde a la cita de las seis y media de la tarde con el veterinario de su gato y no se había marchado hasta las ocho menos veinte. Entre ese momento y aproximadamente las nueve y cuarto de la noche, cuando Tom Bryce afirmaba haberla visto en el ordenador, había sido asesinada y se había emitido el vídeo. Si el asesino seguía el mismo patrón, tal vez tuvieran hasta alrededor de las siete y media de la tarde de mañana. Poco más de treinta y tres horas, aproximadamente.

Y seguían sin tener pistas.

Treinta y tres horas era muy poco tiempo, joder.

Entonces se permitió esbozar la más breve de las sonrisas al pensar en Cassian Pewe ingresado en el hospital; al recordar lo irónico de la situación; la increíble coincidencia; y en el hecho de que Alison Vosper hubiera visto la parte divertida y le hubiera mostrado un lado extraño de sí misma, su lado humano. Y la cuestión era -sabía que no era correcto, pero no podía evitarlo- que no se sentía nada mal por ello, ni siquiera compadecía a aquel hombre.

Lo sentía por el taxista inocente, pero no por ese mierdecilla de Cassian Pewe, que había llegado a Brighton recién ascendido y con intención de robarle el puesto. El problema no había desaparecido, pero con las heridas que había sufrido, al menos quedaba aparcado durante un tiempo.

Atravesó la elegante ciudad histórica de Rottingdean, situada en lo alto de un acantilado. Condujo por una cuesta amplia, luego por una bajada, seguida de otra cuesta, pasó por delante del barrio residencial de la posguerra de Saldean, que se había extendido sin orden ni concierto, y luego por Peacehaven, cerca de donde vivía Glenn Branson y de donde había aparecido el cadáver de Janie Stretton.

Dejó la carretera de la costa y entró en un laberinto de calles empinadas llenas de casas de una planta y chalecitos, y se detuvo delante de una vivienda pequeña, bastante abandonada con una autocaravana destartada aparcada enfrente.

Terminó de hablar por teléfono con Norman Potting, que parecía haber avanzado mucho en su búsqueda de proveedores de ácido sulfúrico, se tomó un Red Bull y dos ProPlus más, recorrió un sendero corto flanqueado por gnomos de jardín y entró en un porche. Pasó por delante de unas campanillas inmóviles y llamó al timbre.

Un hombrecito enjuto y nervudo de setenta y tantos años, que guardaba un parecido más que razonable con varios de los gnomos que acababa de ver, abrió la puerta. Tenía perilla, el pelo gris y largo recogido en una coleta, llevaba un caftán, unos vaqueros y lucía la cruz *ankh* en una cadena de oro. Saludó a Grace efusivamente con voz aguda, todo energía, le estrechó la mano y lo miró con la dicha de quien se reencuentra con un viejo amigo.

—¡Comisario Grace! ¡Me alegra volver a verle tan pronto!

—Lo mismo digo, amigo mío. Siento llegar tan tarde.

Hacía poco más de una semana de la última vez que Grace lo había llamado para solicitar sus servicios. Frame había salvado, sin lugar a dudas, la vida de un hombre inocente.

Harry Frame le estrechó la mano con una fuerza que contradecía su edad y estatura. Lo miró con unos ojos verdes penetrantes.

—Bueno, ¿a qué debo el placer esta vez? ¡Pasa!

Grace lo siguió por un vestíbulo estrecho iluminado por un farolillo con una bombilla de baja potencia y decorado con temas náuticos, el centro del cual era un gran ojo de buey de latón en la pared, y entró en un salón, en el que las estanterías estaban repletas de botellas con barcos dentro. Había un tresillo soso, con el respaldo cubierto de antimacasares, un televisor encendido y una mesa redonda de roble con cuatro sillas de madera junto a la ventana, hacia la que Frame le guio. Como siempre que lo visitaba, Grace se fijó en el grabado hortera de la cabaña de Anne Hathaway en la pared y en un lema enmarcado que decía: «La mente, una vez expandida, nunca puede volver a sus dimensiones originales».

—¿Un té?

—No, gracias -dijo Grace, aunque habría matado por una taza-. Tengo muchísima prisa.

—La vida no es una carrera, comisario Grace, es un baile -dijo Harry Frame con un tono delicadamente censorador.

Grace sonrió.

—Lo tendré presente. Te apuntaré en mi tarjeta para un vals lento en el baile de verano. — Grace se sentó a la mesa.

—¿Y bien? — dijo Harry que se sentó enfrente-. ¿Tu visita tiene por casualidad algo que ver con esa pobre joven a la que encontraron muerta en Peacehaven la semana pasada?

Harry Frame era médium y clarividente, además de zahorí. Grace había ido a verlo muchas veces. Podía tener una precisión asombrosa, aunque en ciertas ocasiones no le servía de ayuda, para nada.

Grace se metió la mano en el bolsillo, sacó tres bolsas de plástico pequeñas y las dejó sobre la mesa delante de Frame. Primero señaló el anillo de sello que había cogido de la habitación de Janie Stretton.

—¿Qué puedes decirme sobre el propietario de esto?

Frame sacó el anillo, lo agarró y cerró los ojos. Se quedó quieto un minuto largo, con el rostro arrugado, concentrándose.

La habitación olía a moho: a muebles viejos, a moqueta vieja, a gente vieja.

Al final, Harry Frame negó con la cabeza

—Lo siento, Roy. Nada. Hoy no tengo un buen día. No tengo conexión con los espíritus.

—¿No percibes nada del sello?

—Lo siento. ¿Podrías volver mañana? Podríamos intentarlo de nuevo.

Roy Grace cogió de nuevo el anillo, lo guardó en la bolsa de plástico y se lo metió en el bolsillo. Luego, señaló los gemelos de plata, que había cogido de un cajón del dormitorio de los Bryce, y un brazalete de plata que había sacado del joyero de Kellie Bryce.

—Tengo que encontrar a los propietarios de esto. Tengo que encontrarlos hoy. No sé dónde están, pero sospecho que se encuentran por los alrededores de Brighton y Hove.

El médium salió de la habitación y volvió deprisa con un mapa de la zona de Brighton y Hove. Apartó un candelabro, extendió el mapa sobre la mesa y sacó una cuerda, con un pequeño peso en la punta, del bolsillo del pantalón.

—Vamos a ver qué encontramos -dijo-. Sí, bien, vamos a ver.

Frame cogió el brazalete y los gemelos en la mano izquierda, luego, apoyo los codos en la mesa, inclinó la cara hacia el mapa y se puso a salmodiar.

–Yarummm -dijo Harry Frame para sí-. Yarummm. Brnnnn. Yarummm.

Luego se irguió de repente, sostuvo la cuerda sobre el mapa entre el dedo índice y el pulgar y dejó que el peso oscilara hacia delante y hacia atrás, como un péndulo. Después, frunciendo la boca muy concentrado, lo hizo girar enérgicamente dibujando un círculo pequeño, cubriendo sin cesar el mapa centímetro a centímetro.

–¿Telscombe? – dijo-. ¿Piddinghoe? ¿Ovingdean? ¿Kemp Town? ¿Brighton? ¿Hove? ¿Portslade? ¿Southwick? ¿Shoreham? – Negó con la cabeza-. No, no percibo nada en esta zona, lo siento.

–¿Podemos probar con un área más amplia? – preguntó Grace.

Frame volvió a salir y regresó con un mapa del este y el oeste de Sussex; pero de nuevo, después de varios minutos oscilando el peso con intensa concentración, no obtuvo ningún resultado.

Grace quería coger al hombre y zarandearlo. Se sentía muy frustrado.

–¿Nada de nada, Harry?

El médium negó con la cabeza.

–Si no los encuentro, morirán.

Harry Frame le devolvió los gemelos y el brazalete.

–Podría intentarlo más tarde. Lo siento. Lo siento muchísimo.

–¿Esta tarde, en algún momento?

Frame asintió con la cabeza.

–Si quieres, déjalos aquí. Le dedicaré todo el día. Seguiré trabajando en ello.

–Gracias, te lo agradecería mucho -contestó Grace.

Se marchó de allí acongojado, sabía que estaba agarrándose desesperadamente a un clavo ardiendo.

Capítulo 76

Después de la reunión de las ocho y media, Jon Rye llevaba dos horas y cuarenta y cinco minutos trabajando en el portátil que habían cogido de la Ford Transit accidentada. Pero se sentía derrotado.

A las once y veinte, exhausto y frustrado, salió del departamento para ir a buscarse un café a la máquina expendedora, luego volvió, absorto en sus

pensamientos. Con cualquier ordenador, normalmente encontraría la forma de descifrar cualquier contraseña utilizando *software* forense para entrar por una puerta trasera y luego acceder a todo el historial de Internet del ordenador; sin embargo, con esta máquina no estaba consiguiendo nada.

Acercó su tarjeta de seguridad al panel de la puerta de la Unidad de Delitos Tecnológicos, luego entró y cruzó lo que había bautizado en broma como la jaula de hámster, la zona enjaulada donde se llevaba a cabo la investigación sobre pornografía infantil, la Operación Glasgow. Saludó con la cabeza a la docena de personas enfrascadas en sus pantallas que lo miraron y entró en el área principal de su departamento.

Andy Gidney y el resto de su equipo estaban sentados a sus mesas, muy aplicados en sus tareas. Se sentó a la mesa, el portátil estaba a buen recaudo en la sala de pruebas; trabajaba con el disco duro clonado cargado en su ordenador.

Aunque hacía tres años que era el jefe de esta unidad, Rye era lo bastante listo para conocer sus limitaciones. Le habían reciclado de Tráfico. Varios de los miembros más jóvenes de su equipo eran *freaks* de los ordenadores hasta la médula, licenciados que habían vivido y respirado la informática desde la cuna. Andy Gidney era el mejor de todos. Si había una persona que podía convencer al portátil de que revelara sus secretos, era Gidney.

Sacó el disco duro clonado de la torre del ordenador, se levantó y fue hasta el área de trabajo de Gidney. El técnico aún intentaba descifrar la contraseña de una estafa de un banco por Internet.

—Andy, necesito que lo dejes todo durante las siguientes horas y me ayudes con esto. Hay dos vidas en peligro.

—Mmmmm -dijo Gidney-. La cuestión es que ya casi lo tengo.

—Andy, me da igual que casi lo tengas.

—Pero ¡si lo dejas, podría perder toda esta secuencia! ¡Esa es la cuestión!

— Gidney giró la silla para mirar a Rye, los ojos le brillaban intensamente por la excitación-. ¡Creo que sólo me falta un dígito!

—¿Cuánto tardarás?

—Mmmmm, bien, mmmm -dijo pensativo. Luego cerró los ojos y asintió enérgicamente-. Mmmmm. Mmmm. — Volvió a abrir los ojos y miró al suelo-. Espero tenerlo a finales de semana.

–Lo siento -dijo Jon Rye-. Vas a tener que aparcarlo. Necesito que te pongas con esto ahora mismo.

–Mmmm, la cuestión es que en este departamento somos nueve, Jon. ¿No es así?

–¿Y? – dijo Rye, vacilante.

–¿Por qué yo precisamente? – preguntó Gidney, que miraba muy concentrado la moqueta.

Rye se preguntó si un halago ayudaría.

–Porque eres el mejor. ¿Vale?

Gidney giró la silla enfurruñado y, de espaldas ahora al sargento Rye, levantó la mano, y dijo sumamente irritado:

–De acuerdo, dame.

–Los archivos de imagen forenses están en el servidor bajo el número de trabajo 340.

–¿Y qué estoy buscando exactamente?

A Rye no le gustaba hablar con la espalda de su subordinado, pero la experiencia le había enseñado que era inútil intentar cambiar a aquel bicho raro; si quería sacar lo mejor de él, era mejor seguirle la corriente.

–Direcciones postales, números de teléfono, direcciones de correo electrónico. Cualquier cosa que pueda darnos una pista sobre dónde puede estar un matrimonio, el señor y la señora Bryce, Tom y Kellie Bryce. – Deletreó los nombres.

–Haré lo que pueda.

–Gracias, Andy.

Rye volvió a su mesa. Luego, casi de inmediato, lo llamó desde la otra punta de la sala un compañero, el detective John Shaw, un joven alto y guapo de treinta años que le caía muy bien. Shaw era sumamente inteligente, también licenciado como Gidney, pero diametralmente opuesto a él en todos los sentidos.

Shaw estaba trabajando en un álbum fotográfico especialmente horripilante de un disco duro incautado en una redada en casa de un presunto pederasta. Había observado un patrón en los gustos del hombre: apaleaba a niños pequeños antes de fotografiarse manteniendo relaciones sexuales con ellos. Se parecía a otro caso que habían tratado hacía poco y quería conocer la opinión de Rye.

Al cabo de diez minutos, Jon Rye regresó a su mesa, absorto en sus pensamientos. Se había acostumbrado a la mayoría de las cosas repugnantes que encontraban en los ordenadores, pero ver a alguien haciendo daño a un niño seguía afectándole. Todas las veces. Casi no se fijó, al pasar por el área de trabajo de Gidney, en que éste no estaba.

Un poco después, mientras se tomaba un breve descanso de sus e-mails, Rye giró la cabeza y le sorprendió ver que Gidney aún no había vuelto. No pudo evitar irritarse debido a la urgencia del caso.

Se levantó y se acercó al área de trabajo del técnico. En la pantalla vio: el pronóstico marítimo emitido por el instituto de meteorología en nombre de la agencia marítima y de los guardacostas, a las 0555 del lunes 6 de junio de 2005

sinopsis general a las 0000

oeste de francia a las 1014. sureste de inglaterra se espera a las 1010 y 1300. rockall a las 1010 rolando a sureste. fastnet a las 1010.

arreciando.

¿Qué diablos hacía aquel tipo consultando el pronóstico marítimo cuando estaban en mitad de una emergencia? ¿Y dónde demonios se había metido? Hacía veinte minutos largos que se había marchado, o más.

Veinte minutos después, a Rye le quedó claro que Andy Gidney se había largado.

Estaba a punto de descubrir que Gidney había borrado toda la información del servidor y se había llevado el portátil y el disco duro clonado.

Capítulo 77

Roy Grace se marchó de casa de Harry Frame sintiéndose muy deprimido y cansado de repente, a pesar de la última lata de Red Bull y las pildoras de cafeína que había tomado hacía menos de media hora. Era demasiado pronto para tomar más. Esperaba con todas sus fuerzas que el clarividente tuviera, súbitamente, uno de sus momentos de inspiración.

Luego, le sonó el teléfono. Respondió esperanzado. Era el sargento Branson, alegre como siempre.

—¿Animado, perro viejo?

—Estoy muerto -dijo Grace-. ¿Qué noticias hay?

—Alguien del equipo del sargento Gaylor ha revisado los papeles de Reggie D'Eath. Han encontrado un pago mensual fijo a una empresa llamada Escarabajo Entertainment con cargo a su tarjeta Barclay. La cantidad asciende a mil libras.

—¿Mil libras? ¿Al mes?

—Sí.

—¿De dónde saca tanto dinero alguien como D'Eath?

—De proporcionar niños a hombres ricos como actividad suplementaria.

—¿Dónde tiene la sede la empresa? —preguntó Grace.

—Esa es la mala noticia. En Panamá.

Grace se quedó pensando un momento. Había ciertos países en el mundo en los que la ley garantizaba a una empresa confidencialidad absoluta frente a cualquier investigación. Recordaba de un caso anterior que Panamá era uno de ellos.

—Eso no va a ayudarnos mucho a corto plazo. ¿Mil libras al mes?

—Es pasta gansa -dijo Branson-. ¿No podríamos conseguir una orden judicial para obligar a todas las empresas de tarjetas de crédito a decirnos quién más está pagando mil libras al mes a Escarabajo Entertainment?

—Sí, en estas circunstancias, con vidas en peligro, sí que podríamos, pero no nos servirá de nada. Obtendremos una lista de directores nominales de algún bufete de abogados de Panamá que nos mandarán a la mierda en cuanto nos acerquemos.

¿Cuántos suscriptores tenían? No harían falta muchos para conseguir un negocio lucrativo. Un negocio que se esforzarían muchísimo en proteger.

QUERIDÍSIMO CLIENTE, esperamos que le haya gustado nuestro pequeño espectáculo extra. Recuerde conectarse el martes a las 21.15 para ver nuestra siguiente Gran Atracción: un hombre y su mujer juntos.

¡Nuestro primer ASESINATO DOBLE!

Por mil libras al mes, querrían obsequiarlos con un regalito, ¿verdad? Sólo había que meter a un pederasta en una bañera de ácido de vez en cuando.

—¿Sigues ahí, perro viejo?

—Sí. ¿Tienes algo más?

—Tenemos una imagen del señor Bryce en su Espace, justo pasada la medianoche, llenando el depósito en una gasolinera Texaco en Pyecombe. Es de una cámara de seguridad.

—¿Salen otros vehículos en la cámara?

—No.

—¿Y no han encontrado nada útil en el Espace?

—Los forenses están examinándolo con lupa. De momento, nada.

—Estoy volviendo al centro de investigaciones -dijo Grace-. Tardaré unos veinte minutos.

—Tendrás un café esperándote.

—Necesito un expreso cuádruple.

—Yo también.

Grace siguió conduciendo, abandonó la carretera de la costa y cogió la del interior que atravesaba Kemp Town, pasó por delante del colegio pijo de chicas, Saint Mary's Hall, del hospital del condado de Sussex, luego por el edificio de fachada gótica victoriana del colegio público mixto, el Brighton College. A su izquierda, a cierta distancia, vio a un hombre musculoso con un andar chulesco que entraba en un quiosco. Había algo en él que le resultaba familiar, aunque en ese momento no se le ocurrió qué.

Pero bastó para hacerle dar la vuelta. Se detuvo al otro lado de la calle, apagó el motor y se quedó observando.

Al cabo de menos de un minuto, el hombre salió de la tienda, con un cigarrillo en los labios y una bolsa de plástico llena de periódicos que sobresalían por encima, y se dirigió a un Volkswagen Golf negro aparcado con dos ruedas sobre la acera y los cuatro intermitentes encendidos.

Grace lo examinó detenidamente a través del parabrisas. El andar era muy extraño, un bamboleo curioso que le recordó la forma de caminar de algunos tipos duros de las fuerzas armadas..., como si la calle fuera suya.

Vestido con camiseta, vaqueros y mocasines blancos, el tipo llevaba el pelo de punta engominado y lucía una pesada cadena de oro alrededor del cuello. ¿Dónde diablos lo había visto? Y, entonces, su memoria casi fotográfica -a veces- se accionó y supo exactamente dónde y cuándo había visto a aquel hombre. Anoche. En las imágenes de la cámara de seguridad del Karma Bar.

¡Era la cita de Janie Stretton!

A Grace se le aceleró el corazón. El Volkswagen arrancó. Memorizó la matrícula, le dio unos segundos de ventaja, dejando que pasaran un taxi y una furgoneta de British Telecom y, luego, se incorporó de nuevo a la carretera. Mientras marcaba el número del centro de investigaciones en su

móvil volvió a dar la vuelta. Contestó al primer tono Denise Woods, una de las indexadoras, una joven muy seria y eficiente.

–Hola, soy Grace. Necesito una comprobación de matrícula enseguida. Estoy siguiendo al vehículo en estos momentos. Es un Volkswagen Golf, matrícula Papa-Lima-Cero-Tres-Foxtrot-Delta-Oscar.

Denise le dijo que lo llamaría enseguida.

A poca distancia, el Volkswagen, que seguía delante del taxi y de la furgoneta de British Telecom, se detuvo en un semáforo.

Cuando se puso verde, el Golf giró a la izquierda y entró en Lower Rock Gardens, en dirección al paseo marítimo. Los otros dos vehículos siguieron de frente. Grace se quedó parado un momento, luego giró a la izquierda, y se mantuvo tan alejado como se atrevió.

«¡Vamos, Denise!»

El semáforo al final de la Calle, en el cruce con Marine Parade, estaba verde y el Golf giró a la derecha y cogió la carretera de la costa. Grace cruzó en ámbar, dejando que un Ford Focus y luego un viejo Porsche lo adelantaran, pero sin perder de vista al Golf.

Mientras el coche sorteaba una rotonda delante del Palace Pier, le sonó el móvil. Era Denise. El coche estaba registrado a nombre de una empresa llamada Bournholt International Ltd., con dirección en un apartado de correos de Brighton. No se había denunciado la desaparición ni el robo del vehículo, y el coche tampoco había despertado el interés de ninguna investigación policial.

–Bournholt International Ltd. – dijo Grace-. Me suena el nombre. – Entonces recordó de qué-. Denise, rápido, echa un vistazo al registro de la furgoneta accidentada anoche. Espero.

El Golf continuó hacia el oeste por el paseo marítimo y pasó por delante de la fachada pintada recientemente del hotel Royal Albion. Luego, mientras se aproximaban al hotel Old Ship, el Golf se desplazó al carril exterior y puso el intermitente derecho.

Para su alivio, un Mercedes Clase S azul que tenía delante también señalizó su intención de girar a la derecha. Más arriba, vio que el Golf pasaba por delante del hotel, giraba a la derecha y bajaba al enorme aparcamiento subterráneo de Bartholomew Square. El Mercedes también hizo lo mismo. Grace estaba justo detrás, esperando en la rampa.

Denise volvió al teléfono.

—Es el mismo propietario, Roy. Bourneholt International Ltd.

Cerró los puños, emocionado.

—¡Genial!

La barrera automática se levantó y Grace avanzó, esperó a que el tique saliera de la máquina y lo cogió.

—¡Bienhecho!

Pero no hubo ninguna señal.

La barrera volvió a subir y Grace entró. Justo en ese momento, un BMW Serie 3 salió marcha atrás de una plaza y le bloqueó el paso.

El coche dio marcha atrás despacio; un hombre nervioso que retrocedía muy lentamente, centímetro a centímetro.

«¡Vamos!», gritó Grace para sus adentros.

Después de lo que pareció una eternidad, el BMW avanzó, luego subió por la rampa de salida. Grace aceleró. Todas las plazas de la planta estaban ocupadas. Bajó por la rampa hasta el siguiente nivel. También estaba lleno. Igual que la siguiente planta. Pero mientras la recorría a toda velocidad, un monovolumen Ford Galaxy lleno de niños, con una madre nerviosa al volante, salió marcha atrás y le cerró el paso.

«Dios santo, mujer, quítate de en medio.»

No tuvo más remedio que esperar. Y esperar. Y esperar.

Por fin llegó al nivel 4 y vio varios espacios libres. Aceleró, buscando el Golf, y entonces lo vio. Aparcado en una plaza.

El conductor no estaba.

Grace frenó detrás, maldiciendo.

Oyó un bocinazo detrás de él. Por el retrovisor vio un Range Rover. Levantó un dedo, avanzó unos metros, luego entró en el primer espacio libre que vio, apagó el motor y se bajó del coche de un salto. Se dirigió corriendo a la salida, subió los escalones de dos en dos y salió a una gran plaza abierta con un restaurante japonés en medio, el hotel Thistle en un lado e hileras de tiendas en los otros dos.

Pero no había ni rastro del hombre de andares chulescos y pelo de punta.

Había tres salidas más por las que hubiera podido subir. Grace las recorrió todas, una a una, pero el hombre se había esfumado.

Grace maldijo, pensó detenidamente, de pie junto a la primera salida, la más cercana al Golf y a su coche. No creía que el hombre hubiera advertido

que le seguía. Pero quién podía saber cuánto tiempo pasaría hasta que regresara al coche. Podían ser cinco minutos, cinco horas...

Entonces, tuvo una idea.

Marcó el número de su destino anterior, la comisaría central de Brighton, y pidió que le pasaran con un viejo compañero, Mike Hopkirk, un inspector de división de Brighton. Para su alivio, Hopkirk estaba allí.

Hopkirk era perro viejo, tenía muchos años de servicio a sus espaldas; infundía un gran respeto en el cuerpo y caía muy bien. Grace había elegido con sumo cuidado a quién llamar para esta tarea. Para poner todo en marcha a la velocidad que necesitaba, Hopkirk era su hombre, si accedía a hacerlo.

—¡Roy! ¿Cómo estás? ¡No dejo de ver tu nombre en los periódicos! ¡Me alegra ver que tu traslado a Sussex House no ha mermado tus ganas de cabrear a la gente!

—Muy gracioso. Oye, luego charlamos. Necesito un favor... y lo necesito ya. La vida de dos personas está en juego, tenemos motivos para creer que las han secuestrado y que sus vidas corren peligro inminente.

—¿Tom y Kellie Bryce? — dijo Hopkirk para sorpresa de Grace.

—¿Cómo diablos lo sabes? — Se le olvidada lo perspicaz que era Hopkirk.

El rugido de un camión que pasaba ahogó la contestación de Hopkirk. Tapándose una oreja con la mano y apretando el móvil contra la otra, Grace gritó:

—¿Perdona? ¿Puedes repetirlo?

—¡Salen en portada del *Argus*!

El jefe de prensa lo había logrado. Genial.

—De acuerdo, Mike, esto es lo que quiero: necesito que cierres el aparcamiento de Bartholomew Square durante una hora, para que me dé tiempo a registrar un coche que está ahí.

Oyó lo que parecía un montón de aire aspirado hacia adentro muy deprisa.

—¿Cerrarlo?

—Necesito una hora.

—El mayor aparcamiento de Brighton, en pleno día. Cerrarlo, ¿te has vuelto loco?

—No, necesito que lo hagas, ahora, ya mismo.

—¿Con qué motivo, Roy?

–Una amenaza de bomba. Has recibido una llamada de un grupo terrorista.

–Mierda. Hablas en serio, ¿verdad?

–Vamos, es una mañana tranquila de lunes. ¡Despierta a las tropas!

–¿Y si la cosa se tuerce?

–Me las cargo yo.

–No te las cargarás tú, Roy me las cargaré yo y lo sabes.

–Pero ¿lo harás?

–¿Bartholomew Square?

–Bartholomew Square.

–De acuerdo -dijo, no parecía muy convencido, pero se resignó-. Cuelga el teléfono. ¡Lo necesito!

Grace también necesitaba el suyo. Llamó a Sussex House para que se presentaran allí de inmediato un equipo del SOCO y un agente acompañado por alguien de Tráfico que fuera capaz de abrir la cerradura y el sistema de seguridad de un Volkswagen Golf.

Luego llamó a un inspector llamado Bill Ankram, que era el responsable del despliegue del equipo local de vigilancia. Gracias a un golpe de suerte extraño, Ankram tenía buenas noticias para él.

–Hoy íbamos a seguir a alguien por el centro de Brighton y el trabajo se ha cancelado, el tipo no ha aparecido. Estaba a punto de retirar al equipo y dedicar la tarde a un entrenamiento.

–¿Con qué rapidez podrían cubrir tus hombres el aparcamiento de Bartholomew Square? –preguntó Grace.

–Dentro de una hora. No estamos lejos.

Grace ultimó los detalles y le dio el número de la matrícula del vehículo y la posición exacta del Golf. Luego, llamó al centro de investigaciones y ordenó que enviaran por fax y por correo electrónico la fotografía del conductor del Volkswagen a Ankram.

Después, habló con Nicholl y le dijo que tendría que ir a ver al agente de la Met él solo. Mientras hablaban, se produjo una explosión de pitidos ensordecedora.

Era como si todos los vehículos de emergencia de Brighton y Hove hubieran encendido sus sirenas a la vez.

Capítulo 78

Kellie estaba asustando a Tom. Era como estar encerrado en la oscuridad con un completo desconocido. Un desconocido absolutamente impredecible. Se sucedían largos periodos de silencio, luego, de repente, gritaba improperios histéricos contra él. Ahora empezaba de nuevo, la voz quebrada y tensa de tanto chillar.

—¡Cabrón de mierda! ¡Idiota! ¡Tú nos has metido en esto! ¡Si hubieras dejado el puto CD en el tren, esto no habría pasado nunca! ¡¡¡No van a soltarnos nunca!!! ¿¡Lo entiendes, fracasado de mierda, cabrón!?

Entonces, se puso a sollozar descontroladamente.

Tom se sentía destrozado por dentro. Oírla llorar era terrible, muy angustioso. Pero Kellie no parecía aceptar nada de lo que pudiera decirle. No había dejado de hablarle desde que el gordo había salido de la habitación. Para intentar calmarla, tratar de animarla, levantarle la moral.

Intentar hacer lo que fuera para no pensar en el dolor punzante de la vejiga. La sed enloquecedora. Y los retortijones de hambre. Y el miedo.

Se preguntó si era el vodka el que hablaba, el que hacía que Kellie se comportara así. ¿O la falta de vodka? ¿Había llegado al límite, igual que durante los meses posteriores al nacimiento de Jessica? ¿Esta situación era la gota que había colmado el vaso?

—¡Fracasado de mierda, cabrón! — volvió a chillar.

Tom se estremeció. Fracasado. ¿Así le veía? Tenía razón. Había fracasado en los negocios; ahora había fracasado en lo más importante de todo: proteger a su familia.

Cerró con fuerza los ojos unos momentos y rezó a Dios, al que no le había dirigido la palabra en veinticinco años. Luego, volvió a abrirlos, pero daba igual; la oscuridad seguía siendo absoluta.

Le daban rampas en las piernas de tenerlas atadas. Rodó por el suelo, pero sólo completó un giro antes de que la cadena que tenía alrededor del tobillo se tensara, y gritó de dolor cuando el grillete, o el cepo, o lo que fuera, se le clavó en la pierna.

«Piensa», se dijo a sí mismo. «¡Piensa!»

La pared y el suelo inmediatamente a su alrededor eran lisos; necesitaba algo dentado con lo que poder cortar las cuerdas. Pero no había nada, nada de nada, maldita sea.

—¡¡Me oyes, fracasado de mierda, cabrón!!

Se le llenaron los ojos de lágrimas. «Oh, cariño, Kellie, te quiero tantísimo. No me hagas esto.»

¿Qué quería el gordo seboso? ¿Quién demonios era? ¿Cómo se llegaba a alguien así? Se lo preguntaba, pero, en el fondo, sabía quién era ese hombre y por qué estaban allí.

De repente, cuando cristalizaron sus pensamientos, sintió todavía más miedo. Había dejado a los niños con los padres de Kellie hacía un rato, durante la noche; su madre era bastante batalladora, pero su padre, postrado en la cama, estaba totalmente imposibilitado, pobre hombre. ¿Planeaba el gordo secuestrar también a los niños? ¿Qué pasaría si él o sus matones aparecían mientras la madre de Kellie estaba fuera?

Desesperado, Tom rodó por el suelo; la cadena se tensó. Tiró, haciendo caso omiso del dolor. Aguantando la respiración, volvió a tirar otra vez, y otra y otra y otra.

Pero nada cedió.

Se quedó quieto un rato. Entonces, tuvo una idea.

En ese momento, a cierta distancia, vio que volvía a aparecer el rectángulo de luz: la puerta. La cruzaron dos figuras, cada una con una linterna. Se le aceleró el pulso; sintió que se le tensaba la garganta. Se irguió, dispuesto a luchar, como fuera, como pudiera.

Una figura caminó hacia Kellie, la otra hacia él. Kellie estaba callada. Al instante siguiente, el haz de luz, como mercurio en sus ojos, lo deslumbró. Luego, se apartó e iluminó un vaso de cartón con agua y un panecillo en el suelo.

–Comida para ti -dijo una voz con un inglés roto, una voz dura que, a su oído inexperto, le pareció de la Europa del Este.

–Necesito orinar -dijo Tom.

–¡Adelante, méate encima como todos los demás! – gritó Kellie.

–¡No te orines! – contestó el hombre.

–Tengo que hacerlo -imploró Tom-. Por favor, llevadme al baño.

El hombre era alto, delgado, de casi treinta años, vestía muy elegante todo de negro, tenía el rostro severo y llevaba un corte de pelo moderno. Ahora Tom distinguió sus facciones. Pero, lo que era más importante, pudo ver lo que había detrás.

La hilera más próxima de bidones con sustancias químicas.

–Come -volvió a decir el hombre, luego se alejó, acompañado por su compañero.

Unos segundos después, se habían ido; el rectángulo de luz desapareció. Tom y Kellie volvían a estar a oscuras.

–¿Cariño? – dijo Tom.

Silencio.

–Cariño, por favor, escúchame.

–¿Por qué no me han traído nada de beber? – dijo ella.

–Han traído agua.

–No me refería a eso, joder.

¿Desde cuándo bebía?, se preguntó Tom. ¿Cuánto tiempo había estado sin darse cuenta?

–¿Cómo se supone que voy a beber con los brazos atados? ¿Me lo explicas, señor Marido Listillo?

Tom movió la cabeza despacio hacia donde habían dejado el agua y el panecillo. Tocó el vaso con la nariz y maldijo para sí por la humillación a la que le estaban sometiendo. Moviendo los labios con cuidado por el borde del vaso, desesperado por no derramar ni una preciosa gota, al fin cogió el borde con los dientes, inclinó el vaso y lo apuró con avidez.

Luego, como una especie de animal nocturno ciego, buscó con la nariz hasta que encontró el panecillo. No tenía hambre, pero se obligó a comer un bocado. Se esforzó por masticar y tragar. Después, comió otro bocado, tragó y escupió el resto.

–Creo que deberíamos irnos a casa -anunció Kellie-. ¿Crees que nos darán una bolsita de chucherías?

Y por primera vez en los dos últimos días, Tom sonrió. Quizás estuviera tranquilizándose.

–Por ahora, no me ha impresionado su hospitalidad -dijo, intentando devolverle el chiste; pero sus palabras se perdieron en el silencio oscuro.

Gracias al agua y a la comida ya se sentía un poco mejor, estaba recuperando las fuerzas. Decidió actuar.

Medio rodando, medio retorciéndose, avanzó despacio, dolorosamente, por el suelo, hacia la izquierda, en la dirección que había memorizado hacía unos minutos gracias a la luz de la linterna.

Hacia la hilera de bidones de sustancias químicas.

Entonces, notó un tirón de la cadena en el tobillo y le entró el pánico. «Por favor, sólo un poquito más, cede sólo un poquito más.» Tiró con fuerza, pero el cepo se le clavó aún más y gritó de dolor.

—Tom, ¿estás bien? ¿Cariño?

Ahora Kellie estaba tranquila, gracias a Dios.

—Sí -dijo entre dientes, preocupado de repente por si alguien estaba escuchando-. Estoy bien.

Luego su cara dio con algo. «Por favor, que no sea la pared.»

Era algo de plástico, redondo, estaba frío. ¡Era un bidón!

Intentó levantarse apoyándose en él. El bidón se tambaleó. Él resbaló. Rodó sobre la tripa, con las piernas atadas por detrás; sintió un dolor atroz en el tobillo e intentó levantarse, luego otra vez. Por fin, tras coger aire profundamente y soltarlo, se impulsó con todas sus fuerzas. Lo consiguió. Puso la barbilla en el borde del bidón.

Despacio, moviéndose hacia atrás, con la barbilla pegada a la parte superior del bidón, lo inclinó; pesaba mucho más de lo que había imaginado, pesaba demasiado para él. De repente, volcó y cayó al suelo con un estruendo fuerte que resonó por todo el almacén.

—¿Tom? —gritó Kellie.

—No pasa nada.

—¿Qué haces?

—Nada.

Tan deprisa como pudo, se acercó al borde, palpó en la oscuridad para saber dónde estaba la cuerda que le ataba los brazos a los costados y comenzó a frotarla contra el borde rugoso.

Al cabo de unos minutos -casi tan sorprendido como aliviado de que realmente funcionara- fue capaz de separar los brazos del cuerpo. Era sólo un pequeño paso, lo sabía, pero se sentía como si hubiera escalado el Everest. Lo invadió una sensación de alivio. ¡Sabía cómo hacer aquello!

Ahora balanceó en la oscuridad las manos, todavía atadas, para buscar el borde del bidón. Lo encontró y comenzó a frotar con energía la cuerda de las muñecas. Despacio, con constancia, notó que los hilos cedían y que la presión se aflojaba. Y, de repente, tenía las manos libres. Las sacudió para soltarse el último trozo de cuerda de la muñeca, se levantó, estiró los brazos y dobló las manos para intentar que la sangre volviera a circular por ellos.

—¿Vamos a morir aquí, Tom? —gimoteó Kellie.

—No, no vamos a morir aquí.

—Mamá y papá no podrían criar a los niños. Nunca hemos pensado en eso, ¿verdad?

—No vamos a morir.

—Te quiero muchísimo, Tom.

Casi se echó a llorar de nuevo al oír su voz. Había tanta ternura, tanto afecto, tanto cariño en ella.

—Te quiero más que a nada en el mundo, Kellie -dijo, inclinándose hacia delante, palpando las cuerdas que le ataban las piernas hasta que llegó al nudo.

Estaba increíblemente apretado, pero trabajó en él sin descanso y al cabo de un ratito comenzó a aflojarse. Y, de repente, ¡tenía libres las piernas! Salvo por el tobillo encadenado. Si el hombre gordo volvía ahora, se iba a armar una buena. Pero era un riesgo que debía correr.

Se arrodilló, cogió el bidón por el borde, luego se levantó y, con todas sus fuerzas, lo puso derecho. Luego, palpó la parte superior para encontrar la tapa y la localizó deprisa, puso las manos alrededor, las movió por la superficie para intentar averiguar cómo se abría. Por primera vez en su vida, comprendía qué debía de sentir un ciego.

Había un alambre torcido y un sello de papel encima. Pasó los dedos por debajo del alambre y tiró de él. Se cortó. Se metió la mano en el bolsillo, sacó el pañuelo y se envolvió los dedos, luego lo intentó de nuevo. El alambre se rompió.

—¿Por qué estamos aquí, Tom? — preguntó Kellie con tristeza-. ¿Quién es ese gordo seboso?

—No lo sé.

—¿Qué ha querido decir con eso de que «la muerte nos sentaría bien»?

—Sólo intentaba asustarnos -contestó Tom, que intentó parecer convincente, y que se esforzó por conseguir que la tapa se moviera, consciente de que su voz sonaba bastante más fuerte de lo normal. Un plan impreciso, poco sólido, cobraba sentido en su mente.

Despacio, la tapa comenzó a girar. Hicieron falta cinco, quizá seis vueltas completas para que pudiera soltarse. Un hedor acre repugnante y abrasador le llenó la nariz al instante. Retrocedió tambaleándose, ahogándose, soltó la tapa y oyó cómo se alejaba rodando en la oscuridad.

—¿Tom?-lo llamó Kellie, alarmada.

Siguió tosiendo, le ardían los pulmones. Intentaba recordar las clases de química en el colegio, una asignatura que se le daba fatal. En el laboratorio de química había botellas de ácido. El sulfúrico y el clorhídrico fueron los que recordó de inmediato. ¿Aquella sustancia, fuera lo que fuese, disolvería la cadena atada al tobillo?

Pero ¿cómo podía sacarla del bidón en la oscuridad? Si el bidón caía y la sustancia se derramaba, podía extenderse por el suelo y llegar a donde estaba Kellie. O asfixiarlos.

Luego, sintió que se le paraba el corazón. Vio el rayo de luz por el rabillo del ojo. El rectángulo en la distancia. Alguien entraba.

Capítulo 79

Abajo, en el nivel 4 del aparcamiento de Bartholomew Square, un grupo de agentes de policía rodeaba el Volkswagen Golf negro. Fuera, dos policías bloqueaban la entrada. No había nadie más en todo el edificio.

–No quiero que el propietario sepa que lo hemos registrado -dijo Grace al joven agente de Tráfico arrodillado junto a la puerta del conductor, que tenía una anilla con un juego de palancas en una mano y lo que parecía un transmisor de radio en la otra.

–No se preocupe. Podré cerrarlo de nuevo. No se enterará.

Joe Tindall, que llevaba un traje protector blanco, estaba junto a Grace, mascando chicle. Parecía estar de peor humor que habitualmente.

–¿No te basta con fastidiarme el fin de semana, Roy? – dijo el agente del SOCO-. ¿Quieres asegurarte de joderme también la semana desde el principio, eh?

Se oyó un fuerte clic y la puerta del Golf se abrió. Al instante, se disparó una bocina, un bip-bip-bip-bip-bip ensordecedor que resonó por toda la planta.

El agente de Tráfico abrió el capó del coche y miró dentro. Al cabo de unos segundos, el pitido paró. El policía cerró el capó.

–Muy bien -dijo a Tindall y a Grace-. Todo suyo.

Grace, que también llevaba un traje protector blanco y guantes, dejó que Tindall entrara primero y él se quedó observando. Echó un vistazo rápido a su reloj, que le mostró que habían pasado veinticinco minutos desde que habían cerrado el aparcamiento.

En el exterior reinaba el caos más absoluto: vehículos policiales, ambulancias, coches de bomberos, docenas de compradores, gente de negocios, visitantes que se habían quedado colgados. Y la siguiente consecuencia fue que la mayoría de las calles del centro de Brighton se colapsaron.

A Grace iban a lloverle las críticas si no sacaba algo de esto.

Observó a Tindall buscar huellas primero en los lugares más probables: el retrovisor, la palanca de cambios, el claxon, los tiradores interior y exterior de la puerta. Cuando acabó con esto, Tindall cogió un cabello del reposacabezas del conductor con unas pinzas y lo guardó en una bolsa de plástico. Luego, también con las pinzas, sacó una de las varias colillas que había en el cenicero y la metió en otra bolsa.

Cinco minutos después, salió del coche, un poquito más alegre que cuando había llegado.

–He conseguido buenas huellas, Roy. Volveré ahora mismo y haré que los chicos las introduzcan en el NAFIS.

El NAFIS era el sistema nacional automatizado de información sobre huellas dactilares.

–Los resultados estarán esperándote.

–Te lo agradezco.

–En realidad, me importa una mierda que me lo agradezcas o no -dijo el agente del SOCO, mirando con dureza al comisario.

A veces, a Grace le resultaba difícil distinguir cuándo Joe Tindall hablaba en serio y cuándo bromeaba; el hombre tenía un sentido del humor peculiar. Ahora no sabría decir.

–¡Bien! – dijo Grace, intentando seguirle la corriente-. Admiro tu profesionalidad imparcial.

–¡A la mierda la imparcialidad! – dijo Tindall-. Lo hago porque me pagan. Me da igual que me agradezcan las cosas. – Se quitó la indumentaria protectora, la metió en una bolsa y se dirigió hacia la escalera de salida.

Grace y el agente de Tráfico se miraron.

–¡Puede ser un cabrón cascarrabias!

–Pero lleva unas gafas guapas... -dijo el agente.

Grace registró el interior del coche, miró en la guantera, en la que sólo había el manual del usuario, y en cada uno de los compartimentos de las puertas, que estaban vacíos. Tocó debajo de los asientos delanteros, levantó

el asiento trasero y miró debajo. Nada. No había absolutamente ningún objeto personal en el coche; parecía más un coche alquilado que particular.

Luego, miró en el maletero. Estaba impoluto, contenía sólo una caja de herramientas, la rueda de recambio y un triángulo de preseñalización de peligro que imaginó que venían con el coche. Al final, se arrastró debajo del Golf; no había barro, ni nada fuera de lo normal.

Volvió a ponerse en pie, le dijo al agente de Tráfico que podía cerrar el vehículo y conectar de nuevo la alarma y se fue a su coche, impaciente por regresar a Sussex House. Confiaba desesperadamente que el antipático pero genial Joe Tindall obtuviera algún resultado con esas huellas.

Y que el equipo de vigilancia no perdiera el Volkswagen.

Paralizar Brighton no iba a mejorar en absoluto la opinión que Alison Vosper tenía de él; no favorecería sus posibilidades de evitar el traslado a Newcastle, con Cassian Pewe o sin Cassian Pewe.

Entonces, de repente, pensó en Cleo. Eran las doce y veinte. No le había devuelto la llamada.

Capítulo 80

Tom se lanzó al suelo y palpó frenéticamente la dura superficie de piedra con las manos, intentando encontrar las cuerdas. Una luz atravesó la oscuridad; se posó brevemente en Kellie, luego en su cara, luego saltó a la pared, iluminando una hilera de bidones de sustancias químicas.

Incluido el que no tenía tapa.

«Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.»

Se tumbó de lado, muy quieto, aguantando la respiración, las manos rígidamente a los costados, las piernas muy juntas. Estaba sudando a mares. Oyó el sonido de unos pasos que se le acercaban. El corazón le iba a mil por hora, la sangre que le recorría las venas rugía en sus oídos. La bilis amarga del terror le subía por la garganta.

Aquél era el momento. Iban a descubrirle. Dios santo, ¿quizás había cometido otra estupidez? Primero la estupidez de haber salido de casa, de haber dejado que entraran en el coche. Y, ahora, la estupidez, la estupidez increíble, de haber intentado escapar.

Kellie tenía razón, con lo que había dicho antes. Al llamarle fracasado.

Cerró los ojos un instante, rezando, esforzándose por no vomitar. ¿Así iba a acabar su vida? ¿Todos sus sueños? ¿No volvería a ver a los niños?

¿No volvería...?

Hubo un ruido fuerte. Oyó algo rodando por el suelo. Lo que fuera le golpeó en la cabeza. Era un objeto duro, pero ligero.

Se dio la vuelta, recordando mantener la postura, como si estuviera atado. La luz le enfocó directamente a los ojos un momento, y lo cegó. Entonces, oyó la misma voz de antes que hablaba en un inglés roto.

—Para orinar. Cagar no.

La luz se apartó de su cara e iluminó un objeto tirado en el suelo a unos centímetros de distancia. Era un cubo de plástico naranja.

Los pasos se alejaron. Se volvió para mirar; vio la luz de la linterna balanceándose por el suelo hasta que el hombre llegó al rectángulo de luz en la distancia. Tom pensó, fugazmente, que el tipo no parecía haber pensado en cómo iba a utilizar el cubo con las manos atadas a los costados.

La puerta de metal se cerró con un estruendo.

Y, entonces, una vez más, la oscuridad fue absoluta.

Capítulo 81

—¿Te has vuelto loco, joder? – gritó Carl Venner, la cara morada como la camisa con los botones tensados sobre la barriga. Se le marcaban las venas en las sienes. El arañazo que la joven le había hecho durante la última vez que el visitante había estado allí aún era visible-. ¿Qué crees que haces viniendo aquí? Te dije que no vinieras nunca, nunca, nunca, a menos que te lo dijera. ¿Qué parte de «no vengas nunca, nunca, nunca, a menos que te lo diga» no has entendido, John?

Andy Gidney bajó la vista a la moqueta barata beis, los ojos clavados en un fleco; intentaba calcular cuántas hebras de fibra tendría.

Venner se llevó el índice a la boca y comenzó a arrancarse la piel de la uña. Un puro se consumía en el cenicero que había sobre la mesa metálica del piso de arriba del almacén.

—Y, en cualquier caso, ¿dónde has estado? Hace una hora que intento hablar contigo.

—Mmmm, estaba viniendo hacia aquí.

—¿Y por qué no has contestado al teléfono?

—Porque me dijiste que no lo trajera nunca.

Para satisfacción callada del Hombre del Tiempo, aquello silenció temporalmente a Carl Venner, que siguió mordiéndose el dedo unos

momentos, lo examinó y siguió mordiendo un poco más.

–Ha sucedido una catástrofe, por eso te he llamado.

«En realidad, son dos», pensó el Hombre del Tiempo. «Una no lo conoces, aún.» Pero a él le traía sin cuidado. Carl Venner podía tener que enfrentarse a mil catástrofes y a él le traería sin cuidado. Siguió contando las fibras.

Venner cogió el puro, se lo metió entre los labios, sopló para devolverlo a la vida y expulsó el humo por la comisura.

–Una puta catástrofe, ¿entiendes?

–Cromarty, Forth, suroeste rolando a norte fuerza cuatro o cinco, llegando ocasionalmente a fuerza seis en North Utsire -informó a Venner, mirando aún al suelo-. Lluvias ocasionales. Moderadas o abundantes.

–¿Qué coño te pasa con esa mierda del pronóstico del tiempo?

–Mmmm, de hecho... mmmm..., es el pronóstico marítimo.

Venner sacudió la cabeza con incredulidad.

–Dios santo. ¿Uno de nuestros socios está en coma y tú me das el puto pronóstico marítimo?

–Mmm, sí. Mmm, así es.

Venner se quedó mirándolo. No entendía a aquel imbécil.

–John, la catástrofe es que nuestro socio llevaba con él un portátil que estaba utilizando para colgar la última oferta para nuestros clientes. La policía se ha incautado de él. Tenemos que recuperar ese portátil.

–Lo tengo -dijo Gidney-. Y la copia que la Unidad de Delitos Tecnológicos ha sacado del disco duro.

Venner parecía asombrado.

–¿Lo tienes?

–Mmm. Sí. Más o menos.

–¿Has recuperado el portátil?

El Hombre del Tiempo asintió.

El gordo cambió de actitud completamente. Se levantó y le estrechó la mano a Gidney, que se sorprendió.

–¡Menudo listillo estás hecho, cabrón! – Luego, volvió a sentarse, como si el esfuerzo lo hubiera dejado exhausto. Se llevó el puro de nuevo a los labios y alargó la mano, con glotonería, como un escolar obeso que quisiera más chucherías-. Venga, ¡dámelo! ¿Lo llevas en la mochila?

–Mmm, no. Llevo el sándwich.

Uno de los dos rusos silenciosos entró en la habitación; iba vestido como siempre, con un traje y una camiseta negros. Se quedó unos metros detrás de Venner, callado y serio.

El Hombre del Tiempo volvió a bajar la vista al fleco de la moqueta, haciendo caso omiso de la mano extendida, intentando reunir el valor para decir lo que había venido a decir. Volvió a pensar en Q de *Star Trek* y masculló las palabras para sí: «Si no lo puedes aguantar, quizá deberías volver a casa y meterte debajo de la cama. Ahí fuera hay peligros... Pero no es para tímidos».

El Hombre que no era Tímido respiró hondo.

—En realidad, no los tengo aquí -dijo tartamudeando, ruborizándose.

A Venner se le nubló el rostro.

—¿Y dónde los tienes?

Gidney notó unos pasos casi silenciosos detrás de él. Detectó una sombra muy tenue en la moqueta. Venner estaba atrayendo a su equipo, el ruso delante, el albanés detrás, para intimidarle, pero hoy él era el Hombre que no era Tímido.

Se mantendría firme.

Estaba temblando, le ardía la cara, chorros de sudor le resbalaban por dentro de la camisa blanca, pero se mantenía firme.

—Los tengo en un lugar seguro.

—¿Cómo de seguro? —preguntó Venner con frialdad.

—Mucho.

—Bien. Es sensato.

—Si quieres recuperarlos, tienes que pagarme lo que me prometiste. Y, y, y yo... -hablaba atropelladamente-. No quiero volver a hacer esto nunca más.

Luego, se quedó mirando la moqueta, cogiendo aire entrecortadamente.

—¿Hablas en serio, John? —dijo Venner muy tranquilo-. ¿No quieres seguir trabajando en nuestro equipo?

—Mmmm, no.

—¡Estoy muy dolido! ¡Creía que nos llevábamos estupendamente! ¿Sabes, John? Creía que tú y yo nos estábamos haciendo buenos amigos. Estoy muy dolido. Pero si quieres marcharte, si quieres tu dinero, no pasa absolutamente nada, por supuesto.

El Hombre del Tiempo se quedó callado; no esperaba esta reacción. Esperaba que Venner explotara.

—Entonces, ¿dónde está exactamente ese lugar tan seguro donde tienes el portátil y el disco clonado?

Sonriendo orgulloso, Gidney alzó la vista.

—No vas a creerlo. Nadie mirará allí. ¡Nadie los encontrará ni en un millón de años!

—¿En serio?

El Hombre del Tiempo asintió emocionado.

—¿Ni siquiera la policía?

—¡No, nunca!

Venner sonrió contento al Hombre del Tiempo, luego balanceó la mano izquierda bruscamente en el aire.

El movimiento dejó perplejo al Hombre del Tiempo. Parecía ser una especie de señal secreta; no tuvo mucho tiempo para preocuparse.

—¡Mira el pajarito! —dijo Venner.

El Hombre del Tiempo estaba cada vez más confuso. El ruso que estaba junto a Carl Venner sujetaba una pequeña cámara de vídeo.

El albanés, que estaba detrás del Hombre del Tiempo, dio dos pasos rápidos hacia él y, de un golpe seco con el lateral de la mano, le partió el cuello y la columna vertebral en dos.

Capítulo 82

El Departamento de Huellas ocupaba uno de los mayores espacios de Sussex House. Situado en la planta baja, a poca distancia de la Unidad de Delitos Tecnológicos, tenía una actividad febril y callada, y cada vez que Grace entraba allí, percibía un aroma muy tenue de tinta en el aire.

Derry Blane, uno de los agentes más veteranos del departamento, estaba sentado en un área de trabajo más o menos en el centro del laberinto de mesas y máquinas. En la pantalla de su ordenador estaba la mejor huella que Joe Tindall había sacado del Volkswagen, una del retrovisor. Grace y Tindall estaban detrás de él, mirando la pantalla.

Blane, un hombre calvo y con gafas, tenía un aspecto paternal, amistoso, y una actitud callada y erudita que inspiraba confianza. Introdujo una orden en el teclado y apareció un grupo de diez huellas. Volvió a hacer clic y a Grace le dio un vuelco el corazón. Allí, en la pantalla, había una

fotografía de archivo policial de su hombre. Y su nombre. Era el conductor del Golf. La cita de Janie Stretton en el Karma Bar.

–Tenemos una identificación positiva -dijo Derry Blane-. He introducido su nombre en el NAFIS y lo ficharon hace poco más de un año, después de un altercado en la discoteca Escape en Brighton. Quedó libre con una advertencia. Se llama Mik Luvic. Es albanés, sin domicilio fijo.

–¿Qué más tenéis sobre él? – preguntó Grace.

–El tema es éste. – Blane volvió a teclear en el ordenador-. Hay un aviso en el PNC para vigilarle, a petición de la Interpol.

La emoción de Grace aumentó. El PNC era la base de datos de delincuentes de la policía.

–Así que he realizado una búsqueda internacional sobre su historial completo, para eso hace falta un historial completo, y ha aparecido relacionado con esta joya.

Blane pulsó un par de teclas más y, al cabo de un momento, la cabeza y el torso de un hombre obeso aparecieron en la pantalla. Tenía la cabeza pequeña en comparación con la mole de su cuerpo; llevaba el pelo plateado engominado hacia atrás y recogido en una coleta.

–Se llama Carl Venner. También utiliza el nombre de Jonas Smith. Tiene un historial interesante -prosiguió Blane-. Venner estaba en el Ejército de Estados Unidos. Empezó como piloto de helicópteros en Vietnam. Le condecoraron con un corazón púrpura al resultar herido en combate, luego dejó de volar por motivos de salud y se hizo operador de radio. Después lo ascendieron a un puesto de rango superior en Comunicaciones Militares. Entonces estuvo implicado en un escándalo. Puede que lo recuerdes: un cámara y un par de fotógrafos de guerra fueron procesados por grabar la tortura y ejecución de miembros del Vietcong y posteriormente vender las imágenes.

–¿Películas *snuff*? – preguntó Grace.

–Exacto. Pero Venner logró librarse de los cargos. Se quedó en el Ejército estadounidense y lo trasladaron a un puesto de inteligencia en Alemania. Luego, cuando estalló la guerra de Bosnia lo destinaron allí. Y volvió a suceder lo mismo que en Vietnam. Al final, le hicieron un consejo de guerra por grabar ejecuciones de prisioneros y vender las películas en el mercado internacional de películas *snuff*.

–¿Me tomas el pelo? – preguntó Grace.

—No, en absoluto. Este tipo es lo peor de lo peor. Es una sabandija. Un abogado listo consiguió que lo absolvieran, pero el escándalo le salpicó y lo expulsaron del Ejército. Después, su nombre aparece en una red internacional de pornografía infantil que operaba desde Atlanta. No se trata sólo de hombres manteniendo relaciones sexuales con niños; son imágenes de asesinatos de niños. En su mayoría asiáticos, algunos indios, también hay algún blanco.

—Realmente te relacionas con lo mejorcito, ¿verdad, Roy? —dijo Tindall con una sonrisa, otra vez de buen humor.

—Es típico de mí. Deberías ir a una de mis cenas.

—Sigo esperando a que me invites.

—¿Y qué le pasó? —preguntó Grace, que se dirigió de nuevo a Blane.

—Parece que huyó. El FBI le perdió la pista. Luego..., hace tres años, apareció en Turquía. Luego en Atenas. Luego en París. Allí se dismanteló una pequeña red de películas *snuff*. La policía francesa llevó a cabo una redada en un piso del distrito 16 de París. Se incautaron de un montón de material y detuvieron a un grupo de gente que dijo que Venner era el cabecilla. Desde entonces, nadie lo ha visto.

—¿Cuál es la relación con Luvic?

—La Interpol tiene a alguien en Londres que dispone de la información. Tengo su número. Se llama sargento Barry Farrier.

—Gracias, Derry, has hecho un gran trabajo. ¡E increíblemente rápido!

Por culpa del tráfico, Grace había tardado veinte minutos más de lo planeado en volver a la central; sin embargo, Joe Tindall debía de haberse encontrado con el mismo problema, por lo que Blane no había podido tener las huellas más de quince minutos.

Otra vez arriba, en su despacho particular enfrente del MIR Uno, Grace habló primero con el equipo de vigilancia pendiente del Golf. El conductor aún no había aparecido. Cuando estaba a punto de llamar al sargento Barry Farrier, le sonó el móvil. Al contestar, reconoció la voz efusiva y aguda de Harry Frame.

—¿Tienes algo? —le preguntó Grace al clarividente.

—Bueno, no sé si significa algo para ti o no. Percibo un reloj —contestó el médium.

—¿Un reloj? —dijo Grace—. ¿Un reloj de muñeca?

—¡Exacto! — El entusiasmo de Frame aumentó-. ¡Un reloj de muñeca! Hay algo muy significativo. Un reloj de muñeca te conducirá a algo muy satisfactorio relacionado con un caso en el que estás trabajando. Este caso, creo.

—¿Puedes darme más detalles? — preguntó Grace, perplejo.

—No, yo... No, eso es todo. Como te he dicho, no sé si significa algo.

—¿Alguna marca en particular?

—No. Es caro, creo.

—¿Caro?

—Sí.

—¿De hombre o de mujer?

—Es un reloj de hombre: Creo que podría haber más de uno.

Grace meneó la cabeza, desconcertado, intentando pensar. La verdad era que ahora mismo aquella información no significaba nada.

—De acuerdo -contestó-. Gracias. Llámame si percibes algo más.

—Sí, claro, ¡no te preocupes!

Grace colgó y marcó de inmediato el número de la Interpol en Londres. Tuvo que esperar dos minutos a que Farrier terminara una llamada escuchando *Greensleeves* en lo que parecía una repetición permanente. Entonces, escuchó un marcado acento *cockney*.

—Sargento Farrier, ¿en qué puedo ayudarle?

Grace se presentó. De inmediato, Farrier se emocionó.

—Tengo detectives en Grecia, Turquía, Suiza y París que querrían tener una charla con el señor Luvic.

—Sé dónde está su coche -dijo Grace-. ¿Qué tiene sobre Carl Venner?

—Nada de nada. Nadie le ha visto en tres años. Y no pasa desapercibido. Es un gordo sebo.

Llamaron a la puerta y entró Norman Potting, con un papel en la mano. Grace le hizo un gesto para indicarle que estaba ocupado. Potting se quedó junto a la puerta.

—Estaría muy interesado en cualquier cosa que averigüe sobre Venner -dijo Barry Farrier-. Tengo órdenes de búsqueda suficientes para parar un tren. De toda Europa.

—¿Podría estar en Inglaterra?

—Si Luvic está aquí, es una posibilidad.

—Cuénteme más cosas de Luvic.

—Es albanés. Tiene treinta y dos años. Es un tipo listo. En su país estudió Tecnología en la universidad, además de convertirse en campeón de *kick-boxing* y luchador a puño limpio. Típico de su generación, acabó la universidad y no encontró trabajo. Se juntó con un grupo de estudiantes que diseñaban virus informáticos por diversión, seguramente por aburrimiento. Luego, se asoció con otra gente, chantajes a grandes empresas.

—¿Chantajes?

—Es un gran negocio. Imagine un gran evento deportivo, como el Derby, por ejemplo. Un par de días antes, los grandes corredores de apuestas reciben la amenaza de un ataque con virus informáticos que desconectará sus sistemas durante veinticuatro horas el día del Derby. A menos que paguen. Así que pagan. Es la opción más barata.

—He oído hablar del tema -dijo Grace.

—Sí, es lo más. En cualquier caso, luego Luvic entró en contacto con Venner de algún modo. Probablemente lo reclutó él. Entraron juntos en la red francesa de películas *snuff*, eso seguro. Los dos desaparecieron a la vez. Puedo enviarle todos los archivos por correo electrónico.

—Sí, por favor.

—Sí, no se preocupe. Ahora mismo. Le diré una cosa. He visto algunas de las fotos. Me gustaría pillar a Venner y a Luvic en un callejón una noche oscura. Sólo cinco minutos con ellos, eso me gustaría.

—Sé cómo se siente. Dígame, ¿Te dice algo un escarabajo pelotero, en relación con estos dos?

—¿Pelotero? ¿Un escarabajo pelotero?

—Sí.

Al cabo de unos momentos de silencio, Barry Farrier dijo:

—En su negocio en Francia, siempre había un insecto, un escorpión, en algún sitio en las fotos y en las películas.

—¿Vivo o muerto?

—Muerto. ¿Puedo saber por qué lo pregunta?

—Parece que este tipo está muy puesto en entomología -dijo Grace-. Si se trata del mismo hombre, ahora está utilizando escarabajos, escarabajos estercoleros.

—Muy adecuado.

Grace le dio las gracias, accedió a mantenerle informado de todo y colgó. Al instante, Norman Potting se acercó a su mesa a grandes zancadas

y dejó delante de él el papel que llevaba.

–Ácido sulfúrico, Roy. Tengo una lista bastante completa, creo yo, de todos los proveedores del Reino Unido. Aquí en el sur hay cinco. En nuestra zona dos, uno en Newhaven y otro en Portslade.

Grace, que aún estaba asimilando la información que le había dado Barry Farrier, cogió la lista y repasó deprisa los nombres y direcciones. Vio las dos empresas de la zona.

De repente, la puerta se abrió y Glenn Branson irrumpió en el despacho, la emoción iluminaba su rostro.

–¡Tengo un resultado! – dijo, con la cara a unos centímetros de su inspector jefe.

–Cuéntame.

Branson plantó la fotografía del conductor del Volkswagen Golf en la mesa con un gesto triunfante.

–Acaba de llamarme un taxista amigo mío.

Frívolamente, y sin ningún motivo en particular, Grace preguntó:

–¿No será el que te chivó lo mío con Cleo?

–El mismo. – Branson sonrió, luego siguió, totalmente eufórico-. He pasado esta fotografía a todos mis contactos. Acaba de llamarme. Ha recogido a un cliente que dice que es igualito a este tipo, en el centro de Brighton, hace veinte minutos. Está convencido de que es este hombre. Le ha dejado delante de un almacén en Portslade. En esta dirección. – Le dio a su jefe un trozo de papel escrito a mano.

Grace lo leyó. Luego, volvió a mirar la lista que Potting acababa de darle. El distribuidor de ácido sulfúrico situado en Portslade.

Era la misma dirección.

Capítulo 83

Tom recordó algo. No tenía el móvil, pero tenía otra cosa. Había notado el bulto duro, había estado tumbado encima la mayor parte del tiempo. ¿Por qué coño no había caído antes?

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó su Palm PDA Tungsten. Pulsó uno de los cuatro botones de abajo. Al instante, la pantalla se iluminó. El aparato emitía un resplandor que, en estos momentos, de repente, parecía tan bueno como el de mil linternas.

¡Podía ver!

–¿Qué es eso? – dijo Kellie.

–¡Mi Palm! – Podía ver a su mujer, ¡podía ver su cara!

–¿Cómo has...? ¿Puedes moverte? – dijo ella entre dientes.

–Mis manos.

La luz no tenía mucho alcance, era ancha y corta, pero por primera vez podía comenzar a orientarse. Se encontraban en un almacén enorme, el techo estaba a seis metros de altura, quizás, y lleno alrededor de estantes de bidones de sustancias químicas; había cientos, si no miles. El suelo era de cemento, no había ventanas y la luz no llegaba a iluminar la puerta. Por la temperatura y la ausencia total de luz, imaginó que estarían en un sótano.

Tenía que haber una puerta lo bastante grande para que una carretilla elevadora transportara aquellos bidones, pensó. Y casi seguro que había un ascensor.

Examinó el grillete que le apresaba el tobillo. Parecía una de esas esposas que había visto que la policía utilizaba con los delincuentes en las películas: un cepo metálico ancho, cerrado, con una cadena unida a la pared con un aro de metal que no cedería. Kellie estaba encadenada a otro aro a cierta distancia. Su cadena estaba totalmente extendida. Tom se levantó y avanzó hacia ella, pero cuando su cadena se tensó aún los separaban unos tres metros.

–No puedes llamar con eso, ¿verdad? – le preguntó ella.

–No.

–¿Y mandar e-mails?

–Si tuviera el teléfono sí.

Tom orinó en el cubo naranja que le habían dejado hacía unos minutos con una sensación de alivio que, durante unos momentos fugaces, fue casi una bendición.

–No olvides tirar de la cadena -dijo Kellie.

Tom sonrió, le encantó su ánimo. Seguir sonriendo, tener la moral alta, así era como se sobrevivía a las experiencias traumáticas.

–No lo olvidaré -dijo-. Y bajaré la tapa.

Dio los pocos pasos que le permitió la cadena hacia el bidón que había abierto, luego iluminó el lateral con la luz, buscando la etiqueta que había palpado antes en la oscuridad. La encontró.

Era blanca; al lado había otra amarilla y negra que advertía: «¡Sustancia peligrosa!». En la parte blanca estaba escrito:

«h2so4 concentrado. 25 l».

Tom intentó recordar con todas sus fuerzas otra vez las clases de química del colegio. ¿Aquella sustancia disolvería el metal? ¿Con qué rapidez?

Sólo había un modo de averiguarlo.

Dejó la Palm en el suelo y cogió el cubo. Al hacerlo, la pantalla se apagó. Durante un instante, se quedó abatido ante el temor de que se hubiera acabado la batería, pero luego se dio cuenta de que era el apagado automático que se producía a los dos minutos. Deprisa, reprogramó el aparato para que la luz se quedara encendida permanentemente. Luego, cogió el cubo y arrojó el contenido tan lejos de él y de Kellie como pudo.

Centró su atención en el bidón. Antes había quitado la tapa y al aproximarse percibió un intenso olor acre. Respiró hondo y, sujetando el bidón con firmeza, muy consciente y temeroso de las consecuencias si se le caía, lo inclinó para llenar el cubo de plástico, pero la sustancia se derramó y aterrizó en el suelo al lado del cubo.

—Mierda.

Se levantó vapor del suelo. El ácido reaccionaba con algo, lo cual era buena señal.

—¿Qué estás haciendo?

—Sólo estoy probando un experimento.

—¿Qué? ¿Qué estás probando? —preguntó Kellie, con la voz conmovedoramente tensa.

Por lo poco que recordaba de las clases de química, algunos ácidos no disolvían ni el metal ni el plástico. El hecho de que aquellos bidones fueran de plástico le decía que no disolvería el cubo.

El hedor acre y abrasador era cada vez peor; lo notaba en lo más profundo de su garganta. Retrocedió unos pasos, respiró hondo, luego desplazó el bidón unos centímetros hacia atrás y volvió a intentarlo. Esta vez el ácido entró repiqueteando en el cubo. Lo llenó hasta la mitad y colocó el bidón en posición vertical; luego, cogió la Palm y examinó detenidamente el cubo para asegurarse de que no había ácido en el asa ni en ningún sitio que fuera a tocar.

Vertió una pequeña cantidad de ácido sobre un par de eslabones de la cadena.

No sucedió nada. Volutas de vapor apestoso se elevaron desde el lugar del suelo en el que estaban los dos eslabones, e inmediatamente alrededor, pero no pareció que se produjera ninguna reacción con el acero.

Frustrado y desesperado, Tom se quedó mirando y soltó un taco. Era como si hubiera echado agua.

Capítulo 84

Carl Venner se paseaba arriba y abajo por su despacho, con un puro recién encendido en la boca, retorciéndose las manos, dirigiendo su ira por turnos a Luvic, que mascaba chicle y fumaba un cigarrillo a la vez, y al ruso.

—Chicos, no nos encontramos en una buena situación. No es nada buena.

Se llevó una mano a la boca, cogió el puro y comenzó a morderse otra vez la piel del dedo índice. A arrancársela. El ruso, que hablaba en contadas ocasiones, dijo:

—Hay que sacar a Yuri de hospital antes de que él despertar.

—Hay que sacarlo o silenciarlo -dijo Venner.

—Yo no matar mi hermano -dijo tenebrosamente.

—Trabajas para mí, Roman. Harás lo que yo te diga.

—Entonces, no trabajar para ti.

Venner se acercó a él con aire chulesco.

—Escucha, pedazo mierda, estarías conduciendo un puto tractor en Ucrania si no fuera por mí, así que no vuelvas a amenazar con dejarlo porque podría aceptar tu dimisión y, entonces, ¿qué coño harías?

El ruso parecía malhumorado, pero no dijo nada.

Luvic hizo un gesto con la mano para indicarle que le cortaría el cuello.

—Yo encargar.

El ruso se acercó al albanés y se plantó delante de él; le sacaba una cabeza bien buena al ex luchador a puño limpio.

—Matar mi hermano -dijo-, y yo matar a ti.

El albanés se quedó mirando al ruso con sorna, todavía mascando chicle. Se llevó el cigarrillo a la boca dos veces muy seguidas, dio dos caladas rápidas, inhaló intensamente y expulsó el humo.

—Yo hacer que señor Smith decir. Yo obedecer señor Smith.

—Tenemos un problema aún más urgente -dijo Venner-. Ese imbécil de John Frost, Gidney, con su mierda de partes meteorológicos, ¡pues la cagó

con uno de sus putos pronósticos!

Los dos hombres lo miraron con curiosidad.

—¡Lluvia acida! Vaya día de perros ha tenido.

El ruso sonrió; el albanés, que no tenía sentido del humor, no pilló el chiste. Había metido el cuerpo del Hombre del Tiempo en el tanque de ácido sulfúrico, como era habitual; dentro de un par de días trasladaría los huesos al tanque del ácido clorhídrico. Después de eso, no quedaría ni rastro de él.

—Nuestro problema -prosiguió Venner- es que no sabemos qué ha hecho, qué ha podido decir. Y mintió sobre el teléfono, ¿verdad?

El albanés asintió con la cabeza.

—Estaba en coche, fuera, encendido.

—Sabemos qué significa eso, ¿verdad? —dijo Venner.

Sus dos empleados asintieron.

—La policía puede pedir a su compañía telefónica que determine su ruta por Brighton y Hove, horas y lugares exactos. Caballeros, me temo que hay que largarse. Hay que salir de aquí y volver a Albania hasta que la cosa se calme.

—Yo prefiero quedar aquí -dijo el ruso.

Venner se dio unos golpeitos en el pecho.

—Tengo cincuenta y nueve años. ¿Te crees que quiero pasar el resto de mi vida en ese país de mierda, si puedo evitarlo? Hasta tiene las mujeres más feas. Estamos aquí, en este país, porque nos gusta. Pero la habéis cagado.

—¿En qué? —dijo el ruso, que ahora parecía enfadado.

—¿En qué? —dijo Venner, como si le asombrara la pregunta-. Mik deja que le sigan desde Kemp Town hasta un aparcamiento del centro de Brighton...

—Sí, pero perder policía en aparcamiento -lo interrumpió el albanés.

—Sí, y el puto Golf también.

—Yo recuperar.

Pasando de él, Venner dirigió su ira contra el ruso.

—El idiota de tu hermano llama la atención de la policía, luego tiene un accidente de coche y deja que se lleven el portátil con nuestra película de D'Eath, ¿y eso no te parece una cagada?

El ruso se quedó callado.

–Esto es lo que vamos a hacer -dijo Venner, en un tono más conciliador de repente-. Vamos a grabar la película del señor y la señora Bryce ahora mismo y a librarnos de ellos. Después, nos largamos. Esta tarde nos vamos a París. Y desde allí seguiremos el viaje. ¿De acuerdo?

Los dos hombres asintieron en silencio.

–¿Dónde grabar película? – dijo entonces el albanés.

–Aquí -dijo Venner-. En esta habitación. Tengo algunas ideas creativas. El señor Bryce nos ha hecho sufrir mucho. Y me gustaría que primero viera todas las cosas que vamos a hacerle a la señora Bryce.

Miró al ruso.

–Roman, súbelos. Desátales sólo las piernas y amordázalos con cinta adhesiva. Siempre me ha gustado arrancar esa cosa.

Y, de repente, de mejor humor al pensar en algunas de las cosas tan imaginativas que iba a hacerles a los Bryce, Carl Venner empezó a tararear.

Capítulo 85

–¡Tom!

La urgencia repentina del susurro de Kellie hizo que Tom alzara la vista. «¡Mierda!» El rectángulo de luz había vuelto a aparecer al fondo de la habitación. Alguien estaba entrando, un hombre alto y delgado vestido de negro. El europeo del Este.

Tom se tiró al suelo, encima de la Palm para tapar la luz. Rápidamente, buscando a tientas con las manos, encontró la PDA, localizó el botón de encendido y lo pulsó para apagarla. ¿Había venido el hombre a vaciar el cubo?, se preguntó Tom, un poco irracionalmente. Presionó los brazos con fuerza contra los costados y juntó mucho las piernas para fingir lo mejor que pudo la postura original en la que le habían atado. Se quedó inmóvil, observando la luz de la linterna brincando sin parar por el suelo en dirección a ellos.

Luego, le enfocó directamente a la cara.

–Señor Bryce, ahora yo llevar ustedes arriba. ¡Nosotros convertir a usted y señora Bryce en estrellas de cine!

Tom, temblando de miedo, estaba pensando que en cualquier momento el hombre iba a ver que se había quitado las cuerdas. Iba a verlo, ¡a menos que estuviera ciego!

–¿Qué quiere decir «estrellas de cine»? – dijo Kellie, con la voz rota por el miedo.

El hombre enfocó la luz a su cara.

–¡Callar! ¿Quizá querer polvo rápido? Señor Bryce, ¿tú mirar mientras yo follar a tu mujer?

El terror de Tom se transformó de repente en ira.

–Tócala y te mato -dijo.

El hombre se giró hacia él y gritó imperiosamente:

–¡¡Callar, he dicho!! – Enfocó la luz directamente a la cara de Tom-.
¡Basta! ¡¡Tú no amenazar a mí!!

Entonces el hombre se arrodilló. Tom oyó que rompía una tira de la cinta adhesiva y se dio cuenta de qué sucedería después. Parpadeando con fuerza, vio que el hombre se inclinaba sobre él. Olía a colonia, un aroma penetrante y masculino.

Tom husmeó.

Sabía que sólo tendría una oportunidad, sólo una. No lo había pensado con detenimiento, había que hacerlo y ya está. El hombre tenía una tira de cinta adhesiva en las manos.

–Cierra boca -le dijo.

–¿Puedo sonarme la nariz? – preguntó Tom.

–¡No!

–¡Voy a estornudar!

Y en ese momento detectó la duda, sólo una mínima vacilación del hombre. Le bastó.

Saltó hacia un lado, se giró y cogió el cubo con las dos manos. Lo levantó, luego se dio la vuelta y encontró la luz de la linterna enfocándole directamente a la cara. Kellie estaba a salvo a la izquierda, muy fuera de alcance. Con todas sus fuerzas, arrojó el contenido del cubo directamente hacia la luz de la linterna.

Notó unas punzadas de dolor en las manos como picaduras, gotas de ácido, pero apenas se percató porque un grito de agonía terrible y desgarrador le inundó los oídos.

La linterna cayó al suelo. Tom sólo pudo ver al hombre tambaleándose hacia atrás y agarrándose la cara. ¡Tenía que abalanzarse sobre él! ¡Tenía que cogerle antes de que se alejara demasiado!

Tenía que hacerlo.

Tom atacó, lanzándose hacia delante a modo de bloqueo de rugby, consciente de que debía de haber ácido en el suelo, pero ya no le importaba. Era su única oportunidad. De algún modo, con los brazos casi desencajados, consiguió agarrar al hombre por el tobillo derecho justo antes de que la cadena se tensara y lo detuviera con una sacudida. Luego, con una fuerza que ni él mismo sabía que tenía, tiró del tobillo hacia él.

El hombre cayó de espaldas, retorciéndose, gritando, dando alaridos lastimosamente, agarrándose la cara con las manos. Kellie también chillaba.

—¡Tom! ¡Tom! ¡Tom!

—¡¡¡Socorro!!! – gritó el ruso-. ¡¡¡Socorro, socorro, socorro, por favor, socorro!!! Luego, se puso a gritar desesperadamente, agarrándose la cara y retorciéndose al mismo tiempo, intentando zafarse de Tom.

El hombre había ido a buscarlos, lo cual, comprendió Tom, implicaba que tenía que llevar encima las llaves de los grilletes. Cogió la linterna y, con todas sus fuerzas, golpeó con ella al hombre en la cabeza. Se oyó un tintineo de cristales y la luz se apagó. El hombre dejó de gritar, de moverse, y, por un instante, el único sonido que se oyó en la habitación fue el espantoso silbido que salía de la cabeza del hombre, acompañado por un olor nuevo, un hedor repugnante a carne y pelo quemados. A Tom le dieron arcadas; el ácido parecía llenar el aire con una bruma cáustica invisible. Oyó que Kellie también tosía.

Encontró la Palm, la encendió y hurgó en los bolsillos del hombre. Casi de inmediato, encontró una cadenita con sólo dos llaves y la sacó. Se levantó, temblando de horror y de miedo, sin saber si en cualquier momento iba a aparecer alguien. Se arrodilló y utilizó la luz de la Palm para encontrar el ojo de la cerradura. Pero le temblaba tanto la mano que no conseguía introducirla.

«¡Dios mío, vamos, por favor!»

Por fin la metió..., pero no giraba. Se dio cuenta de que debía de ser la otra. Sin saber cómo, consiguió introducir la segunda llave al primer intento; la giró. La cerradura se abrió y unos segundos después se dirigía renqueante hacia Kellie. Ahora le escocían muchísimo las manos, pero no tenía tiempo de pensar en eso.

Se agachó a su lado y le dio un beso.

—Te quiero -le susurró.

Kellie lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, casi paralizada por la escena que acababa de vivir. Abrió la cerradura de su grillete, luego empezó a deshacer el nudo fuerte de la cuerda que le ataba las piernas. Le temblaban las manos otra vez; el nudo estaba muy fuerte, muy, muy fuerte, joder. No cedía. Volvió a intentarlo. Y otra vez más.

—¿Estás bien, cariño?

Kellie no dijo nada.

—¿Cariño?

Nada.

Luego, en un tono que provocó que un escalofrío recorriera cada centímetro de su piel, Kellie dijo en voz baja:

—Tom, está entrando alguien.

Alzó la vista. Directamente hacia la luz procedente de la puerta. Entonces oyó la voz increpante del estadounidense obeso.

—Es usted estúpido, señor Bryce. Muy tonto, sí.

La luz se alejó de la cara de Tom y recorrió la habitación. Dentro de unos segundos, encontraría al ruso en el suelo. Tom, con los nervios de punta, tomó una decisión rápida; no tenía ni idea de cuál sería el resultado, pero no podía ser peor que esperar aquí, agachado, a que se acercara el estadounidense.

Se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta, en dirección al hombre de la camisa morada. Simplemente corrió, con la cabeza gacha, gritando a voz en cuello:

—¡¡¡Cabrón de mierda!!!

Apenas vio que el hombre intentaba sacar algo de su bolsillo. Algo negro, metálico. Una pistola.

Luego, corriendo como un poseso, dio un cabezazo al americano en la tripa. Fue como golpear un cojín enorme. Escuchó un grito ahogado, notó un dolor intenso y vibrante en el cuello; le siguió un momento de oscuridad. El americano se desplomó hacia atrás, Tom cayó con él y aterrizó en el suelo con la cabeza entre las piernas del hombre.

Entonces, una mano le agarró del cuello por detrás, una mano fría y dura que parecía más una tenaza metálica que carne humana. Le soltó el cuello y una milésima de segundo después lo agarró del pelo, le levantó la cabeza, y Tom sintió un dolor atroz. Luego, lo puso boca arriba, le presionó la nuca contra el suelo y lo inmovilizó.

Tom levantó la vista y se encontró con el cañón corto y grueso de una pistola y la mirada glacial que había detrás.

El hombre era bajo, fornido, musculoso y tenía el pelo rubio de punta engominado y los brazos llenos de tatuajes. Llevaba una camiseta blanca, un medallón de oro colgado de una cadena que casi tocaba la cara de Tom, y olía a sudor. Mientras lo miraba inexpresivo, mascaba chicle, aplastándolo con unos incisivos pequeños y muy blancos que a Tom le recordaron a los de una piraña.

El americano se levantó tambaleándose.

—¿Quieres yo matar?

—No -dijo el americano jadeando, resoplando y respirando con dificultad.

—Oh, no. No vamos a ponérselo tan fácil...

De repente, Tom oyó un alboroto a lo lejos.

—¡¡Policía!! ¡¡Tire el arma!! – gritó una voz de hombre.

Tom notó que le soltaban el pelo. Vio que su agresor se giraba horrorizado, luego, sin dudarlo un instante, levantaba el arma y disparaba varias veces seguidas. El ruido era ensordecedor; a Tom se le taponaron los oídos un momento; el hedor a cordita le llenó la nariz. Luego, su agresor y el americano se esfumaron.

Al cabo de un instante, oyó una voz distinta, inglesa.

—Me han dado. ¡Dios mío, joder, me han dado!

Capítulo 86

Tras salir del gran ascensor, Grace cruzó una puerta entreabierta en la que había un cartel grande de advertencia amarillo y negro: «llevar ropa protectora pasado este punto». Glenn Branson, que salió primero del ascensor, dobló una esquina y Grace le oyó gritar:

—¡¡Policía!! ¡¡Tire el arma!!

Al cabo de unos momentos, oyó cinco disparos seguidos. Entonces, Glenn chilló.

Al doblar la esquina, vio a su compañero en el suelo, agarrándose la tripa, las manos manchadas de sangre, los ojos en blanco.

—Soy el comisario Grace. ¡Tenemos un hombre herido! – gritó por radio-. ¡Necesitamos una ambulancia! Que entre la unidad de tiradores. Y todas las demás unidades.

Se detuvo, debatiéndose por un instante entre quedarse con su compañero o salir tras el responsable de aquello. En el exterior del edificio esperaban dos furgonetas de agentes uniformados, un equipo de asalto del Departamento de Operaciones Policiales, un equipo de antidisturbios con escudos y balas de goma, además de un equipo de tiradores.

Se volvió hacia Nick Nicholl y Norman Potting, que estaban justo detrás de él.

—¡Norman! – gritó-. ¡Quédate con Glenn!

Entonces salió corriendo. Delante vio que se cerraba una puerta pesada metálica: «Salida de emergencia». La cruzó, luego subió por una escalera de piedra, saltando los peldaños de dos en dos. Oía a Nicholl corriendo detrás de él. Dobló una esquina. Luego otra.

Al girar la siguiente, vio al hombre de la camiseta y los vaqueros y el pelo de punta que Derry Blane del Departamento de Huellas había identificado como Mik Luvic.

—¡¡Policía!! ¡¡Deténgase!! – gritó Grace.

El hombre se detuvo, se dio la vuelta y le apuntó con lo que parecía una pistola. Grace, que se pegó a la pared y frenó a Nick Nicholl con el brazo, vio un fogonazo, oyó un silbido y luego notó que unos fragmentos de polvo de cemento le golpeaban la cara. El hombre desapareció.

Grace esperó unos segundos, luego subió corriendo las escaleras, totalmente ajeno al peligro, sólo estaba enfadado, y decidido a coger a ese cabrón, a cogerle y a destrozarle con sus propias manos. Dobló otra esquina y se detuvo. Ni rastro de Luvic. Subió otro tramo de escaleras, con el corazón desbocado, y dobló otra esquina. Volvió a detenerse, avanzando con cautela. Seguía sin haber rastro de él.

Tenían que estar cerca del último piso.

Subió más escaleras y dobló otra esquina. Más escaleras. Otra esquina. Luego, vio que se cerraba una puerta metálica delante de ellos con un gran cartel rojo que decía «Salida». Jadeando, Grace aceleró el paso, hacia la puerta, luego se volvió hacia Nicholl.

—Cuidado.

El joven detective asintió.

Oyeron el rugido de un motor, el tableteo de los rotores. El helicóptero que había visto en el tejado, comprendió Grace.

Empujó la puerta para abrirla. Un hombre muy obeso, con coleta, a quien reconoció de inmediato como Carl Venner por la fotografía que Derry Blane había conseguido, estaba en el asiento del piloto del helicóptero negro. Era un aparato pequeño, un Robinson de cuatro plazas. Luvic estaba desatando de un amarradero metálico una cuerda sujeta a uno de los patines de aterrizaje del helicóptero.

—¡¡Alto!! ¡¡Policía!! — gritó Grace abriendo la puerta de golpe.

El albanés levantó la pistola. Grace se lanzó al suelo al ver el fogonazo. Soplaban un viento fuerte, más impetuoso aún por la corriente descendente de las palas del rotor. Protegiéndose del viento y de la pistola del albanés detrás de una estructura que tenía al lado, la parte superior de la caja del ascensor -imaginó Grace-, oyó un crujido cerca de su oreja.

Había contado siete disparos. ¿Cuántos quedarían en el cargador?

La cuerda se soltó del amarradero. Luvic corrió hacia el otro lado del helicóptero. Grace se volvió hacia Nicholl y gritó:

—¡Quédate ahí!

Entonces empezó a arrastrarse por el suelo, buscando a su alrededor con la mirada algo que pudiera utilizar como arma. A poca distancia, a su derecha, vio varias bolsas de cemento y una pila de ladrillos. Pelo Pincho estaba desatando la segunda cuerda. Grace se puso de rodillas y se lanzó a por él.

Luvic levantó el arma. Grace se echó a un lado justo al ver el fogonazo, deseando con todas sus fuerzas haber tenido la sensatez de ponerse un chaleco antibalas. Al cabo de un instante, oyó el estallido de la pistola. El hombre volvió a apretar el gatillo.

Esta vez no pasó nada.

Grace se abalanzó sobre él. Lo siguiente que vio fueron los pies del albanés volando hacia él. Le alcanzaron de lleno debajo de la barbilla. Grace salió catapultado y cayó de espaldas en el suelo de brea del tejado, sin respiración y aturdido.

Oyó que el rugido del motor aumentaba. Rodó por el suelo, parpadeando, todavía un poco confuso, y vio los tejados, la chimenea alta de lo que había sido la central eléctrica de Shoreham en la distancia. Sintió que el viento arreciaba. Luvic había subido a bordo. Los patines de aterrizaje se habían levantado del tejado.

Desesperado, se lanzó a la pila de ladrillos. Entonces, vio el poste de un andamio al lado. Lo cogió y lo arrojó con todas sus fuerzas. El poste dibujó un arco hacia el rotor de cola.

Por un instante, pareció volar por el aire a cámara lenta. Creía que lo había lanzado desviado. Pero, para su asombro, dio en el blanco, justo en pleno rotor.

Se oyó un chirrido metálico y hubo una lluvia de chispas. El helicóptero dio un bandazo.

Entonces pensó que, al fin y al cabo, había fracasado, porque el aparato se levantó bruscamente varios metros en el aire, antes de comenzar a girar, de repente, sobre su propio eje. Grace vio que el rotor de cola había desaparecido.

El helicóptero giró una vez, dos y, luego, vertiginosamente, una tercera. Viró directamente hacia él, el motor chillando, y tuvo que pegarse al suelo para evitar que los patines de aterrizaje le golpearan. El viento amenazaba con arrancarle la chaqueta de la espalda y el pelo de la cabeza. Grace oyó un estrépito fortísimo y, al momento siguiente, le llovieron trozos de metal y mampostería cuando el helicóptero chocó contra el lateral de la caja del ascensor. Como un escarabajo enorme enloquecido por un insecticida, el aparato se inclinó, casi de lado, y parte de una de las principales palas del rotor repiqueteó a unos centímetros de Grace, que rodó sobre sí mismo hacia un lado para quitarse de en medio.

Alcanzó a ver a Venner con su camisa morada en los controles, vio el miedo en su rostro mientras maniobraba, vio la cara de Luvic, pálido y paralizado por el horror.

El helicóptero cayó de lado y realizó un giro completo, seguido de otro, en dirección al borde del tejado. A Grace le recordó uno de esos juguetes baratos que vendían los vendedores ambulantes de Brighton con un peso dentro y que giraban una y otra vez, propulsados por su propio impulso.

Y, de repente, percibió un olor a carburante de aviación en el aire.

El aparato siniestrado se estrelló contra la caja del ascensor por segunda vez, volcó, el motor seguía funcionando, hasta que la cabina quedó colgando del borde del tejado. Lo único que impidió que cayera al vacío fue que la cola se quedó enganchada a la base de la estructura.

El motor se paró.

Grace se puso en pie con dificultad y corrió hacia el aparato.

El helicóptero estaba tambaleándose, columpiándose en el borde. Luvic estaba inconsciente, boca abajo contra el cristal de la cabina. Venner maniobraba, también boca abajo, suspendido en su arnés. El helicóptero caería en cualquier momento.

—¡Ayúdame! — imploró el hombre de la coleta, sacando una mano por la puerta, que estaba abierta y balanceándose-. Por favor, por el amor de Dios, ¡ayúdame, hombre!

Grace, a quien no le gustaban las alturas, se arrodilló y miró el aparcamiento abajo en la distancia. El viento amenazaba con despeñarle. Agarró al hombre por la muñeca, grasienta y gruesa como un jamón.

El helicóptero dio un bandazo. El hedor a combustible era terrible. Grace notó que algo se le clavaba en la mano. Era el reloj de muñeca del hombre. Agarró la carne rechoncha justo por encima y se encontró con los ojos minúsculos, aterrorizados del hombre, mirándolo. Suplicándole.

—¡Ayúdame! ¡Sácame de aquí! — El medallón le colgaba por encima de la cabeza.

El helicóptero dio otro bandazo. Grace salió impulsado hacia delante. Unos centímetros más y caería al vacío. Se dio cuenta de qué tenía que hacer.

—¡El cinturón! ¡Desabróchese el cinturón!

El pánico no dejaba pensar al hombre.

—¡Ayúdame! — chilló.

—¡¡¡Desabróchese el puto cinturón!!! — le gritó Grace.

Hubo un chirrido. El helicóptero dio otro bandazo hacia delante. Iba a caer. Sólo quedaban unos segundos.

—¡¡¡Desabróchese el cinturón, el arnés!!!

De repente, Grace notó que el brazo casi se le desencajaba. Se agarró con todas sus fuerzas, pero no servía de nada. Siguió agarrado. Agarrado. Agarrado.

Vio esos ojos diminutos, desesperados, una vez más.

Entonces, vio a Nick Nicholl a su lado, alcanzando el interior del helicóptero. Grace oyó un tenue clic. Luego, como en un sueño, el helicóptero cayó del revés, alejándose de él. Como un juguete enorme. Hasta que chocó contra el suelo, aterrizando en los techos de un Mercedes negro y un pequeño Fiat blanco. Casi al instante, se levantó una enorme bola de fuego.

El peso muerto de Venner, retorciéndose y petrificado, quedó suspendido debajo de él, colgado del tejado, sostenido sólo por las manos de Grace y Nicholl que lo agarraban de las muñecas, la correa metálica del reloj de Venner se le clavaba dolorosamente en la mano.

Venner soltó un gemido largo y ahogado. El calor quemaba la cara de Grace. Venner se estaba escurriendo. Tenía que sujetarle. Quería a ese asqueroso vivo; la muerte era algo demasiado bueno para él. De algún modo, no sabía de dónde, sacó fuerzas; Nicholl pareció encontrarlas también, al mismo tiempo. Y al momento siguiente, como un pez enorme y fofo, subieron al hombre gordo de la coleta por el borde del tejado y lo pusieron a salvo.

Venner estaba tumbado boca arriba, balbuciendo, aterrorizado; tenía una mancha oscura en la entrepierna, se había meado. Al cabo de unos momentos, sin tiempo que perder, Grace le dio la vuelta bruscamente, le cogió las manos y lo esposó. Olía fatal; el muy asqueroso también se había cagado encima, pero Grace apenas lo notó; iba con el piloto automático puesto.

Le gritó a Nicholl que sacara al hombre del edificio; él corrió hacia la salida de incendios, bajó corriendo las escaleras y llegó al sótano. Norman Potting, acompañado ahora por dos agentes de uniforme, estaba de rodillas junto a Glenn Branson, que parecía semiinconsciente.

—¡Este lugar va a saltar por los aires! ¡Saquémoslo de aquí! — gritó Grace.

Cogió a su amigo por debajo de las axilas, uno de los agentes lo sujetó por la cintura, y Potting y el otro agente lo agarraron cada uno de una pierna. Lo subieron por las escaleras, luego cruzaron una salida de incendios hasta el aparcamiento, donde los envolvió una ráfaga de calor abrasadora de los coches y del helicóptero en llamas, el hedor a pintura y goma quemadas y una cacofonía de sirenas.

Alejaron a Branson tanto como pudieron del calor, hasta que Grace vio una ambulancia digiriéndose a toda velocidad hacia ellos.

Se detuvieron. Miró a Branson y acercó la cara a la de su amigo.

—¿Qué tal vas?

—¿Te acuerdas de John Wayne, cuando le disparaban en esa película...?

— dijo Branson, jadeando.

—¿Vivía? — le interrumpió Grace.

—Sí.

—¿Así te sientes?

—Sí.

Grace le dio un beso en la frente. No pudo evitarlo; quería a aquel hombre.

Se apartó cuando los paramédicos se hicieron cargo de él; entonces, notó que algo se le clavaba en la mano. Bajó la vista y vio un reloj azul marca Breitling con la correa metálica rota. Estaba lleno de sangre. De su sangre.

Se dio cuenta de que era el reloj que llevaba en la muñeca el hombre de la coleta. ¿Cómo diablos había...?

Y recordó la llamada que había recibido hacía un par de horas del clarividente Harry Frame:

—Percibo un reloj.

—¿Un reloj? ¿Un reloj de muñeca?

—¡Exacto! ¡Un reloj de muñeca! Hay algo muy significativo. Un reloj de muñeca te conducirá a algo muy satisfactorio relacionado con un caso en el que estás trabajando. Este caso, creo.

—¿Puedes darme más detalles?

—No, yo... No, eso es todo. Como te he dicho, no sé si significa algo.

—¿Alguna marca en particular?

—No. Es caro, creo.

Chupándose la mano para detener la hemorragia, se volvió hacia Nick Nicholl, que estaba cerrando la puerta del coche de policía que se llevaba a Venner.

—¿Entiendes de relojes de muñeca?

Su compañero estaba blanco, temblaba. Tenía muy mala pinta. Se había quedado muy impresionado.

—No mucho. ¿Por qué?

Grace levantó el reloj que tenía en la mano.

—¿Qué sabes de éste?

—Es un Breitling -soltó Norman Potting.

—¿Qué sabes de esta marca?

—Sólo que nunca podré permitirme uno. Son caros.

Un agente se acercó corriendo a ellos, aterrorizado.

–Por favor, aléjense. Nos preocupa que todo el edificio pueda saltar por los aires. Está lleno de sustancias químicas.

De repente, presa del pánico, Grace dijo:

–Dios santo, ¿dónde demonios están el señor y la señora Bryce?

–Tranquilo, señor -dijo el agente-. Van en una ambulancia camino del hospital.

–Bien.

Capítulo 87

Cinco minutos después, justo cuando los primeros coches de bomberos se detuvieron enfrente, el almacén explotó. La detonación rompió los cristales de las ventanas de los edificios en un radio de medio kilómetro. Pasaron más de dos días hasta que el local se enfrió lo suficiente como para que los investigadores forenses pudieran entrar y comenzar su desagradable tarea.

Al final, se encontraron restos humanos pertenecientes a tres personas distintas. A la primera la identificaría al cabo de unas semanas su hermano, que seguía bajo vigilancia policial en el hospital, a partir del medallón de oro parcialmente derretido que le colgaba del cuello. La segunda, sólo una calavera humana, identificada a partir de archivos dentales, era Janie Stretton. La tercera, también identificada a partir de archivos dentales, era Andy Gidney

El calor intenso había imposibilitado determinar, por lo poco que quedaba de sus huesos, la causa exacta de la muerte de Gidney. Y nadie fue capaz de ofrecer ninguna explicación sobre qué hacía en esas instalaciones.

Al cabo de un par de meses, el sargento Jon Rye de la Unidad de Delitos Tecnológicos entregaría un informe al juez de instrucción del caso. Y, por falta de pruebas, el juez no tendría más remedio que sentenciar que no había podido establecerse la causa de la muerte. Más sucinto pero menos informativo que un pronóstico marítimo.

Eran las cuatro y media cuando Roy Grace se marchó por fin del incendio, que aún no estaba en absoluto controlado. Fue directamente al hospital del condado de Sussex y se dirigió a urgencias para ver a Glenn Branson.

La hermosa mujer de Glenn, Ari, ya estaba allí. Nunca se había mostrado demasiado cordial con Grace. Él sospechaba que lo culpaba de

que su marido estuviera tan poco en casa. Y hoy no estuvo menos fría. Glenn había tenido suerte. Sólo le había alcanzado una bala, que le había atravesado el abdomen y pasado a un centímetro de la columna vertebral. Le dolería un tiempo, y Grace no dudaba de que pasaría la mayor parte de la convalecencia viendo películas en las que los héroes de la pantalla recibían disparos y sobrevivían.

Después, en la Unidad de Cuidados Intensivos, conoció a los padres de Emma-Jane. Su madre, una mujer atractiva de unos cuarenta y cinco años, le ofreció una sonrisa estoica. Su padre era un hombre callado que estaba sentado apretando una pelota de tenis amarilla como si la vida de su hija dependiera de ello. Parecía que Emma-Jane mejoraba; era lo único bueno que podían decir.

Cuando se marchó del hospital, estaba deprimido y se preguntaba qué clase de líder dejaba que dos miembros de su equipo estuvieran a punto de morir. Se detuvo en un café de trabajadores, entró y pidió una buena fritanga y un té cargado.

Cuando acabó de comer, se sintió bastante mejor. Se quedó sentado, encorvado sobre la mesa de formica, y realizó una serie de llamadas. Cuando se levantó para marcharse, le sonó el móvil. Era Nick Nicholl, para preguntarle cómo estaba. Luego le dijo que no había tenido oportunidad de informarle de su reunión con el agente de la Met, sobre la chica encontrada muerta en Wimbledon Common que llevaba un brazalete que tenía grabado un escarabajo pelotero. Resultó ser un callejón sin salida. Una coincidencia. El novio de la chica había confesado el asesinato. Bella Moy, que había estado trabajando con todos los demás cuerpos policiales, no había encontrado otros asesinatos en que se hubiera hallado un escarabajo pelotero en la escena del crimen.

«¿Quizás hemos tenido suerte y los hemos cogido pronto?», se preguntó Grace. Pero no lo bastante pronto para la pobre Janie Stretton.

Le dijo al joven detective que se fuera a casa, que abrazara a su mujer, que daria a luz en cualquier momento, y que le dijera que la quería. Nick Nicholl, que pareció sorprendido, le dio las gracias. Pero era lo que Grace sentía en estos momentos: que la vida era preciosa. Nunca sabías lo que había a la vuelta de la esquina. Había que valorar lo que se tenía mientras se tenía.

Cuando subió al coche, le llamó Cleo, que parecía estar alegre y feliz.

–¡Hola! – dijo-. ¡Siento haber tardado tanto en devolverte la llamada!
¿Puedes hablar?

–Por supuesto -dijo.

–Bien. He tenido un día horrible. Cuatro cadáveres. ¡Ya sabes cómo está la cosa después del fin de semana!

–Lo sé.

–Un muerto en accidente de moto, un hombre de cincuenta años que se cayó de una escalera y dos ancianas. Por no hablar de los restos que llegaron ayer de un hombre, la cabeza y poco más, pero creo que ese caso ya lo conoces.

–Un poquito.

–Luego, a la hora de comer, he tenido que ir al centro de Brighton a comprar un regalo de aniversario para mis viejos P.

–¿Tus viejos qué?

–¡Mis padres!

–Ah.

–Y me han bloqueado el coche en el aparcamiento de Bartholomew Square. Ha habido una amenaza de bomba, ¿te lo puedes creer?

–¿En serio?

–Cuando por fin he conseguido sacar el coche, ¡toda la puta ciudad estaba colapsada!

–Sí, algo he oído -dijo.

–Bueno, ¿qué tal tu día? – preguntó.

–Oh, ya sabes, lo de siempre.

–¿Ninguna gran emoción?

–Qué va.

Durante unos momentos, se hizo un silencio extraño pero cómodo entre ellos.

–Llevo todo el día deseando hablar contigo -dijo ella-. Pero quería hacerlo cuando tuviéramos tiempo. No quería que fuera todo deprisa y corriendo en plan: «¡Hola! Un polvo increíble anoche. ¡Adiós!».

Grace se rio. De repente, le pareció que hacía muchísimo tiempo que no se reía. Hacía muchos, muchos días.

Después, mucho después, tras horas en el despacho trabajando en la montaña de papeles que lo mantendría ocupado el resto de la semana y más, Grace se encontró de nuevo en el piso de Cleo.

Esa noche, después de hacer el amor, durmió en sus brazos como un bebé. Durmió el sueño de los muertos. Y durante unas horas durmió sin pensar en ninguno de los temores de los vivos.

Capítulo 88

El jueves por la mañana, con las manos aún vendadas y sufriendo el dolor atroz de las quemaduras del ácido, Tom Bryce fue a la oficina un par de horas.

Era evidente, por los saludos efusivos de sus trabajadores y por el montón de recortes de prensa que encontró sobre la mesa, que los titulares de portada que habían protagonizado él y Kellie, a nivel nacional durante los últimos dos días, no habían perjudicado en absoluto a BryceRight Promotional Merchandise. Los dos vendedores que tenía en la oficina, Peter Chard y Simon Wong, estaban desbordados; no recordaban la última vez que habían tenido tal nivel de solicitudes de información, tanto de clientes actuales como potenciales.

—Ah -añadió Chard, de pie frente a su mesa-, la buena noticia es que hemos entregado los Rolex a Ron Spacks. Los veinticinco. ¡El margen es la leche!

—No llegué a ver el resultado final -dijo Tom, un poco preocupado de repente. Si hubiera habido alguna cagada en el grabado de veinticinco Rolex, habría sido un desastre económico.

—¡Tranquilo! Lo llamé ayer para comprobar que todo estuviera bien. Ha quedado encantado.

—Pásame el papeleo, ¿vale?

Al cabo de unos minutos, Chard le dejó la carpeta sobre la mesa. Tom la abrió y miró el pedido. El margen era fantástico, 1.400 libras de beneficio por reloj. Multiplicado por veinticinco. Eso eran 35.000 libras. Nunca antes había obtenido un beneficio así en ningún pedido, nunca.

Entonces, su júbilo se ensombreció. Kellie había accedido a ingresar en una clínica, para desintoxicarse. Después, volverían a comenzar de cero. Pero los sitios buenos costaban una fortuna; los mejores podían llegar a las dos mil libras a la semana, multiplicado por varios meses. Unas 30.000 o 40.000 libras, si realmente querían obtener un resultado. Y había que sumar el coste de la niñera de los críos mientras Kellie estuviera ingresada.

Al menos con este pedido tendría la pasta para cubrir estos gastos, y en los seis años que llevaba haciendo negocios con Ron Spacks, siempre le había pagado puntualmente: a siete días tras la entrega. Nunca se había retrasado ni un solo día.

—¿Cuándo se entregaron? — preguntó Tom mirando el papeleo.

—Ayer.

—Un trabajo rápido -contestó Tom-. Cogí el pedido el pasado...

—¡Jueves! — dijo Peter Chard-. Sí, bueno, encontré un proveedor que tenía existencias y le pedí al grabador que trabajara toda la noche.

—No llegué a ver el diseño; iba a mandármelo.

Chard pasó un par de hojas, luego señaló una fotocopia tamaño DIN-A4.

—Es una ampliación enorme. En realidad, es un micropunto, invisible a simple vista.

Tom bajó la mirada y vio el dibujo de un escarabajo, una criatura bastante elegante, pero con un aspecto ligeramente amenazador, con unas marcas extrañas en el lomo y un cuerno en la cabeza. Frunció el ceño.

—Es un escarabajo pelotero -dijo Peter Chard-. Al parecer, son sagrados en la mitología del antiguo Egipto.

—¿En serio?

—Sí. Es un bicho asqueroso. También conocido como escarabajo estercolero.

—¿Por qué querría grabar esto en un reloj?

Chard se encogió de hombros.

—Es un distribuidor de DVD, ¿verdad?

—Sí, muy importante.

—Quizás haya un sello discográfico con ese nombre. — El vendedor volvió a encogerse de hombros-. Es tu cliente... Pensé que lo sabrías.

De repente, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Quizá debería mencionárselo al comisario Grace cuando hablaran, como, al menos, una coincidencia de la que podían reírse; sin embargo, decidió que sería prudente esperar primero a que Ron Spacks le pagara.



AGRADECIMIENTOS

Estoy en deuda, enormemente, con el inspector jefe Dave Gaylor de la policía de Sussex, quien me ha ayudado muchísimo en el proceso de escritura de esta novela, aparte de prestarse amablemente a servirme de modelo para el personaje de Roy Grace y de no cansarse jamás de leer y releer el manuscrito y de abrirme más puertas en los cuerpos policiales del Reino Unido -y en el extranjero- de lo que jamás me habría atrevido a esperar.

Y mi más sincero agradecimiento a muchos otros miembros de la policía de Sussex, que han sido sumamente tolerantes con mis intromisiones, muy cordiales y amables. En especial, al director Ken Jones, por concederme amablemente las autorizaciones necesarias. Gracias al sargento Paul Hastings; a Ray Packham de la Unidad de Delitos Tecnológicos; al investigador de la Unidad de Delitos Tecnológicos John Shaw; y a todo el equipo de esta unidad que me apoyó con tanto entusiasmo y me ayudó a dar forma a una parte clave de esta historia. Gracias también al comisario Kevin Moore; al inspector Andy Parr; al inspector jefe Peter Coll; al sargento Keith Hallet de la Unidad Holmes de la policía de Sussex; a Brian Cook, director de la División de Apoyo Científico; al inspector William Warner; y al investigador de la escena del crimen Stuart Leonard. También quiero agradecer su colaboración a la agente de Relaciones Familiares Amanda Stroud; a la sargento Louise Pye del mismo servicio; al agente de apoyo Tony Case de la central del Departamento de Investigación Criminal; y al agente de apoyo del Departamento de Información Tecnológica Daniel Salter.

He recibido mucha ayuda del doctor Peter Dean, forense de Essex; del doctor Nigel Kirkham, patólogo; y de la doctora Vesna Djurovic, patóloga del Ministerio del Interior; y un agradecimiento especial por su apoyo inestimable al animadísimo equipo del depósito de cadáveres de Brighton y Hove: Elsie Sweetman, Sean Didcott y Victor Sinden.

También estoy agradecido por la ayuda prestada con las dudas agrícolas y químicas a Tony Monnington y a Eddie Gribble. Gracias a mi mentor de helicópteros, Phil Homan. Con la información jurídica me ayudó Sue Ansell. Gracias a mi servicio humano de recuperación de datos, Chris Webb, sin el cual me habría hundido cuando me robaron el portátil en el aeropuerto de Ginebra. Y gracias a Imogen Lloyd-Webber, Anna-Lisa

Lindeblad y Carina Coleman, quienes leyeron el manuscrito en diversas etapas y me proporcionaron unos comentarios brillantes y perspicaces.

Doy las gracias a mi fabulosa agente, Carole Blake, por su trabajo incansable y sus consejos sensatos (¡y sus increíbles zapatos!), y a Tony Mulliken, Margaret Veale y todas las personas de Midas, y a mi fantástico equipo de editores, Macmillan. Todos me han dado un apoyo asombroso y me siento muy emocionado. Por citar algunos nombres, gracias a Richard Charkin, David North, Geoff Duffield, Anna Stockbridge, Ben Wright, Ed Ripley, Vivienne Nelson, Liz Johnson, Caitriona Row, Claire Round, Claire Byrne, Adam Humphrey, Marie Gray, Michelle Taylor, Richard Evans. Gracias a mi maravilloso redactor Stef Bierwerth, ¡que es el mejor de los mejores! Y al otro lado del Canal, tengo que agradecer enormemente a mi equipo de editores alemanes, Scherz, su apoyo increíble: *Danke!* En especial, a Peter Lohmann, Julia Schade, Andrea Engen, Cordelia Borchardt, Bruno Back, Indra Heinz y a la formidable Andrea Diederichs, ¡redactora, guía turística y asistente de compras!

Gracias como siempre a mis fieles perros *Bertie* y *Phoebe*, que siempre parecen presentir cuándo necesito salir a pasear..., pero que aún no han aprendido a prepararme un martini...

Y en penúltimo lugar, mi mayor agradecimiento es para mi querida Helen, cuyo apoyo constante me ha estimulado muchas veces durante el camino.

Por último, gracias a todos vosotros, los lectores de mis libros. Gracias por todos vuestros mensajes y palabras de ánimo. Lo son todo para mí.

Peter James Sussex, Inglaterra

scary@pavilion.co.uk

www.peterjames.com.

* * *

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

24/03/2010

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com